



# Sin aire para el regreso

*Novela de la primera intifada de la primavera árabe*

**Airy Sindik**

Universidad de Guadalajara



Sin aire para el regreso

Novela de la primera intifada de  
la primavera árabe



Sin aire para el regreso

Novela de la primera intifada de  
la primavera árabe

Airy Sindik Mejía Lara

Primera edición, 2018

D.R. © 2018, Universidad de Guadalajara  
Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades  
Coordinación Editorial  
Juan Manuel 130  
Zona Centro  
44100, Guadalajara, Jalisco, México  
Consulte nuestro catálogo en: [www.cucsh.udg.mx](http://www.cucsh.udg.mx)

ISBN: 978-607-547-354-3

Impreso y hecho en México  
*Printed and made in Mexico*

*No existe homenaje a la altura de su pueblo que no sea la libertad*

*¡Sáhara libre!*

## Agradecimientos:

Esta novela existe gracias a las innumerables manos que ayudaron, facilitaron y empujaron el proyecto. Gracias al equipo de Restencia Saharai, ACAPS Barcelona, Frente Polisario, delegados como Oualad Moussa o Heya Moussa quien me recibió en el desierto junto a su familia. Por supuesto Hasana amigo, dueño de un mercedes proveniente de Fukushima y a todos los que me aportaron su testimonio. A los sobrevivientes del campamento de Gdeim Izik, pero también gracias a los que resisten día tras día en los campamentos de refugiados saharauis en Tinduf, Argelia. A Fakala y su taller de Land Rovers que siempre me brindó los secretos de la primavera árabe en 2011. A los informantes de Ciudad Juárez. A la familia Rojas en San Antonio, Texas, que me dio de comer por meses sin pedir nada a cambio. A Manu y Sandi en Bogotá, Colombia, los verdaderos embajadores de este país que nos abrieron las puertas y que luchan incansablemente por la justicia, la paz y la libertad. Juan Zuluaga que adoptó a dos naufragos de esta novela. A la Maestría de Escrituras Creativas de la Universidad Nacional de Colombia que me dió en su programa, profesores y compañeros, las herramientas para poder martillar en letras esta historia. Gracias a Juan Diego Mejía quien con sus atinados consejos y paciencia sobresaliente me ayudó a encontrar una forma de contar esta historia. Sin duda a Ahmed Mulay Alí, Ministro Consejero, encargado de negocios de la RASD en México y al Dr. Carlos Villa Guzmán que junto con su equipo editorial del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades CUCSH, UdeG, nunca bajaron los brazos para sacar adelante este proyecto. También agradecer a Anthony Jean, Cristal Castillo y Lalis Jiménez por ayudarme a vestir la edición de esta novela. Sé que quedaré en deuda con más de una persona al nombrar solo algunos de los que empujaron este relato.

Quisiera agradecer especialmente a Roxana Rojas, quien se jugó junto a mí sus propias derivas apoyándome en los momentos más complicados de la escritura, viaje y edición de la novela. Gracias por mantenerme vivo cuando había perdido el aire para seguir escribiendo. En algún momento mientras corríamos en Bogotá, ella me quitó los audífonos. ¿Qué escuchas? Un testimonio, respondí apenado. Estas loco, vienes a correr para recuperar tu alma no para perderla para siempre, sentenció ella. Su inagotable humanidad me ayudó a contar esta historia. Siempre estaré agradecido por su amorosa entrega y su alegre compañía.

## Índice

EPISODIO 1 .....	11
EPISODIO 2 .....	57
EPISODIO 3 .....	71
EPISODIO 4 .....	133
EPISODIO 5 .....	157
EPISODIO 6 .....	197
EPISODIO 7 .....	207
EPISODIO 8 .....	353
EPÍLOGO .....	363



EPISODIO 1  
Cuaderno 4



Julio del 2010  
*La llegada*

Escucho rechinar las llantas del avión sobre la pista. Mi cabeza se sacude contra el respaldo. Quizás así se sacudió tu cabeza, escuchaste el ruido de las botas que se alejaron y sentiste el calor húmedo de tu sangre. No así, no tenías idea. Yo tampoco, hijos de su puta madre.

Atravieso el puente de embarque. Apesta a caño. Escucho a Charly García. *Sueño de un sol y de...* Cae uno de los audífonos sobre mi chamarra. Llego hasta la aduana. Pase, ¡click! noventa días. Presiono el botón de la aduana, luz verde, se abre la puerta de llegadas internacionales. La mochila en la espalda y otras dos en las manos. Alcanzo a ver a lo lejos una sonrisa entre varias. Rodt usa una playera de manta azul, bermudas con bolsas laterales y el mismo collar de maderas que trae desde hace tiempo. *Y llevas el caño a tu sien...* me quito el otro audífono.

El abrazo comprime el tiempo que pasó Rodt sin ir a México. Suspiro con rabia, siento ganas de llorar. ¿Cómo estás? Cinco años, cabrón, acentúa Rodt el ceñido abrazo. Soltamos el aire. Avanzamos hacia la salida. Qué bien verte, comenta. Uff, no mames, ya hacía falta. ¿Cómo fue el vuelo? Puteado, muy cansado.

Los ventanales del aeropuerto desaparecen al bajar. Rodt se acerca a las expendedoras de tickets. Mejor pagamos éste, aquí hay mucha vigilancia. Aturdido por el viaje lo sigo, por un momento se me tapan los oídos y vuelvo a escuchar el aterrizaje del avión. Rodt compra una tarjeta y cruzamos las puertas mecánicas rumbo a los andenes.

Tengo que explicarle. Tengo que repetir lo mismo, qué le voy a decir, ya no hay nada que decir, no importa. Rodt explica qué son los trenes Renfe. Éstos son los ferrocarriles de España; tenemos que ir primero hacia el centro y después tomar otro. Noto los años sin verlo. Ahora se le marcan las patas de gallo, las muecas sobre los pómulos y las venas en las manos, como un taquero que machaca un poco de carne sobre un tocón de un árbol.

¿Y tú en qué estás, vato? Él no deja de hablar sobre la ciudad. Mejor para mí. Tarda en contestar. Parece que ha repetido miles de veces esta presentación, tal vez un guía turístico al que no entiendo muy bien. Su tono arrastra las palabras con enfado. Te extrañaba, culero; ¿qué, cómo estás, cuenta? Bien, muy bien... ¿Pero qué haces? En la casa hay gente muy interesante ya verás. ¿Y el estudio de pintura está ahí? No, ese lo dejé. ¿Pero sigues pintando? No, tengo mucho sin pintar. Se abren las puertas del tren. ¿Dónde lo dejaste? Rodt se levanta sin avisarme y bajamos del tren. Se mete por todos lados un olor a madera húmeda y caño. Es un olor amargo. Se me cierra la garganta al pasar la saliva. No sólo es drenaje sino también meados secos y olor a gato viejo, ni El Arbolito huele tan mal. Subimos al siguiente tren. Caminamos por el pasillo interno hasta el final, salimos para volver a entrar a uno vacío. Antes de sentarse, Rodt toma el periódico abandonado en el porta equipajes sobre los asientos. Escucho los altavoces en los andenes. Puro ruido. Nos acomodamos en los asientos de cuatro puestos, dos frente a dos, con las mochilas a nuestro lado. Abre el periódico, mira por la ventana como avanzamos. Éstos son los ferrocarriles de Cataluña, dice mientras vuelve la cabeza abajo, alza el periódico hasta la cara y dirige su mirada al cristal. Lo alcanzo a ver por el reflejo.

¿Sabes cómo va la cosa allá? para qué contarle, no le ha interesado en años. No muy bien, acá no hay mucha información de México, regresa la mirada hacia la ventana. Ni por dónde verle, vato; este loco no ganó la presidencia, había un resto de raza encabronada y sacó a los perros. Sí está grueso... No se puede vivir; la mayoría o están en el Chuco o en el panteón. ¿Cuánto tiempo

te vas a quedar? ¡Uta! pues si quieres me voy. No seas nena. ¿Por qué preguntas? Es por la casa, para explicarles. ¡Ah!, pensaba armarme un baro pa' librarla; voy con una amiga a Alemania y unos días a Madrid, hay que ver, no sé.

Pasamos varias estaciones, veo un bosque con casas a lo lejos, ¿Y tú, qué pedo?. Suenan los altavoces, *Valdorech*. ¡Mira, aquí bajamos!, Rodt toma dos maletas y brinca a la salida. Corre a la entrada del andén con puertas corredizas de policarbonato transparente y encaja la pierna entre ellas hasta forzarlas para abrirse. Por fuera de la estación, unos chicos lo alcanzan corriendo con un par de bicicletas para entrar sin pagar. Salimos y sostiene la puerta para que pasen rápido y alcancen el vagón abierto. Caminamos ladera abajo sobre la calle. ¿Por qué tenemos que abrirla así? atravesamos el túnel por debajo del tren. El boleto solo sirve para una zona de la ciudad, si te pasas hay que pagar más; si lo pinchas ahora te van a sacar como tres euros. Comenzamos a subir con las maletas al hombro. El olor a montaña desconcierta mi idea de una ciudad con playa.

Se detiene Rodt frente a una tienda. Una chela para festejar ¿o qué, va? dos caguamas y las mochilas calando; ocho cuadras, subidas, bajadas. Mi madre te manda saludos. Y, ¿cómo está? Bien, tranquila, parece; también te mandan saludos Sofia y Javier, volteo a verlo esperando una reacción diferente con el nombre de su ex. ¿Y ellos? pregunta sin sorpresa alguna. Sofia, frustrada con la ciudad y Javier en lo suyo es bueno pero le vale verga todo, espero no se compre el boleto de ida. Él me señala una casa inmensa. Mira, aquí vive una francesa con su familia, son buenas personas; algunas veces baja por comida y subimos todo en su carro.

Dejamos atrás esa fachada y unas cuadras más adelante pasamos frente a otra casa más grande con un pony en el jardín frontal que se acerca hasta la reja. Rodt le acaricia su copete despeinado, le habla meloso y se despide: ¡Adiós, Pinchu, adiós! avanzamos hasta la siguiente casa. Abre la reja, rechina. Cierro los ojos, recuerdo el avión aterrizar, recuerdo su ropita por cualquier lugar, trago hiel en el estómago vacío. Tropezco con un tambor de

piel abandonado en el cajete de un árbol. Frente a la fachada en otro árbol cuelga una hamaca. Tiramos las maletas sobre las escaleras. En la entrada, el refrigerador estila algún suero rojo con olor a podrido. Atravesamos un pasillo oscuro. A mano derecha, una habitación con un polín en el centro para sostener el techo y una cubeta para las goteras; de ahí, caen telas de colores, seguro es de chica. La ventana da al jardín delantero, un clavo tiene atado un atrapa sueños yaqui. Amontonados en la esquina, un par de cartulinas con mandalas.

La segunda puerta, descubro por el olor que es un baño sin luz, poco tiene de bienvenida. En la sala, una chimenea central y dos ventanales altos que bordean la hoguera empotrada en la pared. Salimos por la puerta a mano izquierda. Atravesamos la cocina y a mano derecha hay un balcón. Son dos pisos y un patio con alberca. Caminando hacia el final del balcón; desde ahí se ve la entrada de la cochera subterránea, el jardín trasero con mariguana, berenjena y maíz. Las plantas brillan con el verde de retoños nuevos, altas, de dos metros. La tierra está recién zacateada.

Un barbudo con el pelo largo y lacio, sin camisa y con una tela amarrada a la cintura, trae el cazo de barro. ¡Grrriiuuuau! la gata persa maúlla, persigue el guisado que ponen en una mesa de centro. Hola, me llamo Mátiz, empiezan a sentarse los demás en el suelo. Rodt va a la cocina y regresa con una ensalada de ejotes.

Hola, Sax. ¿Sax?, preguntan mientras toman sus platos y se sirven. Me llamo Santiago, pero prefiero Sax. Voltea Rodt de reojo mientras aumenta las cucharadas de papa con tomate. Traen un pan árabe con jocoque o algo así. Se presentan uno por uno, son bailarines, músicos, cantantes, profesores de yoga. El cocinero es Mátiz, un diseñador gráfico anarquista. Parece un desfile algo bizarro, ¿qué falta? un abogado con delirio de persecución y un sacerdote budista. Comen y me retumba el crujir de la comida en las bocas. Se me revuelve la panza y bebo un trago de agua directo de la jarra.

¿Y tú?, escucho entre ellos. Fui periodista, pero ya lo dejé. ¡Oye! pero es algún tipo de adicción eso, habla Laura con obvio

acento oriundo. Algo así, me cansé de estar persiguiendo la papa por nada, además es un poco riesgoso. Bajo la mirada a mi plato y saboreo el cocido de tomate. Recuerdo la mesa en casa de Zuê, tenía un mantel blanco con anudados de colores. Esta casa aparenta nunca haber tenido un dueño, no sé cómo se descubre eso, no tiene rastros de una vida pasada ni de cuándo fue abandonada. ¿Cómo consiguieron el lugar? Entramos hace dos años, responde Mario. ¿Y el dueño no existe? Laura, traga rápido el bocado en la garganta. Le importa un culo lo que le pase a esto, si la tiramos por él mejor, tío; resulta que es más caro pagar los permisos para tirarlas que abandonarlas a que se caigan solas y a los vecinos pijos les vale un carajo, siempre y cuando no incomoden su fachada.

¿Y ustedes trabajan de...? Rodt deja el plato sobre la mesa y contesta. Aquí tiran todo aunque esté bueno; no te imaginas todo lo que desperdician, he vivido un año tocando música y haciendo lo que se me da la gana, sin trabajar. Mátiz con mucha propiedad y las piernas cruzadas enseñando los huevos aporta a la idea de Rodt. Nosotros reciclamos en un mercado los sábados; unos bolivianos separan para nosotros lo que está en buen estado y nos lo regalan.

Migue toma con la mano las últimas papas de la olla, cae una al suelo perdida entre los pies de todos y es rescatada por la gata; parece que van a pelear por ella. Le escurre tomate sobre los bigotes de Migue donde se le han comenzado a hacer dreadlocks. El otro día nos dejaron una sandía entera y una caja de tomate, la voz de Migue con el bocado de comida me recuerda el líquido podrido que gotea del refri, en la entrada. ¿Tú eres de México, verdad? Sí, de Hermosillo, Sonora. Sonríe lento y suelta dos carcajadas tontas. Rodt toma agua y pasa el bocado. Acá hay permiso para que los músicos toquen en las calles en puntos específicos de la ciudad, yo tengo mi credencial.

Los comensales poco a poco dejan la mesa. Tomo un par de platos y los llevo a la cocina. Desde la ventana del fregador veo a Laura trepando por la tela hasta el trapecio, estos cabrones viven de su cuerpo, no necesitan nada. Lavo algunos platos, Rodt me

pregunta. Sax, en un rato vamos a la ciudad, tengo una junta, ¿va? ¿En cuánto tiempo? Una o dos horas, responde. Dejo las ollas sin terminar de lavar y bajamos a la chochera. Rodt se mete a su cuarto. Acomodo mis cosas en un rincón, todo el sótano está alfombrado con pedazos de diferentes colores. Rodt, echa grito, ¡En hora y media! Tiro un colchón abandonado y lo arrastro contra la pared, me recuesto sobre el, sin cuestionar el tiempo o el por qué ir.

Me levanta Rodt. Ey, cabrón, vámonos, ya es tarde. Corremos desde la casa hasta la estación. Brincamos las puertas y tomamos el tren. Rodt está aún menos sorprendido que yo de mi llegada, como si hace un par de semanas hubiéramos ido de peda. Rodt se pierde por momentos con la mirada fija; escucha el ritmo de tambores con sus dedos sobre el pecho. Se monta en un monólogo explicándome las calles sin esperar respuesta. Uno tras otro los comentarios se me pasan de largo. Me da la impresión que él podría estar tramando un asesinato o un ataque anarquista y daría igual.

¿Y tu esposa?, interrumpo otra explicación turística. No sé, tengo dos meses que no hablo con ella. Pero... ¿cómo se llama? Nayala, voltea a verme la cara y regresa a su ritmo en el pecho. No hace gestos mayores, sólo levanta la cabeza y la recarga contra la pared del vagón. Su rostro se pierde, tan familiar y tan ajeno...

Esta reunión... ¿de qué es? Es del proyecto que te conté en el correo; estamos creando un aula de música en los campamentos de refugiados en Argelia y en octubre voy a llevar todos los instrumentos.

Llegamos a Plaza Cataluña y caminamos por los callejones hasta otra avenida grande. Nuevamente el olor a meados. Veo entre los peatones a un chaval de corbata con piercings y expansiones. Corremos, son casi las 7 y la junta era a las 6:30. Atravesamos la avenida y veo el nombre de la estación Jaume. Paramos en un portón de casi tres metros. Madera de color verde pistache, viejo y polvado por la contaminación. Subimos las escaleras y sobre el primer descanso saca una tarjeta y abre la puerta.

Entramos y giramos a la derecha dos veces, atravesamos un pasillo con varios cubículos; apilados contra la pared hay algunos

tambores, una guitarra, un árbol de ritmos y un piano con una manguera. El último salón son dos mesas largas rectangulares, caben casi catorce personas. Al fondo está un ventanal que da a un balcón sobre la puerta de la calle. Hola, qué tal. Hola, Carolina. Sax. Angélica, qué tal. Sax qué tal. Luis, Everardo. Desde el fondo escucho un grito refiriéndose a Rodt, ¡Rodri!, uff eso es peor que Rodt o Rigo. Termino de saludar mientras me tropiezo con los dos besos. Mila, hola; qué bonito nombre ¡me encanta! ¿tocas? No, soy periodista. ¡Uy! qué pena, me encanta el saxofón. A mí también, me llamo Santiago, pero prefiero Sax.

Rodrigo me presenta rápidamente para iniciar la reunión. Él es Sax un amigo de México. Algunas miradas interrogan más que otras. Comienza la junta y terminan de arreglar los detalles de un concierto. Parece que todos son músicos. Dos de Ecuador, uno de Chile, uno de Perú, una francesa solista y una pelirroja española, estudiante de audiovisual. La francesa aguanta un arrimón. La pelirroja ni se diga, está mami. Rodt me pregunta, ¿Entonces sí te apuntas? Sí, no hay problema, pero así como lo pintas necesitan coordinarse con una organización de Derechos Humanos. ¿Y tú, nos puedes ayudar con eso? Sí, no hay problema; también tienen que preparar un equipo de emergencia acá, algunos voltean con cara de angustia. Sí, todo eso nos lo explicas la siguiente reunión ¿va? Ta' bien, yo les cuento.

Tres horas y media después salimos de la reunión corriendo para alcanzar el tren. Me pidieron hacer una propuesta para recabar testimonios de derechos humanos en los territorios ocupados. No les entusiasma escuchar sobre seguridad; pinches músicos, les tiembla el flan. Tampoco les hace ilusión que se les vaya Rodt a la zona ocupada y menos cuando se enteraron de los riesgos. Pareció impaciente Rodt con mi respuesta. ¿Por qué no me dijo? Se va en un mes para allá y después para los campamentos. ¿Dónde voy a meter mi culo cuando éste se vaya?

Quedarme, adaptarme a esta putada con sus músicos y sus gimnastas. Aprender eso que me vuelve ajeno, meterlo bajo mi piel pa' que no me chinguen. ¿Regresar? Escucho en mí, no hay nada

allá, no te mientas, no hay nada. Rodt suelta su voz con algo de disculpa. ¿Qué piensas? ¿te gusta la idea de coordinar lo de derechos humanos? Sí bro, suena bien... ¿cuándo te piensas ir? La angustia me comienza a calentar la piel. Para agosto, responde. ¿Y a vivir allá? Ah, para octubre. Hablamos muy quedo, el crujir del tren sobre las vías casi nos aturde. Ya no quiero estar acá, termina diciendo.

No le sostengo la mirada mucho tiempo. Él regresa a su cristal donde se le reflejan los gestos. ¿Podría él estar más puteado que yo? Ya no aguanta. Empiezo a sentir el cansancio acumulado. ¿Dónde voy a dormir? ¿Cómo voy a quedarme si se va? Siento el frenón del tren, ¿qué es lo que está pasando Rodt? ¿Por qué te vas hacia allá? Las llantas del tren truenan contra las vías. Mi decisión, mi camino, responde.



### *Inés*

Si existe una posibilidad, una en un millón de levantar una piedra y encontrar una Inés. Una Inés en verso, en canción andina, una Inés mágica. Inés en pelotas. Maquillada para su moro. Inés como interrogación. Inés de ayer, de casa, de calle. Inés de olvido y verso en las pupilas. Inés tan Inés se convierte en el hogar de los transeúntes, de piratas. Diccionario para poetas desahuciados, sin palabras de amor o desengaño.

Caminamos hacia la casa. El atardecer se filtra entre los árboles con piel blanca, verde y roja. Es ese último momento cuando la noche permite escuchar su alboroto. Comienzan a encenderse los arbotantes. ¿Quizás las linternas en la calle son una flama de aceite perpetuo o luciérnagas del Amazonia secuestradas? Inés avanza un metro por delante, mis sandalias jadean y rechinan por toda la calle. Ella carga sus cosas en un bulto de manta fiusha. Viene de La Nave con sus mayas verdes. Cuando suenan los pasos arrastrándose creo que las personas no tienen ánimo, me dice. Mis pasos dejan de sonar y los suyos atormentan las hojas del camino.

Pasamos frente a la tienda de las chelas sin detenernos. Subimos por una diagonal hasta la calle Jardí. Ella con su paso en ritmo y yo, sincopado en el terreno. Ahí va levantando polvareda. De qué le sirvió estar en Brasil si siempre va con prisa. Poco más baja que yo, un metro con setenta, risos rubios y ojos claros color miel verdosa. La piel dorada y la mirada fija, la voz llena de catalanismos y otros acentos más de colombiana, boliviana o argentina. Siempre cariñosa, brinca sobre todos encaramándose a los brazos mientras te hace alguna caricia en las manos. ¡Ey narizón! me dice con burla. Esperando que la alcance.

Cruzamos la cerca y ella pierde el ritmo de los pasos. Desenreda su exactitud. Tropieza y se adelanta. Percibo el olor a comida. Escucho el grito en la cocina. ¡Waaa! ¿Qué preparas? Mientras voy entrando se mezcla por todas partes el olor a curry, aceite de oliva, el ajo y el pan recalentado en el horno. Rodt sale a pedirme que cuide el cazo. Ella lo toma de la mano y bajan a la cochera donde adecuaron su habitación con maderas abandonadas y cartón reciclado acomodado con unas cuantas grapas y clavos. El cuarto de Rodt es una imitación de una casa de tela árabe con alfombras tejidas a mano y telas de colores colgando sobre las paredes. Me contó que las compró en Mauritania y Senegal.

Cuando regresan ya estoy llevando la comida a la mesa de centro en el balcón trasero. Ella trae un pareo morado con decolorados de azul cielo y pequeñas estrellas doradas, él un vestido blanco como túnica de tela ligera. El calor es agobiante con la humedad del verano. Rodrigo va por unas velas para iluminar la mesa y otras más para delinear el barandal hacia el jardín. La luz se refleja en los ojos de Inés resaltando el brillo verde esmeralda. El fuego baila dentro de sus pupilas. Se recargan en un par de cojines que trajeron de la sala. Ella retoza entre las caricias de Rodt mientras voy por agua. Pongo el pan sobre la mesa, comienzan a partirlo. Algunos gestos de Inés son de una leona seduciéndose. Al destapar el cazo, la marea de olor la antoja y se reclina sobre la mesa; asomándose, el pareo se abre y el vapor se impregna en los pechos con pezones de oro. Les paso los platos aunque soy el único que se sirve en ellos.

Cenamos, departimos la comida con el hastío acumulado en la piel pegajosa e impregnada de bulla. Dejando los platos en la cocina, escucho a Rodt. ¿Sax, quieres ir a la alberca, está llena? Ellos se adelantan cruzando la jungla de marías y berenjenas. Termino de llevar algunos trastes y voy por mi traje de baño. Regreso con toalla y chancas, listo para quitarme el sofocado asfalto urbano. A lo lejos veo que ella se desata el pareo del cuello y deja caer la tela sobre sus pies. La luz de la calle atraviesa su piel dorada y su espalda recta. Se para sobre el filo de la alberca completamente desnuda, levanta los brazos al aire, se sostiene en puntas por un instante y brinca. Él espera en el agua para recibirla cual jeke árabe.

Me acerco hasta el borde para quitarme el traje de baño y saltar a la alberca adaptándome a la regular desnudez de la noche. Tres o cuatro brazadas y termino en el otro extremo de la alberca. Rodt, bueno, no es muy grande pero es un lujo ¿Cómo sufres no? Inés atraviesa las palabras chapoteando de ida y vuelta ¿por? la alberca, toda una profesional. ¡Ey narizón! Con una pataleada salpica mi cara llamando nuestra atención. ¡Inéees! Gritamos los dos. Pinche vato, no mames, vives en otro mundo ¿Cada cuánto llenan la alberca? Le pregunto. Bueno cada tres o cuatro días y máximo a los seis la vaciamos sobre el huerto para que no se desperdicie. Está buenísima el agua. Inés sale a la orilla de la alberca y brinca haciendo una bomba; toma aire para abrazar a Rodt y robarle un par de besos. Me alejo. Ella se despide. Bueno papi te espero en el cuarto. Si Ini ahora voy. Le responde Rodt. Ella sale alzándose de un tirón sobre la orilla de la alberca. Se escurre el pelo mientras el agua corre sobre sus pechos dorados y sus muslos torneados. Gira sutilmente el cuerpo frente a nosotros y camina hasta el pareo, lo amarra y se pierde entre el jardín-huerto de marías y berenjenas.

Rodrigo se pierde tanto como yo con la salida de Inés. Ninguno de los dos comenta algo. Obvio es la chica de Rodt qué voy a decir. ¡Está buenísima! No, no mames. Tampoco es necesario decirlo, el silencio mutuo lo conozco muy bien. Él sale de la alberca orgulloso como pavo real, sabe que su chica lo espera en la habitación. Aguardo a que el agua se estanque. Entra la luz de la calle sobre

la alberca. El agua en reposo me transporta. Intento descansar. Cierro los ojos y te veo. El agua late. Te veo por la mañana cuando me despediste con un beso, pensabas que iba a Chihuahua. Escucho la puerta tras de mí como una frontera. Ella tampoco sabía, ¿cómo decírtelo, para qué? Abro los ojos, veo las velas del balcón como atraviesan la jungla-jardín. Era igual a ver por el retrovisor en la noche y que los carros me encandilaran. Sumerjo la cabeza para limpiarme la cara y nuevamente dudo si los arbotantes son lámparas de fuego eterno o luciérnagas del amazonia secuestradas por Inés.



*Mila*

Escaleras eléctricas a las once de la mañana en la estación Fontana. Aún sin entender lo que dicen los altavoces. Subimos y nos encontramos con Mila sentada en una banca frente a la salida. Sandalias, pantalón negro y blusa morada escotada. Creo, la más catalana que he conocido. Ve a Rodrigo y pega un salto. ¡Hola chicos! ¿cómo les va? Mila qué tal. Responde Rodt mientras da los dos besos correspondientes. Todo el día repartimos flyers del concierto en ESPAI de Jove.

Por la noche, ya pasa la hora para iniciar el concierto pero el lugar está más vacío que un panteón. La barra de cerveza es lo único eficiente en ese momento. Falta que se caiga sobre los músicos la lona del fondo. Sube el primer grupo y abre con un par de canciones de reggae. Para ser artistas no parecen adictos, ni desvelados, ni que vomiten sobre sus novias, todos bastante comportados, ¡que bien! una fauna que ha evolucionado. ¿Será por eso que no hay nadie? Seguro sí. Sirvo las chelas mientras veo algunos fans de los tres tipos perdidos en el escenario. El vocalista intenta hablarle a un público ausente. Lleno una jarra con la espuma que se queda de los vasos que nos regresan.

Sostengo un vaso listo para servir la cerveza, ¡click! Levanto la mirada y el tiempo se detiene, se detiene el planeta, se detiene la

risa de los asistentes. Un pez rojo con ojos azul turquesa asoma la mirada inmensa tras un cristal réflex gran angular. Mila toma las fotos. Una mueca mía. Calculo la presión del barril para entregarla con la espuma exacta para que conserve la temperatura y no sea un capuchino. Volteo y giro mi rostro imitando su postura torcida con la cámara frente al rostro. Su gesto atrapa al incauto que se re-nombra en los negativos. ¡Eh, cuándo vas a tomarle una foto al cantinero! Ella voltea intentando fingir algo. La miro aturdido entre el vacío del lugar. Siento lo frío de la cerveza en mis manos y regreso la mirada sobre el vaso desbordado. ¡Click! de reojo veo el objetivo sobre mí. Se contorsiona para tomar la foto, su gesto azul inspecciona la textura de mi atrevimiento. Mi saludo ajeno en el rol de cantinero.

Mexicano dame una cerveza. Cinco euros, contesto. Ay mexicano no te enojas. Otro ¡click!, y el flash estalla en la obscuridad. Ella pone la mano sobre el relámpago para no quemar la foto. Le doy su chela.

Avanza el tiempo y a la media noche, las trecientas cincuenta personas que pagaron su boleto brincan sobre la mitad del salón. Tiembla como si estuviese lleno. Una morena con ojos claros y de pantalón púrpura ya dejó su número, es la misma a la que le di un flyer en la mañana. Bueno, valió la pena. Vamos por el tercer barril y el cuarto grupo, Microguagua, el más conocido del barrio. A ver si se rifan. Esto no parece toquín. Brinca Mila y entra a dejar la cámara entre las cosas. Mexicano, me voy a bailar. O.K. ta'. La barra siempre ha sido espectador de lo ajeno. La barback no bebe una gota pero me pone un hielo en la jarra de espuma acumulada. Sabe la lealtad del oficio. Nada nuevo entre las mañas cantineras. Malo que no son tequilas, esos sí valen la pena ir juntando. Espero un momento y doy el primer trago a la noche, un sorbo a mi guardadito de babas. Alcanzo a ver a Mila junto al escenario. Reggae y música mestiza que retumban en el salón a medio pelo.

Cerrar la barra nunca es problema, cerrar el lugar sí; nunca sale como esperas, nunca encuentras a los que necesitas y siempre serás el último. Los músicos sacan los bombos y los suben al carro

de uno que había estado en la reunión hace días, creo es el chileno. Se va decentemente con todo el equipo en un Peugeot de tres puertas. Caminamos Rodrigo, Inés y yo sobre las calles de Gracia hasta un parque, ella toma agua de un bebedero y llena una botella que saca de su poncho fiusha. ¿Y aquí qué? Pregunto. Toca ir hasta Valldorexh. Rodrigo no se ve tan satisfecho con los resultados del concierto. Inés brinca y salta como si las últimas canciones tuvieran eco sobre ella. Yo arrastro los pies. Apesto a alcohol y parezco un bebedor de larga carrera que no se terminó su copa.

La barra deja sus estragos. Los vampiros modernos, sin lujos, ni glamur o elegancia. Por lo menos estos días tendré una recámara. Abordamos un camión que nos deja a una cuadra de la estación y caminamos hasta la casa. El olor a incienso y los mandalas arrumbados me recuerdan a la fúnebre dueña del cuarto. Se fue a recorrer España bailando y haciendo fuego en las plazas de las ciudades. Ojalá no regrese. Además, muy hippies pero bien que amenazan para que les dé su cuarto en septiembre. Su primavera no me convence aún, se mantiene fría.



### *La Pacha*

Suenan las campanas de viento. Llevo un rato dando vueltas sin querer levantarme. Ensoñado, en mi cabeza escucho una canción de Jaime López. Ese cabrón tiene onda, tiene rock. Maldita velocidad que atropella todo. Intento recordar la canción. No sé si te gusta esa.

Abro los ojos, en la habitación revolotean las hojas de la carta que te escribo. Suelto el aire. Busco la libreta para terminar de contarte. Leo la última línea que ayer escribí: *Allá no existo, Zuê, me arrebataron todo*. Vuelvo a leer ese *todo* como si latiera. Reinicio la escritura en la página a medio terminar: *Ayer ya no te escribí más, llegué cansado de estar en la barra, ya sabes cómo es. ¿Dónde andas mujer? ¿qué haces? dormida supongo ¿o estás buscando un inquilino para el vacío en tu cama?*

Tal vez buscaste en el cajón las palabras que te escribí. La libreta tiembla cuando la nombro, inhalo, escribo: *No puedo con esto, Zuê, no tiene sentido ¿tú puedes?* Detengo la escritura, exhalo. Cierro los ojos, trago lágrimas de rabia. ¿Cuántas horas menos son allá? ¿Estarás apenas cerrando la barra? Inhalo, te imagino guardar el ron y el tequila, nunca fueron tu primera opción, tomas la última onza de Red Label que tenías en el mostrador y la sirves en el vaso sin hielo, exhalo. Abres otra y comienzas a ver cómo se vacía. Entrás a tu correo en la computadora del bar; lees mis cartas y tragas ese whiskey, ahora con hielos. Ignoro mi respiración, tal vez vuelvas a leerlas pero en ese momento no necesitas mis palabras desesperadas; las imprimes, haces el corte de caja, cierras el bar. Llegas a tu casa con la botella a medias. Quizás, vas a ponerte un rock como alarma para despertar. Con ese calor seguro dormirás desnuda. Observarás mis palabras largas junto a tu altar de piedras en la cómoda y en realidad sólo encontrarás mis letras como flemas impresas en tinta... Abro los ojos con la respiración agitada.

La habitación se oscurece por una nube. En la ventana veo cambiar los tonos de luz. Me gustaría que mis palabras sirvieran para algo, que las revivieran pero únicamente las sepultan más. Igual mis textos y yo escribiéndote y queriéndote como te quise después de que salías del bar, cuando aún no era tu hora de dormir, ya no sirven para nada mis palabras. Me siento, recargo la espalda contra la pared y cruzo las piernas, regreso a la libreta: *Zuê, quiero decirte más. Quiero decirte que estoy bien y que me distraigo con Rodt pero no es así Zuê. No puedo olvidar. Sólo puedo contarte como entretengo al tiempo antes de cruzar palabra con cualquiera, antes de enterrar conmigo los minutos y las horas de este día y estos días.*

La pluma rasga el papel, escucho silencio sobre el texto: *Necesito tu sexo con sabor a almendras. De vez en cuando, voy a la tienda de las chelas, compro un seis y me siento en la banqueta a saborearte en la memoria entre trago y trago.* Tomo aire, alineo la hoja rota: *Te soñé, fue como si explotara una estrella por la noche.*

*El dolor de perderte fue la contracción de la gravedad que nos trituro. El vértigo del planeta me mareó. El universo puede ser fulminante, Zuê. Doy vuelta a la página. Gira y gira el tiempo sin alcanzar tu noche, imagino las nubes oscureciendo la luz de la luna. Cierro los ojos y te alcanzo a ver caminar por la banqueta con tus caderas pronunciadas como otra versión del silencio. Únicamente duermes mientras escribo: Te acaricié, te di un beso y regresé a mi aquí. Estabas en el desierto, una casa de preguntas. Un coyote acechaba. Sentí tu aliento y tu voz. Tu boca se convirtió en agua. La presa vio por un instante los dientes de su predador. Acaricié el caracol fosilizado que me regalaste y que ahora cuelga en mi pecho.*

Sostengo mi pluma sobre el papel: *Escribí esto, Zuê. Ya sabes, cursilerías... Silencio, turbina que aturde los días. Silueta, paradoja de un tacto, ahí donde sea, crisis del tacto. Barcos encaillados sobre tu arrecife, llorar derivas. Silencio, voy a mí, a donde te siento, tembló tu pulso sirviendo el whiskey. Bálsamo para curar cicatrices.*

Recargo la nuca contra la pared. Busco la estrofa de Jaime López que me despertó. La libreta oxigena la angustia al tiempo que se llena de palabras. El papel en blanco es igual a un espacio para buscarte y regresar a Juárez. Quizás está en el iPod. No la encuentro. La tarareo en mi cabeza: *Es aquí donde hace el amor la marea... Esa canción la escuché aquel día bajo la lluvia. Cuando te encontré en el portón de la casa con tu vestido bem cintado y tus zapatillas negras. Días antes de descubrirlas muertas. Ahora es así. Zuê, no tengo cabeza para lo que me pide Rodrigo, él no tiene ni puta idea en lo que se está metiendo. Leo Zuê, me encanta el nombre.*

En la habitación regresa la luz del verano. Comienza a levantarse la humedad. Aún no ha despertado nadie, el silencio se extiende a ras de suelo por toda la casa. Puedo presentir las pisadas de la gata sin dejar huellas, olfateando la olla sobre los trastes y evitando esforzarse por saltar y no encontrar nada. Detengo la mirada sobre las telas que caen desde el techo. Regreso a la carta: *Mujer, trato de no darle mucha libertad a la cabeza ¿Te pasa lo mismo? Me voy para Alemania. Así saco todo de mí...*

Interrumpe un acorde de bossa atravesando el patio delantero. Volteo a la ventana. No me chinguen, suspiro. ¿Qué derecho puedo tener ocupando una recámara en una okupa? Ocupar en la okupa... Mamadas, esto me pasa por amanecer entre crucigramas hindi pintados en cartulinas. No cesan las campanas de viento tras el vidrio. Extiendo los pies y alcanzo las telas que crean una pared entre la puerta y yo. Al estirarme se mezcla el aroma del incienso impregnado en la habitación. Canela, jazmín y mota. Dormir sobre sábanas sin sudor ajeno. Tus sábanas olían a sol. Busco tu cuerpo.

Rechina la puerta. ¡Sí, adelante! Entran Inés y Rodt. Cierro la libreta y la arrincono contra la pared. ¿Qué pedo, para qué soy bueno? Rodt e Inés se recuestan en la alfombra. Nada güey ¿entonces, qué sigue? Pregunta Rodt. No sé vato, ¿qué pendientes quedan? Él se recarga en la pared frente a mí, responde. Queda mandar unos correos a Proyectos de Conciencia. Si quieres yo lo mando, ¿qué más? Nada, sería todo. Él asume que ir a una zona ocupada militarmente es lo mismo que ir a la playa de ride.

Pues ya se armó, dice Rodt. Suelto el aire. No, cabrón, tienen que grabar las medidas precautorias, no se pueden ir sin ellas. Lo volteo a ver, espero que recuerde las condiciones de seguridad para su viaje. Migue entra con la bossa sin avisar. Inés y Rodt voltean sin aprobar su entrada. Le pido a Migue que salga. Oye estamos ocupados. Me sale lo culero muy fácil con ese plebe. Rodt me da a entender que no dará problemas. ¿Y qué tienen que decir las medidas? Mmm, tu nombre, Rodrigo Montemayor Trejo, tu número de identificación, qué vas a hacer allá, y quién debe ser responsable en caso de que les pase algo. ¡Ay no, eso es muy feo! dice Inés escandalizada. Sí Inés, pero es más feo que te desaparezcan sin tener cómo localizarte ¿no? Bueno, pero tienes algo escrito, interrumpe Rodt. A ver, te vas a una zona ocupada por el ejército y esperas que tenga algo escrito yo. Exhalo. De la libreta saco un texto que me enviaron con los lineamientos para las medidas precautorias y se lo entrego. Ahí está. Lo leen y Rodt le indica a Inés que se lo aprenda. Saca la cámara pues, me dice. Regresa la ansiedad por escribir tu carta y no escuchar pendejadas.

Toma tres: Yo, Inés Carboné Rovira con números de DNI: 3878962J, como observadora de Derechos Humanos por parte del Centro de Derechos Humanos, Coordinadora 28 de mayo con sede en Guadalajara, Jalisco, México, testifico que el día lunes dos de agosto viajo a la zona ocupada del Sahara Occidental, a las cercanías de la ciudad, El Aaiún, con el fin de realizar una serie de entrevistas y videos documentales sobre las condiciones de vida de los habitantes. Mi estancia en la zona ocupada del Sahara Occidental será del día 3 al 22 de agosto de 2010. En caso de no tener alguna información sobre mi paradero, responsabilizo al rey Mohammed VI, a las autoridades de la monarquía marroquí, a las autoridades locales de la ciudad de El Aaiún, al ejército de la monarquía marroquí, a los representantes de Corps. Inés Carboné Rovira, lunes 2 de agosto de 2010. Barcelona, España.

Ahora tú, Rodt, le comento mientras observo la libreta que arrojé en la esquina. Pregunta Inés. ¿Y por qué se hace esto? Ya te dije, se utilizan porque los putos derechos humanos no existen, no hay forma de comprobar que tu trabajo es de riesgo, así que toca hacerlo. Si te pasa algo, es pa' saber a quién preguntar por ti; eso o que traigas a tus persecutores con el arma y tú con el tiro en la panza y que ellos confiesen que sí te dispararon. Ahí tú veras, huerca.

Migue nuevamente comienza a tocar su blues en bossa. ¿Tú qué, llegaste a una plaza o qué Güey? tenemos que terminar esto, aguanta cabrón. Él aumenta el volumen de su guitarra como sá-tira respuesta. Suena por toda la habitación la alegre melodía. *Pa pa, para papa, papara, pa pa para papa papara...* Cabrón, vamos a grabar, aguanta. Migue me responde. Ah de verdad, ahí les van mis éxitos... Rodt guarda silencio sin intentar convencerlo. Lo miro buscando no armarla de pedo o que me autorice darle unos putazos, que al cabo es de Hermosillo y no va llorar el puto.

Rodt no responde, ni se inmuta. Continúa recargado contra la pared. Y sonríe mientras comienzo a desesperar Migue suelta su canción.

*Si tú me abres las piernas  
espérame un momento a terminar,  
para ir como semillas,  
para convertirme en árboles.*

Mismo ritmo en bossa...

*y sentirnos orgullosos  
que a tu piel astillarán.*

*Escuchen los gemidos,  
escuchen nuestra interpretación.  
Escuchen...*

¿Qué, no te gustó? me pregunta Migue; si son mis hits, esta sonó en la radio. Cuál pinche radio cabrón, estamos en la recámara. Inhalo para no explotar. Todos están en todo menos en lo que se necesita. En todo y sin Zuê. Rodt se desentiende de grabar las medidas. Inés se recuesta sobre el pecho de Rodt y desperdigan su placer haciéndose masaje. Inés acompaña la bossa con gemidos estereofónicos en mi puta mañana. No sé si esto es lo que entiende Rodt como medidas precautorias. Espero que no o nos va llevar la verga.

Migue mantiene su canción sexualmente ambientada por Inés. Aunque el exhibicionismo ya no les cohibe. Perdón güey, hay días que... Rodt se disculpa. Migue responde. Hay libido en el ambiente, aquí en la radio está así, radio gemidos va de este rollo sabes, tranquilos, tranquilos; de hecho, ¡están súper tranquilos eh! Tenemos al mirón pero eso es parte de la fotografía; buen chico, igual morbo ya no le queda, sabes; con la vida que ha tenido ya el sexo le aburre, ahora le gusta el golf. Migue me voltea a ver esperando que le dé una sonrisa de aprobación a su estúpida broma. Inés continúa. ¡Ay! tiene cara de aburrido. Rodt le sigue. Es un golfo ese morro, un gigoló. Migue. ¡El golfo de México! Ese chiste es viejo, aviéntense uno nuevo por lo menos, respondo. Rodt ríe y se

levanta. Vamos a... Migue lo interrumpe. A preparar algo. En otro tono le pido a Rodrigo. Llévate a este cabrón, no mames. Migue se defiende. ¡No, no!, tengo que grabar mi programa matutino. ¡Mm-mta! además de afinar entre gemidos la recámara ahora tengo que escuchar las nuevas, pinche puto, respondo.

Volteo a ver a Rodt esperando que ponga orden y saque a Migue de aquí. Rodt me evita. ¿Rodt, no vamos a grabar el otro video? Él contesta. Voy a preparar el desayuno ¿va?... ¿Y me vas a dejar con estos? Migue responde con el guitarrazo de la primera versión de su bossa nova. Inés se acomoda entre las almohadas para escuchar a Migue. Volteo a verlos sin renunciar al reclamo asumiendo la derrota. La carta está ahí, alardeando, en una esquina sin que pueda terminarla, intentando decirte, intentando regresar a ti. Migue se relaja sabiendo que ha ganado y no le van a interrumpir su viaje ácido.

El silencio que me dejaba escucharte ahora suena a nada. Migue permanece cantando sin mellar su orgullo. Veo la libreta. No conforme con tocar sus canciones, Migue insiste en hacerme enojar. Quita la cara de zombi, loco, tienes que dejarte llevar. Lo volteo a ver sin responder. Inés comienza a hacer ejercicios de estiramiento. Sentada, abre las piernas y baja la cabeza hasta las rodillas. Sus mallas viejas, transparentan la piel y marcan la tanga de encajes. Suelta el aire y gime. Migue la alienta. Eso, amor, suéltalo todo Migue continúa con su guitarra sonorizando los pujidos de Inés.

Migue no ha comenzado su programa y suelta un grito. ¡Radio gemido, aquí seguimos en medio de radio gemido! Inés acompaña, ¡Ahhhaaaaaahhh!, f.m... f.m... f...m... No resisto las ganas de correrlos. Disculpen que les interrumpa su orgasmo radioutópico pero si quieren un programa, entonces váyanse a hacerlo a otro lado y no estén chingando. Inés. ¡Ay no seas así! léenos algo de tu libreta que siempre traes, ¡anda!

Me estiro hasta la libreta antes de que ella la alcance. ¡Anda! insiste Inés. Migue comienza a tocar el bossa. Veo a Inés rogándole que me libere, pero no, Migue pone la mirada sobre el cuader-

no intentando arrebatármelo con su fuerza Jedi, sin lograr nada. Vuelvo a observar a Inés esperando que su sensibilidad me dé la razón. Migue se estira para intentar tomar la libreta. La tomo yo antes que él. Resignado, abro y hojeo las páginas con fragmentos de la misma carta para Zuê. Descubro un cuento que tenía perdido entre las hojas. Busco la absolución a esta ridícula escena de un músico tripeado, orgasmeándose con mis recuerdos. No me interesa que me escuchen pero tampoco quiero dedicar más tiempo a discutir.

Ahí les va:

Un barco de papel que es llevado como suerte de velero por un papalote. Una cometa sostenida por un barco de papel como pescador. La luna y la roja estrella, el mismo cielo.  
Viento y agua de mar sin distinción.

Salí de casa sobre el papalote con la caña de pescar.  
Brillé de noche y fui tormenta.

Salí a navegar con la bandera pirata.  
Tropecé, caí, perdí el ancla. Se hundió y volvió a ser barco de papel.  
Y volví a ser navegante.

Me fui hasta lo más alto del cielo. Atrapó algo la caña de pescar versos. Navegantes sobre un mar. *Somos somente a fotografia*. El barco fue pinchado por el anzuelo. La cometa detiene su deriva.  
Una fiesta cómplice hace que el uno sin el otro se pierdan.

El barco tiene una vela que lo jala desde el cielo por una cometa. La cometa no se pierde porque es sostenida por una cuerda de mil colores que lleva al barco.

Las letras se mezclan entre el cielo y el mar. El agua juega con ellos. La brisa y las tormentas los llevan juntos a islas nuevas.

Mi voz deja de sonar sobre el ritmo de Migue. Terminó mi turno de radio gemido, espero. Inés parece que no escuchó el cuento, solo pregunta. ¿Por qué nunca sonrío? Migue responde. Para él la risa es banal, todo lo de más es hipócrita, maldito, podrido. Inés continúa. Es una podrida, una maldita podrida. Me arrepiento de haber leído. No tiene caso discutir con ellos. Les da igual ver la mierda sobre la que duermen. Migue inicia su versión musicalizada de la okupa. ¡Ahí les va! *El rock del Mátiz...*

El cuaderno a mi lado me recuerda lo que soy. Los veo y no entiendo en que me estoy convirtiendo. Migue se expande en mi cuarto. No, no tiene nada mío, no será mío y no deseo que lo sea.

Este pelado no va a recordar nada de esto. Sólo desperdicia ese ácido para tripearse y fingir. Inés alcanza a llegar a sus propias conclusiones entre el orgasmo radiofónico. Claro, entiendo, entiendo... este ritmo ¿verdad?. Migue sale de su trance, acaricia a Inés soltando la guitarra y le responde. Ya no nos vayamos tan lejos, esto es un... un pedacito del cansancio psiconáutico trópico australopitecos. Inés suelta la carcajada. Migue voltea a verme. Le encanta, le encanta, mientras le manosea las chichis y le mete los dedos en el culo sobre los leggings semi transparentes de Inés. Voltea con ella y le susurra. Suelta todo, dale candela, dale candela. Inés se estira, truena la espalda y gime, ¡Ahhhaaahhh! Se esparce el pelo ondulado sobre la almohada. Ahí está Inés, la leona. Espero que le sirva en el desierto ser leona.

Ya despide tu programa hedonista, Migue; le digo. En mi libreta, las líneas abandonadas de la carta a Zuê: *Después me voy para Alemania...* Migue, desde lo más alto de su ego toma la guitarra y despide el programa matutino. ¡Vamos a despedirnos, aquí radio gemidos... Inés gime haciendo la cortinilla de salida, ¡Ahhhaaahhh! ¡Ahhhaaahhh! Migue termina. Y bueno, esto fue todo por hoy, espero que hayan disfrutado de la emisión, muchas gracias; sigan disfrutando de esta oportunidad de vida. Inés lanza dos besos a la grabadora de audio que tengo sobre mi mochila. ¡Muuuach! Migue se despide. Nos vemos en la siguiente emisión. Inés hace los incidentales de cambio de programa. F.m. f.m.

f.m... termina con la imagen icónica del programa, ¡Ahhhaaahhh!  
¡Ahhhaaahhh! ¡Ahhhaaahhh!...

O.k. chicos, lo propio no funciona así que lárquense a la verga, cabrón. Volteo a ver a Inés y le hablo con la mayor dulzura posible. Ini, sino vamos a hacer las medidas precautorias, ahorita los alcanzo, pero váyanse a gemir a otra parte. Inés le comenta a Migue. Ya vez, yo creo que está mal cogido; haber papi, dígame, ¿no le han metido el dedito por ahí? estas mexicanas no se liberan y mira cómo los tienen. Migue remata. ¡Morados seguro! Trueno la boca, es el primer gesto catalán que he aprendido. ¡Vete a la verga, puto! Vuelvo con el tono cálido. Ini, anda, deja me cambio y desayunamos. Inés. O.k. papi pero no se me estrese. Salen murmurando, diciendo algo sobre mí.

El bossa aturde mis oídos y continúa rondando por la casa, invadiendo a cuanto habitante se encuentra. El viento sopla, ya casi es medio día. Leo sobre la última hoja abierta en el cuaderno: *whiskey, bálsamo para curar cicatrices*. Intento recordar tu voz, tu olor, tu mañana. Intento respirarte. Saborear tu sal. Me pongo los audífonos.

Jaime López está ahí. Con su rush, con su rock, contigo en ese portón. Encapsulando el agua de la lluvia en un par de estrofas. Leo la carta y me tranquiliza sentir la ansiedad de pensarte. Mi memoria se espesa casi hasta poder tocar tu piel, hasta que la música saca a Inés y a Rodt y a Migue de la habitación. Tenerte así, cerca, en mi no tacto. Poder terminar las boberías de todo esto, terminar conmigo tal vez: *Me tenía que ir para evitar problemas, tú lo sabes. Merecía quedar olvidado entre la arena de Casas Grandes. Mejor eso que salvar el culo, como sea.*

*Entonces, aquí estamos Zuê, me prestaron un cuarto en la casa pero como si no existiera. Acá todos entran y salen sin preguntar. Falta que entren cantando con la guitarra al cagadero. El camarote de mi barco pirata fue invadido, está húmedo, lleno de agua salada y a la vista Inés y Rodt, quienes viajarán a las dunas eternas de El Aaiún. En la okupa, con el rock de Jaime López abordo. Zuê, dime la verdad... ¿Estuviste aquí por la mañana? Te escuché al amanecer.*

*Escuché tu voz diciendo algo sobre un caracol, dijiste que nunca tenga miedo de los caminos ni de los horizontes. Sé que es un sueño pero te sentí, flaca, te sentí. Jaime López resuena en los audífonos. Cambio de hoja.*

*Zuê yo estaba en tu cama, te acariciaba las piernas desnudas. Tú seguías mi tacto hasta tu espalda. Después, te levantaste para ir al baño. Te extraño Zuê. Me diste un beso. Sentí tu boca temblando y tu voz diciendo. ¡Eh!, aquí sigo, te espero, no hay prisa. Sentía la arena blanca de Samalayuca como una isla con el barco encallado.*

*Es más placentero el dolor cuando sueño, por lo menos está ahí: Terminó el sueño Zuê, pero no quería, no quiero que desaparezcas. No quería despertar. Mujer, terminando la chamba con Rodt me regreso, él no sabe lo que ha sucedido, no le he dicho. Sólo quisiera estar allá. ¿Cómo estás? Zuê, no importa seguir. ¿Has visitado a Ana y a Juli? Sé que sí, déjale el texto de El Silencio. Creo les gustaría. Extraño a la nena; no me puedo quitar su imagen. Zuê, vete de ahí. No le hace bien a nadie ese lugar, tampoco a ti. Vente acá.*



### *Frontera en callejón*

8:12 a.m. Mila, ya salieron. Se van de ride hasta allá. Sólo tenemos que esperar noticias. Llevan todo, cámara, dinero, navaja, todo. Si a él no le importa como se están yendo, para qué preocuparnos. Es una locura pero bueno, así está. Espero que Inés tenga más atadas las neuronas que él. ¿Tienes ya la dirección y el teléfono en Alemania verdad? Si te vas para Formentera me llevas, no seas mala... Puedes alcanzarme si quieres, no es playa pero me encantaría ver una cara familiar. Voy un rato hacia la oficina para dejar todo en orden. Sí, estoy bien, todo bien. No te preocupes, todo va a salir. Yo te aviso cuando llegue. También te cuidas. Me mandas correo cualquier cosa. Va pues, ¡besos!, chao.

10:30 p.m. Suena el timbre de la oficina. Me asomo por el balcón. Es Gonzo y Migue de la okupa. ¿Qué pedo? Vente brother, vamos a La Plaza del Rey no seas culero. Suban, ahora termino.

Les arrojo las llaves. Mando los correos a los organizadores del concierto en el ESPAI de Jove para que sepan las fechas de viaje de Rodrigo y que estén atentos a cualquier situación. Les va a cagar pero que se chinguen, a mí qué. Migue comienza a tocar con los instrumentos que tiene Rodt en el pasillo. Güey ya deja esas mamas, le dice Gonzo con voz alta.

Volteo hacia el pasillo. Tan inofensivo como siempre, jugando con sus bigotes enmielados de comida, jungando con tambor. Busco mi bandeja de entrada en el navegador. Abro el correo de Zuê. La leo; entra oxígeno a gran velocidad por la sangre. Busco el archivo de Word donde transcribí hace un rato su carta. Responder. Adjuntar. Veo la pantalla esperando que termine de subirse el archivo. ¿Qué asunto? Llegada. ¿Qué introducción? *Zuê te mando algunas cosas que te escribí, te cuento como van las cosas y como va lo de Rodrigo. No sé, no hay mucho que decir por Ana y Juli. Gracias por tus palabras. Creo estás mejor que yo. Por qué nos pasó esto, sólo quiero estar contigo. Lo he pensado mucho y terminando lo de Rodrigo me regreso, yo no tengo nada que hacer aquí. Además, en octubre se me acaba la visa y mejor me muevo; estos cabrones no saben lo que hacen. Zuê, vámonos al D.F. No hay tanto argüende allá. Podemos armarla hasta que pase todo. Así nadie va a preguntar lo nuestro. Quiero verte. Quiero estar contigo Zuê... Te mando un beso, flaca. Te aviso cuando llegue a Stuttgart. Yo también te amo.*

Migue desesperado afina la guitarra. ¡Qué, ya vámonos! Se levanta y toma el cajón peruano. ¡He, he! No es mío, tú debes saberlo, deja eso, le digo. Mhhh, este sigue de mal cogido, le murmura a Gonzo. No es mi oficina, sólo estoy terminando pendientes de Rodrigo. Ta' bien, responde. Tomo la libreta y me la fajo en la espalda, aprieto el cinturón. Busco las llaves, la tarjeta de la entrada. Migue y Gonzo se adelantan a la salida. Apago todo, bajo las pastillas de la luz. La oficina queda totalmente oscura. Nada, no queda nada. Cierro la puerta. Ya en la calle, alcanzo a Gonzo y a Migue con el cajón peruano. Vale verga este morro.

Caminamos a tres cuadras de la oficina, pasamos por unas caguamas. El callejón se impone cerrando el paso con muros de

veinte metros de alto. Los amurallados húmedos están meados en los rincones. Es inútil levantar la vista, la mirada alcanza hasta las tenues luces que iluminan los arcos de piedra a la mitad del muro. El callejón termina con escalinatas de media luna que suben al portón gigante de madera. Un anfiteatro con el escenario inverso, al fondo, en alto. Todos ocupan su lugar en la escenografía. Cada peldaño lleno, organizado por jerarquías. Hasta arriba los anfitriones, migrantes y músicos callejeros mezclados con indigentes. Están dos chicos senegaleses que comieron días antes en la casa. Otro, es un chico marroquí que cantó después de aquella cena y no soltó el porro de hachís que le manchaba las yemas de sus dedos. Están las mochilas de algunos pasajeros en tránsito arrinconadas contra el portón y un perro paseando a su dueño.

A la mitad de las escaleras están los aprendices, los adictos, los acomodados que esperan recibir un trago. Ahí alcanzo a ver a Mario de la okupa con su zampona en la mano. Mátiz baja desde arriba de las escaleras para saludarme. ¿Ya se fueron? Me pregunta por Rodt e Inés. Sí ya, salieron temprano. ¿Y cómo van a hacer? Quedaron de comunicarse con Mila. Yo me voy para Alemania y regreso a principios de septiembre. O.K. pero tenme informado de cualquier cosa. Sí, no te preocupes, Mila tiene los datos de donde voy a estar para localizarme. ¿Si quieres le paso tu teléfono? Sí, por favor pero bueno, tomate una caña... Me invita un trago de su guama.

Hasta abajo de las escalinatas están los turistas, a los que nos divierte la invasión pero que tenemos casa a donde regresar. Me recargo en el muro derecho. Nos encontramos al francés que se queda en el cuarto húmedo, a lado de la alberca en la okupa. Él hace fuego con una antorcha doble. Abre su mochila con por lo menos diez caguamas. ¿Y esto, sí deja la calle? Hoy me fue mal, pero me gano mínimo ochenta euros al día. Puff no mames, y uno de pendejo que estudió. Espero junto a la pared mientras Migue se pone a hacer capoeira esquivando las puntas de la antorcha de fuego. Gonzo sube con saxofón en mano junto a Mátiz para iniciar la música. Comienzan tambores africanos. Migue deja de

dar saltos, sube junto con los demás músicos. El chico marroquí canta flamenco y quiebra la voz hasta marcar el ritmo del fuego. La guitarra le rasga la garganta, lo obliga a seguir otros tonos. Se inicia la borrachera. Bulla, risas y alcohol comienzan a circular sin dueño. El porro, la tacha, la grapa... Las horas que se estiran.

Aparecen las farolas de dos trokas con policías. ¡Mozos! dice una italiana que me robó unos tragos de chela. Todos bajan las cervezas entre las piernas. Las camionetas de la tira esperan cerrando el paso. Un pitufo se acerca, avanza hasta el borde donde la sombras evitan que entre la luz al callejón. Mátiz y otro chico caminan hasta la frontera entre la luz y las sombras. ¡Por favor, si pueden bajar el volumen de la música; se han quejado del ruido los vecinos! Comenta el mozo con voz alta esperando que todos escuchemos. Nos rodean paredones de fusilamiento, no hay ninguna vivienda cerca. Nos abrazan veinte metros de alto, cuatro pisos negros con sombras de donde salieron mosquetes y cañones, huecos cargados de historia. De los muros sólo resplandecen los arcos. La cárcel de sombras dobla las palabras del mozo. Lo único que tiene miedo es la luz de la patrulla sin ser capaz de brincar la línea hacia la obscuridad. Sentencia el tira. El gato se va y los ratones salen a bailar.

Fotografío esa fachada de un callejón sin salida. El único faro de sombras que ilumina la ciudad está aquí. ¿Ruido? la mejor puta música que he escuchado en mi vida y le llama ruido. Veinticinco escalones, y una multitud de voces continentales rasguñadas por el vino. Pupilas dilatadas con el pretexto de la obscuridad. Las sombras nacen en diagonal, filosas por su ángulo al ras. Reggae, flamenko, árabe, compases, blues para los desvelados. Esta sombra de callejón se impregna al concreto como una piel. ¿Y Rodrigo? El cabrón deberá estar pasando por Valencia más o menos. Va con Inés, sin idioma, tambores, risas, ni raíces. Cada peldaño marca una casta. Saco la libreta, mi lápiz se encaja en el papel. Lloro. Borracho y excitado, todos los miedos del rush los ahogo. Un perro callejero recién bañando se estira para jugar con extraños. Otro no tan cachorro duerme a lado de la maleta de su

amigo. Suena Cuba. En *el barrio La Cachimba ha sonado la corredora*. Tan Cuba, rock que acierta sus balas.



*De la burbuja al autorute*

Despierto en La Pacha, en la habitación que finge ser mía. Recupero un poco la noción del tiempo y el espacio. Pedota la de ayer. Me levanto y arreglo las cosas para salir, tomo la mochila y el papel con una pequeña ruta de los pueblos, que me explicaron tengo que pasar para llegar a Alemania. Dejo la casa, la okupa. Migue y los demás siguen dormidos. Camino hasta el tren y después hasta llegar al centro, busco los Renfe. Figueres, abordo el tren, avanzamos. Al salir de la ciudad desde la ventana veo a un sujeto sobre unas vías abandonadas a un costado del tren. La imagen se repite en mí como fotogramas mientras esas vías quedan atrás. Vestía muy arreglado, con camisa blanca y corbata negra. Flores moradas, lilas y violetas en las manos. Su mirada estaba fija en dirección a la interminable vía sobre la que estaba parado. Con las manos en el pecho, parecía estar esperando, únicamente eso, esperando a que un tren lo atrape en su camino. Queda atrás esa pequeña visión. Rodrigo podría ser ese suicida en cincuenta años, esperando a un tren fantasma que lo borre.

El tren deja atrás Barcelona y también queda allí la casa okupa. Son peores las personas que las condiciones de la casa. Quienes están dentro de ella, agonizan. Utilizan su aliento como oxígeno viciado dentro de una burbuja. Sería interesante verlos asfixiarse cuando colapse la tensión superficial de ese jabón acético que los protege. Atravieso un túnel, el ruido del metal sobre las vías retumba. Parece que el tren entrara y sale por los huecos de un queso gruyere. Quizás así es Europa, un queso gigante con muchos huecos. Ayer en el corazón del queso infestado de los tambores, la policía, el control y la ficción del control. ¿Quiénes son los que exploran esos huecos? ¿Dónde nacen los otros túneles? Hoy no hay trampas, puedo viajar así, sin orden alguno, como todos esos

ilegales que se adueñan de Europa, puedo ser uno de ellos. Intento dormir un poco, algo, no sé cuanto pero tengo que dormir.

Cierro los ojos y escucho el metal del tren golpeando contra las vías. Imagino a Rodrigo internándose en el Sahara ¿cuál es su casa? ¿se va o regresa a ella? En Barcelona está ahí, latiendo entre los días, inerte, pero cuando habla del Sahara le pasa algo, se transforma, respira un poco. Abro los ojos al llegar a Figueres y aún sin entender muy bien la ruta, termino en Portbou. Camino por una carretera que en la cima se alcanza a ver la bahía que atraviesa la frontera entre Francia y España. Pido auto-stop, atravieso los viñedos a orillas del mar en el auto de una señora con su hija. Me dejan en un crucero, en medio de la nada, esperando tomar un buen aventón, pero nada. Busco al costado de la autopista de alta velocidad una gasolinera donde puedan detenerse los camiones. Tarareo un par de canciones y no sucede nada, no inicia ninguna fiesta ilegal, no salen de ninguna parte los músicos. Canto más fuerte, con toda mi voz, grito, pero estoy solo sobre la Autorute. Camino a la orilla de la autopista, cae la noche y enciendo una pequeña lámpara, la cuelgo en la mochila para no terminar aplastado.

He caminado desde el crucero de la autorute hasta la entrada de un pueblo por más de seis horas, se llama Elne. A las afueras encuentro un trailer park y un restaurante con la música encendida, son más de las 11 de la noche. Desde la carretera alcancé a ver una iglesia o un castillo iluminado en la cima de la colina. No hay nadie en las calles, las tiendas están cerradas, atravieso el pueblo y subo hasta la punta donde está la iglesia. Encuentro un hotel abierto. Bonne nuit, ¿do you have rooms? me voltea a ver el recepcionista pero no contesta. Se acerca y me saca de la recepción entre empujones y gritos, no entiendo lo que dice, veo las llaves de las habitaciones colgando entre todos los números blancos sobre la madera tallada. ¡Vete a la verga, puto!, le grito, espero que sea la dignidad francesa frente a mi terrible inglés. Tal vez es un pueblo de esos neo-fachos a los que no hay que visitar. Es tarde, recorro los callejones y descubro el mirador hacia la pequeña llanura iluminada por algunas luces encendidas, distantes unas de otras.

Ahí, frente a una plazuela, hay un parque con amplias jardineras donde sentarse y también dormir, claro. Me recuesto en la pequeña colchoneta de un camastro olvidado que rescaté del basurero en el restaurante; veo hacia el cielo colmado de estrellas, me arrulla su tintinear. Son las tres o cuatro de la mañana, me despierta el viento y la lluvia. No tengo otro remedio que irme a la fachada de una casa a refugiarme. Encuentro un portón con techo amplio que no alcanza a mojarse por el caudal del agua que desciende en los callejones. Extiendo mi presea dorada, mi colchoneta.

Resignado, saco mi sleeping esperando que nadie abra esa puerta que ahora es mi casa y mi techo. Descanso la cabeza contra la mochila, escucho el agua chocar contra las piedras de las calles y los muros, fluir y cristalizarse a lo lejos. Recuerdo a Rodrigo; él tenía la idea de irse a El Aaiún desde hace tiempo, allá está haciendo calor, pero en Europa él ya no aguanta, no sé, quizás es la distancia o extraña México, ya no aguanta más. Pero a mí me queda mucho, es sólo aguantar un tiempo, solo un poco, hasta poder ir con Zuê antes de que se me venza la visa y estar con ella, traerla para acá, escapar de Juárez, conseguir papeles y hacer nuestra vida por estos lados. Por lo menos hace calor en el Sahara. Me cobijo lo mejor que puedo con el sleeping y caigo dormido mientras cede la lluvia y el agua escurre ladera abajo con su eco entre las calles, veo un par de estrellas ahí entre las nubes que se alejan, o eso parece.

Muy temprano por la mañana, enredo mi sleeping y comienzo a rondar como un zombie en el pueblo muerto y solitario. La arquitectura vieja descansa de la tormenta de ayer hasta que se rompe la solemnidad con los primeros individuos que impregnan su ruido en las paredes. Son un grupo de jóvenes, mutuamente nos damos miedo; ellos se cruzan a la acera de enfrente y para mí son puro escandalo en tan temprana hora, para ellos no sé qué soy.

Camino hacia la salida de este pueblo de olvido, encuentro una tienda de navajas de pescador y compro una muy pequeña. Hacemos la transacción con señas y euros. Con el filo de esa delgada hoja, hago unos pequeños agujeros en la colchoneta y saco

el costillar de madera que tiene la tela; así ya puedo enredarla y transportarla. Camino hasta la carretera que va hacia Perpignan. Tardo hasta medio día en encontrar un auto-stop a pesar de que todos los autos van únicamente con el conductor. Un chico me lleva, conversamos, uso mi nano-inglés y me explica que sí, en efecto, es un pueblo de viejos conservadores donde vive su novia y él sale corriendo antes que los padres de ella regresen y la vean con él. Va hasta Béziers pero me acerca a la carretera rumbo a Montpellier. Afortunadamente, ahí me da aventón un tráiler con chofer rumano que confía plenamente en los mexicanos y conoce todas las novelas de Thalía. Después de un par de horas de camino, a lo lejos de la autorute que va hacia París se alcanza a ver la estampa siniestra de una planta nuclear. Desde las bocas gigantes de las torres de enfriamiento se ve como exhalan las fumarolas blancas plácidamente. Quizás es común por acá, pero me dan miedo. Antes de llegar a Lyon, veo un venado tras la malla ciclónica que le impiden entrar a la carretera, sorprendido, intento señalarle al rumano pero no sé como se dice venado y mi única expresión es, ¡Look, look, Bambi! Los dos reímos de habernos entendido con una tontería. Al llegar a Lyon, me da un pequeño paseo turístico en el camión de carga de veinte toneladas por las calles cercanas al centro de la ciudad y me deja justo en la salida a Dijon. Qué más puedo pedir de un rumano, belleza de persona; me regala una Coca-Cola de dos litros y unas papas fritas rumanas.

Parece que nada puede salir mejor pero en el cruce me da auto-stop una dama. ¿Para dónde vas? Para Alemania, contesto. Sube, voy a París, pero te dejo en Beaune, camino a Dijon. Abordo el auto. Uff, muchas gracias, ¿cómo sabías que hablo español? Se ve. Ella tiene veinticinco años, es estudiante de biología, tiene un carro Renault con palanca al piso y usa una minifalda. Paga los peajes y la comida. El trayecto es tranquilo, espectacular, erótico, tentador. Al llegar a Beaune, me da su dirección en París, su número de celular y su correo electrónico. Me deja en una estación de gasolina, no se puede pedir auto-stop a la orilla de la carretera, es una estupidez, terminaría justo como un Bambi aplastado.

Está atardeciendo, dudo que alguien me quiera llevar de noche. Toca dormir en la tienda de dulces y snacks. Compro un sándwich y provisiones; pan, queso y algunos jugos para continuar el viaje. La Coca-Cola es muy pesada, bebo todo lo que puedo hasta quedar inflado como un globo y la tiro, menos de la mitad. Una noche más, el verano comienza a ser frío a medida que me adentro en el continente. Por la mañana vuelvo a intentar tomar un aventón lejos, hasta Alemania, pero entre más pido auto-stop en inglés, menos me sonríe la gente. Con un marcador negro, pongo el siguiente pueblo de mi ruta en un cartón blanco que saco de las cajas olvidadas de atrás del depósito. Ya entrando el medio día, un poco desesperado, una pareja me ofrece ir a Besançon, tienen veinte y veintidós años, son dueños de un viñedo orgánico. Al llegar, al final es una carretera secundaria. Me descubro en un pueblo tipo Heidi entre las montañas con un río cristalino a la mitad y cañadas verdes con casas blancas de techos de dos aguas. Error, ningún transportista se detiene en estas rutas. Me dejan a unas cuantas cuadras de la estación del tren y allí con mucha suerte abordo inmediatamente la siguiente salida a Strasbourg, frontera con Alemania. Al llegar, compro un pasaje para Stuttgart, pero tengo que esperar dos horas. Mientras, pasearé en una ciudad emblemática de la segunda guerra mundial. El clima es perfecto y al salir de la estación un par de junkies italianos, comienzan a intentar venderme algo. Los ignoro. La ciudad fue presa del expansionismo nazi. Recorro el centro, sus calles adoquinadas, puentes y amurallados de un castillo frente al río. Cada casa se encuentra adornada con las ventanas llenas de flores de primavera. Al regresar, el parque frente a la estación está repleto de parejas y manadas de güeros tomando el sol. Me recuesto un rato y después retomo mi objetivo, Alemania.

Al entrar en los andenes reconozco nuevamente a los junkies, uno se pone frente a mí y el otro detrás de mí. El de enfrente tiene una cicatriz de lado a lado en la garganta, rapado, heridas viejas por todo el rostro y los dientes amarillentos con las encías inflamadas de tanto H. Me saludan pidiéndome un tabaco, van por otra

cosa; me amarro la mochila y el que tengo enfrente comienza a hacerme platica. Io so Italiano, sabes, Io trabajo en Ámsterdam y Nápole, soy de Sicilia, comerciante, ¿capice? Muy bien, cabrón, yo soy de México, donde producen lo que vendes, ¿entiendes? En cuanto pronuncio la palabra México, el que estaba a mi espalda se va y el otro se queda callado. Inmediatamente llega mi tren, evito al comerciante dando un paso al lado y acelero la carrera para subir al tren. Intuyo que han puesto algo en mi mochila para pasarlo de frontera, saco todo y busco entre los bolsos y sus rincones, nada. Pura paranoia mexicana pendeja, me querían asaltar, na' más.

— ♦ —

### *Fernanda*

Al llegar a Stuttgart en la estación me espera Fernanda. Aparece entre la gente con un pantalón rojo estilo Aladino y una blusa de manta oaxaqueña. Atraviesa el pasillo entre los transeúntes. Pasajeros entran y salen de la ciudad. Con un abrazo enorme y una sonrisa honesta me da la bienvenida. Hola guapo, ¿cómo estás? ¿qué tal el viaje? Bien Fer, mejor de lo que esperaba. Al abrazarla el aroma de su cabello me marea, por un momento es Ana, está aquí. Caminamos a la salida, la puerta de la estación se encuentra tapiada con notas de periódicos, carteles y mantas de protesta. Fernanda me explica que quieren remodelar un edificio histórico y eliminar áreas naturales de la ciudad para su ampliación. Tiene la respiración agitada, emocionada; la velocidad de su voz se atropella y ríe. Me toma del brazo y me dejo guiar por ella. La escucho hablar, pero en realidad únicamente veo su boca rojo carmesí, es idéntica a la de Ana. Sus labios contrastan con el pálido tono de su piel, eso pasa cuando el sol es una burla y no calienta, no la toca. ¿Estás bien? me pregunta. Sí, todo bien.

Llegamos a su departamento, son tres habitaciones, un pasillo que a mano izquierda llega hasta el baño y a un lado, la cocina. ¿Y los niños? Están con su padre, en la farmacia. Oye, ¿salimos a tomarnos un vino? hay una fiesta de la ciudad, ¡anda! vamos.

Ella salta y brinca emocionada. Me indica que deje la mochila en el estudio a mano derecha. Intento ocultar mi cansancio. La fiesta, la fuente en el centro, el vino, la sigo. Bebemos en un parque rodeado de edificios viejos de hace siglos. La escucho hablar alemán, su voz no pierde su acento juarense; su velocidad ansía presentarme la ciudad, se aleja para comprar más vino, no la alcanzo, escapa de mi vista por unos instantes y la reconozco por sus nalgas, son idénticas a las de su hermana. O se parecen demasiado o estoy delirando un poco. No entiendo cuando ella habla en alemán, si cerrara los ojos escucharía la voz de Ana. ¿Por qué vine? Una estúpida promesa, nada más. Me aturdo entre la gente y los puestos de comida, Fernanda va y viene con más cosas que probar. Me siento al borde de la fuente. Suspiro un poco y ella se pone frente a mí. Ven, te voy a presentar a una amiga, es muy guapa, pero su esposo es un suabo estúpido.

Por las noches escucho jadear a Fernanda con su marido. Sus gemidos son muy parecidos a los de su hermana, únicamente le faltaría el grito que hacía ella. ¿Dónde se aprende a gemir? Imagino que en casa, ¿con sus padres? no creo, tal vez en la forma de gritar y reír de niñas, no sé. Abro mi libreta, hojeo las primeras páginas, encuentro una carta escrita para Ana, la leo, *Ana, no puedo con esto...* No, no hace falta leerla, debería de contar cual es su contenido. La arranco de la libreta, camino hasta la puerta y después hasta la salida trasera del edificio. Son las 3 de la mañana; el frío puede ser invernal si llueve un poco y eso intenta el cielo. Saco de mi bolsillo una caja de cerillos. Convierto en carbón esas palabras, se transforman igual que el alma de su destinataria. Necesito olvidar las líneas que intentaban decirte algo. Aún no puedo, soy incapaz de escribirte las palabras correctas. Hasta rogar que me perdones te lastima. El silencio es lo único parecido al dolor cuando ni siquiera las palabras alcanzan para expresar tu ausencia. Me gustaría tener algo que decirte, un consuelo igual a tus besos, una tormenta de arena que haga crujir la caja de tu pecho y te entregue sin más poder que el calor y el sonido del corazón. Nunca te abracé, ni me despedí, ni te pedí

perdón, yo me quedé aquí Ana, en éste puto mundo. Veo cómo las dos hojas se retuercen con el fuego a la velocidad del viento, se elevan con la ligereza de un colibrí que desaparece. Te hicieron todo lo que yo me merecía. Exhalo varias veces sin poder tomar aire. Ella no existía para nadie más, hijos de puta, tengo que sacar a Zuê, se tiene que venir acá. Tomo aire y regreso por la puerta trasera. Subo y entro al departamento en el cuarto piso. Entro al estudio donde está mi nueva cama. Enciendo la luz y abro la libreta, busco las últimas líneas de ésta bitácora. Se escuchan dos golpes suaves en la puerta del estudio. ¿Sí? respondo con delicadeza. Es Fer, viste un camisón traslucido, no puedo evitar ver por entre la tela, sus pechos caen apenas un poco más que los de Ana y sus pezones rosas brillan por debajo de la seda blanca. Es mitad mamá y mitad puta. ¿Todo bien? te escuché salir. Sí, todo bien. Ella observa mi libreta. Se acerca, se sienta en el colchón a nivel del suelo. Me da un beso en la frente y se dispone a irse cuando le tomo del brazo. Fue mi culpa Fer, fue por mi culpa. No es así, ellas están bien ahora y tú vas a estar bien, ya estás aquí, descansa. Me da el segundo beso en la frente y se aleja. Cierra la puerta del estudio y me deja con la luz nocturna. La lluvia comienza a estrellarse contra las ventanas y mis letras vuelven a tallar con un grafito mis palabras.

Pasan los días. Fernanda a cambio de que la ayude a cuidar a los niños, me lleva a pasear por la ciudad y conocer los alrededores con objetos turísticos que fotografiar. Cuando está, observo con distancia al marido, mejor así, no sé si se llevaba bien con Ana, ella nunca me habló de él, aunque tampoco pregunta que pasó. Él sale de la casa muy temprano, algunos días come acá, pero no hablan, o quizás no frente a mí, apenas coordinan los horarios y se va. Los escucho discutir desde el estudio. Le reclama a Fernanda. ¿Qué te pasa? después de ocho años y aún no sabes alemán. Lo dice en español para que entienda, sabe que se escucha, pero lo dice en español. Es un pendejo. Procuró ignorarlos, revisar los correos electrónicos. Tiene que escribir Rodrigo pero no lo hace, ese es otro que no sabe dónde está.

Por la mañana me levanto para ir al baño y encuentro la puerta abierta. Fernanda ahí, duchándose; la cortina de la regadera igual que la puerta. Intento dar unos pasos hacia atrás. Alcanzo a verla entre el vapor, el agua contra su cara, su espalda recta de bailarina igual a la de su hermana, sus piernas escurriendo. Gira y se enjuaga el pelo, tiene los ojos cerrados, sus pechos erguidos bajo el agua y su boca roja aún sin carmín. Escucho el agua correr y el eco del baño, me aturde. Termina de enjuagarse el pelo y saca el rostro del chorro de agua retirando algo de jabón, abre los ojos y me descubre mirándola. Intento reaccionar. Mete la cara nuevamente al agua, sonrío obviamente y se quita el exceso de espuma. Regreso por el mismo pasillo hasta el estudio. Es su hermana, por eso la veo. Escucho un ligero ruido de agua chapotear que suena a ella, con un ligero canto que suena a ella. Entro al estudio y me recuesto, me pongo los audifonos y escucho las guitarras de, Vals de la Muerte de Gerardo Enciso.

Fer prepara algo, ¡Sax! a desayunar. Me acerco a la cocina, es algo muy alemán, pan, mantequilla y leche. Me pide que abra un cilindro extraño, como de Pringles, que lo rompa literalmente por la mitad y lo hago. Sale una maza espumosa, húmeda y fresca. Ella toma eso y lo desenreda para crear pequeños cuernitos que hábilmente acomoda en una bandeja para meterlos en el horno eléctrico. Ella usa una falda de colores mexicanos, una blusa de tirantes y unas zapatillas con un leve tacón que combinan con el color azul de los azulejos en la barra de la cocina. Frente a ella continúa la barra hacia la derecha, topa con una máquina para inyectar gas al agua y después está un pilar que atraviesa el edificio y divide la cocina. Ahí comienza una reducida sala de tele donde debería ir el comedor y después la puerta al pasillo. En el pilar hay dos relojes, uno marca la hora natural de Alemania, el otro indica la hora en México.

Los niños terminan de desayunar y Fernanda los lleva a tomar una siesta. Hace mucho tiempo que no desayuno así, entre personas que no se arrebatan la comida. Su marido está en el trabajo. El hogar alcanza cierta paz. Termino mi vaso de leche, in-

tento disfrutar la luz del sol que entra por los ventanales que dan a una pequeña terraza al final de la cocina al lado izquierdo de la barra. Recargo mis codos sobre la mesa, imagino a Ana entrando por la puerta de la terraza, ella viene de la mano de Julieta. Regresa Fernanda y me ofrece un café. Sí, no se lo niego, soy su invitado. ¿Con azúcar? Una cucharada, por favor. Entonces ella rompe el silencio que se había instalado en la cocina. Dejo abierta la puerta del baño para escuchar a los niños, ahora ya no puedo ni meterme en la tina tranquilamente, ella prepara el café en una máquina para expresso. Me da la espalda, la observo tranquila, cotidiana. Sí, entiendo, respondo con mucha vergüenza. ¿Te gustó? ¿Qué? Voltea haciendo una mínima ola con la falda, guarda un instante de silencio y dice sonrojada. Verme, mientras florea la mano señalando su cuerpo. Ah no sé, sí, eres muy guapa. Toma, aquí está el azúcar. Ella trae las dos tazas y se sienta. Sabes, hace mucho tiempo que no me siento observada, que me da igual sentirme desnuda. Da un sorbo al café y me mira fijamente. Tu hermana también se bañaba con la puerta abierta. ¿La extrañas? No sé. No deberías. Pero estoy aquí y ella debería haber estado aquí también. Sí, Santiago, pero ya no hay nada que hacer, tienes que metértelo en la cabeza. Estoy con... ¿Y tú y tu presente, qué vas a hacer con eso? ¿Te vas a quedar en España? No sé, me gustaría quedarme en Europa, tú vives muy bien. Ella da un trago al café, quizás se quema un poco pero lo disimula. Vivo, pero él no me observa. Espero a que termine eso que quiere decir, ella deja la taza y comienza a retorcer con las manos un recibo de pagos sobre la mesa. Me ve, deja el recibo y guarda silencio, intenta descubrir en mis gestos una expresión que he perdido. Sabes, me masturbé cuando te alejaste, te perdiste lo mejor. Hace una pequeña mueca. Tenía tiempo sin hacérmelo, sabes, es muy rico de vez en cuando atenderse uno mismo y no atender por atender una tienda. ¿Así estás Fer? Sí, sino pierdo a mis hijos. ¿Y, regresar... a qué? ¿a terminar como Ana? no tengo nada allá. Bebo un trago de café, pienso en Zuê, ella sigue allá. Está muy rico ¿de dónde es? colombiano, me lo trajo una amiga. Te pareces mucho a ella. ¿A quién, a mi amiga? No a

tu hermana, tienes la boca idéntica. ¿De mamadora? Je, bueno, puede ser para eso también. Ya no está ella, Santiago, no te tortures, vive tu vida en el presente. ¿Y cuál es mi...? Uno de los niños, el más chico, camina por el pasillo hasta la cocina, está modorro y asustado por una pesadilla. Ella lo alza, comienza a consolarlo con mimos maternos en sus brazos. Termino el café y miro la luz del sol que sale de la cocina lentamente por la puerta de la terraza.

Fernanda desde el desayuno veía los dos relojes constantemente a su costado izquierdo, primero a las 9, luego a las 9:34, luego a las 40 y a las 10:07 y así sucesivamente cada que voltea, toma un instante y después lo recupera con un pequeño suspiro automático. Ya es hora, vamos a llevar a los niños al parque, me dice. Baja a su crío en brazos y camina por el otro hueco para alistarlo. Ningún ruido en el edificio, únicamente el recibo de pago sobre la mesa hecho pedazos. Recuerdo a Javier, un compañero foto-reportero que se alucinaba con los dos relojes del guerrillero que había levantado un desmadre en Chiapas. Javier decía. Mira, fijate, este cabrón sí está loco, en una mano lleva un reloj con la hora natural y en la otra, un reloj que el hueco dice que marca la hora de cuándo terminará la guerra; este sí está loco, yo por eso le creo, ahora los locos la tienen más clara, cabrón. El segundo del reloj cruje sobre el pilar en la cocina y Fernanda regresa con los niños listos para brincar sobre mí en el parque, dice que su marido no hace eso, que no le gusta revolcarse en la tierra.



### *El extranjero*

La familia de Ana y Fernanda llegó a México después del golpe de estado en Chile. Ellos se ubicaron en Ciudad Juárez como profesores. Fernanda, comenzó siendo cantante de rock, lo que generó una pequeña nueva revolución en su casa. Constantemente sus padres recibían gente de fuera para estudiar o por necesidades políticas. Fernanda se enganchó con su marido alemán cuando él era un estudiante de la carrera en químico-farmacobiólogo, él

pasaba su primer semestre fuera de su país, de intercambio. Para Fernanda era normal, era el tercer novio extranjero y el segundo alemán al que le enseñaba como cogía una mexicana, la ventaja de este, su actual marido, era que podía manipularlo más y no era tan forever como los otros dos.

Me gusta verla, es un pedazo perdido de Ana. Fernanda está planeando irnos a Berlín al amanecer para que yo conozca la ciudad y ella pueda visitar a una amiga. Antes de salir encuentro un correo de Mátiz y otro de Rodrigo que envió ayer.

From: Rodrigo@hotmail.com

To: Sax@hotmail.com; Mila54@hotmail.com

Subject:

Date: Fri, 10 Aug 2010 18:29:46 -0500

Llegó la hora de movilizarse, estamos en Boujdour en la Zona Ocupada del Sahara Occidental en casa de la activista Sultana Jaya, estamos rodeados por policías civiles, policías locales y militares. Hemos sido perseguidos y amenazados de torturas y violaciones.

Por favor no se asusten, estamos bien, solo movilícense, este video es para crear una noticia, denunciar y prevenir que pase algo grave...

NO SE ASUSTEN!.

Un abrazo grande

<http://www.google.es/webhp?sa=N&hl=es&tab=lw>

Rodrigo Montemayor (México) e Inés Rovira (Catalunya)

Por favor recarguen el móvil 10 euros 682591065

Mátiz me escribe preocupado por Rodrigo. Es raro, en los primeros días en Barcelona, una noche lo encontré jugando Mario Kart saltando como un niño; había rescatado entre la basura una con-

sola completa de video juego, que a su vez lo había conectado a un proyector HD que él mismo había reparado. Parecía que Mátiz quería resetear el pequeño diccionario de anarquismo que lo había traído a Europa. Estaba hasta el pito de opio, no es pendejo pero vive intentando serlo. En su habitación había dos relojes, uno era antiguo, de caoba tallada con el péndulo roto, el otro de Snoopy; los dos relojes estaban inservibles. Espera algo, igual que Rodrigo, espera algo y está harto de estar esperando. Me contó que en su época en Chile había sido un cabrón. Para él es fácil retar o jugar o aburrirse de la casa okupa, le da güeva. Dice que ignoran a los que huyen de su país. Me parece que exagera, se la pasa trabado. Rodrigo no le toma en cuenta para trabajar juntos, seguro le da miedo que un vagabundo tenga más experiencia y güevos que él, aunque sea para colgarse en el pecho bombas caseras, como hacía el grupo de Mátiz en Chile. Está puteado vivir así, no puede volver ni renunciar a la okupa, pobre cabrón. Le contesto a Rodrigo inmediatamente.

From: Sax@hotmail.com

To: Rodrigo@hotmail.com; Mila54@hotmail.com; inescarvone@hotmail.com

Subject: RE: Llegó la hora.

Date: Sat, 11 Aug 2010 07:48:42 +0000

Carnal estoy en alerta, sé que está difícil la situación pero no estás solo. Yo sugiero que suspendan todo y salgan de la zona ocupada, no te expingas más.

Si en 72 horas no respondes éste correo, hablo a las embajadas, pero recuerda que después de eso no hay marcha atrás.

Marca a Mila o a mí, para saber que están bien, te deposito lo antes posible crédito, un fuerte abrazo a los dos...  
estoy al pendiente para que nada les pase....

Cuídate y salgan de ahí

Sax.

Termino el correo y el puntero salta un poco al dar click en: Enviar. Fernanda sube después de acomodar las maletas en el carro para salir ya. Me ve mirando el monitor sin que exista alguna página abierta ¿Todo bien? Sí. Al subir al carro le explico. Rodrigo, mi amigo está en el desierto, parece que no van tan bien las cosas. ¿Él está con alguien? Sí, con Inés, su novia. Y ¿qué tienes que hacer? Estar atento, nada más. Bueno, entonces haz eso. Veo a Fernanda, intento entenderla, no quiere perderse este viaje por nada; arranca, prende el iPhone y toma carretera siguiendo el GPS para salir de la ciudad correctamente. Rodrigo está bien, ¿pero el video? Va con Inés, no es un pendejo.

Avanzamos en el carro familiar con los niños amarrados a los asientos, como debe ser. Hacemos algunas paradas para conocer un castillo, comer o ir al baño. Al más pequeño lo cargo algunas veces mientras Fer se va con el mayor a correr por los jardines del castillo o para evitar que salte a las fuentes con los patos. Se ve bien de mamá, algunas veces vi así a Ana, pero no hablaba mucho, quería ir todo el tiempo al Chuco, no sé, quizás tenía miedo y nunca me lo dijo. Fernanda disfruta sus vacaciones de marido. No parece tan mala su vida. A Ana le habría gustado venir, la extrañaba, quería verla, no sé, no parecían tan unidas.

Llegamos a Berlín. De la puerta de un edificio viejo sale su amiga rubia, alta, alemana. El departamento es bastante amplio, tiene ventanas para ambas calles de la intersección y desde ahí se alcanza a ver una línea con ladrillos empotrados en el asfalto que marcan la frontera divisoria del muro, me explica Fernanda. Ya es tarde, los niños se duermen puntualmente a sus horas. Ellas me invitan a tomar un café, en realidad es una cordialidad innecesaria, quieren ir solas. La casa está en calma, gorgorea el calentador en la cocina, nada más. Entro a la regadera y mientras escucho correr el agua y me quito el cansancio del viaje, recuerdo a Fernanda, a Ana con sus caderas y a Zuê, extraño a Zuê, me encanta su pasión, le parecía un juego. Me encanta eso, siempre jugando. Es la primera vez que me masturbo pensando en ella, ellas. Necesito hacerlo, éste viaje estaba imaginado con Ana. Por eso vine, aunque no pueda reprocharle que ya no esté.

Entre los días camino todo lo que puedo conocer en Berlín pero dejo de tener fuerza, fuerza o paciencia, cualquiera de las dos implica un tiempo que ahora mismo no tengo. Las calles están repletas de fotografías, hay muchas historias de la guerra, pero no me interesan, podría ser La Meca, da igual. Simplemente decido ser un japonés pendejo que toma fotos a los monumentos de la ciudad. Necesito regresar y ver a Zuê, convencerla de que se venga conmigo a España. Ni bares, ni fiesta. El viaje iba a ser simplemente lo que haría con Ana, ahora es un viaje pendiente e inconcluso. El viaje es tan hueco que mi mano ya no siente los recuerdos de ella, únicamente necesita imaginar que podría haber estado aquí para eyacular e irme, ver tele o salir y fingirme aquí. Terminamos de pasear por los lugares obligados. Fernanda es casi otra persona.

Al regreso de las vacaciones berlineses Fernanda y el marido negocian una tregua. Se toman un tiempo para ellos mientras yo cuido a los niños. Salen a tomar unos tragos y cambian de escenografía para amanecer en un hotel. Me da igual el tipo, Fernanda se ve mucho más cómoda, cuido a los niños mientras ella aprovecha una pequeña y pobre libertad. Lo está presionando, creo. Ella ahora puede ir a cortarse el pelo o comprarse ropa, no es difícil acompañarla es simple, nada más. Ahora disfruta cuando sale de un lado al otro conmigo sin darle explicaciones. Puede confiarme unas horas a los críos o puede hablar mal de la ciudad sin miedo. Salimos a tomar unas cervezas, es un bar donde ponen música en español; ella brinca y baila con canciones que cantó alguna vez. Bailamos salsa y banda con el sonido de una rocola con toda la música que tienen en Ciudad Juárez. No me gusta la banda, da igual, ella está contenta. Dejamos el bar y caminamos hasta casa mientras seguimos bebiendo, atravesamos un parque gigante, algunos grupos de jóvenes rondan por las calles, honestamente me parece una buena noche, pero ella acelera el paso cuando se comienza a encontrar gente. La alcanzo y nos terminamos la cerveza en la calle. En casa ella entra al baño y se cambia ahí para no despertar a su marido. Yo me guardo en el estudio, desenredo el

sofá-cama y enciendo la iMac de ella. Entro a mi correo y encuentro un email de Mila:

From: **Mila Leonart Sanmartin** ([Mila54@hotmail.com](mailto:Mila54@hotmail.com))

To: [sax@hotmail.com](mailto:sax@hotmail.com)

Subject:

Date: Sun, 17 Aug 2010 22:51:13.-0800

Sax!! te llamé por skype pero no contestabas, te comento; Ya hablé con Rodrigo! me dijo que ya llegaron a Dajla, que están siendo custodiados en todas partes, hasta en el hotel. Que les protegen mucho los saharauis, que están bien pero que estemos muy pendientes porque les están bastante encima, que llevan ya 40 entrevistas, buenísimo material, me dijo. Que se les va el saldo rapidísimo, de los 10 que le puse le quedan 2 (tu le pusiste tb hoy?) pero que estemos tranquilos pero alerta.

Estaré un rato más conectada al skype por si quieres hablar!

Un abrazo!!

Mila

Termino de leer el correo, cansado, borracho, imagino a Rodrigo allá. Está escondiéndose, saltando por las ventanas de los hoteles, no, no puede ser, está asustado. Él no reaccionaria así, está asustado. El video, bueno, se ve bien, está bien. Tengo que hablar con Mila, mañana la busco, mañana la busco.

Abro los ojos, veo la luz blanca entrar por las ventanas del estudio. Escucho la puerta del departamento azotarse y a Fernanda llorar en la cocina. Los niños vienen conmigo. Sax ya levántate, vamos a armar jugar, brinca uno a mi panza y el más grande me jala del brazo. Fer llora a lo lejos. Me levanto a perseguirlos para hacerles cosquillas y los llevo a su recámara llena de juguetes mientras uno me atrapa de un pie. Me quedo jugando un rato con ellos, Fer se acerca hasta la puerta. Sax ya está el desayuno de los

niños, ¿se los puedes servir? Sí, tranqui. Ella sale con un sonido al cerrarse la puerta. Ese día me llevo a los niños al parque y les enseño a treparse a un árbol hasta que nos regaña la policía, no entiendo que dicen pero sé que es: bájate del árbol. Pasa la tarde y regresamos a casa, no han dado siesta los lépez, así que están muy cansados. Ella está ahí. Tomando un té y terminando de hablar a México. Los recibe con un beso y los crios le platican que vino un policía y que el mayor le contestó en alemán que yo les cuidaba. Ella sirve la cena y los acuesta.

Esa noche el marido le marca al celular de ella y pide hablar conmigo. Me invita a tomar una cerveza tradicional alemana, camino hasta un bar donde lo encuentro y me interroga sobre Fernanda. No sé cómo complacerla, ella tiene todo pero no le basta, no hace el esfuerzo del idioma y aquí eso es importante, ella no entiende. Tomamos seis rondas intentado debatir qué necesita una mujer en estos días para ser feliz con un hombre, el tipo no es un cabrón y eso ya es mucho; ni un mal marido, pero no la conoce, está distanciado. La distancia-tiempo que Fernanda vive la mantiene en un mundo paralelo dentro de una cárcel en alemán. Él no lo entiende, no sabe que hacen esos dos relojes en el pilar de la cocina. No siente como los segunderos le martillan la cabeza; piensa que son para que ella hable a una hora apropiada con su familia y nada más. Terminamos la última ronda y paga las cervezas, al salir del bar dos rapados le piden un cigarro, él no fuma pero se siente incomodo a mi lado frente a esos. Los ignoro, estoy demasiado pedo para prestarles atención. Llegamos. Olvidé hablar con Mila. Encuentro un correo donde me explica que una amiga de Rodrigo vio el video en Facebook y habló a las embajadas en España y Rabat. No tiene ni puta idea del desmadre que van a hacer; los van a perseguir más y ahora con ganas, van a creer que estos dos son importantes. Las cintas; no van a poder pasar las cintas con ellos. Mila me explica textual: *Le envié mensaje a Rodrigo diciéndole que si podía hacerme una llamada perdida cada día a modo de señal para saber que andaban bien.* Quiere que busquemos vuelos para sacarlos de ahí.

From: **Sax** ([sax@hotmail.com](mailto:sax@hotmail.com)).

To: **Mila Leonart Sanmartin** ([Mila54@hotmail.com](mailto:Mila54@hotmail.com)); **RODRIGO** ([Rodrigo@hotmail.com](mailto:Rodrigo@hotmail.com)); **INÉS Latina** ([inescarvone@hotmail.com](mailto:inescarvone@hotmail.com))

Subject:

Date: Wed, 18 Aug 2010 04:18:16 a.m. +0000

Mila como va!!

bueno pues yo aun no creo conveniente que salga nada en medios NADA nada.

es importante que si creen que son activistas no les den una relevancia mayor que crean que son uno de tantos activistas.

y bueno lo de la amiga de Facebook pues sí ese es el riesgo en redes. Tendremos que dar una rueda de prensa después de que regresen. Hacer una evaluación y una estrategia de medios.

yo se lo mismo que tú, pero salgo para Barcelona en cuanto pueda, voy a tomar un vuelo directo, eso sí...

yo sugiero que no se inicie ninguna acción sin planear la estrategia de medios porque en caso de que ellos corran peligro tendremos que mantener el tema en los medios por muuuucho tiempo para que respondan.

También por seguridad de ellos, pero sobre todo por seguridad de la gente que esta ayudando a Rodt. Ellos regresan pero la gente que apoyó se queda y se expone, así que no podemos promover acciones espontáneas.

También está la situación de que no han cruzado las cintas y tampoco va a ser fácil por tierra, hay varias experiencias de estos problemas de seguridad que tienen Rodrigo e Inés y tendrían que cruzar por separado la catalana con las cintas con una pinta de turista fresca occidental y Rodt con el equipo.

Rodt, está puede ser una alternativa pero solo si Inés tiene un cambio de ropa muuuuy fresca y no está fichada tanto. porque de otro modo en la aduana van a ser unos perros y por menos que eso.

vale pues, ahí van mis sugerencias  
Aquí estoy atento

Sax

El siguiente día comienzo a buscar vuelos para Barcelona. No entiendo que le pasa a Rodrigo, ya debería de haberse salido de ahí. Ahora con esta pendeja de Facebook, tienen a todos los medios siguiéndoles, así es más difícil pasar las cintas. No entienden nada, no sé, en cuanto regrese Rodrigo me voy. Esa noche, el marido de Fernanda sale con unos amigos con quienes desea instaurar la tradición de verse una vez a la semana únicamente entre hombres. Pendejadas, parecen gringos jugando a ser adultos con su Rock Band.

Después de la cena y acostar a los niños, Fer me pide que les cuente un cuento con un libro de imágenes. Ellos se imaginan la historia y yo también: Es la vida de un oso que caminaba al marnantal, cae en el agua y caza un pescado para después regresar a su cueva. Tardo más de 40 minutos en contarlo. Atravieso el pasillo. Encuentro una foto de Ana con Zuê. Tengo que regresar a Barcelona, Mila ya está muy nerviosa. Entro a la sala de tele y encuentro a Fernanda con una botella de tinto en la mesa mientras ve una serie en el Apple TV. Me siento a su lado y ella busca un programa, acabamos viendo una serie policiaca, le da igual. Terminamos la botella y me voy a acostar. Desde el estudio escucho la tele, ella continúa con su libertad, sin marido, sin niños, con ella. Dejo la puerta entre abierta. Me pongo a escribir, a leerme, a recordar a Zuê quien me espera en silencio. Su pasión, su juego, sus rizos. Me comienzo a masturbar, era su amiga. Ella entra, me roba un beso sabor vino, la cojo por el culo, nos olvidamos del marido, ella gime y disfruta con la pequeña censura del ruido. Veo a Ana frente a mí, con sus tetas grandes y erectas, veo el vientre de Zuê y escucho su risa embriagada con whisky, veo a Mila con sus ojos azul turquesa, desnudándose, gimiendo, veo a Fernanda mordidéndome, madre y reclusa que se libera en mí. Jadean, dis-

frutan al unísono pero no puedo sentirme. Ellas alcanza el orgasmo. No siento, no puedo. Se recuesta en mi pecho, me da un beso en el cuello y me pregunta. ¿Te la mamo? Su voz suave, ahí está ella, tragándome, igual que Ana, no tan parecida a Zuê. Me come hasta que termino en su boca roja, me ve con ternura y una mueca alegre con sus labios latiendo. Entre algunas caricias se despide. Olvidala Santiago, este es tu presente. Se levanta, camina hasta el final del pasillo. Se sumerge en la tina con el agua caliente. Deja abierta la puerta y con velas ilumina su cárcel.

## EPISODIO 2



*Badajoz, 25 de noviembre 2010  
Tres meses después*

Rodrigo entra al salón de reuniones, se sienta frente a mí como si no sucediera nada, intenta comandar la entrega de los informes para mañana, suelta un par de órdenes. Espero que voltee a verme, que me mire a los ojos, no lo hace. ¿Ya estás bien? ¿ya llegaste?, bonito héroe de guerra, ahora nos pides que vayamos con el que te quería muerto; ¿no te falta preguntar algo? ¿no falta algo en tu rompecabezas? espero que esto sí lo escuches antes de tu nuevo romance con los medios; Zuê está muerta, también está muerta, cabrón. Rodt solamente desvía su mirada un poco del monitor, me busca de reojo, sin gestos. Sorprendido, deja de escribir pero no muestra más expresiones, está inerte, en shock, no dice nada, simplemente no es. Nayala hoy por la mañana me lo dijo. Él no está bien, no come y despierta gritando en la madrugada, no deja que lo toque: estoy desesperada, intenté provocarlo; lo obligué a coger conmigo y le dije que no había terminado, que ya no sentía nada por él, pero aún así no reacciona; anoche sólo lloró y lo abracé; se tiene que ir a México y calmarse, convéncelo tú, a mí no me escucha. Me confesó esto en llanto, sin saber qué hacer o a quién recurrir. Observo a Rodt, no hay ninguna respuesta. A él le importa un carajo qué le suceda a los demás. Regresa la vista al monitor y el sonido del teclado rompe el silencio en el salón.

Sin decir más, me levanto y camino hacia el pasillo. Él me echa un grito. ¡Eh! ¿vas a ir mañana a Badajoz? Sí, respondo sin detenerme ni voltear hacia atrás; recorro el pasillo hasta los ins-

trumentos. Abro la puerta a mano izquierda, cruzo el dintel y la escucho cerrarse atrás de mí. Camino agitado entre los callejones intentando calmarme, intentado olvidar a Zuê y organizar las ideas con algo de lógica, pierdo el aliento. La lluvia comienza a esconder a los turistas del Borne. Recuerdo a Zuê parada bajo el zaguán de su casa mientras la tormenta me alcanza. Con las calles solas, no dejo de caminar hasta llegar a la Barceloneta, el agua cae tan fuerte que ciega mi mirada hacia los barcos que se acercan al puerto. La rabia escurre por mi rostro confundándose con la sal del mar y la lluvia.

Al regresar, encuentro a Rodt atravesando la calle Princesa, entramos juntos a ese hueco oscuro sin cruzar palabra, empapados. En la oficina nos cambiamos la ropa con algunos suéteres y pantalones que teníamos ahí. Llegan Inés y Mila para que terminemos los informes. Por la noche, la lluvia tupida y constante moja el centro de Barcelona. Desde la ventana se pueden ver destellos del farol frente al balcón, la luz sin brillo atraviesa una cortina de agua tras el cristal. La lluvia ahora carece de furia pero ensordece, ahoga las lágrimas que trago, evita que mis quejidos alcancen a ser un paisaje en el salón, son un rencor acumulado entre la oscuridad.

No puede dormir. Rodt arrastra una silla al lado del balcón y se sienta, observa como fluye el agua entre las jardineras con palmas verdes que se multiplican en fila, calle abajo, hacia el Borne. Lo veo desde el otro extremo, tras las patas de sillas y mesas del salón donde montamos una pequeña cama con telas y cojines en el suelo. En El Aaiún, Rodrigo e Inés tenían que evitar que se escuchara correr agua en las tuberías para que el ruido no los delatara con los marroquíes; imagino que ahora el estruendo de la lluvia al caer le ha de taladrar como si fuesen miles de llaves abiertas que los entregarían desnudos, expuestos a los torturadores; o tal vez, si esta tormenta hubiera caído esos días, su rugido los habría protegido con un momento sordo para todos. La ciudad está en calma, sin secretos. Las chicas intentan descansar. Mila se recuesta sobre el sofá de piel negro, pegado a la pared, típico sofá de oficina;

cierra los ojos pero no duerme, lo sé. Inés está a mi lado, por fin descansa, se pasó llorando toda la tarde mientras organizaba los nombres y fechas de estos últimos dos meses.

4:30 de la mañana, salimos de la oficina, corremos por Vía Laietana hasta Plaza Cataluña; brincamos los charcos de agua y cruzamos las calles inundadas, esperamos en el paradero frente al Corte Inglés; los escaparates adornan un movimiento perpetuo, pero no en la misma dirección de la que nosotros venimos. La tormenta arrecia. Tomamos el primer autobús que sale hacia el aeropuerto, las ventanas vaporizadas resplandecen, están marcadas por la grasa de las cabezas que se recuestan en el transcurso del día. Llegamos a la terminal y después del check in y la seguridad, corremos a la puerta de embarque. Subimos al avión, el sonido habitual, metal estrujándose, forzando su física. Intentamos descansar con las manos heladas y las gotas de agua escurriendo por los tobillos. De servicio nos ofrecen unos cacahuates, después, cabecear sin poder dormir y ver por la ventana; nada, no voy en tu dirección, ni en tu búsqueda, te abandoné Zuê, te traicioné. Nada puede doler más que ser el traidor de lo que amas. En los altavoces, el piloto nos informa que la niebla no deja ver la pista de aterrizaje en Sevilla donde nos esperan para llevarnos a Badajoz. Las nubes abrazan el avión, somos un bombón de metal cubierto de amor gélido en el cielo. Nos mandan al aeropuerto en Málaga y minutos después aterrizamos, de ahí, salimos en camión hasta el aeropuerto de Sevilla, la carretera pasa por encima de los ríos que van hacia el mar y sembrados pedregosos con olivos que pintan el horizonte.

Al llegar al aeropuerto de Sevilla, nos intercepta un caballero, camisa, un Rolex en la muñeca. Nos llama por nuestros nombres. José, mucho gusto. A cada uno nos pide que abordemos al Jetta. Rodrigo va de copiloto y yo atrás, entre las dos. Ya no se soportan. Si no es Inés es Mila, parece que se van turnando para recargarse sobre mi hombro, casi babean. La carretera está húmeda, vacía, únicamente se escucha el sonido de las llantas contra el agua. Volteo hacia atrás y veo la estela de brisa que se levantaba. La

carretera me recuerda tu piel, apenas erizándose, mojada por la noche. Veo al chofer, conduce con las dos manos sobre el volante, las uñas perfectamente cortadas. Volteo con Rodt y vuelvo a intentar convencerlo de organizar una pequeña programación para el encuentro de hoy. A ellos no les interesa Rodrigo, son políticos. Pero tienen que pedir una explicación a la diplomacia marroquí por lo que está pasando. Sí, Rodt, pero son una autonomía, no les corresponde; con que condenen los hechos es más que suficiente. Hay que lograr esa condena en todas las autonomías y entonces no podrán ocultarlo. Para eso tenemos que ir primero a el País Vasco; das el testimonio Rodt, junto a Inés y yo los puntos políticos, ¿te parece? Él recuesta la cabeza contra el respaldo. Suspira intentando contener su coraje, Sax, no sabes qué está pasando; ellos necesitan la condena y la presión diplomática. Sí, pero no lo van a dar... Santiago di lo que tú crees importante, pero no me digas qué decir; ellos tienen que saber lo que está pasando, tienen que saberlo. El silencio enmudece a los violines de Tchaikovski, el carro avanza con la energía exacta de una caída al vacío.

El chofer escucha con una atención que me incomoda. Habla intentando ocupar el espacio hueco dentro de la cabina. Hola, jóvenes por qué no descansan un poco. Rodt responde. Hola, qué tal, perdón, pero vamos un poco cortos de tiempo. El chofer voltea por el retrovisor con la mirada azul y las arrugas largas alrededor de los ojos. Entiendo, tienen que ser pacientes; ellos no son muy perceptivos, comenta el chofer. Rodt y José comienzan una conversación de la que estoy excluido de facto. Rodrigo contesta. Sí, pero es durísimo lo que ocurre; no se había visto antes. Ya se había vivido, tiene 34 años viviéndose. Sí, pero ya no hay ejército, ya no hay nadie, están solos. Si te refieres a los políticos, ellos nunca estuvieron. Tienen que voltear, no sé si antes lo hicieron, pero ahora tienen que, ¿están traicionándolos! Escucho el diálogo. Por encima de los hombros de ambos, hacia el firmamento, la carretera delinea una silueta negra. José con toda tranquilidad y voz gruesa interrumpe a Rodrigo. No es la primera vez. Baja el volumen del estéreo. Acelera para tenernos con los huevos en la

garganta. Rodrigo no deja apantallarse y suelta una tonta amenaza. Ustedes van a tener que apoyarlos o tendrán la guerra aquí. La mueca burlona de Rodt espera a que el chofer reaccione, que haga un gesto, que caiga en la telaraña.

José reacciona demostrando su jerarquía sobre Rodt. Mi padre era militar y también yo lo fui hasta hace muy poco. Yo tenía catorce años y vivía en El Aaiún; ¿tú crees que conoces cómo es la guerra, no? Rodrigo sonríe sabiendo que encontró la respuesta. No sé, tú dime. El chofer y Rodrigo son idénticos, bien parecidos, iracundos y negociantes, cínicos y astutos, arrogantes y sensibles. El carro avanza sin distinguir las señales de velocidad. José sostiene el acelerador presionado.

Las chicas duermen. Rodrigo y yo escuchamos a José mientras cortamos el agua sobre la carretera. Ese día, en noviembre del '75, la BBC anunciaba que las tropas marroquíes se concentraban junto a la frontera norte del Sáhara Occidental. Mi padre estaba serio desde hacía días. A él lo habían mandado diez años antes, cuando yo apenas cumplía los cuatro años. Ese día todos hablaban que se venía la guerra, pero en esa época no sabíamos nosotros nada de la guerra, éramos unos pijos. Hace una pequeña pausa, voltea a ver a Rodrigo y espera que entienda la respuesta a su tonta trampa. Rodt escucha atento las palabras del chofer, recorre esa ciudad que él sueña en pesadillas, esa ciudad que tortura sus recuerdos de los últimos días, que no lo deja dormir. José retoma la historia hipnotizándonos con el pasado intocable que nos ha arrojado a vivir estos meses. En el colegio La Paz, cantábamos el himno de España todas las mañanas y sobre la cabecera de la oficina del director colgaba un cuadro de Francisco Franco; siempre entendí que eso era España, que era mi país. Rodt, toma aire después de encontrar un espacio para regresar la estocada. José lo intuye y no le permite hablar. Muchos de los amigos de mi padre eran saharauis, ellos habían defendido a Franco y habían peleado por España en muchos frentes con la promesa de que algún día su tierra sería libre; mi padre había aprendido a preparar el té y algunas veces íbamos con sus amigos a la playa.

Yo tenía un compañero, él se llamaba Mohamed, juntos salíamos a recorrer la ciudad. En esos días la tierra fina y roja se marcaba en nuestros uniformes del colegio. Íbamos al cine Dunas y veíamos muchas películas, varias de contrabando para no pagar. En la escuela se decían muchas cosas. Sidi otro compañero, se burlaba de nosotros, le hacía pasar mal rato a Mohamed. Te van a dejar y te van a matar, tu amigo te va a abandonar, le gritaban. Yo le prometí que no, que España no sería tan cobarde como para abandonar a guerreros que habían dado la sangre por su patria.

Ese día de noviembre nos alinearon y el director anunció que las clases estaban suspendidas hasta recibir nuevas órdenes. Mi padre era oficial del ejército. Yo sabía que si venía la guerra, él iría a pelear. Para Mohamed y para mí, todo sucedía muy rápido, simplemente no alcanzábamos a imaginar lo que sucedía. Era raro, era un tiempo fuera, unas vacaciones de un sabor amargo. Para los saharauis era la sentencia, era la burla y la mentira que se hacía realidad. Mohamed y yo fuimos a pasear como otras veces sin prestar atención. Él era moreno, alto y yo de ojos azules. Su sencillez siempre me daba confianza, quizás de eso te enamoraste en el desierto. Voltea a ver a Rodrigo. La lluvia rodea al carro y se pierde en el horizonte dividido en dos por la carretera. La figura negra e infinita promete dejarnos escuchar a José.

Mi madre no hablaba mucho, pero siempre repetía en la cena: uno rubio y otro moreno, uno católico y otro musulmán, a ella le parecía una broma, a mí esa diferencia me daba rabia; siempre le contesté: mamá, somos españoles y defendemos a nuestra patria. Era la época, creo, así vivíamos los chicos, cuando las patrias valían para algo.

Ese día nos metimos al sauna Jihi y de regreso compramos un pan recién hecho en donde Manolo. Luego, nos fumamos un último pitillo mientras imaginábamos viajar juntos hasta Mali. Apenas teníamos catorce años. Nos despedimos y Mohamed soltó la última bocanada de cigarro. Le dije: no los traicionaremos; no voy a dejar que invada Marruecos mi país y mi casa. Él sólo apretó bien la mano, tenía más claro lo que sucedería. Yo de regreso en casa encontré todas las maletas listas para partir. Mi padre se hallaba en

el sofá y escuchaba la radio pero no volteó a verme. Mi madre salió llorando a recibirme. José nos vamos, mi padre ni siquiera pestañó cuando el abrazo de mi madre evitó que saliera corriendo.

José hace una pausa para escuchar el ligero resoplido de aire que hemos contenido mientras lo escuchamos. Somos los traidores, nosotros somos los traidores, ¿entiendes Rodrigo? Cae la niebla que impide ver hacia adelante. El chofer espera a que Rodrigo encuentre entre sus amenazas, una tonta respuesta, pero no, no hay nada. Ya sabía que España es el traidor. Lo he escrito todo el mes en los comunicados. Me han entrevistado los medios y se han dicho todas estas verdades, pero al ver a Rodt allí, sepultado sobre el asiento, sin voz, escuchando al chofer decir, decirle. Somos los traidores; entiendo que Rodrigo no es capaz de responder a esta acusación que le hacen. Se siente un pendejo, uno más que abandona a sus compañeros en la batalla, un chivato y nada más. A Rodt le regresa el temblor en la pierna y la ansiedad en las manos.

En la madrugada de ese día, sin hacer ruido, recogieron a todos los militares españoles y sus familias. Uno tras otro, la caravana de Jeeps Willy se alcanzaba a ver por la carretera. Fuimos traidores, pero además cuando España y los políticos vendieron mi patria, desarmaron a toda la policía saharauí para que no respondieran a la invasión. Los desarmaron y los entregaron. No sólo somos cobardes, sino también asesinos. Rodrigo lo escucha esperando un momento para dar la cara y restaurar el orgullo que pierde mientras descubre que hace unos días huyó igual que ellos. Con toda autoridad, José no se guarda la sentencia con la que ha tenido que vivir. ¿Tú crees que estos políticos, que únicamente han tenido que estirar una mano para tenerlo todo saben qué es perder a alguien? No, Rodrigo, ellos van a New York y vuelven llenos de abrigo nuevo, van a tu México, toman el sol en Cancún y regresan sin historia, porque este país no tiene historia. Somos unos cobardes y unos traidores; tú también lo eres Rodrigo.

Tal vez no son un país sin historia pero sí con pocos huecos para recordarla. Siempre dando la espalda. También a Mila. También esa princesa arrastra en su velocidad las cicatrices de

la traición. ¿Cómo secar una piel que ha vivido bajo la lluvia por generaciones? Hemos tragado agua pero sobre todo, hemos aceptado la cobardía en nuestras vidas. No sólo Zuê está muerta. Mila vive a la deriva de un territorio sin alma, con senderos que se llenaron de mirillas apuntándonos. ¿A dónde vamos, al paredón de fusilamiento? Tal vez sí. El abogado, nos quería muertos y ahora nos tiene donde quiere. Ocultos bajo la niebla de una carretera plagada de accidentes y vigilados por un ex militar.

Atravesamos la cortina de lluvia que compacta el tiempo. La carretera termina hasta convertirse en una calle con una glorieta donde nos esperan Juan Carlos y Renata. Quedan estremecidas las gotas de agua sobre una piel de dragón con escamas tornasol por el aceite. Esa línea negra perdió su dirección. Termina con los ánimos que podemos tener de la reunión. No hemos dormido nada, estamos helados y con los pies mojados. Apenas alcanzamos a llegar a la hora, sin tomar por lo menos un café.

El chofer desciende del carro con la disciplina militar que le acompaña e informa que han llegado sus paquetes. Trago saliva, observo desde la ventana. Nos esperan con la ilusión de que sostengamos erguidos nuestros rostros frente a los inútiles burócratas, sin haber dormido en meses. Se han bajado José, Inés y Mila. Detengo por el hombro a Rodt para hablar con él. Escúchame, a Juan Carlos y Renata sólo les importa presentarnos como su producto; no hay nada más falso que ellos, él te quería muerto, te necesitaba muerto mientras tú te jugabas la vida, cabrón; Rodt, no entiendo porque le compras todas las mentiras a esos dos, no lo entiendo de verdad; si por él fuera... Cabrón, escúchame, él no te quería a salvo, no tenía un plan B, nunca lo tuvo; a Mila la amenazaron, le cortaron el teléfono los marroquies y a mí me seguían desde la oficina hasta la casa de Gastón, habrá que renunciar a mucho para que él sea nuestro mecenas. Sin responder nada, Rodrigo sale, suena la puerta del Jetta, se atrapa el aire del carro último modelo.

Después de un breve saludo a un costado de la rotonda, volvemos a subir a los carros y entramos a la ciudad; en el centro,

nos estacionamos frente a los muros coloniales del parlamento de Extremadura, tiene la obvia presentación vacua de puertas de cristal, recepcionista con los tacones de punta y el maquillaje perfecto. Subimos a un salón de reuniones en el primer piso. Ahí, nuestros lugares asignados en la mesa de madera pulida, quizás de caoba. En cada sitio, hojas en blanco, bolígrafo, un vaso de cristal y una pequeña botella de agua. Todos listos, también Hasana, quien se sienta sin quitarse la gabardina color caqui y tiene la barba descuidada, supongo, por estos meses en los que dormir es el peor consuelo de la guerra; él está lejos de Juan Carlos a la misma distancia que de los políticos.

En la cabecera principal de la mesa, se encuentra Juan Carlos, a su mano izquierda Rodrigo, después Inés, yo, Mila, ocho sillas vacías y Hasana; a nuestra espalda un ventanal con vista a la ciudad, del mismo largo que el salón. Frente a nosotros se encuentran los parlamentarios del Partido Popular, Partido Socialista Obrero Español e Izquierda Unida. Juan Carlos presenta a Rodt e Inés. Ellos son Rodrigo Montemayor Trejo e Inés Carbone Rovira; ambos, son testigos de genocidio. El salón se temple de silencio, antes de que Juan Carlos se vanaglorie más. Rodt comienza su testimonio como si le hubieran puesto play a la casetera, no hay censura en él, tampoco debe tenerla. Su testimonio detalla cada hora, cada minuto donde pudo ver a los autores de las agonías. Al escuchar su crónica observo en su rostro las cicatrices que lo descomponen hasta ser una masa de carne latiente y en su mirada se encarnan las imágenes que al ser descritas con su voz, lo torturan lentamente. Inés repasa las miles de hojas acumuladas, las notas de información, los nombres de los desaparecidos, los muertos. Ella narra la angustia de no dormir y arrinconarse contra la pared, respirando la humedad. Por último, yo, el que toma nota sobre los gestos de estos hijos de su puta madre, el que enumera cuántos de cada partido, cuatro del PP, cinco del Psoe, y tres de Izquierda Unida. No hacen falta mis palabras en la pantomima. Me voltea a ver Rodrigo esperando que cierre con esa lista de exigencias.

Comienzo con mi participación sobre la mesa, veo a los diputados incómodos en sus asientos, expectantes. Sentada entre los parlamentarios del Psoe, reconozco a Renata, una de las anfitrionas, todo me parece una burla. Ustedes han escuchado a mis compañeros. Volteo a ver a Mila, ella nos pidió no hablar, continuó. Ninguno de los aquí presentes, incluyéndome, tiene la capacidad de imaginar o son capaces de sentir lo que han expuesto ellos; ustedes no respetan la historia, tampoco respetan el trabajo que se hace para que puedan escucharla en su cómoda mañana lluviosa con sus pies secos; lo único que puedo decir es: si le dan la espalda al pueblo saharauí, si lo asumen como normal, o lo convierten en una moneda de cambio para su próxima campaña política; aquí, entre ustedes encontrarán la próxima intifada; en estos edificios de cristal verán el fuego arder, en sus casas encontrarán a sus mujeres violadas y a sus ancianos machacados a palos; si ustedes tienen el cinismo de invitarnos y nos hacen venir sin motivo alguno, tendrán que guardar sus manos en los bolsillos a la salida de esta reunión; tendrán que esperar lo peor en su futuro; venimos a darles un mensaje, es un ultimátum, no es nuestro, no es de nosotros cuatro, no es de Hasana, el ultimátum está sobre sus mesas, o se salen de África y apoyan el referéndum de autodeterminación en el Sahara Occidental o la guerra estallará en su tierra, en su continente, en sus gobiernos; ustedes penosamente no son capaces de ver la realidad geográfica y social que están provocando, no son capaces de detener su propia crisis y exportan la muerte, no son capaces de verse en el espejo europeo y van a dar un lastimoso pronunciamiento al terminar la reunión; no van a exigirle cuentas al Rey de Marruecos y se van a ir a sus casas a platicar con sus esposas mientras comen sus tomates y su tradicional gazpacho, todos cosechados en el desierto ocupado y al final del día, van a reflexionar sobre lo que han oído aquí, luego, saldrán con sus amantes huyendo para pedir consuelo a su pobre alma, para que nadie, absolutamente nadie les arrebatase el confort con un poco de responsabilidad en este genocidio. El Sahara Occidental ha dejado muy claro que su pueblo es pacífico,

que su lucha es justa, que su nación tiene un territorio; ustedes han escuchado el testimonio y tienen dos opciones, terminar el colonialismo o perpetuar su hipocresía y ver el derrumbe de su mundo, sentirlo con su propia piel; no venimos a que nos den una palmada en la espalda. Volteo a ver a Juan Carlos. Venimos a informarles que su mundo está por derrumbarse, lo que han escuchado es producto de su ignorancia, de su ambición y su decadencia; España es jurídicamente administradora de la aún colonia, Sahara Occidental; todo lo que han escuchado, ha sucedido en territorio español y todo es responsabilidad de cada parte del gobierno español perteneciente a la Unión Europea; esto que han sembrado, ese afuera de sus murallas y sus mares, brincaré por los treinta kilómetros que vigilan y ustedes pagarán cada fruta de odio que han sembrado allá; tienen que exigirle públicamente a la delegación diplomática de Marruecos en España que permita la entrada de observadores internacionales a la zona ocupada, exigir la renuncia de la Ministra de Asuntos Exteriores por mentir públicamente, exigir la entrada de la Cruz Roja internacional a la zona ocupada como medida de contención ante un conflicto bélico y tienen que exigir acciones militares a la Misión de las Naciones Unidas para el Referéndum del Sahara Occidental ante la ruptura del cese al fuego por parte de Marruecos, pactado en 1991; tienen que retirar toda relación comercial con el Reino de Marruecos hasta que se permita la observación de los Derechos Humanos en la zona ocupada del Sáhara Occidental; si en verdad son una democracia, tendrían que saber que esto es lo mínimo que deben hacer como país responsable y jurídicamente administrador del Sáhara hasta su referéndum de descolonización; todo lo demás será mera política de mercado.

El silencio cruje, los vasos de agua descansan uno a uno sobre la mesa, pasan saliva. Rodrigo, el único que no bebe y mira fijo a los diputados del Psoe. Los del PP comienzan su respuesta inútil, primero el protocolo, agradeciendo que hayamos venido. Ustedes han presentado un testimonio y mucho antes que en cualquier otro lugar. Ustedes, ustedes, ustedes. Para no hablar de lo que

les toca a ellos. Así termina la guerra, con agradecimientos por haberles traído el reality show hasta sus casas. Para qué repetir lo que ya se sabe. Así termina la guerra, con un apretón de manos mientras en otras latitudes apenas comienza el dolor a calar en los huesos expuestos. Rodrigo, Inés, Mila y yo nos despedimos amablemente de los parlamentarios. Los del Psoe se acercan a Rodrigo para dar las gracias por el testimonio. Él les contesta. No se preocupen, nos vamos a ver mucho y me acordaré de lo que hagan ustedes aquí.

Salimos y caminamos hasta los carros, nos indican que subamos al auto de Juan Carlos y Hasana sube con el exmilitar. Vamos a la Universidad de Extremadura donde Rodrigo y Hasana darán su testimonio en la Escuela de Derecho. El cielo clarea un poco, se alcanza a ver el sol pero sin alma; el viento no deja soplar y atravesar nuestros pantalones húmedos. Nadie se queja por el itinerario, simplemente avanzamos entre la ciudad, sin palabras.

Nunca antes he escuchado una charla de Hasana. Tampoco muero de ganas por oír de nuevo el cassette en play de Rodrigo. Al llegar a la universidad, Inés y Rodrigo se adelantan a entrar al auditorio, se acercan con los organizadores para que les den indicaciones, yo me quedo en el marco de la entrada, veo a Juan Carlos y a Renata, ahí están con el rector, presumiendo a sus raros especímenes frente a cincuenta abogados que no van a entender nada. Mila fuma un tabaco en las escaleras, está más nerviosa que yo, tiene algo de miedo, está harta de todo, de Rodrigo y de todos. Juan Carlos a un costado de la tarima voltea a verme y regresa la vista a su charla con el rector y con Hasana. Sabe que yo no confío en él. Que se joda, él quería muerto a Rodt, bonito abogado.

Mila termina el tabaco, se acerca, me toma del brazo. ¿Estás cansada verdad? Vámonos Papi, esto es un circo, ya está Rodrigo aquí, es lo que quería, vámonos. No tengo palabras para contradecirla, simplemente la abrazo intentando cobijar su cansancio acumulado en estos meses. ¿Se está enfermando Rodrigo, no es cierto?, me pregunta Mila. Rodrigo va mal, no puede dormir, me lo dijo Nayala; no sé que hacer, intento que se vaya a Mexico pero...

Él no va a dejar esto, es lo que él quiere. Pero está mal, está enfermándose y no come bien. Aprieto mi rostro contra su pelo rojo, huelo una tibia bañera entre frutas y flores extintas, le doy un beso en los rizos. Nuevamente Juan Carlos nos voltea a ver, se acerca a Renata y le susurra algo al oído. El perfume de Mila me recuerda cuando terminó la llamada con este abogado hace un mes, ella estaba temblando, no tenía aire para hablar, teníamos miedo. Busquen españoles muertos, necesitamos españoles muertos, esas fueron las palabras del abogado; ella únicamente dejó el teléfono en el escritorio, le dije. Vamos a sacar a Rodrigo de ahí, Mila, lo vamos a sacar, mami, la abracé hasta que se recuperó. Ahora intento dar consuelo a un pez único, se ha extinguido su fuego en estos meses, entre las manos, perdiendo aire. Mila ha perdido el porte imperial de una princesa rusa y su pasado ya está cicatrizado. Ahora quien tiembla soy yo. Ya no puedo regresar el tiempo. Imposible volver a Juárez, ¿para qué?, ¿para enterrarla también?, o peor, ¿para buscarla eternamente entre los sembradíos de mujeres violadas? ¿para rastrear tus ropas, Zué? asfixiarme entre los objetos encontrados en una orgía que después se convirtió en masacre? Que estupidez la mía. Pretendo consuelo en un abrazo eterno con Mila. Desnudo, sin vida, sin alma, sin aire por el mismo abrazo estrujado ante una princesa-pepe que no se engaña más.

Mila me comenta con voz suave imperial que entierra una parte de su orgullo. Salimos a caminar en lo que termina la charla, nos vamos a helar, pero es mejor eso a escucharlo de nuevo. Acepto sin resistencia. En las escaleras nos intercepta una secretaria, supongo del rector de la universidad. Nos pide el nombre completo de Rodrigo. ¿Para qué lo quiere? Vamos a entregarle un reconocimiento por su valentía y su esfuerzo por defender los Derechos Humanos. Nos enseña el mismo reconocimiento que el rector ya tenía listo para Hasana. Inés estaba al frente pero no iba a hablar. Le damos los nombres y bajamos hasta el carro donde el viento penetra la mezclilla húmeda como agujas en la piel. Mila fuma otro cigarrillo y sonrío. Oye, ¿no se te antoja quedarte?, estamos tan

cerca de Portugal, ¡mira! para allá, me señala un horizonte indistinto. ¿Quieres ir?, vámonos de ride. Sí, vamos, su sonrisa expresa todo lo que necesito.

Tras una hora de charla, la secretaria del rector nos pide que subamos, quiere darnos las gracias a todo el equipo por el trabajo que hemos hecho. Caminamos junto a ella. Al llegar arriba, los encontramos a la salida del auditorio. Nos acercamos y con toda la formalidad nos saluda mientras Rodrigo nos presenta. Si ellos son nuestros compañeros, sin ellos estaríamos muertos. Felicidades muchachos, han hecho un trabajo excelente, el rector nos estrecha la mano y le da un beso en cada mejilla a Mila. Ella sonríe cordialmente. Nada, lo haría cualquiera. Rodrigo prolonga la plática con el rector, cautivados el uno con el otro insisten en preguntas y flores zalameras sobre su trabajo.

Descendemos las escaleras, se despiden todos. Juan Carlos, es el último que habla con el rector; se dan las gracias mutuas por la charla. Llega el exmilitar y nos indican que tenemos que subir con él. Juan Carlos y Renata afirman la orden. No se preocupen nos vemos en un rato, vamos a arreglar todo, vayan con José. Sin cuestionar abordamos y Hasana toma camino en el carro de Juan Carlos. Nos llevan atravesando el centro de piedra de Badajoz. Rodrigo, fresco y platicador, entabla nuevos diálogos con el chofer, nada elegante pero hacen las paces y en veinte minutos llegamos a un conjunto de apartamentos. Aquí es, bajamos mientras el chofer hace una llamada. Casi inmediatamente llega Hasana y baja del carro. Rodrigo le grita a Juan Carlos. ¿Pero, no se quedan ustedes? No, les tienen una sorpresa, contesta desde el auto y arranca. Hasana abre la puerta de entrada al edificio, la resolana de la bruma blanca reduce nuestras pupilas, no se ve absolutamente nada hacia adentro de esa puerta, sólo un pasillo obscuro. Hasana con la mano extendida. ¡Entren! Uno a uno, cruzamos como ganado, sin voluntad, andando, buscando un lugar seco.

EPISODIO 3  
Cuaderno 4



*Cardumen de peces*

From: **Mila Leonart Sanmartin** ([Mila54@hotmail.com](mailto:Mila54@hotmail.com))

To: **Sax** ([sax@hotmail.com](mailto:sax@hotmail.com)); **RODRIGO** ([Rodrigo@hotmail.com](mailto:Rodrigo@hotmail.com)); **INÉS Latina** ([inescarvone@hotmail.com](mailto:inescarvone@hotmail.com)).

Subject:

Date: Mon, 23 Aug 2010 10:25:30 +0050

Sax, esta mañana hablé con Inés, ayer recibieron a Hasana y más activistas, se situaron en primera línea, y Rodrigo fué agredido. Le he comentado a Inés que salgan ya de ahí, están en el Aaiún todavía, me comentó que hasta que no se sientan seguros no saldrán, me ha dicho que lo difundamos, conectate al skype, para que definamos que tipo de difusión en esta situación les ayuda o perjudica antes de que salgan de la zona. Esta tarde les llamo a ver cómo está la situación, si no te conectas en breve te llamo en una hora.

Hay un nuevo video de él, tienes que verlo.

<http://www.youtube.com/watch?r=r17bwrj6Q74>

Un abrazo

Mila

Por la mañana me dedico a buscar vuelos para Barcelona. Fernanda prepara de comer un platillo alemán. Su marido regresa

puntualmente del trabajo, todos comemos en familia y él vuelve a la farmacia. Los niños ven el movimiento extraño de los que se van, el más grande camina a su cuarto y se escucha rodar el tambor de juguetes. Fer y el peque se sientan a mi lado mientras organizo la mochila en el estudio, el más chico se acerca para preguntarle a Fer a dónde voy. No sé, aún no me dice, le responde Fer. Suelto la maleta, ella me ve con el mismo gesto que el nene. A... pues voy a visitar a un amigo en España. ¿Tu amigo está en Europa? No... sí... él va a regresar a Europa y necesito verlo. ¿Y vas a regresar aquí? No sé, tu mamá aún no me ha invitado. Claro que va a regresar, va para ayudar a su amigo y regresa a vivir con nosotros. Fer le da un beso, lo toma en brazos y lo lleva a ver caricaturas. Se escucha la televisión a lo lejos; suenan las ligeras pisadas de calcetines sobre la duela laminada del pasillo, ella vuelve al estudio y me observa desde el arco de la puerta. Zuê... perdón Fer... ¿Estás con ella? Sí ¿Mi hermana lo supo alguna vez? No. ¿Vas a regresar a Ciudad Juárez? Rodt está mal, le pegaron muy duro y... Pero después de eso. Sí, Zuê está sola y queríamos venirnos a España; allá no... Sé que pasa allá, soy mujer, por qué crees que estoy aquí; te llevo al aeropuerto. ¿Está bien? Sí, bien. Fer gira y regresa a ver la televisión con su hijo. Termino de hacer la maleta y voy al salón de tele, veo junto con ellos Pocoyó. Mi vuelo sale por Ryanair. Mila me mandó el comunicado para la prensa; un contacto suyo está interesado en publicar la nota en *El País* y me explicó que un diputado del parlamento europeo le está ayudando a presionar a las embajadas. De esto no trata Pocoyó, pero en eso pienso. Termina el segundo capítulo, me levanto y voy por la mochila. Llega el esposo de Fer para acostar a los niños. Ella me lleva y acompaña para hacer el check-in. Caminamos a la puerta de seguridad, Fer observa el reloj de pulsera en su mano, no me suelta. Ese reloj, el que lleva consigo de manecillas y segundero también marca la hora en México. ¿Qué hora es? Van a dar las seis allá, va a amanecer en un ratito. ¿Recuerdas el amanecer en las dunas? me pregunta. Recuerdo el viento sobre la arena y estar de pie sobre todas ellas, recuerdo que el viento borra mis huellas ¿No vas a regresar a Juárez, Fer?

No, nunca. ¿Y para qué el reloj? Santi, yo voy a morir aquí, sola, aquí los viejos mueren solos, sin que nadie los recuerde, seré una vieja más que huele mal después de muerta, olvidada por todo lo que soy; por lo menos este tiempo me dice a qué hora moriré allá. No entiendo Fer, tienes todo. Sax, Europa es una cárcel, nada más; no te olvides de mí, los niños te van a extrañar y yo también. Tengo que irme. Me da un beso en la boca. Chao; me observa esperando que atraviere la seguridad en el aeropuerto.

Es casi medianoche al llegar a Barcelona, no alcanzo el tren para subir a La Pacha. Salgo de la estación Plaza Cataluña y atravieso la rambla con la mochila en la espalda. Se me había olvidado que es verano y la ciudad no duerme. El cansancio no evita que me detenga a observar el espectáculo de turistas, cámaras, faldas y sombreros que se estacionan frente a una tienda departamental. La policía comienza a rodearnos por todas partes, se escucha al unísono las botas militares, algo de ese ruido sobre la acera me recuerda a Rodrigo. No entiendo qué sucede, lo único extraño en el paisaje son los turistas amontonándose. Unos se detienen, otros nos rodean, otros más comienzan a silbar. Los policías están haciendo una redada para atrapar a los negros de África, porque todos los negros son de África como si fuese un sólo país. Trato de continuar mi camino pero están los turistas y los negros y los mozos, todos en un alboroto. Los negros coordinan la venta en el mismo segundo que ellos extienden en el suelo las telas donde muestran los souvenirs y con dos cuerdas atadas a las puntas sostienen el mercado. Tiran de la cuerda para levantar en el siguiente segundo la tela; convierten un mercado en numerosos costales que salen corriendo disparados a la boca del metro. Corren más rápido que la policía, se dispersan, son un cardumen de peces negros. Se saben presas, acechados, vigilados y perseguidos. En sus rostros llevan los ojos muy abiertos, dos pupilas negras rodeadas de un blanco perfecto que resalta junto con su risa esmaltada. Las líneas del metro y el tren se llenan de ellos. El cardumen negro elude ser cazado. Son sombras que se escabullen y toman las plazas, los callejones y las esquinas nuevamente a la siguiente cuadra. La mirada de los transeúntes y turistas vuelven

a detenerse frente al espectáculo de peces ilegales, venden lentes, sombreros, bolsas, abanicos y relojes. Continúo mi camino hacia la oficina de Rodrigo. ¿Estará vacía? ¿Tal vez en el salón se habrá acumulado un ruido de palabras que nunca salen de ahí?

Camino entre el Barrio Gótico y el Borne. Observo la marca de los orines en las paredes. Había sucedido antes lo de los peces. Cuando salíamos Rodrigo, Inés y yo de la oficina en Julio recorrimos los callejones por la noche; íbamos a casa después de trabajar como si fuéramos compañeros de ventas en cualquier tienda departamental. No le presté atención al paisaje, no lo recuerdo totalmente. Eran tiburones o mozos de escuadra los que salieron de todos lados y entonces el cardumen de negros corrió. Es un juego que los negros saben jugar y ganar. Siempre lo ilegal sabe correr más rápido, son más listos que el hambre. Eso es, más listos y más rápidos. Me detengo, saco mi libreta para escribir algo: *Uno, movimiento de cardumen de peces; dos, cuerdas; tres, instinto del sur; clases para ser negro de África y no morir en el intento y no dejar de ser fayuquero en México o ilegal con saxofón en Barcelona.*

¿Tiene sentido esto? ¿Detenerme a escribir todo? Mi soledad, la soledad y la tristeza son mostradas así, deteniendo el tiempo un instante para después de tallar el papel continuar mi camino. Llego a la oficina, abro el portón sobre la calle, avanzo y abro la puerta de la oficina con la tarjeta. Saco las cobijas del cubículo de Proyectos de Conciencia, el grupo cultural de Rodrigo. Monto sobre el piso del salón una cama de telas y cojines. Son cosas de Rodrigo, pañuelos, fundas y alfombras, algunas están enrolladas, todas son árabes o eso parecen. Me acuesto sobre las telas y giro a mi costado derecho, alcanzo a ver el balcón y la luz de la calle. Deseo dormir, de verdad lo anhelo.



### *Muertos de olvido*

Desde la oficina escucho en la calle a un peatón que canta y grita mientras esquivando la máquina que lava a presión los callejones

lentos de meados en el Borne. No puedo dormir. La noche no cabe entre las telas árabes. Mi corazón se deshidrata sin sed, se exprime, se tiende a secar sobre las cuerdas de los negros de África. Mi voluntad es hipócrita, falsa, ya ni sé. Escucho el grito de ese desconocido sobre la calle. ¡No me moje, no me moje, ya me voy! le dice al conductor de la máquina con agua a presión. No es de aquí, no tiene acento. Intento dormir, extraño a Zuê. ¿La traicioné? No te engañes, sí la traicionaste; pero no voy a dejar que mis estupideces la lastimen. Que putada, ahora hablo conmigo. Aquí acostado, me estiro y enciendo la computadora chiquita que dejé en la oficina antes de viajar para Alemania. Es una ridiculez, una netbook Toshiba de colección y estampada con adornos de Real Madrid y el Santiago Bernabeu a lado del teclado, está horrible. Abro el correo y entro al Skype, busco a Zuê, ella debe estar conectada o levantándose si no trabajó ayer. No hay mails, ni mensajes. A mi favor encuentro uno de Fernanda en Skype. ¿Llegaste bien? ¿Es a mí favor? alejo la computadora y observo el techo. Su piel blanca sin sol y las comisuras de su boca roja delineada. Ella parecía algo, pero no; por un momento era Ana, sentí a Ana. ¡Stronso, no me moje! La máquina se aleja y los gritos suenan en la dirección opuesta a mi balcón.

Suena el teléfono. ¿Hermano cómo estás? ¿Rodt qué pasó, vi las fotos y el video de ti con sangre en la cara, qué pasó, estas bien? Él respira, lo escucho respirar, no dice nada, lo escucho, duda y comienza a explicarme. Estábamos afuera y nos atacaron, cuando llegaron nos atacaron y él cayó, nos atacaron, tienes que hacer algo, aquí está muy difícil, nos atacaron y él... Nada más dime qué pasó, tranquilo. Quiere convencerme, lo conozco, está dudando, lo que me dice es falso y verdadero a la vez. Lo imagino en un rincón. Escucho a Inés a lo lejos. Rodrigo suma frases. Estaba en el suelo y salí, eran muchos, nos están rodeando, están afuera; me están marcando desde España los medios; eran muchos, no sabes lo que sucede acá, eran... Su voz se repite, varias veces lo repite, su tono casi desea mi envidia. Lo conozco, tiene miedo, por primera vez escucho a Rodrigo con

miedo, me describe cómo recibió los golpes, su voz se quiebra y se flagela al contarme. Lo que me dice lo repite convenciéndome de su miedo. Él sabía que tenían que salir. Ahora tiene miedo, lo escucho repitiendo una verdad filtrada por el miedo. Ya no suena a Rodrigo, no se parece a él, se entrega al miedo hasta creer que algo más está pasando. Nos rodearon los policías y nos golpearon, eran policías y militares, éramos sólo Hasana y yo y eran muchos, los saharauis están muy enojados. Sax, algo va a pasar, lo sé, algo... Su voz se pierde con su aliento. Se corta la comunicación. Intento imaginarlo, está solo, me busca en sus palabras, desea que sienta todo, que lo traduzca a la perfección, que acierte en su soledad y lo acompañe. Quiero que se salga de ahí, no lo entiendo, me intenta convencer y vuelve a ser eso que no es Rodrigo. Vuelve a marcar, lo escucho, se calma un poco. No interrumpo sus palabras que se repiten con el mismo sonido, se desborda, no siento, quiero sentir su miedo para ayudarlo a salir; también me da miedo escucharlo así. ¿Inés, cómo está Inés? Ella está bien, no le pegaron, no salió, le pedí que no saliera, pero está muy asustada.

Recuerdo el primer video antes de irme a Berlín, él me quería decir que estaba haciendo lo que le pedí si pasaba algo, tomó ese camino; Rodt no habría hecho las cosas así, pero lo hizo así, deseando que le acompañe; ahora escucha esas voces que se repiten, ahora tiene sus propias Anas y Julietas. Lo oigo sin resistir a sus palabras que rebotan y comienzan de nuevo. Siento vergüenza de mí. Él únicamente ve una pequeña parte de lo que comenzó a rodar. Pero yo no y no puedo decirle por qué lo dejé solo allá. En el nuevo video Rodt tiene su rostro ensangrentado y la mano vendada e inmovilizada con un cabestrillo de ropa anudada sobre el pecho. Dibujo garabatos sobre una hoja de papel a lado del teléfono. Rodrigo insiste, interrumpo. Rodrigo, ellos están. Santiago, escúchame, los saharauis se saben muertos, su vida no vale nada, tienen que sumar miles de muertos para que los escuchen, no tienen nada que perder, pero si ellos nacen muertos, yo también. Suelto la pluma sobre la hoja rayoneada. Estás

solo, Rodrigo, no tenemos con qué protegerte, no tenemos cómo presionar a los medios, a las embajadas y a las organizaciones para que te apoyen si te quieres quedar allí. El responde. Si ellos están muertos yo también; no me importa Europa ni sus organizaciones, me importa lo que veo aquí, con la gente. Colgamos sin decirnos algo más, sin resolver qué hacer, cómo sacarlo de ahí, cómo detener lo que sucede. Inicia la repetición de su voz en mi cabeza. Ellos están muertos y yo también... Abrazo mi cabeza con los brazos y las manos en la nuca, cierro los ojos, me quedo sin aire, me siento en el suelo. Recuerdo la guarnición militar a orilla de la carretera yendo a Valle de Juárez, a menos de cien metros de los militares, había condones y agujas y botellas por todos lados, había pedazos de ellas, sus ropas hechas trisas, eran muchas, había piernas, manos, cráneos con rostros disecados, con los ojos como tiburones sin alma. No había que ser un genio para saber lo que había sucedido, la arena blanca cubrió los cuerpos. Había cien metros nada más. Abro los ojos y respiro, Rodt está muerto y también yo lo estoy sin poder sentir. Y antes de estar muertos primero estamos solos.

Me recuesto entre las telas. El suelo de la oficina se encuentra con una capa fina de polvo, nadie viene aquí, nadie trabaja aquí estos días de verano, suena el teléfono. La gente se sabe olvidada aquí, Sax; los saharauis quieren que les escuchen, que les recuerden, tienen así 35 años; saben que nacen muertos de olvido y van a dar la vida por ser escuchados, entiendes. Te escucho Rodt, ta' bien cabrón, vamos a armarla pues; vamos a traer el desmadre para acá. Sólo saber que hablan de ellos les devuelve la dignidad perdida con miseria, muerte, violaciones y olvido, ¿me escuchas? Ta' bien, Rodt, ta' bien, te escucho, pero ten en cuenta algo, allá tienen nombre, pero acá no, eso es lo que tenemos que hacer, me explico. Pero ellos viven todo esto a causa de Europa, no me interesa qué pase allá, me interesa lo que veo aquí, Sax, es acá donde hay que resolver todo. Ellos no existen, Rodt, tú los ves, pero no existen para el mundo y por eso hacen lo que quieran con ellos. Para el mundo son muertos sin nombre.



## *Nayala*

No sé cómo traducir a la imaginación la ciudad de El Aaiún. Siento un hueco que no duele, únicamente se expande. Mi pequeña computadora encendida, el teléfono sigue sonando, corro para alcanzar a contestar. Hola, no, aún no tenemos fecha de su regreso, en cuanto tengamos nueva información les mandamos un comunicado. Regreso a las sillas de piel negras, alineadas de forma que crean un elegante e incómodo sofá, ayer fue la pila de mantas en el suelo. Intento hacer sentir a los medios, que puedan ver a través de los ojos de Rodrigo. Salgo a recorrer las calles, busco la forma de sacarlo de la ciudad ocupada. No sé cómo sentir y ver a través de sus ojos. Los están olvidando, lo van a olvidar los encabezados de los periódicos, quedará sin nombre y desaparecerá junto con ellos.

Organizo la lista de medios y entre los pendientes está Nayala la esposa de Rodrigo quien me pidió que vaya por las cosas de él. Al medio día como una manzana, un pan con ajo y tomate. Hay un caos de llamadas y correos, el salón es tan oscuro que no detecto la caída del sol, el tiempo existe gracias al farol que ilumina la calle Princesa, siempre hacia abajo, al final de la calle estará un parque al que fui cuando difundíamos el concierto en julio y al que no he vuelto. Salgo a recoger sus cosas y entre ellas están los cuadros que ha pintado Rodrigo y que están abandonados en casa de Nayala. Siento que voy por las cosas de él para llevarlas a sus padres como si ya estuviese muerto. La espero en la acera de su departamento cerca de la estación Les Corts, ella es tres años menor que Rodrigo y dos menos que yo. Llega tarde y la noche comienza a dejar de ser parte de los transeúntes quedando vacía la ciudad. Es delgada, tal vez demasiado, con un pequeño salto para alcanzar mi rostro me saluda con dos besos, siento el hueso de sus pómulos en mis mejillas. Vos, tú eres el amigo de Rodri; yo ya sé de ti, él me ha hablado siempre de ti y de Javier; siempre

dijo que sos sus hermanos, soy Nayala; su sonrisa es blanca y el sonido de sus palabras es ligero, quedo, recita el saludo que daría a un amigo que fue siempre algo más, que le conoce de hace tiempo y nunca a dejado de serlo, es una jerarquía que una mujer siempre tendrá y le dará seguridad. Ella busca en su morral unas llaves que no encuentra. ¿Él no te dijo mi nombre, cierto? Observo un llavero gigante que sobresale de un bolsillo en sus jeans. Sí, sí. Inmediatamente recuerdo a Rodt caminado hacia la estación Mira-Sol saliendo de La Pacha, en el mes de julio. ¿Y tu esposa? Se llama Nayala. ¿Pero se hablan? Sí, pero tengo como tres meses que no sé de ella. ¿Y por qué se separaron? No sé... Sí, sí me dijo tu nombre. No encuentra sus llaves en el morral y se tienta los jeans hasta encontrar el llavero. Entramos a su departamento. Ella me muestra las habitaciones, abre la suya donde antes era el estudio de pintura de Rodt, las gotas de colores pierden su intensidad con el polvo del piso. La cama tendida, perfectamente. Una foto de él sobre la mesa de noche. Los cuadros envueltos, listos para dejar este domicilio. Me ofrece un té. Vos, discúlpame por buscarte así, ¿cuándo llegaste de Stuttgart? Hace unos días. Tengo que darte sus cosas porque voy a dejar el departamento, me voy de la ciudad y necesito que no se pierdan. ¿Vos sabes si está bien? lo soñé y sabía que tenía que hablarte, sabía que él estaba mal, siempre que le sucede algo lo siento así; también te sentí a ti, fue muy raro. Sí, entiendo, él está bien, yo dejo las cosas en su habitación, no te preocupes ahí no les pasa nada. No sabía a quién dárselas y tenía que marcarte, cuando su energía la siento así no puedo dormir, vos. Sí, no te preocupes. Honestamente no sé muy bien de qué habla pero imagino la preocupación que tendría Zuê con todo esto, quizás es algo entre ella y Rodt. Después de ver las cosas que tengo que llevarme, me obligo a quitarme la vergüenza. Oye, que pena, podría pedirte un favor. Sí, lo que quieras, no te preocupes, dime. Necesito bañarme, tengo desde que llegué en la oficina y no he podido subir a La Pacha, ¿me dejarías bañarme? Sí, claro, mientras yo voy por unas piezas de pan y preparo un té. Gracias, de verdad. Entonces deja te traigo una toalla.

Termino de quitarme el jabón y escucho que tocan a la puerta, ¡Sax, oye, Sax, olvidé las llaves, ábreme! Toalla en la cintura, escurriendo y marcando mis huellas con agua, salgo de la regadera para abrir la puerta. Que pena, de verdad, que pena, te saqué del agua. No, nada, ya estaba terminando; deja me cambio. Sí, de verdad que pena, yo preparo el té, pero también traje una botella de tinto, ¿a vos te gusta? Sí, está bien; me cambio. Al salir descubro que ella ha preparado pan con queso, tomate y aceitunas. Tomamos esa botella y salimos por otras más. Me cuenta las historias de Rodt y ella, me interroga acerca del pasado de su aún esposo, hablamos de él y lo que podrían haber sido si siguieran juntos. En la sala hay unos pequeños colchones con estampados indios rodeando una alfombra, en una esquina, una lámpara de telas moradas con triángulos y estrellas, ella enciende dos velas en la mesa de centro que ella misma recorre hacia la pared para poder estirarse mientras yo voy por la última botella. Nunca le conocí una ex tan lista a Rodrigo, regreso a la sala, se estira boca arriba haciendo exhalaciones profundas, en la blusa entallada se le marcan las costillas y el pantalón de mezclilla que apenas cubre la pelvis muestra su piel blanca con los huesos de las caderas que completan su dorso. Me acerco. Ya estoy algo borracha vos. Es honesta y sobre todo sencilla. Terminamos esa última, no deja de reír y preguntarme más anécdotas de Rodt. ¿Vos quieres quedarte a dormir? será mejor que la oficina, quédate. Sin mucha resistencia acepto. Tambaleándose trae un par de mantas. Por la mañana, al despertar, los sueños que aún están algo vivos me saben al dulce olor de Zuê. Entra la luz por el balcón que da a la calle, cuelgan cortinas violetas pintando la luz, sonrío con el recuerdo de los juegos de Zuê cuando se bañaba, me invitaba a entrar al agua y ahogarme entre sus piernas. Zuê se convirtió en mi rutina novedosa a pesar de estar con Ana y tener a Julieta. Escucho a Nayala en la cocina. Me acerco y la descubro calentando el pan en el horno y preparando un té. Cuando terminamos de desayunar tomo dos cuadros y un costal con alguna ropa de Rodt y me despido de Nayala con los dos besos filosos sobre las mejillas. Quedo en regresar

por más cosas el fin de semana, entre ellas una lavadora que va a tirar y sirve para La Pacha, siento que llevaré la modernidad a la okupa.

Tomo el metro hacia la oficina. Los pasajeros miran por las ventanas sin que algo los pueda sacar del trance. Me equivoco de estación y tengo que atravesar el mercado de la Boca, los comensales son indiferentes del olor a mierda. El ruido agudo del movimiento entre la gente ya no desaparece nunca, tampoco observan la comida en buen estado que tiran en cajas atrás del mercado, ahí también reciclábamos comida. Atravieso la rambla y me escurro por los callejones con algo de prisa. De regreso en la oficina, busco a Zué conectada en skype, sería perfecto encontrarla ahora, que estuviera aquí y salir a caminar con ella entre los callejones.

— ♦ —

### *Los condenados*

Entro a la oficina, me instalo en el salón, enciendo la computadora, voy por un vaso de agua, regreso y me siento; abro mis correos electrónicos y encuentro un mail de Mila.

From: **Mila Leonart Sanmartin** ([Mila54@hotmail.com](mailto:Mila54@hotmail.com))

To: **Sax** ([sax@hotmail.com](mailto:sax@hotmail.com))

Subject: RE: Pronunciamiento versión 1

Date: Wed, 25 Aug 2010 10:29:36 +0250

Qué te parece? no me convence mucho, lo repasé en 10min, me voy a poner a enviar a agencias de prensa. me voy a conectar a ver is esta s`pr ahí.

-----

La madrugada del día 23 de Agosto se cometió un acto de agresión contra activistas de Derechos Humanos saharauis en la ciudad de El Aaiún, territorio ocupado por Marruecos, y contra cuatro Observadores Internacionales de Derechos Humanos que se encuentran en estos momentos en el

Sahara Occidental y que aguardaban el regreso de los activistas, los cuales se encontraban participando en un foro por los DDHH en la Universidad de Verano de Boumerdass (Argelia).

La brutal intervención ha causado varios heridos entre los activistas saharauis y también entre los Observadores Internacionales, de los cuales, el peor parado ha sido Rodrigo Montemayor Trejo, de nacionalidad mexicana que presenta múltiples heridas en todo su cuerpo.

Los Observadores Internacionales Rodrigo Montemayor Trejo (de nacionalidad mexicana), Emma Pomar Lax, Pilar Almudena Fortuño, Inés Carbone Rovira se encuentran todavía en situación de permanente asedio y acoso.

En el momento que fué rodeado el lugar los cuatro Observadores Internacionales, informaron a la embajada de España en Rabat, sin encontrar ninguna respuesta. En palabras de los propios activistas y observadores describen así la situación:

“Cuando llegamos al aeropuerto de el Aaiún, lo cerraron, estábamos solos Sultana Haya, dos activistas más y yo (Hasana Molud), que veníamos de Argelia de un encuentro por los Derechos Humanos, con una gran presencia policial y militar que nos increpaba”. Una vez salieron del aeropuerto, se dirigieron a casa del activista, donde les esperaba una gran cantidad de policía marroquí. “Fue entonces cuando a la orden de Mohamed Haisuni “Mustaf” (policía marroquí) empezaron a golpearnos” “Entonces perdí el conocimiento y lo siguiente que recuerdo es estar empapado de la sangre del observador internacional Rodrigo Montemayor, mexicano, que me cubría con su cuerpo y se llevaba él los golpes”, asegura Hasana. Con el mexicano se encontraban las tres españolas, quienes también recibieron golpes.

Pilar Fortuño ha asegurado que les “tiraron al suelo, nos pisotearon y escupieron”. Cuando cesaron los golpes, cuentan que se encerraron en casa de Hasana, donde fueron presas de un “arresto domiciliario” durante toda la noche y de las amenazas que llegaban desde fuera. “Llamamos al cónsul y nos negó ayuda, en la embajada nadie respondía”.

Hasana Molud, que se encuentra en su casa convaleciente, sin poderse mover de la cama, explica que no puede ir al hospital marroquí, “porque a veces inyectan drogas a los saharauis que nos hace olvidar y nos

vuelven locos, lo han hecho ya otras veces". Del mismo modo, hace un llamamiento a la sociedad española para que "apoyen y den protección a las ciudadanas españolas y al ciudadano mexicano, porque ahora mismo no tienen su seguridad garantizada".

Ante esta grave situación:

- Mostramos nuestra enérgica condena a esta intervención salvaje cometida contra los activistas saharauis defensores de los Derechos Humanos y contra los Observadores Internacionales de Derechos Humanos presentes en el territorio.
- Nos solidarizamos con todos los compañeros y compañeras que han sido agredidos.
- Hacemos un llamamiento urgente a la Comunidad Internacional para que denuncien esta situación ante las autoridades marroquíes, ante los medios de comunicación, organizaciones internacionales y gobiernos de los distintos países, en previsión de otras posibles agresiones que puedan sufrir todos ellos ya que los indicios nos hacen pensar que su integridad física corre peligro.
- Hacemos un llamamiento urgente a la Organización de Naciones Unidas y su misión en el territorio (MINURSO), para que intervengan inmediatamente, pongan fin al asedio y agresiones al que están sometidos los Observadores Internacionales y velen por su seguridad y por la seguridad del pueblo saharai en su totalidad y particularmente por los Activistas defensores de los Derechos Humanos en los Territorios Ocupados del Sahara Occidental.
- Hacemos un llamado urgente al Parlamento de la Unión Europea para suspender todo tratado comercial y apoyo económico hasta que no existan condiciones que garanticen los Derechos Humanos en la región, y el respeto a la autodeterminación del pueblo Saharai.

Dadas las condiciones de riesgo de vida que existen para los Activistas Saharauis y los Observadores Internacionales:

Responsabilizamos:

Al Rey Mohamed VI, a las autoridades militares y policiales de Marruecos y a todos aquellos que mantengan una relación diplomática con

Marruecos si no se garantiza la entrada de una caravana internacional de observación de Derechos Humanos, y se ponga fin al etnocidio contra el pueblo Saharaui.

Por un Sahara libre:

Proyectos de Conciencia, Barcelona España.

Observadora de Derechos Humanos, Coordinadora 28 de Mayo, Guadalajara, México.

Que mierda es esta puta vida. Sacarlo de ahí es una cosa, sacarlo vivo es otra muy distinta. Pongo música en la compu; no, no tolero ningún sonido, la apago. Le respondo a Mila y continúo leyendo los demás correos. Una radio catalana quiere que vaya a una entrevista para explicar la situación de Inés y Rodrigo. Descargo el documento con el mismo comunicado en .doc que envió Mila. Lo reviso, intento imaginar qué se preguntan los medios, qué sí van a publicar. Rodt está condenado en una isla de madera vieja y apolillada, junto a él, le rodean todos los nombres de los invisibles del norte de África. Cada arruga en su nuevo rostro tiene yagas y juega por la noche con su sombra, es lo único que le queda a Rodt. Dudo que los noticieros de la Sexta quieran decir eso o deseen saber de qué son capaces sus inmigrantes, dónde flotan los exiliados del mundo.

Entra por el balcón aire con el perfume de Zuê. Rodt es un pájaro en una jaula con una parvada de aves suicidas. Miro hacia el balcón. Tienen que sentir los medios el comunicado, por lo menos tiene que incomodarles lo suficiente para que además del melodrama de Rodt también estén los invisibles; el documento es sólo información enumerada, sin autor... como las mil y una noches, sin autor. ¿Qué haces en tu jaula Rodt? Necesitan leer a un autor en el comunicado. ¿Te acompañará el canto de los poetas que se somete a una parvada de aves alzando el vuelo? Son gritos en el silencio, nada más. Comienza a desaparecer el aroma a ella, me levanto y camino hasta el balcón para ver a quien le pertenece

el aroma. Estamos tan condenados a una versión del adiós. No la encuentro, parece la hora pico de turistas, son damas que desfilan con pantalones de mezclilla recortados y ajustados. También veo a los viejos con lentes negros que les cubren casi toda la cara, toman fotos a los callejones con cámaras profesionales, claro sin entrar a ellos. Regreso a la pantalla y releo el comunicado pero es vacío, es ruido sobre el ruido. Veo mi reflejo frente al monitor, ¿quién soy? Estamos condenados a amar sin amor y a olvidar mientras aún se ama. Termino el vaso con agua y vuelvo a ver la pantalla. Quisiera mirar sobre el hombro de una montaña y a la distancia ver una primavera de arena entrando por el rabillo de mis ojos. Una primavera de arena, eso tienen que sentir los medios, pero no está en el comunicado, eso no está ahí.

Trabajo hasta la madrugada buscando esa ecuación morbosa de los medios. Vivo sobre el calcio de los edificios, sin dunas blancas ni montañas a lo lejos, encerrado en una oficina. ¿Cuál era el color de tu pelo Zuê? Estoy condenado a un paredón sin balas para mi pecho. Extraño tus rizos. ¿Por qué no contestas los correos? ¿Dónde te metiste Zuê? Juárez no es un buen lugar para jugar a las escondidas. Condenado sin ti, destinando mis días a ser más noche, más yo; Rodt y yo somos más torpes sin amor. Abro la bandeja de entrada de mi mail. Busco si has enviado algo Zuê. Estamos condenados como una piel a ser desvestida o una rosa a quedar seca, nadie escapa. No ha escrito, leo el último correo de ella.

El ritmo de los carros sisea yéndose. ¿A dónde fuiste Zuê? Cierro el correo y busco en mis archivos algo de ti, alguna foto que me deje ver tus ojos con lunas girando sobre el manantial verde. Cierro el mozilla, y la pantalla de fondo es el comunicado de Mila. No puedes quedar en posdata, tú no Rodt, tienes que volver. Sigo pensando. Hasta aquí todo va bien, hasta aquí todo va bien. No sé sentir y hacer sentir, Rodt, tal vez no sé cómo sacarte de ahí. Nada va bien porque no hay dolor me fuerzo a escuchar los silencios. Me dedico a organizar una carpeta de denuncia de violación de derechos humanos en los territorios ocupados. Hablan de varias ra-

dios haciéndome entrevistas sobre el comunicado que envió Mila. La bandeja de entrada comienza a acumular una lista numerosa de correos. Ceno pan con ajo, tomate y queso, hoy tengo un poco de queso que me regaló Nayala. No puedo no sentir. Zuê, me gustan las letras de tu nombre, me haces falta. Tengo que sentir tu amor en el silencio de la noche, tan en silencio. Son las dos de la mañana, cierro la tapa de mi computadorsita, indeciso entre las sillas negras o el suelo, acomodo mi campamento de mantas con vista al balcón de la calle.



*El pasado de Mila*

From: **Mila Leonart Sanmartin** ([Mila54@hotmail.com](mailto:Mila54@hotmail.com))

To: **Sax** ([sax@hotmail.com](mailto:sax@hotmail.com))

Subject: RE:

Date: Thu, 26 Aug 2010 06:17:41 -3002

Ey!! acabo de llegar, a mi padre le tienen que operar y he estado solucionando esta mañana, sigo enviando, he estado hablando con el diputado que nos está ayudando mucho, sigo enviando, me conecto en cuanto acabe ¡beso!

Despierta Sax, despierta. Abro los ojos escuchando tu voz. Ahí está el laberinto de patas de mesas y sillas, estoy en la oficina. ¿Dónde estás Zuê? Estiro las piernas y camino al pasillo donde está el baño. Me enjuago el rostro, observo mis ojeras, suena el teléfono, me mojo el cabello para acomodarlo un poco. Regreso al salón y doblo las mantas que serán mi cama, regreso al pasillo y abro el minibar donde guardo el queso. Rodt se siente muerto. Regreso con el pan y lo abro con los dedos, le unto el tomate cada vez más viejo, tajo un pedazo de queso con un cuchillo sin filo. Leo los últimos correos en la bandeja de entrada. ¿Qué día es? ¿Zuê, estarás recorriendo esas cuadras hasta tu casa de ida o de regreso del bar? ¿Qué hora es allá? Mis ojos están secos, con arena del de-

sierto en ellos, tallándose con lijas de madera, los cierro. Escucho tus tacones sobre la calle, tus caderas abrazan la cintura que tu columna recta traslada entre las avenidas Pérez Serna y Hermanos Escobar.

Suena la puerta de la oficina. Entra Mila con sus tacones haciendo eco en el pasillo. Levántate y saludame, mira que no pensaba venir, soy tu sorpresa, anda ven, saludame, si no, no puedo trabajar. Me abraza, su pelo rojo se enreda con el caracol fosilizado que me regaló Zuê y que cuelga en mi pecho. Tardo unos segundos en desenredarnos, me toma de la mano, cierra la puerta corrediza del salón y me lleva a la cabecera junto al balcón. Trajo dos toppers con comida. Usa una blusa transparente y un brasier blanco con encajes. Sirve la comida. Ven gordo, come, no dormiste ¿verdad? aún está caliente, tampoco has ido a La Pacha; tienes que descansar, qué va a quedar de ti; mira, fui a Paris, no sabes que bien fue estar con mi padre, es mayor pero se ve muy bien, nunca envejece, ¿ya mandaste el correo que te pedí? vi también a mi hermanita, ¡huy! que guapa es, a esa nunca te la presentaré, que increíble, tiene ojos azules increíbles, turquesa y la piel tostada, se nota el origen del este; pero come Papi, ¿qué tienes? nos tenemos que ir, después de esto, nos tenemos que ir a pasear. ¿Y cómo sigue tu papá? Bien, bueno, no, pero no quiero hablar de eso; ¿oye, encontraste a Zuê? No, para qué le tendría que buscar si estás tú aquí. Quieres que te haga los mismos trabajitos verdad, espera, voy por agua, ¿quieres agua? Sí. ¡Oye, gordo! ¿has hablado con Rodrigo? Ayer, creo... Los tacones son lo único que suena en la oficina. Toma, aquí tienes, cómo me quedó el arroz. Bien, está rico. Bueno, no es un gran arroz pero mira quién te lo preparó, ni a mi novio, bueno ex novio, ni a él le he preparado de comer así de rico. Es la receta de mi madre, no será la mejor madre pero este arroz si le quedaba bien. Pero ella vive acá ¿no? Sí, pero no la veo, es una pesada, de verdad gordo, hay momentos en que las madres pueden ser unas pesadas. ¿Y qué sabes de tu ex? Nada, mejor así, estoy muy ocupada como para andar con dramas. Oye, ¿ya mandaste los correos? ¿podemos ir a tomar un café? la oficina me deprime así; mejor respiras un

poco. Sí, está bien. Ni has recorrido la ciudad, no papi, tienes que salir más, desempolvarte; si sigues durmiendo aquí te van a crecer algas, ésta noche me quedo yo conectada y trabajo desde mi casa, creo ya me reconectaron el internet y puedo trabajar ahí; así te vas a dormir como debe ser. Oye Mila, esa blusa y ese escote no me dejan nada a la imaginación y... ¿Y qué tal, están lindas no? Sí, cuando estoy soltera me encanta traerlas así, me gusta que me vean. Bueno, pero si me distraigo no te molestes. Nada papi, usted disfrútelas que para eso están, pero si te pasas así te va. A eso me refiero Mila, ¿cómo andas brincando por todos lados y esperas que me concentre? Son para eso Papi, si no me vengo guapa entonces tú no sueltas la pantalla, Rodrigo está bien, vamos a sacarlo; es un burro, pero vamos a sacarlo y nos vamos los cuatro a tomar sol por alguna playa; está tan lindo el día, eso de encerrarnos en una cueva no me gusta, anda, vamos al café, ¿y cómo es Juárez, papi? aquí solo sabemos lo malo. Bueno, pues es la gente más linda de México, si sucede todo lo malo, lo que me trajo acá; pero la gente es muy amable, cualquier cosa y te están ofreciendo ayuda y en cualquier tienda ya te están saludando de nombre. ¿Y el clima papi? anda, vamos ya por el café, vamos.

Salimos de la oficina, ella me coge del brazo y recorremos cuatro cuadras hasta el café Patxoca en los callejones del Borne. Entonces, es caliente y frío papi. Sí, es una ciudad de extremos, es desierto. Me encantan las personas que se arrojan con intensidad; nada de medias tintas, papi, nunca te quedes con las ganas; me encontré a un amigo brasileño y que homenaje, no sabes, hace capoéira, que delicia tratar así al cuerpo. Mila me describe cada una de sus posiciones con el brasileño, tomo café, recupero un poco de la sangre que he perdido en la piel. El aire comienza a regresar a mi pecho y los cachetes se me adoloran de sonreír tanto junto a Mila. No Papi tengo que presentarte mi casa, un día nos metemos y de ahí no salimos, te va a encantar. Mila pero me vas a dejar sin aire. Ese día no te voy a dejar... no sabrás lo que es respirar Papi. Pinche Mila, te la voy a cumplir y te van a temblar las patitas. Uy no Papi, si es así deja que me reponga porque hoy no puedo ni

caminar. Eres una cabrona. Bueno, pero te gusta ¿no?, por lo menos te regreso el color al rostro, ahí encerrado parecías un zombi, y ni quien te aguante, pero cuéntame más de Juárez, me encanta que me cuentes historias, anda. Vamos a regresar a la oficina que seguro Rodt está marcando y no sabe de nosotros.

La tomo de la mano y le cuento sobre los burritos de Villa Ahumada. Tienes que comer ahí, uno piensa que los burritos son gringos pero no mami, esas cosas están del mismo tamaño que la de tu brasileño, pero más sabrosos, a poco no se te antoja. Si me llevas tú, claro que quiero Papi. Na, pinche Mila, eso le dices a todos, verdad. No Papi, eso si que no, es que es mi manera de no estar preocupada. Es tu padre ¿cierto? Sí Papi, le van a hacer una operación a corazón abierto; tanto tiempo que pasó sin que lo fuera a ver y todo por la historia familiar que cargo y ahora que lo puedo ver y mira. ¿Por qué se separaron tus padres? Huy no Papi, no quieres saber. Claro que sí. Bueno, te cuento, pero es para ti, no estés luego contándole a Rodrigo ni a nadie; así sirve que me saco esto de adentro, huy cuando estoy así me dan unas ganas de... Mila no empieces, cuenta. Bueno, ya sabes que mi madre con 18 años se fue a París y bueno en esa época los españoles eran lo peor, y bueno todavía siguen siéndolo para los franceses, y ella limpiaba casas y estudió bellas artes, fotografía y tal. Empezó a hacer fotos para rodajes de foto fija.

Y comenzó a hacer cine, foto fija en largometrajes y ya cuando tenía, no sé cuántos años tenía ella cuando conoció a mi padre, él es pintor y desde los 20 años, veinte-algo, ha trabajado en cine en dirección artística y se conocieron en España, creo fueron a hacer una película a Cadaqués y se conocieron ahí, habían estado viviendo juntos en París. Ella paga el café y caminamos hacia la oficina. No sé muy bien la historia porque mi mamá tampoco me ha explicado mucho. A mí me concibieron en Ibiza, que siempre mi padre dice: Imagínate el azul del mar de Ibiza en esos ojos. Me hace mucha gracia, que tengo los ojos como él pero bueno, yo tengo el mar Ibiza y nada, estuvieron juntos y tal y cuando mi madre tuvo como treinta años y mi padre tiene diez más justo con

cuarenta. No se llegaron a casar nunca, ni mi padre ni mi madre querían tampoco y nada, yo tendría tres añitos o así, un poquito menos cuando se separaron y mi madre se fue a Madrid conmigo y ya estuve ahí hasta los doce o trece años en Madrid viviendo, dijo mi padre. Sí que ibas a París; chiquitica iba con él a visitarle, a los seis años tengo recuerdos de haber estado allá, y luego con diez pero a partir de ahí no sé qué edad, trece o catorce ya casi no lo vi más. Entramos y encendemos las computadoras, yo le traigo un vaso con agua. Fue el tema del idioma, yo hablé francés, el primer idioma que aprendí fue el francés, pero cuando venimos a Madrid pues mi madre es castellana, entonces se puso a, bueno me empezó a hablar en castellano y ya perdí el francés super rápido y ya no hablábamos él y yo. Hasta que tenía los veintiuno yo creo que no volví a ver a mi padre, que me fui con la que es como mi hermana y con un amigo, nos fuimos ahí a Nims y ya me reencontré con mi padre y conocí a mis dos hermanos pequeños, a Alín y a Nino. Y a partir de ahí, nos hemos ido viendo pero poco. Con mi padre es eso. Mila pero eso no es lo que te jode o bueno, entiendo que es parte pero tú no la llevas bien con tu madre. Bueno papi, tu me quieres comer completita, pero te va a costar un poquito más, no creas; oye, ¿tienes la lista de medios para enviar la nota sobre la flota de la libertad?. El rostro de Mila resplandece por la luz de su computadora. Recarga un codo sobre la mesa y levanta la mirada para descubrirme observándola. Nene, deja de verme así que no vamos a trabajar nunca. ¿Cómo? Así que me desnudas y me comes viva. Mh, es difícil trabajar con usted. Te encanta, no te quejes.

Más que una simple fantasía por hacerle todo lo que no le haría un bonito semental, disfruto la imagen marina sobre el tiempo con Mila. A pesar de que su velocidad me agota y me relaja y me excita, todo al mismo tiempo; su piel blanca la veo como parte de la arena del desierto en Juárez. Me parece que encajaría muy bien como una juarense, si no fuese porque no duraría una semana viva. El ecosistema que genera Mila tiene una gravedad cinco veces mayor a la de la tierra, hombres y mujeres se ven eclipsados

por su halo de princesa rusa con los ojos de un pez azul. Mila es más que una belleza única. Trabajamos hasta las nueve de la noche, intentamos localizar a Rodrigo por teléfono pero está fuera de servicio. No tenemos ningún nuevo comunicado y las embajadas están a punto de ignorar a sus dos conciudadanos en la zona ocupada.

La oficina transita junto con nuestro encierro que contesta correos y llamadas. Pero no responde cómo sacarlo de ahí. Los medios nos interrogan sobre la profesión de él, sobre su trabajo como músico en la calle, sobre el tiempo que fue ilegal, buscan por todos lados tener el teléfono de Nayala, incluso preguntan cuando fue el viaje de Inés al Amazonas; los invisibles no tienen rostro y Rodt e Inés son un espectáculo, son lo que atrapó la red de lastre para pescar esta semana. Cerramos la oficina y caminamos para tomar el tren que va a La Pacha, literalmente me manda a descansar. Abordamos el tren en Plaza Cataluña hacia San Cugat. El sonido del tren me hipnotiza como a cualquier transeúnte. ¡Gordo! ¿Qué? Me da dos besos. Ella baja en Passeig de Gracia con la sonrisa más ligera y coqueta que he visto.

From: **Sax** ([sax@hotmail.com](mailto:sax@hotmail.com))  
To: **Mila Leonart Sanmartin** ([Mila54@hotmail.com](mailto:Mila54@hotmail.com))  
Subject: URGENTE me quede afuera  
Date: Sat, 28 Aug 2010 01:01:57 +1200

Mila me quede afuera salí por comida y deje la tarjeta adentro puedes marcar a esta chica para que te de la tarjeta o voy por ella vale saludos y no te rías.

jajajajaja

Sax

From: **Mila Leonart Sanmartin** ([Mila54@hotmail.com](mailto:Mila54@hotmail.com))  
To: **Sax** ([sax@hotmail.com](mailto:sax@hotmail.com))



o qué, además ya van a salir Rodri e Inés de allá; anda guapo, pon una canción tú, una que me dediques a mí, amor. Mi sonrisa tonta y enmielada es transparente en mi rostro, ¿Te peleaste con el brasileño? No... me propuso matrimonio e irnos a Bahía; se enganchó y se perdió lo bueno. La complazco sin mucho atino. Le pongo, Não é fácil, cantada por Marisa Monte.

Necesitábamos sacar a Rodrigo e Inés de El Aaiún. La solución llegó ayer de la Generalitat de Catalunya, ellos consiguieron pagar un vuelo hacia Canarias y negociaron una salida con vida de allí. La política no quiere embarrarse las manos con dos cooperantes muertos en la zona ocupada del Sahara y menos un mexicano, aunque realmente su embajada ya le negó cualquier apoyo y delegó toda la responsabilidad al administrador de los bienes de España en la aún provincia colonial, del Sahara Occidental. Bonita diplomacia que deja todo en manos de un corrupto que recibe cheques de Marruecos para ignorar las masacres y dicen que esto es primer mundo.

Termino de escribir un comunicado para explicar las condiciones de salida de Rodrigo e Inés; se lo mando a Mila para que ella lo corrija, reenvíe y marque a los medios. Salgo hacia el aeropuerto para recibirlos y llevarlos a La Pacha. Al llegar Rodrigo e Inés, la sala de llegadas se abarrotó con un enjambre de fotógrafos y reporteros que capturan las últimas fotografías para las columnas matutinas de los periódicos *El País*, *La Vanguardia* y algunas televisoras más. Las luces blancas de los aeropuertos distan mucho del sol calcinante en el desierto, pero también iluminan más que las lámparas en la oficina. Con traje y corbata encuentro al eurodiputado en llegadas nacionales, vienen desde Canarias, me saluda, aunque inmediatamente levanta la mirada para buscar a Mila. Él es quien negoció con la Generalitat de Catalunya para que salieran con vida. Las pupilas se contraen para alcanzar a ver, acto natural hasta que se ciega la vista por los flashes que nos siguen unos metros. La extracción de Rodri e Inés de la zona ocupada, trae la calma a las oficinas de la ministra de Relaciones Exteriores de España. Básicamente nos estamos convirtiendo en peones de su

ajedrez. El eurodiputado nos ofrece llevarnos hasta La Pacha y de camino yo insisto en que él pase a tomar un té y conozca la casa de donde han salido sus héroes. Al llegar, Rodt agradece con cordialidad el gesto de traernos y baja de inmediato del auto mientras voltea a ver a Inés en signo de: no hables. Me despido. Por primera vez encuentro a Rodt con vergüenza y con ganas de ocultar su origen. Tiene ganas de entrar a su habitación de alfombras y telas de colores. A mí esa gratitud hacia el diputado me da asco, deseo que pase y tome asiento en los cojines llenos de mierda de la gata enferma.

Rodrigo e Inés se desaparecen en la habitación del sótano. Yo dejo mi chamarra en la habitación de telas y preparo un cocido con tomates y papas. Migue arrebató la comida con la mano como si él fuera quien no ha comido en días y hubiera recibido la paliza de los torturadores marroquíes. Desde la cocina observo que Rodt e Inés, salen a bañarse entre las berenjenas y las mariguanas. Después se visten, él con una chilaba blanca y ella con una melfa. Los dos caminan hasta el quiosco alfombrado y lleno de cojines en el jardín a lado del trapecio y las telas de acrobacia. Cae la noche templando el pequeño bosque de San Cugat. Se enfría la casa con goteras y humedad en las paredes. Terminó de preparar el cocido y bajo hasta el quiosco. Me siento a su lado en silencio. Inés me platica el momento en que llegaron al aeropuerto de El Aaiún para salir. Yo les gritaba. Alláh Akbar, para decirles a los militares que estábamos vivos gracias a Alláh y que Alláh sabía todo lo que ellos hacían. Inés cuenta su historia con emoción, tal como una aventura de Indiana Jones o eso parece. Inés se relaja mientras cuenta todo, pero Rodt no, él guarda silencio, las lágrimas escurren en su rostro. Sopla el viento con aire húmedo, las pocas hojas del comienzo de otoño se remolinan juntas. Dejo de poner atención a la historia de Inés; ella toma de la mano a su Rodt y después me toma de la mano a mí.

Han pasado dos horas desde que Rodt rompió en llanto y con su rabia e ira me explicó lo que sucede allá, en el Sahara. Las gotas de lluvia estallan en el suelo y gotas más diminutas rebotan hacia la alfombra rodeada por velas encendidas. Mientras me cuenta su

llegada puse rec. a mi grabadora de reportero, las baterías ya se han terminado pero grabé todo el testimonio. Rodt tampoco dirá algo más frente a Migue con sus pendejadas de buena vibra o frente la gente de La Pacha. Me levanto con parte de confusiones y algunas nuevas convicciones. Siento odio y vergüenza de escuchar que Migue le pide armonía con la humanidad. Yo no sé. Tal vez siento miedo, miedo a perderme y prometerle a Rodt algo que no pueda cumplir. Camino entre la lluvia escondiendo la grabadora en mi ropa. Voy a la recámara y conecto la grabadora para cargar las baterías y confirmar que la voz del audio uno es Rodrigo. Es la primera noche de ellos en Barcelona, tiene que leerse la lluvia. Lo que me pide Rodt son sentencias de un teniente preguntando por las reservas y mis juicios y... Mis manos están llenas de nada, no lo entiendo, no tengo ninguna verdad y menos respuestas. Únicamente acumulo rabia y dolor y ahora una noche más al final de este verano que hemos pasado sin saber dónde estamos o a dónde seguirán los pasos. La incertidumbre flota sobre mi cuarto y mi cama de telas amontonadas. No hay preguntas, todo me es ajeno, incluso este espacio para dormir lo tendré que regresar en dos semanas a la colombiana que cree en la propiedad privada dentro de una casa ocupada.

Observo el atrapa sueños colgando en la ventana. Rodeado de baldes para recibir las goteras del techo me cambio la ropa mojada. Aquí estoy seco y seguro, escribiendo esto, pero esa chica, Salka, ella está exiliada, escondida en el desierto; cuida cuarenta grabaciones con los testimonios que grabaron Rodt e Inés en todo el mes. La han arriesgado sin saber cuanto, está sola, sin paz, sin nadie ni nada con qué verse reflejada. Ahora está escondida quién sabe en dónde; si la encuentran estará muerta y si encuentran los videos estarán muertas muchas personas por nuestra culpa, por creer que somos algo; somos unos imbéciles. En la pared hay dos espejos rotos, son dos trozos grandes de Europa, tengo menos pelo y mi mirada fija, llena de ausencia. Cuanto ego puede existir cuando el dolor nos ha reducido a nada. Sé a dónde ir, sé lo que necesito yo, es ir con Zuê. Sé que estoy en ese espejo, únicamente

ahí habito. Rodrigo no puede comer ni dormir, eso también lo sé y yo tampoco puedo. Me recuesto, veo el techo e intento descansar pero imagino a Rodt, él está en un paredón con un gesto y es un solo latido lo que le queda, Inés y él van de la mano de un ser anónimo que les apoya. ¿Yo? Tienen la libertad de jugarse todo sin que nadie pueda hacer algo en contra de su voluntad; van sin tener nada ni nadie que sufra por sus acciones. Yo no puedo ir a su paso, yo tengo a Zuê y en un mes tengo que estar con ella. Eso lo tiene que entender él. No puedo prometerle nada que dure más de un mes. Mis papeles se vencen y está Zuê, tengo que ir por ella.

Busco razones para dar la vida junto a Rodt, tal vez me devuelva la dignidad, tal vez pueda ir junto a Julieta y Ana. Ahora tengo el oficio de sentir vértigo. Mi cuerpo es la tierra de una lucha con nombres distintos, Santiago Federico Rodríguez Tamés, Rodrigo Montemayor Trejo, nombres completos que van a completar la estadística de desaparecidos. Nombres en las listas de la prepa que descansarán sin rostro, ¿eso es lo que quiere Rodrigo? Ser un cordero que desaparece y muere.

Tiene que suceder algo, es cierto. Creo totalmente en Rodt. Observo el techo con telas que cuelgan y se retuercen en sí mismas con la humedad de la casa. Busco coherencia en la huida de Rodt. Busco el amor de Zuê, lo único que me queda de Ciudad Juárez. Busco no ser un suicida en la cola del banco diciendo. Sí yo les debo dinero, espero que con esto quede saldado todo y explote. Busco sentir lo que me pide Rodt. Enciendo la grabadora; pongo play al audio de Rodt que capturé hace instantes en el quiosco: *¿No te sientes aquí, no quieres llegar aquí?* le pregunto a Rodt. Su rostro hinchado, lleno de lágrimas, recupera el aire para hablar.

*No quiero llegar, porque sé que... pues yo me siento allá todavía y no quiero llegar porque llegar representa entrar en esta burbuja y dejar de luchar por lo que realmente sientes y quieres. Aquí dejas de luchar y no sé güey, yo no me siento aquí, pero tampoco quiero llegar. No me importa lo demás, no me importa el hecho de... No me importa lo demás, no me importa, me refiero a que no me*

*importa todo lo que pueda repercutir lo que quiero hacer. Quiero seguir con esta dinámica porque tenemos que hacer acciones que cambien, ahora sabemos que no podemos hacer mucho pero al menos podemos hacerlo. Tú no me tienes que decir, sabes que lo vamos hacer, sabes que si vamos a hacer lo que sea. Yo sé pero hay que hacerlo, hay que hacer algo ya, sabes. Me refiero a pensar en hacer algo aquí pronto, porque se va perder todo lo que hemos hecho. No quiero dejar de pensar en lo que podemos hacer, aunque sea una locura porque estando allá uno piensa en hacer locuras y creo que eso es lo que hacen los cambios güey. El pueblo cree que vamos a hacer de verdad algo y se va a perder esa ilusión. No queremos que se pierda. Les han traicionado muchos y no queremos fallar y tampoco nosotros mismos nos queremos fallar. Sabemos que podemos dar bastante. La gente de ahí lo necesita. Lo que nosotros estuvimos ahí haciendo durante un mes, no es nada. Tenemos un compromiso, independiente de si somos mexicanos o españoles o lo que sea, la gente está abierta a que les ayudemos. Cualquier cosa que haces lo agradecen como si fuera su familia quien está dando su vida.*

*Yo no quiero aterrizar porque si pensamos como piensa la gente de aquí uno se adapta a estar aquí y piensa en puras tonterías y entra lo que quieren escuchar y ver de aquí y no, no queremos jugar, queremos actuar y actuar de verdad para la gente de allá. Hay que empezar por la gente de allá que necesita confiar en ti y está confiando en nosotros y necesitamos hacer el cambio para atacar el pensamiento de aquí. La gente de aquí es enemiga, los españoles son enemigos, los franceses son enemigos, toda la Unión Europea son nuestros enemigos y siempre lo han sido. Y allá lo tienen más presente que nosotros y yo siento enemigos y sé, lo siento y siento que estoy viviendo en un lugar enemigo. Y quiero atacar bien cabrón, quiero atacar con su inteligencia y su pacifismo, no sé cómo lo logran, pero lo están haciendo y quiero atacar por medio de eso, quiero llevar también su filosofía.*

*Quiero estar mañana, güey, quiero que se nos salga de la manga, no importa darle explicaciones a quien sea, hacer algo con las*

*embajadas puede ser una vía, el hecho de encadenarte a una embajada después de llegar a El Aaiún, sabes que eso va implicar mediáticamente un ¡boom! Yo estoy dispuesto y ella también y necesitamos que nos apoyes, güey. Nos vamos a la embajada de Francia a encadenar y vamos a exigir que quiten el veto en la MINURSO, vamos a exigirlo con huelga de hambre y al menos mediáticamente va estar. Aquí en España la gente no nos ha escuchado. Los medios de comunicación árabes nos han escuchado y para nosotros no es nada porque no hablamos árabe, no nos podemos expresar, güey, necesitamos hacer algo aquí y ya. Nos da igual güey lo que vayamos a hacer, necesitamos actuar y tú nos puedes ayudar, porque tú sabes cómo hacerlo y sabes por dónde hacerlo y sabes y no mames ya no confío en nadie más que como en ti, me pongo en tus manos y tú lo sabes cabrón. Quienes ya me dieron esa confianza ahora están muertas, Rodt, cómo decírtelo.*

Cierro los ojos, siento náuseas de mí, intentando olvidar este techo de grietas y telas que caen con agua entre sus diminutas venas de algodón. Ya no alcanzo a recordar el techo en casa de Zuê. Quieren que haga sentir un dolor a una Europa sin nervios, sin médula, sin sangre, no saben sentir estos hijos de puta europeos, no saben sentirlo, no quieren sentirlo, tienen miedo de ver sus murallas invadidas con la sangre de gente sin rostro, sin nombre, ni apellido. Suelto una bocanada de ese aire que aprieta el pecho y abro los ojos; yo también estoy en tus manos, pienso.

El viento levantó las hojas del suelo, las gotas de lluvia gordas pintaron el jardín, realzando los colores, se estremecieron las flamas de las velas que bailaron con el viento. *Ya empezamos pero no es suficiente, llegamos hoy pero estamos allá todavía; hay que aprovechar que estamos allá. Te lo juro, cabrón, yo estoy dispuesto a lo que sea y sé que ella también. No podemos llegar aquí y vivir junto a la vida de mentiras, no podemos hacernos pendejos. Nos han encargado a ellos mismos, como si nosotros pudiéramos arreglar las cosas, como si pudiéramos ayudarlos, como si de verdad pudiéramos cambiar su vida. He vivido en un mundo, en una burbuja muy normal y muy tranquila toda mi vida y de vivir un*

*mundo hippie como aquí en esta casa, y no, día a día allá hay que soportarlo todo. No vamos a llegar a ningún lado; simplemente lo vamos a contar en ruedas de prensa con los medios.*

*A mí la gente de aquí me da igual, cabrón, me la pela. ¡Ay, vamos a salir en los medios! me la pela, güey, Me la pelan de verdad y toda Europa me la pela, porque he vivido aquí cinco años, he sido ilegal 3 y son unos jodidos de mierda, he recorrido más de sesenta países con la ayuda de la gente, no del dinero y cuando quise dinero todo lo gasté para traer a mi madre y mi padre a viajar en un crucero por el mediterráneo; y Europa me la pela porque no han hecho nada en 35 años cabrón, se creen los más vergas pero son unos ignorantes, unos hijos de su puta madre. Vamos más allá cabrón, vamos a arriesgarnos de verdad, cabrón. Quiero luchar de otra manera y sentir que puedo tomar las decisiones por mí mismo y hacerlo sin depender de alguien, ni sentir que me llevo entre las patas a alguien. Lo voy a hacer ahora, está en mis manos y hay que hacerlo, por eso pido apoyo, porque sé que de verdad está en nosotros, la gente confía en nosotros, no en Europa y su hipocresía.*

Rodt respiró entre esos pilares de una casa residencial en San Cugat, abandonada. Migue gimió con el jale de una bacha. La lluvia de gotas gordas desató su ira. La voz rota de Rodt se mezcló junto a la gente del Sahara. *Mírame Sax, estoy bien, estoy aquí, pero ellos sienten que di mi vida por ellos; te lo dicen que, puta, te compromete, te hace sentir y te hace sentir de verdad tu su sangre.*

La lluvia arreció y alcanzó a extinguir la luz de algunas velas. Hace unos días Rodrigo estaba a cuarenta y cinco grados centígrados a través del desierto y ahora evitó el agua como un gato resguardándose bajo el tejado del quiosco. Nos atrapó junto con el ruido de lluvia a nuestro alrededor. *Yo compraba en Juárez el P.M. ese que viene con tu bolsista de sangre para que se la embarres al papel; este periódico es P.M. porque es pasado meridiano, no post mortem, bueno, es el que sale al medio día. Este periódico siempre ha tenido una hoja de servicios sexuales de prostitución, una hoja;*

*pero cuando inició en 2008 el operativo conjunto en Chihuahua, llegaron dos mil quinientos elementos entre federales y militares, se hizo un desmadre, y ahora ya van más de nueve mil, pero sobre todo, inició algo que no esperaban los pendejos del gobierno, crearon una economía de guerra en la ciudad; ahora tú compras el periódico y se hizo así de grueso.*

*Señalé un libro de guía astral que Migue sostenía en la mano. Y todo porque la prostitución se puso al día, la sección aumentó de una página a ocho; en mayo de ese año, me pidieron que hiciera un reportaje, ya tenía un rato caliente la ciudad, pero yo no le di importancia. Me mandaron a Valle de Juárez porque hubo una serie de hallazgos en un sembradío cerca de todos estos pueblitos que tienen una historia muy profunda dentro del narcotráfico y sobre todo dentro del tráfico de inmigrantes hacia el Chuco, no sé si tú escuchaste, Rodt, sobre los gavilleros y los caudillos, algo así como Panchos Villa; son pueblos que viven a salto de mata. Él únicamente negó con la cabeza, Inés soltó mi mano, con las piernas cruzadas estiró su dorso, volteó a ver el agua encharcada en los límites del jardín. Has de cuenta que nadie entraba a esos pueblos, son interesantes las historias que suceden allá, bueno, hay un pueblo muy famoso que en los años '90s vivió una serie de cosas raras que sólo nos suceden a los tercermundistas porque bajaban gringos a ese pueblo y abrían las fosas de los panteones para hacer rituales satánicos y no sé que tanta cosa, la gente estaba espantada y bueno, habían hecho un trabajo conjunto entre la policía y los perfiladores forenses. La mayoría de los feminicidios, es decir, de los levantamientos de mujeres se dan en el centro histórico de la ciudad, generalmente las jóvenes desaparecen cuando van a buscar trabajo y ya no las encuentran, no las vuelven a ver. Fui porque encontraron otro hallazgo de fosas comunes y el antropólogo forense me contó que por la perfilación encontraron unos restos en uno de esos pueblos del Valle. Fui para allá porque los forenses iban a hacer un recorrido de superficie con la policía, ya habían encontrado restos y querían saber si había más. La guarnición militar está cerca del lugar donde se encontraron los huesos. Muy cerquita, empezamos a hacer*

los recorridos y cabrón; empezaron a salir un chingo de huesos por todos lados, cráneos y de todo. Encontramos diecinueve cuerpos de jovencitas, todos de mujeres con características de violencia muy específicas, todas ellas tenían un golpe en la frente y un golpe atrás en el cráneo. Ya había visto yo los entrenamientos de sometimiento de los militares y eran los mismos golpes, sé perfectamente bien que esos golpes son de militares, no del orden civil. Ninguno de los cuerpos de las jóvenes que se encontraron, ninguna estaba por impacto de bala, ninguna, sólo era por golpes enfrente y atrás del cráneo. En uno de los cráneos se veía la cache y el número del arma con la que le dieron; también encontramos guantes tácticos usados por el ejército. Tú sabes que esto no te dejan sacarlo en los medios, pero me valió verga yo lo publiqué igual. Rodt guardó silencio, tal vez no había escuchado lo crudo de su propia ciudad. Uno dice, pues qué chingados cabrón; eran guantes de militares, cabrón, y qué haces, tú dime. Después de ver este sembradío de huesos, cuando pasaba por el campamento militar cerca del aeropuerto, era cabrón, muy cabrón ver a todas las jóvenes, casi niñas afuera del campamento de los militares. Eso ya no se me olvida. Al final en la investigación se descubrió que eran tres personas las que hacían trata de blancas y manejaban la prostitución en la ciudad. Cuando llegaron los federales y militares ellos dijeron: Saben qué, esto es negocio y yo me pelo, yo hago mi negocio y desertaron un chingo de esos güeyes. Era negocio redondo, cabrón, porque con tanto pinche militar en la ciudad la demanda de jovencitas dentro de los destacamentos era impresionante, y empezaron a raptarlas. Esos tiras de mierda cuando se separaron del ejército hicieron su propio negocio y empezaron a levantar a las chavitas y en vez de alquilarlas, las vendían entre varios a las corporaciones tanto federales como militares. Rodt se destruyó por dentro cada que avancé con mis palabras. Piden diez mil pesos por una, se juntan varios militares y hacen con ella lo que quieran y para deshacerse de la evidencia, las matan. Las desaparecen y las matan en el desierto y digo desierto pero en la nada, metidos hasta la chingada, de hecho lo único que entra ahí son los Humers de los militares. Cuando ves todo ese patrón dices, aquí

*hay una situación de corrupción muy alta entre policías y militares. De hecho todas las chavas tienen el mismo perfil, todas fueron desaparecidas en el centro y aparecidas en el Valle.*

*En el sonido de la lluvia se refugió el silencio que acompañó las miradas de Migue e Inês. Después supe que fueron hasta con helicóptero para ver si encontraban más restos pero piénsate en esto, la guarnición militar está ahí cerca, son los únicos que pueden entrar allá, rodeados de pueblos olvidados donde se mueve de todo y las marcas de las armas en los huesos, todo Rodt, son ellos, el puto gobierno hace su negocio matando mujeres. Lo peor es que esto se convirtió en cosa de todos los días, salía a cubrir una muerta y una quemada y un balaceado. Me tocó incluso ver cuatro, cinco muertos en menos de 15 minutos; hasta entrevistar a la madre de una niña asesinada por su novio mientras sacaban los pedazos de un basurero. Yo no tenía ya nada qué decirle a la gente, no podía decirle a nadie que esto iba a cambiar, no les iba a mentir. Lo único que me queda claro es que nosotros tenemos que vivir con el enemigo. Nosotros ya no tenemos, ya no sabemos de dónde venimos ni quién nos gobierna, güey, salimos a escondidas, con miedo de ir a trabajar. Y aquí tenemos que brincarnos el metro y escondernos. Aquí están jodidos también, no existe ni su sueño americano ni su bella Europa, en las ciudades estamos jodidos. Lo único que yo pensaba cuando hablaba con la gente era que ellas, que han sufrido en carne propia la mierda, ellas ya no vivirán bajo más mentiras, tú sabes a quienes me refiero Rodt, tú lo sabes, están muertas, mi Juli y mi Ana, están muertas. Los vivos, tenemos que imaginar nuestros días entre todo lo hipócrita de este mundo. Nosotros no, nosotros tenemos que venir y escondernos. Fingimos hablar un idioma extranjero y venimos para que nos hablen en alemán y en inglés. Pero es vivir aquí; es un idioma filtrado por mentiras, porque no podemos ser, porque la realidad que siembra Europa en nuestros continentes, no se dan cuenta, los alcanzará tarde o temprano, porque es producto de la codicia y ambición de su cómoda burbuja.*

*Vi las ropas enterradas, condones esparcidos por todos lados, jeringas usadas y no hay nada más después de eso, regresas a*

*mentir, a mentirte a ti, ni siquiera a la gente, mentirte a ti.* El vacío que deja el aire al entrar al pecho y no poder sentir ahora también lo sintió Rodt. *Ahora Zuê camina sola en esa ciudad, sabes, ya no puedo hacer nada por Ana ni por Juli pero Zuê, tengo que sacarla de ahí.* Abro los ojos sin siquiera poder escuchar mi llanto. *Tenemos que hacer algo, es verdad. Porque al dar vuelta en la esquina puede ser que ella ya no regrese.* Cierro los ojos e imagino la casa de Salka, imagino el olor de la comida, imagino un día normal, ella recibió a Inés y Rodt en El Aaiún este mes. *Ella es quien ahora camina en el desierto y es perseguida como todas las mujeres en Juárez. ¿Por qué la arriesgaste Rodt? Él interrumpió. Y tú, ¿en qué pensabas mientras estabas con Zuê? También nos despreciamos entre nosotros. Es verdad Rodt, sabes, yo no puedo detener lo que viste, tenías que verlo, por eso fuiste, ¿tú quieres luchar Rodt? ¿quieres perder todo el miedo? Si olvidamos el nombre de ellos, de Salka, también nos perdemos a nosotros.* Me observa con los ojos de quien es retado y al mismo tiempo comprendido.

Migue exhaló con un gran placer. ¡Qué way! Rodrigo no dejó de apretar la mano de Inés quien llora y le da un beso agradeciéndole estar con ella. *Y comenzamos ya, no, respondió él, porque no podemos esperar, lo que dices, Sax, tú sabes que ahora estamos juntos con esto.*

Inés respiró profundamente, acarició el brazo de Rodt. *¡Waaaw! y si vamos a correr en bolas por toda la casa, dijo ella. Entonces hay que comenzar ya, mañana.* Sentenció él y espera la respuesta corta, la que me condene a acompañarlo.

Abro los ojos y me reclino cruzando las piernas, Rodt asume que puedo apoyarlo, no escucha, no quiere saber que he perdido todo, que Zuê aún trabaja hasta las dos de la mañana y tiene que caminar hasta su casa. Que se juega el pellejo para vivir y es lo único que tengo.

Los ojos abiertos mirando el techo. *Nuestra palabra vale.* Stop, termina el audio. El frío apenas entra a través de la ventana. El atrapasueños que cuelga, se mueve con el ligero viento.



## *Una veloz mañana*

La humedad de La Pacha destila por las paredes que se han cubierto con un pequeño musgo verde en las esquinas. El sol condensa las ventanas que atrapan el vaho. El olor a lluvia entra por las puertas abiertas del jardín. Me levanto y camino a la cocina, las papas con tomate están ahí, relamidas por la gata que espanto para ver qué dejo. Escucho atrás de mí el celular de Rodt, después su voz. Lo escucho entrar y salir al salón de la chimenea. Acomodo los trastes, le aviento el resto de papas a la gata. Era el delegado del Frente Polisario en Barcelona. Quiere que viaje hacia Argel a un encuentro de derechos humanos, me dice Rodt. ¿Entonces? Le pregunto. Irán los saharauis de la zona ocupada, tal vez Salka con los videos. Pongo a calentar agua en una olla con tizne por fuera. Recibe otra llamada y se baja al jardín de berenjenas. Después de un rato sube con cierta emoción. Nuria nos ofrece todo el apoyo que necesite la organización. Quiere que nos veamos con ella al medio día para que le presentemos nuestros proyectos y ella encuentre cómo financiarlos.

Inés y Rodt salen a bañarse al jardín. Cuando terminen iré yo. Poco después salimos hacia la oficina para diseñar alguna propuesta para Nuria. Él no tiene ninguna idea para presentar, tiene la rabia y el valor pero no una idea. Yo tampoco y tal vez sea mejor no tener nada y regresar por Zuê. Al medio día nos reunimos con Nuria. Rodt escucha la oferta endulzada como una paleta de caramelo, nos ofrecen apoyarnos y darnos todo lo que necesitemos. ¿Para qué? Rodt se justifica al no proponerle ningún proyecto y dice que tenemos que hablar entre nosotros. No hay nada, simple, no tenemos nada. Regresamos a la oficina, las chicas se desaparecen. Inés se va a La Nave, el centro cultural ocupado para hacer danza mexicateahui; Mila se va al café de su ex para trabajar de mesera y juntar para la renta de su departamento. Sé que le va a pedir prestada plata a su ex, este mes con las llamadas desde su celular y el viaje de emergencia a París, apenas y le queda para co-

mer, aunque su pobreza la asume con estilo. Rodt y yo nos quedamos en la oficina buscando qué hacer, cómo y cuánto, sobre todo cuánto cuesta financiar la rabia y la desobediencia de un migrante dispuesto a dar la vida por un pueblo nómada en el desierto. Si las ONG's financiaran la descolonización, tal vez no serían europeos los que coordinan sino árabes en México y mexicanos en África.



*Ultimo día de Nayala, se va...*

Llega Nayala a la oficina para despedirse de Rodt, me saluda y caminan hacia el salón donde él prudentemente desliza la puerta y cierra. Es el último día de Nayala en Barcelona. Ella se va a Stuttgart para aprender a hacer repostería alemana y olvidar y crear la suficiente distancia entre ella y Rodt. Escucho las voces discutiendo dentro del salón. Aún sin conocerla muy bien, por su piel transpira su país. Tiene años viviendo en Barcelona, hizo aquí la licenciatura. También tiene los mismos años intentando regresar a Bolivia y ya no sabe cómo. Su sudor diluye la frontera, una substancia espesa que no puede despegarse de ella, se frustra de nunca poder hablar el catalán bien, nunca poder decir a dónde va ni de dónde viene. Traduce para ella misma las pequeñas historias de las dos ciudades. Salen del salón, y se despide con los dos besos filosos, ahora húmedos por las lágrimas silenciosas. Rodrigo ya no la puede ver más. Suena la puerta y se acerca Rodt para pedirme que no caiga en el chantaje y la melancolía de ella. Mi escritura tropieza y me duele y se rompe al verla así, acercándose y alejándose a conveniencia de su esposo. Nayala es como Raquel Perea, un corazón helado con esa belleza que pasa de largo pero poco a poco me encuentro gravitando alrededor de ella. Antes de que llegara Rodt, fui a verla, salió de trabajar y caminamos por un rato, se subió a una carriola olvidada, la empujé unas cuadras mientras aceleraba, después fue discretamente a hacer pis a un parque cerca de la estación Paralel; de repente me hizo cómplice de su juego ingrávito, simple, de

atmósfera celeste e ingenua. Estoy de paso, sólo siendo parte de las historias contadas por Rodrigo a ella, rellendo los huecos de esas historias que él le contó y ella quería revivir para vivir con su esposo. Nayala es parte de una historia que coincide con la boliviana que después de años de vivir en España, puede imaginarse en Alemania o en Barcelona o en India, pero la otra no, la que no olvida y no deja de pensar en Rodrigo se hace pedazos y deja todo y pasa saliva y suspira cuando le confieso que estoy aprendiendo a hacer la guerra junto a Rodrigo. Aún cuando mi amor por Zuê late en silencio.

Nayala se va pero siento envidia y odio por Rodrigo. Nayala queda a la deriva, sin isla y sin piratas y mentiras. Rodrigo juega el mismo juego que yo, ser un ego que desprecia la quietud y se ampara en la nostalgia de la paz cuando se declara la guerra. Alrededor de Rodrigo giramos ella y yo como satélites sin aire. Somos constelaciones que no logran centellar ni ser descubiertas. Nayala está hecha de la misma substancia intacta que me hace flotar hacia Zuê. Puedo soñarla y dormir a su lado y verla desvestirse sin reflexionar en el sexo.

Rodrigo está ahí viendo desde el balcón de la oficina cómo ella se va sobre la calle Princesa hacia metro Plaza Cataluña. Nayala escoge un camino hacia otro lugar. Contar su historia es hipócrita, pero también es parte de ser amigo de él y conocerle en voz de ella. Ahora cambiaría mil veces por en vez de contarla, caber en su mirada de gato. Pero no es así, es la ex y la esposa de mi mejor amigo.



*Carbón de un sueño*

Regresamos a la oficina Rodrigo, Inés y yo después de ir a comer un arroz del Tripi y sentarnos a tomar el sol un rato. No sé nada de Zuê. Han pasado quince días desde que regresaron. Al llegar nos encontramos a Mila, ha estado evitándonos mientras trabaja para pagarse la renta. Hemos creado una organización llamada: Resistencia Saharai. Rodrigo ha diseñado el logotipo y

ha impreso cien calcomanías para el nuevo viaje. Organizamos la salida para Argelia. Estarán algunos que los recibieron en Sáhara ocupado y quienes no están, tal vez escapan de los torturadores, tal vez están desaparecidos o muertos. Quien paga el vuelo, nos pide que no enviemos ningún comunicado a los medios. Terminamos de escribir el proyecto del grupo y salimos Rodt y yo a comprar unas caguamas para relajarnos y festejar con las chicas que hemos terminado. Al regresar al salón convertimos la oficina en cantina y fiesta. A las once de la noche llega Gónzo con el Saxofón pidiendo asilo para dormir en la oficina. Como ya es costumbre vamos a dormir aquí. Rodrigo sale por la mañana hacia Argelia. Ponemos salsa, cumbia y sacamos de un escondite de Rodrigo, un viejo tequila que tenía guardado desde hace tiempo. Por primera vez bailamos y pasamos buen rato echando fiesta. Inés decide subirse a La Pacha y sale corriendo para tomar el último tren. Yo me quedo junto con Mila y Gónzo para mandar a Rodt al aeropuerto a las 5 de la mañana.

Tres hombres y una dama, pero tal vez quienes más peligro corren son los hombres. La princesa rusa baila conmigo y después baila tambora con Rodt. Se caen, ruedan, se besan. Sin sorprendernos Gónzo y yo los dejamos solos y nos cambiamos a otro salón. Preparamos las cobijas sobre el suelo y los cojines árabes para dormir. Ellos llegan ahí para ocupar el espacio que les hemos apartado. Es la madrugada. Tenemos que despertarlos y mandar a uno de ellos en algo parecido a una misión de reconocimiento en Argel. Los gemidos de Mila y Rodt comienzan a desplazarnos hasta que dejamos el salón. Dormimos Gónzo y yo con apenas unos suéteres por encima para evitar el frío del suelo. Con un coro de gemidos como sonido ambiental soñé que estaba con Ana y viajábamos juntos. Ella quería estar conmigo a su modo. Me presentaba con su familia y no se alejaba de mí, se quedaba abrazada a mi lado. Íbamos a las dunas de Samalayuca, pero regresábamos a Ciudad Juárez, ahí vivíamos y nos encontrábamos con Zuê quien trabajaba y tenía su vida normal, era fotógrafa como siempre quiso. Con su cámara llena de arena, me decía que

estaba fallando le contestaba que yo se la podía arreglar, que me la dejara. Zuê reía y nos sentábamos en la barra de la cocina en su casa. Uno junto al otro, ella traía una falda arriba de la rodilla, me olvidaba de Ana y nos abrazábamos. Estábamos ahí juntos sin decirlo. Le pregunté. ¿Entonces le meto mano? Ella sonrió, comencé a introducir mi mano por debajo de su falda jugando, siempre el mismo juego. Me respondió que sí, que le hiciera lo que quisiera. Al estar masturbándola llegó Ana su amiga y mi esposa, solo nos vio mientras Zuê se contorsionaba al compás de los gemidos de Mila. No conmigo, dijo Ana, no vas a jugar a eso, solté a Zuê y quedé sorprendido, silenciado y aturdido. Ana se fue como si nos hubiera escupido en la cara y yo caminaba hacia el carro sin pronunciar palabra.

Desperté y seguí incrédulo, sin palabras. Solo quería poder hablar con Zuê. Pero aquel viaje fue verdad, lo viví con Ana, todo era así menos Zuê. Quiero ver a Zuê y estar con ella. Viajar, escribir, ser su acompañante y su silencio, su amor y su locura. Si se lo dijera así ella se asustaría, ella juega, siempre juega. Ella busca la imagen limpia de una carta sin posdatas del corazón. Tengo que buscarla y hablar con ella.

Huyo de ellas, pero también de mí. No las defendí y ahora están muertas. Quiero un amor común, con peleas por la casa, peleas de regadera, vapor y calma, de tempestad en su piel y atardecer de desierto, de agua de dos, de siestas y baile de Zuê y yo sin fantasmas.

En la madrugada sale Rodrigo y Mila se despide al amanecer, dos besos gigantes en cada lado. La computadora está encendida, tintinea abierta la hoja de correo electrónico y el cursor marca el comienzo de una carta que quedó en blanco. Sólo tiene el carbón de un sueño estampado en papel. Mi ilusión es llamarle y tomar el siguiente vuelo a México por ella. Tengo que seguir de escolta de Rodrigo. Calibrar la mira de mi siguiente parada.

Leo los correos y confirmo citas con algunas radios para la siguiente semana cuando regrese Rodrigo. Entro a Skype e intento hablar con Zuê pero no contesta. Ella debería aún estar en su

casa. Ni dormida ni saliendo, pero no contesta. Marco al restaurant pero tampoco hay alguien ahí. Nada, no tengo noticias, no sé nada de ella. Me gustaría escucharla. Poder descansar junto a ella y despertar hasta tarde. Abro ese correo en blanco:

From: **Sax** ([sax@hotmail.com](mailto:sax@hotmail.com))  
To: **Zuê** ([zuê@hotmail.com](mailto:zuê@hotmail.com))  
Subject: Hey  
Date: Sun, 24 Sep 2010 14:17:15 +0000

Que paso Zuêrte todo bien... te soñé muy duro y te sentí mucho desde hace un par de días. Te extraño, mi cabeza gira por muchos continentes pero tú estás en todos ellos.

Aquí estoy y aquí estás conmigo así lo siento.

Y así me siento allá juntito a ti viéndote llegar corriendo de todas partes para tomar un café.  
Siempre corriendo por las cosas que haces...

te extraño mucho!!

besos!!

Sax



*Sentada silenciosa en El Aaiún, el regreso de Argel  
28 de septiembre 2010*

Rodrigo regresa de Argel excitado y dolido. Nadie tiene noticias de Salka y todos los activistas creen que la han capturado y está muerta. Setenta y dos saharauis regresan a la ciudad de El Aaiún. Necesitan que acompañemos la llegada, de alguna manera acompañar la llegada. Mila, Rodt y yo montamos un pequeño estudio

de tele para hacer una transmisión en vivo de la llegada de los activistas a la ciudad. Grabadoras de audio, computadoras con micrófonos en los audifonos, una pequeña mezcladora de audio para combinar el line in del micro, el teléfono y una pequeña cortinilla de Resistencia Saharaui con música de Mariem Hassan y la orquesta nacional saharauí.

Marruecos ha girado un comunicado para que todos los policías y ex policías de la ciudad de El Aaiún vayan al aeropuerto de la ciudad a reprimir a los activistas saharauis. Quieren eliminar a los activistas, a saharauis, a todos los que salgan y denuncien la verdad de la zona ocupada.

Rodrigo toma el teléfono e intenta localizar a Willy Toledo y a Roberto de Sáhara Acciones. No saben si la noche será larga, la transmisión inicia con las primeras llamadas cuando llegan los activistas al aeropuerto de El Aaiún. Rodt marca a la casa donde recibirán a los activistas y observadores internacionales. El sonido de los teléfonos marcando se mezcla en el audio y es imposible cerrar el canal del micrófono. Rodt se presenta como Rodrigo el mexicano. Willy Toledo recibió una paliza el día de ayer cuando intentó sacar el teléfono para grabar las protestas. Rodrigo lee el comunicado que se generó en la conferencia en Argel. Mila recibe las llamadas que tenemos en la oficina. Yo coordino la transmisión y mantengo actualizada la información y teléfonos de contactos en cada lugar al que marca Rodt. Terminando de leer el comunicado, Rodt compara a Palestina con Sáhara con la distinción muy clara de que no existe en Sáhara ocupado un solo medio de comunicación ni un solo organismo de defensa de los derechos humanos. Esta diferencia marca la ruta de nuestro trabajo. El pueblo saharauí está viviendo y muriendo solo. Rodt marca por teléfono a Hasana y lo presenta como su amigo dispuesto a dar la vida las veces que sean necesarias, con él que recibió los golpes en agosto. Hasana nos confirma que el aeropuerto está bloqueado completamente por policía secreta marroquí y han reclutado a personas al servicio de la policía secreta. Han vestido a policías con el darra saharauí. Para Hasana, se está convirtiendo el Sáhara en un segundo Timor.

Rodt entrevista a observadores en el aeropuerto, me pide agua, la traga sin respiro. Rodt no se ha levantado en tres horas. Recibimos los testimonios de toda la ciudad de El Aaiún. Comenzamos a transmitir poco después de las ocho de la noche pero ya son más de las once y los activistas aún no han llegado a la casa. La luz blanca de neón en la oficina cala sobre los ojos fijos en imágenes que describimos a kilómetros de nosotros. Los han detenido en el aeropuerto y a uno por uno los hostigan, los desnudan sin importar si son mujeres u hombres. Les tiran todos sus equipajes y les roban el dinero. Suman apenas ocho observadores internacionales en el aeropuerto. Mariano Collado, el depositario de los bienes de España en el Sáhara Occidental, ha ido personalmente a amenazar a los observadores y activistas para decirles literalmente: Hoy os van a partir la cara y no voy a poder hacer nada.

El Wally, un joven de apenas quince años, amigo de Rodrigo, le narra la emoción de estar dispuestos a morir en ese momento, vive en el barrio de Matala, es el barrio donde vive la mayor población saharauí y donde todos los días hay manifestaciones pacíficas. Rodrigo conoce a la perfección la ciudad de El Aaiún y describe la atmósfera como si fuera parte de su niñez la que hubiera vivido ahí. En ese barrio salen a manifestarse para apoyar el recibimiento de los activistas que vienen de Argel. Hace apenas unas horas había hablado con Wally, le pidió colgar porque estaban golpeando a su abuelo. Apenas unas semanas atrás Rodrigo vio la muerte del padre de Wally a causa de tantas golpizas que había recibido de la policía marroquí, esa última paliza le provocó un paro cardíaco después de que golpearon a su mujer y sus hijos. Y en este momento estaban golpeando a su abuelo.

Rodrigo marca a unas amigas de Zaragoza ellas también estaban en casa de Hasana cuando los golpearon en agosto. Ellas habían llevado el video de un amigo suyo saharauí a su familia en la zona ocupada para que pudieran ver a su hijo. Divididos por una frontera y un bloqueo de ocupación, el chico no conocía a su madre, se habían separado por la guerra desde que él era muy pequeño. Ahora vive en Zaragoza sin poder ir a visitar a su fami-

lia en los territorios ocupados y ellas llevaron el video y traerían uno de la familia para que se conocieran mutuamente. No dejamos de transmitir en vivo todas las llamadas y recoger los testimonios de cada persona y observador en la zona ocupada. Rodrigo apenas hace unas horas que regresó de Argel. Ahora está transmitiendo para miles de personas por internet, ni siquiera se pregunta cómo. Mila me observa con sus ojos azules, las luces que simulan un estudio de tele hacen de la oficina un pequeño Sáhara, sobre su pecho las gotas de sudor redondean su piel. Me mira con un gesto de un gato amenazado por la velocidad. En los territorios ocupados la gente es golpeada por hablar su propio idioma, por usar el darra tradicional o la melfa. ¿Por qué carajos no se hizo antes esto?

Rodrigo lee la declaración constitutiva de Resistencia Saha-raui. Ahora nuestro nuevo colectivo, según Rodt se propone difundir las condiciones del Sahara Occidental ocupado. Detener las violaciones de Derechos Humanos, denunciar la situación de los presos políticos y recabar testimonios probatorios de las violaciones, además de crear un centro de medios móvil capaz de transmitir en vivo y realizar acciones directas pacíficas para presionar a Francia y lograr que levante el veto a la MINURSO (Misión de las Naciones Unidas para el Referéndum del Sáhara Occidental) que mantiene a la misión de la ONU sin capacidad de observación de los Derechos Humanos en el Sáhara. Una agenda llena de metas que suenan muy bonito, como un comercial de shampo.

Llegan por fin a la casa de recepción en El Aaiún pasadas las doce de la noche. Les han informado a los torturadores que se está transmitiendo en vivo. Se ha montado un teatro de dolor y odio sobre África. Una línea muy delgada los detiene, es una orden, es soltar la correa a los perros hambrientos. Los observadores internacionales están muy nerviosos dando los testimonios por teléfono. Nos marcan para informarnos que se han presentado enfrentamientos a los alrededores de la casa de recepción para los activistas. Han golpeado a Sultana Jaya, la han tirado al piso y la han pateado, y le han fracturado el brazo de un joven y la policía

está bloqueando las calles para que no tengan acceso a la casa de recepción. Los escudos humanos de observadores internacionales dependen de la difusión para ser útiles. El gran reto es cuando todos se van. Los saharauis se quedan esperando ver caer sus puertas.

La cantidad de gente supera por todos lados los bloqueos de las calles. Desbordan las ordenes que intentan dar. No pueden, no pueden decir: “¡Masácrenlos!” no pueden escapar al miedo de ser vistos, escuchados y desnudados frente al mundo.

Aún no sé cuántos mundos tocamos, o si es solo suficiente para satisfacer a Rodt y nada más. Aún no sé dónde estoy. La noche es fresca y tibia en El Aaiún. Escucho la voz de Wally, escucho su sueño. ¡Rodrigo! es la primera vez que salimos y no nos golpean; ¡tenías que estar aquí Rodrigo, tenías que estar aquí!

Sale por primera vez de su casa con la “V” de la victoria en alto, salen con una cinta pegada en la boca, camina digno junto a su padre recién asesinado, junto a su abuelo de más de ochenta años golpeado por la tarde. Junto a todos los hombres que habrían de ser borrados de la tierra sin que nadie se diera cuenta. Todos los hombres caminaron uno a lado del otro y salieron afuera de la casa de recepción, rodeada por policías, militares y asesinos marroquíes, para después ser rodeados de hombres que a su vez impidieron una nueva orden.

Todos los hombres de los pueblos libres tienen una oportunidad. La justicia nunca ha estado a nuestro alcance, no hemos ganado nada, pero Wally sale junto a sus hermanos y amigos con la frente en alto. El silencio acorrala la oficina durante 45 minutos mientras nos narraron lo que sería incontable en agosto, todas las palabras, todas las voces, todas las injusticias contra los saharauis gritando libertad, al salir de la casa de recepción en la ciudad de El Aaiún y por primera vez no ser apaleados hasta la muerte. Nos enmudece a nosotros a kilómetros a distancia, calla a Rodrigo que sin parar buscaba decirlo todo, es el silencio de Zuê que se me ha regalado por la eternidad, es el silencio de los sin rostro, de Ana, de Julieta.

El coraje tiene sentido y razón. Esa razón está de nuestro lado. Mi trinchera, esta compleja rutina de papeles y hojas llenas de todos. Se ha detenido el tiempo y quisiera rendirme, guardo silencio junto con ellos, sentados frente a los asesinos de sus padres y madres y los veo a los ojos en silencio sin que les puedan tocar.

He callado junto con las voces de ayer. Hoy mi palabra llega revuelta y estrujada, mi palabra tartamudea porque la imagen atraviesa por muchos caminos. Mi palabra es editada y censurada, cuarteada y corregida, acontecida en años, lustros, estampada y solo quiero, solo deseo que se detengan las voces de ellas.

Wally tiene quince años, tal vez uno o dos años más pero su voz es simple, sin agua ardiente, sin dudas. Él es flaco, moreno, mira a los ojos y tiene sueños. Hoy después del silencio quiero ser tormenta. No puedo hablar y mi garganta es asfixiada de otra idea, una que viví en las noches a flor de piel. Zuê antes de partir me dijo: Te regalo todos mis silencios. Tengo dos semanas de no escuchar su voz, solo quiero escucharla, solo quiero abrazarla, solo quiero llorar mis muertes, pero quizás por eso voy dentro de los condenados, narrando su propia muerte. Te regalo mis silencios, mis días y mis sueños, te agradezco el amparo y el sortilegio de tu fuerza, tus bendiciones, tus hijos, tu verdad. Te regalo mis silencios. ¿Dónde estás Zuê? ¿también está muerta? ¿también la mataron? Ya no responde nada.

Vuelvo al principio de mi viaje; los círculos se tocaron entre sí en lugares y momentos inciertos. Quiero el día que arrebató de Zuê un beso y que el silencio nos guarde. Me encanta tu silencio y tus juegos. Después, estar en tu puerta, levantarte la falda, verte a los ojos con lunas dentro y despedirme y comenzar mi viaje.

Wally guarda silencio escuchamos los murmullos de la protesta silenciosa. Escuchamos las mochilas que caen al suelo y los zapatos rodeándolos. Escuchamos el sonido de los objetivos de las cámaras capturando los rostros impávidos de los torturadores, la alegría perenne de un día salir gritando en silencio: ¡Sáhara libre! Escuchamos el comienzo de la historia, el origen, la incertidumbre con su flecha lanzada al aire y el horizonte lleno de nada, lleno del

abrazo de Zuê. De mi despedida y su miedo, miedo a despertar con alguien. Miedo a llenarse un día. La precaución derrumba todo, ella está allá, la precaución tira todo. Tomé un vuelo al Sáhara desde hace meses y no puedo anticipar si llegaré mañana.



### *El pacto con Sáhara*

La mañana siguiente a la sentada silenciosa, nos cita el delegado en Barcelona del Frente Polisario, nos pide que organicemos campamentos y observadores internacionales en El Aaiún. No anticipo qué soy. La van a matar allá si no regreso, tal vez ya está muerta. No puedo anticipar nada, estoy a la orilla de la ilegalidad. El no tiempo, el sol ardiente y las últimas noches tibias en Barcelona. El polo opuesto de Rodrigo, la misma tormenta de incertidumbre me deja atrapado. Rodrigo empieza a vivir una pesadilla, una soledad acorralada y motivada por su propia razón sin regreso. Un destino sujeto a otros más que también son irreversibles. Rodrigo se siente parte de esto, lo veo en su mirada grandilocuente. La tormenta de arena nos sepulta vivos, pero Rodrigo queda aturdido, confundido y solo, únicamente solo, sin la comodidad de la okupa-burbuja y sin la paz del olvido.

Cuatro días sin llegar a La Pacha y la oficina se ha convertido en nuestra casa. Rodrigo ya no quiere regresar del Sáhara y si la oficina es lo más cercano entonces ahí quiere estar. Rodrigo va adquiriendo una cara obsesiva y enferma. Sus palabras, sus ideas, están allí. Se ha vendido en el verso de que tiene que liberar un pueblo para ser parte de algo en este mundo. Pero también tiene otro rostro, un egoísmo que no se distingue, que quizás no existía. Su razón individual, su sentimiento, su amor por Nayala se ha agotado. Las palabras de amor, su cariño, incluso el sexo salvaje con Inés están ausentes de amor. Rodrigo es plomo en el agua, sumergido en una pecera que decora las oficinas de la Generalitat.

Siento compasión pero ni la mediocre okupa-burbuja, ni las victorias en las calles de El Aaiún, ni el destierro me generarán

algo. Soy un punto borroso. Tengo la costumbre enajenada con prudencia, me duele decir que soy una simple voz. Rodrigo es nada y yo pretendo crear de un transeúnte como él, un saharai, crear un Rodrigo saharai. Él es un músico sin código postal.

Es de noche, observo las estrellas desde el balcón de la oficina. Ella es una cometa extraviada y yo un barco sin rumbo en el arrecife de crisantemos. Van a matarla, igual que A Ana y Julieta, van a matarla, también van a matarla. La estrella ahí salta sobre todas las demás en la madrugada. La cometa y el barco van sin tenerse el uno al otro, se unen bajo la luna y el viento, bajo la marea y la proa del barco encallado en el desierto. Le gusta el portugués a ella, saudade, así dice ella. El silencio me lleva a ti, me tiene en esto con algo de cordura. La piel de Mila e Inés y Nayala se secan sin amor. La paradoja de la guerra es que se inicia para defender lo que se ama, pero la acompañante de la guerra es un fusil. Van a cazarla y poco a poco desmembrarla en piezas de un rompecabezas.



## Cuaderno 5 *Distinguirnos*

Nuevamente la oficina, voy al baño a darme una ducha. Se suman los días y las horas después de la sentada silenciosa. Poco a poco atravieso el pasillo. Necesito sentir una diferencia entre Rodrigo y yo. Una parte de mí sólo busca diferencias. Rodrigo tiene habilidades para discernir únicamente lo que quiere, yo sólo puedo buscar las inevitables diferencias que me ayudan a darle sentido al Sáhara. Es más alto, usa barba, tiene un lunar en la frente. Tal vez describo lo que dejé de ser o en lo que me he convertido. Ya escribo, Sáhara, con su acento en la á y no, Sahaara, como en México. Estoy agotado y la vertical que direcciona mi camino la alcanzo a ver sólo si distingo mis pasos de los de Rodrigo. Él no puede regresar a El Aaiün, lo matarían. Quedarme aquí le da un pretexto a sus palabras, no me necesita. Entro al baño. Rodt quiere vivir

esto, y lo puede vivir sin mí, no me necesita. Tengo a Zuê pero él no tiene nada. Regresar y respirar de ella sus bocanadas de aire. Aun cuando se quede solo Rodrigo, aún así, él no podría sentir lo que nos está pidiendo. Tiene que estar solo.

Me veo al espejo, me veo ajeno, no soy yo. Ahora tengo una cicatriz por encima de la ceja izquierda y los labios rotos de sed. Me veo y no bajo la mirada por nadie y no conozco a Rodrigo ni a Inés. Un volcán de verdades nace en mis palabras. Desnudo, mis brazos no tienen venas y no tengo la herida en el abdomen que siempre he tenido. Mi edad es la misma a mi otro yo pero pareciera más joven y más viejo. ¿Dónde estás Zuê? ¿Dónde estás en esta piel? Me mojo la cara y levanto la mirada sin reconocirme, lo intento pero el reflejo no es el mismo.

Me pongo los jeans y la playera. Salgo hacia el pasillo de la oficina, doy la espalda a lo que soy o fui. El Sáhara me duele como el recuerdo de Julieta. ¿Qué soy? ¿guerrillero? Por qué un puñado de letras me definen. Vamos contra la corriente del río, remando sobre la arena. El cristal reflectante libera la silueta cuando presiono el apagador del baño. Fui a bañarme y quitarme esto de encima pero no pude, no se despega de mi piel, ni sale de mi garganta la misma voz. Quisiera saber cómo se escuchaba el te amo de mi voz y mis gestos que te acorralaban, te invadían, te prometían respirar y besarte, volver a respirar y volver a besarte. Un hilo para esta cometa, una vela para este barco-silencio. Somos tan iguales.

Sobre la mesa los papeles y las preguntas escritas sobre ellos. Diseñamos una propuesta para coordinar los observadores internacionales en la zona ocupada. Voltear a verme y hablar sobre la mesa de reuniones en el salón. Mi única idea es desaparecer. Me levanto y salgo a caminar mientras escucho la voz eufórica de Wally atravesando con dignidad el silencio de Zuê. Atravieso las calles de Barcelona, inundado por dentro, en silencio. Sólo hacíamos monótonamente diseñar el tiempo. Coordinar las necesidades en la zona para que funcionen las acciones de desobediencia y observación internacional. Es soñar una nueva etapa, un viaje, la

acción, la compañía, la rebeldía de Hasana que presume Rodrigo. Camino frente al parque sobre Vía Layetana. En una banca escucho el asombro de unos niños que caen hipnotizados bajo las historias de su abuelo. Los arbustos rodean un arenero, a sus espaldas el paredón de un castillo medieval. En la arena unos anarquistas hacen burbujas de jabón gigantes. Me encuentro de frente con una chica muy guapa, con vestido blanco, la boca roja y los risos de color violeta. Lleva el bombín para recoger unas monedas. En la piel, en la voz, en el destino, en el destierro, me hace falta su calor y su voz a mi lado. Me despido de ella en silencio, camino y tal vez mi silencio también le acompañe. Esa carta era el único hilo de vida que me regresa a ti, a mis propias guerras, en mis propias sacudidas. El silencio son dormitorios, son máquinas de coser que bordan sobre la piel los oficios: poeta, músico, bailarina. Mila es comunicadora, ella no está tan errada. ¿Por qué nosotros queremos hacer lo que la ONU no pudo? ¿por qué compartimos así? ¿por qué son estas nuestras armas?



*Techo de Gastón y Encuentro con Hasana*

Bienvenidos a La Pacha. Hace quince días que entregué la habitación de telas y ventanas con atrapa sueños. Despierto en un closet entre una habitación y la cochera. Ni siquiera puedo estirar las dos manos sin chocar con las paredes. Ahora el sol ya no se alza en lo alto. Salgo a caminar en San Cougat. Ya no calienta la piel ni deja ver la sombra por debajo de mis pies. Diagonal, el sol ilumina en diagonal. Es imposible bañarse entre las berenjenas y las mariguanas con este frío. Regreso a La Pacha. Por la tarde organizo mis cosas, tomo un cambio de ropa y lo pongo en una bolsa de plástico. Camino hasta el tren, luego hasta Plaza Cataluña. Voy al teléfono público y le marco a un amigo chef que me encontré hace unas semanas en un concierto. ¿Puedo bañarme en tu casa? le pregunto. Ando unas cuadras, atravieso un portón de madera gigante con una tienda en la entrada. Puerta blanca, me abre y me

orienta dónde está el baño. Al salir me ofrece dormir en su sofá. Sin dudar un momento acepto su oferta. Su primo y él se retiran a sus cuartos después de ver una película. Por la mañana él sale temprano. Inicio el ritual de analizar instantáneamente el lugar donde despierto. Abro los ojos y hago el render para saber dónde estoy. Busco anticiparme, no sé si será el estudio de Fernanda, la mierda de la gata persa que por fin murió en La Pacha, tal vez una prisión, la calle, un parque, la carretera, la cama de una conocida o de una recién desconocida. Gastón tiene una vida resuelta, tiene trabajo y dinero, pero como casi todos en Europa únicamente les alcanza para vivir trabajando y pagando las deudas. Sobre el piso laminado de su sala, el sofá de colchones blancos Ikea. Me doy cuenta de algo, de la normalidad de dormir en cualquier lugar, cualquiera espacio es buen lugar para llegar.

Segundos después, veo un techo como a tres o tres y medio metros de alto con cuadros de madera que en el centro están tallados haciendo una flor del tamaño de un girasol. Cuadro tras cuadro, todo el techo, toda la sala. Madera de barniz oscuro cuadrículando el techo. Al centro de la habitación cuelga un cable largo, blanco, limpio y de ahí una lámpara en forma de fractales de polipropileno, es decir, un plástico blanco que seguro también es Ikea. Veo el techo y reconozco que es casa del chef, Gastón, se llama Gastón. Antes de ayer era la arena de la Barceloneta donde agarramos la borrachera y antes fue la oficina sobre el sofá negro de varias sillas juntas, y podría haber sido el chiringuito que construí en el closet donde luchaba por un lugar junto a la gata, o el techo con calcomanías de estrellas que saboté Inés pintándolo todo cuando regresó de El Aaiún, el avión Stuttgart-Barcelona, o la tina en Berlín, o la calle del pueblo francés entre el viento y la lluvia, mi cama en la okupa-burbuja en el cuarto de humedad, moscos, telas y campanas del viento en el primer piso, o la casa de Zué y el sendero de ropa tirada hacia su cama y la habitación con Ana y Julieta y ellas ahí recostadas como durmiendo, rodeadas de sangre. Duermo en algún lugar que parece tu cama, pero en realidad no es tu cama.

Vigas de madera sostienen los muros. Atravesando la sala, una puerta se abre de par en par hacia un balcón cerrado por grandes ventanales que generan la luz blanca como de un invernadero. En el extremo derecho del balcón una puerta se encuentra con la escalera que baja hasta el patio donde Gastón cultiva su mata con marías y cuelga una hamaca lista para extenderse, tal cual ciudad con playa. Me cambio y alcanzo a Rodt, Inés y Mila para viajar a Madrid y reunirnos con Hasana y algunos amigos suyos. Rodrigo no puede regresar al Sáhara. Tal vez tenga que ir yo a Casa Blanca. Habrá un juicio del grupo de los siete. Necesitan observadores. El trayecto de avión lo paga una organización con la que trabaja Hasana. Necesito acomodar mis ideas y saber dónde quedé en esta estela de pasos. Se suman las preguntas y nuevas rutinas que envejecen a los días. Sin las rutinas, comenzaría la ansiedad y con ello el vértigo de no saber a dónde regresar. Quizás dormir en casa de Zuê. Llegar mientras me recibe con un hola extraño y común. Vuelvo a dormir en el avión hasta Madrid. Soñar.

Al llegar vamos con toda la emoción de presentarle el proyecto de observadores en la zona ocupada a Hasana. Vamos todos, incluyendo Mila quien es la más reacia a estar en reuniones formales. Es un viaje de ida y vuelta empresarial para hablar con el activista y abogados pro-saharauis. Tenemos el vuelo de regreso a las 7 de la tarde. Solo nos falta por resolver una cuestión para el proyecto. Necesitamos una casa en los territorios ocupados, en la ciudad de El Aaiún en el Sáhara Occidental. Viajamos con las condiciones de seguridad que ellos impusieron. Vamos en metro hasta una estación, salimos y caminamos hasta un hotel, entramos. Descubrimos una escenografía rara. El teatro quizás es un poco más exagerado y fuera de nuestra imaginación de lo que pensamos. No es un hotel de lujo ni uno raspa, sólo un hotel con una habitación diminuta, imagino que no puede ser más chico que los diminutos departamentos japoneses, no cabemos cómodamente. Tal vez sobramos Mila y yo. Una mesa rectangular en el centro, sillas justas que rodean la mesa y sus respaldos se atorán contra las paredes. No se puede caminar en el cuarto. Los muros color

crema, el del fondo con una ventana, todas las cortinas cerradas y sombras de los edificios afuera. Hasana nos presenta al tiempo que deja de ser el anfitrión. Los abogados comienzan su presentación solemne, ¿qué hacen? ¿a qué se dedican? Tonterías de esas por las que uno no debería de viajar. Hasana el saharauí, el amigo de Rodrigo guarda distancia, estira los brazos casi tocando las paredes, se escapa a la escenografía. Él mide un metro noventa y siete centímetros, se los apuesto. Es muy alto, como un árbol o un muro que antes de verlo ya tiene adjetivos, muchos de ellos solo adjetivos comunes. Toda la reunión gira alrededor de adjetivos y reflectores en propuestas de los abogados pero Hasana y sus nervios rotos lo acompañan sin participar demasiado en la conversación. Él está como estaría en cualquier lugar. Su rostro descompuesto no es por nuestra ingenua participación en los proyectos de los abogados. Es su costumbre vivir incómodo. Hasana cuando habla descubre sus manos gigantes, manos que tiemblan, que tiemblan cada que él se obliga a recordar las torturas con su mirada perdida en las sombras tras la ventana. Estuvo en la cárcel me dijo Rodrigo, también lo han torturado en El Aaiún. Sus manos tiemblan sin que sea un temblor general, son las manos y nada más, igual que Rodrigo se revienta las uñas y los padrastrós; a Hasana su voz sin conjugaciones le delata su origen saharauí, pero no detiene la velocidad con que saca ejemplos para probar la injusticia. Por momentos pierde la paciencia y prende un cigarro tras otro, toma el aire de una medicina para el asma pero no medicina occidental para el asma.

Al medio día salimos a comer cruzando la calle. Es un restaurante de lujo, ellos pagan. Rodt, Mila e Inés piden apenas una ensalada; yo pido el plato más caro de la carta, lo pagan ellos y de inmediato regresamos a la actuación. Terminamos el día definiendo dos actividades claras, conseguir una casa en los territorios ocupados para recibir a los observadores y asistir al juicio en Casa Blanca en dos días. Si me preguntan cuánto opiné ya tienen la respuesta, guardé tanto silencio que pude observar las uñas, la respiración y la tranquila incomodidad de Hasana.

Mi primera versión de Hasana es ésta. Frente a mí, del otro lado de la mesa que apenas cabe, entre el humo de una reunión secreta, para ellos, sólo para ellos la versión de silencio acompaña al anfitrión mientras fumaba dando bocanadas grandes. Hasana cruzando la mesa como patriarca de nosotros, diciendo lo que es un saharauí que vive en territorios ocupados, saharauí con su pueblo sin independencia y sometido por los votos de los extranjeros. Creo que la descolonización es un proyecto inconcluso y que Hasana no solo es otro frente a mí o a Rodt, no solo su cuerpo habla tanto de lo que sabe, solo imagina diferente, también el recorre una tierra que no logra ser nombrada por nadie, ni caminada en su totalidad. Mi tristeza por dentro es irreal y moderna, empática pero no física. Abrazada de los otros que desean sentir, pero no sienten el miedo que tiene Hasana al proponernos todo esto. Nuestros caminos del desierto están unidos, tal vez vigilada con tanques y batallones. Sería muy bonito lanzarles libros ¿no? ¿qué sucedería?

Hasana nos cuenta lo mismo que la gente del barrio. El capitalismo es tener el celular, carro, casa y pagarlo toda la vida, hipotecar tu vida 40 años para olvidarte del otro y los otros. Nuestro enemigo es el olvido, dice él. Saliendo de la reunión apenas alcanzamos el metro para llegar a tiempo a nuestro vuelo. De camino Rodt me pregunta si me voy a Casa Blanca. Inés le interrumpe y le pide que vayan ellos dos. Sería la única manera de regresar allá, de otra manera no podrán entrar por las aduanas de Marruecos nunca más. Rodt me voltea a ver esperando una respuesta clara, sin silencios ni muecas. Lo veo y le pregunto. ¿De verdad crees en ellos, no digo en Hasana sino en los abogados? El rostro de Rodt se desenchaja, me ve con frustración y con rabia. Ellos nos van a apoyar Sax. Rodt crees que nos van... Guardo silencio en el vagón y Rodt le responde a Inés, entonces vamos nosotros. Mila me observa esperando que reaccione, que no los deje ir, que se lo diga. No sé Rodt a que estás jugando, sacarte no fue fácil. Man, tienes que entender, ellos nos necesitan y vamos a hacerlo, si podemos hacer que se vea en otros lados vamos a hacerlo. Las estaciones

del metro pasan sin que responda, sin que Mila me diga algo, sin saludar o preguntar algo. Al llegar al aeropuerto, todos alistan para hacer el chek-in, yo el último de la fila. Dos personas antes de llegar al mostrador le digo a Rodt. Me quedo, hombre no voy a Barcelona. ¿Entonces? No puedo ir, necesito pensar. ¿Santiago pero qué pasa? Nada, solo que no puedo ir, me voy a casa de Gaia, mi amiga italiana. ¿Pero ella sabe que estas acá? Sí, sí, llego en un par de días, tranquilos, Rodt, tú me entiendes, necesito quedarme. Rodt simplemente asiente y se despide sin otra sugerencia más. Un par de besos a Mila e Inés y me comienzo a alejar cuando grita Mila. ¿Papi, te veo en Barcelona verdad? ¡Sí, ahí nos vemos Guapa!



### *Memoria de la traición*

Al llegar a Barcelona lo primero que hago es llamar a Mila desde la estación de Sants. Ella con un grito que aturde por el teléfono me pregunta todo lo que puede en treinta segundos, aquí en Barcelona. Los chicos ya se fueron Papi, que bien escucharte, ¿dónde te veo? Sí, hablé con Rodt, me dijo que viajaban a Casa Blanca con los Abogados. Papi, pensé te volvías para México, que bien escucharte, no me vuelvas a hacer eso por favor. Te veo por la tarde, deja llego a casa. Después de darme un baño en casa de Gastón para recuperarme del viaje en camión, salgo para tomarme una caña con ella.

Al verla se abre un vórtice cósmico a otra dimensión. Papi, pero ¿qué hiciste en Madrid? yo no entendía nada, me quede fría; pero ya estás mejor verdad, yo sé, Rodri se pasa, no está en sus cinco, pero no, dime dónde te quedaste y cómo regresaste y ¿por qué? Son muchas cosas Mila, no sé, no sé por qué regresé, pero aquí estoy. Ella me inunda de besos en toda la cara, ninguno en la boca. No te emociones Tonto, tu sabes que lo nuestro no puede ser, además tu estás enamorado de esa Zuê, ¿sabes algo de ella? ¿te contestó? No, nada. No importa, te tengo para mí eso vale. Pues yo te cuento, no sé cómo le vamos a hacer, porque Rodri e Inés ya están en Casa Blanca, se querían ir para allá, tú sabes cómo es la cosa, se es-

condieron de la guardia de seguridad que le pusieron y no sé si ya salieron de Casa Blanca o van a salir. ¿Mila, tú cómo estás? Bien, pero no sé cómo le haremos, porque vi a mi mamá, me estoy reconciliando con ella y va mejor la cosa. ¿Se habían peleado? No, pero bueno es que ella es muy intensa y... ¿Y tu novio? No ese ya no lo levanto para nada, me habló y estaba muy celoso de ti, pero no, le dejé con la intriga para que sufra, solo por pesado; mi mamá está bien, pero insiste en recuperar la historia de su tío, es que ahora, como han pasado muchos años, han abierto los archivos secretos de la guerra civil y entonces ella quiere hacer un documental sobre su tío; ella va acumulando todo lo que han vivido, no sé, como es documentalista quiere hacer eso y quiere que yo le ayude con algunas cosas. Mi madre es muy dramática, tienes que recordarlo cuando la conozcas; ella guarda un dolor que va pasando por cada generación, y se pasa como en los genes, por eso soy así, es un dolor que nos recorre hasta el punto de que, por ejemplo mi tío, el que vive, mi tío Miguel que vive en Francia, él es el hijo que le mataron a sus papás, a Miguel Sanmartín que luchó en la guerra civil y a su mujer, a los dos los mataron con una semana de diferencia y Miguel mi tío tenía seis meses cuando pasó todo; Miguel no tiene ningún recuerdo, por supuesto de sus padres; pero lleva toda la vida viviendo, ahí sin vincularse con su pasado; y ella quiere saber qué sucedió, porque todavía están investigando cómo fue y ahora se pueden saber datos, después de 50 años, después de la muerte de la mujer de Miguel padre; por eso mi madre está ahí y mi tío no quiere saber nada pero lleva un dolor toda su vida con él, a pesar de, toda esa carga que ha quedado oculta. Mila recupera el aliento con un sorbo de té que le han servido, pero yo disfruto de escucharla, no sospecho nada sobre ella, su velocidad me atrapa y yo me dejo llevar por ella. Mi abuelo Salvador estuvo creo 14 años preso y sigue vivo y es el que quizás la lleva más sanamente, porque habla de ello sin problema pero toda la familia desde mi bisabuela ha sufrido por la guerra muchísimo y mi madre aún es joven de 58 años y ahora está, después de toda la vida de huir de eso, quiere abrir el pasado; huyó de casa con 18 años porque su

madre estaba muy mal con su marido 14 años preso, su hermano asesinado, el padre de mi tío Miguel y su otro hermano está perseguido; además su mamá, mi bisabuela, sufriendo la muerte de un hijo que se quedó cuando era una hija con tres niños solos, super pobres que eran mis bisabuelos; todo eso, mi madre intentó escaparse de eso con 18 años y ahora tienes 58 y ahora ha dejado todo lo que había ido haciendo en publicidad, todo su trabajo, toda esa evasión y ahora está investigando, va hacer un documental de la historia de su primo vivo, de mi tío Miguel, porque como que quieras o no, se ha dado cuenta de que es la raíz de quizás todo lo que no ha vivido en primera persona pero que ha ido alimentándose, tiene que curarse y esa es su forma de hacerlo, ¿no? Me pregunta sin guardar un silencio real o un gesto de pausa. Y bueno por parte de mi padre, no sé, no sé muy bien pero también hubo mi abuelo Mihail que era judío ucraniano y fue perseguido y se fue a Francia escapando de la Segunda Guerra Mundial y también mi abuela, también sufrió bastante y todavía no sé muy bien; me han explicado cosas, pero ahora cuando vaya para Francia quiero que me expliquen más, pero por los dos lados hay mucha, mucha lucha, mucho dolor por lo que les tocó vivir y mi madre guarda un silencio, intenta explicarse todas las historias que resultaron en ella y en su propio dolor y en su propia guerra. Mila enciende un cigarro forjado por ella, no logro organizar tantas cicatrices en el rostro lúcido de Mila, pero ¿cómo es que murió Miguel?

Miguel está vivo, no, quien murió fue Miguel padre, él era un líder comunista que combatía en la lucha contra Franco, él se enlistó en el Partido Republicano, no sé exactamente que fracción, el luchó y luego no sé en qué año, pero se llevaba a la gente para sacarla a Francia ahí por los Pirineos, iba sacando a gente; era bastante, dentro de los movimientos, era bastante importante; entonces cuando Carrillo como que se fue haciendo de tratos con Franco y bueno eso y ahora le hacen el homenaje a Carrillo; pero empezó a molestar mi tío, empezó a incomodar porque lo que él quería es estar con el pueblo y estaba así, tenía unas ideas que iban en contra de cómo estaba yendo en ese momento, ocultos los

pactos así con gente y lo que pasó fue que en la última partida que fue para Francia, él estaba cruzando la montaña, no sé exactamente el lugar porque esto si acaso mi madre te lo dice, porque tiene toda el karma; bueno, Miguel se fue, se despidió de su mujer y nada, dijo que había hablado ya con ellos, les había dicho. Ésta es la última acción que hago y luego quiero que hablemos porque no... No quería ir por el lado que estaban yendo, entonces nada, se fue y resulta que al cabo de unos días apareció y le habían disparado, apareció muerto; hasta en los mismos, en el acta de defunción está todo manipulado; él iba, cuando cruzaba iba bien equipado, y lo encontraron con las alpargatas típicas; que lo habían cogido y lo habían puesto ahí, expresamente él no cruzaba de esa manera y sin equipo; y resulta que la versión es que la guardia civil lo cogió y le disparó en una redada, le dispararon pero todos saben dentro de la gente que lo conocía y que el tal Carrillo ordenó que lo matasen porque incomodaba bastante y a su mujer; su mujer fue para dónde el grupo, se sentía, bueno tenía como una intuición de que algo no iba bien y ella siente de su marcha y se fue a reunirse con el grupo político y ella al cabo de una semana apareció muerta en un río.

Mila toma el tiempo para que organice las pistas de ella en esta historia. Se recoge el pelo por el hombro izquierdo y descubre su escote. Me cuenta todo esto, sin embargo, mi mente logra ligar los pasos de Rodrigo intentado ir para El Aaiún. Escondido en los autobuses de Casa Blanca. La esposa de mi tío, pues estaban como en fracciones y ella también era militante, formaba parte; ella era una luchadora, tenía un grupo también de mujeres y ella luchó también; entonces fue a la reunión con el grupo, quería hablar con ellos, saber qué pasaba con su marido; sentía algo que no iba bien, y se anticipó a la reunión que iban a tener con él; pero ella supongo que también incomodaría y al cabo de una semana, murieron con una semana de diferencia, apareció asesinada en un río y la encontraron ahí muerta; bueno, hasta ahora creo en 2010 hicieron como un decreto, un sumario de secreto hasta cincuenta años y así no podían saber las pruebas y ahora creo que sí y este

año se podrían sacar los documentos de su muerte y se podría saber qué había pasado, por qué era todo, pues para protegerlo lo cerraron y tal y mi madre ahora está, creo que ya ha ido o va a buscar esos documentos para el documental, para la investigación que está haciendo, pero todavía no sé, porque no hablo con ella del tema, pero no sé si ya ha podido sacarlo o todavía no; no sé si era 2010 o 2011 que se podía abrir el secreto de su muerte. Intento leer sobre el rostro de Mila, sus ojos azules me inquietan, los mismos ojos de su padre, me dice. Y la velocidad y la valentía instintiva de su abuela asesinada. Y la traición, la suma de traiciones en todos los partidos es lo que desencadenó la ocupación en Sáhara. La suma de heridas sin curar. Ella es la misma que su madre, que se salió desde muy chiquita. Qué Papi: ¿por qué me ves tanto?

¿Cómo estás tú Mila? ¿De qué? anímicamente, yo creo que, yo estoy como tú ya sabes; y en cuanto al tipo... Rodrigo, nos ha robado a los dos mucha de la energía para seguir trabajando en un equipo de uno y tres más sirviéndole como esclavos. A ella también le ha arrebatado una parte de su pasión y de su amor. Mila se ha enamorado de la vehemencia con que Rodt hace todo, pero también se ve absorbida en sus mentiras y en sus triángulos donde ella no es ni la esposa ni quien se encontró con él intentando sobrevivir en El Aaiún. Ella es quien escucha a lo lejos a Inés y traga los celos y la envidia de mujer, pero tiene que levantarse todos los días para salvarle, su vida ya está organizada por él y solo piensa en un objetivo, ¿cómo traerle con vida? lo oculta en todo lo que está sucediendo. Si además de vivir para él le pensara como algo más, ella se daría cuenta que es la tercera en su cama, la tercera en la vida y la lucha, la tercera en interrumpir sin permiso y entregarse a su halo de riesgos por encontrarse. Rodt le busca sin saber cómo decirle que ella le motivaba para seguir y sólo en ella confía para hacer la última llamada de su vida y despedirse, sin pedir ayuda, sólo despedirse atravesando el desierto y corriendo entre las calles de El Aaiún. Yo creo que, aunque fuese sola, sabes de forma individual sin RS, iría igualmente al Sáhara. Aunque no existe ese nosotros como grupo, ni Resistencia. Yo soy él y no va-

mos a ser uno más entre la gente que está muy bien y se moviliza con la comodidad de su casa, o que por el Facebook ponen Sáhara libre o va al ACAPS y manda ayuda; pero para mí ir a los campamentos o a lo que sea, para mí estas incompleto con solo ir; y eso es frustrante y forma parte de la limosna; y entonces de la forma que yo siento son emociones, la lucha de Rodrigo y a ellos, son emociones. Tengo que, lo que yo quiero es respirar eso, sentir la lucha. Se me quedó desde aquí en la piel y no lo vivo, no comparto esa quietud; y me siguen hablando de cómo es bastante incómodo y es bastante pasivo todos; y aunque no existiésemos como grupo ni existiese él, iría al Sáhara.

Mila simplemente me magnetiza sin que pueda defenderme, sin ruina, sin maldad. Ella ni siquiera sabe el mismo idioma de su padre pero al mismo tiempo registra un tono heroico y mesiánico en el cariño que ella recibía de él. Obviamente ella buscaba en los hombres aquella protección que le es ajena y al mismo tiempo añora. Se levanta de la mesa para hacer pis y la veo caminar por el pasillo. A ella le encanta esa posición cómoda de la mujer observada pero no destina sus encantos para mí. Ella es de las que se enamoran solas, que no hay que prestarle atención. Disfruto tanto de ella y suspiro demasiado junto a ella. Su velocidad y su derroche de pasión, me es difícil no mirarla. La química es un azar que lo dispone así. Mila tiene una presentación veloz pero se pierde en una Europa que no se detiene para sentir el pulso marcado por la guerra de esta princesa-pep, quizás de agua turbia-turquesa y gravedad de un sol eterno. Sol que promete silencio sin subir mucho al cielo y da sus historias llenas de copas de vino servidas sin ser bebidas, quizás sobre una mesa de un café.



*Sax en internet*

Llego a la oficina después del viaje, es el esfuerzo de un burócrata en mis manos y mis pies. Abro el salón, conecto la computadora y levanto la tapa-monitor del ordenador y la enciendo. Llego ahí

y es llegar a la oficina y la casa, viaje, verso, llegar, llegar es expandirme en una ciudad donde existo, donde soy parte y todo. Lo paradójico es que es una computadora y un cable de internet. Si fuese una Hispano Olivetti sería igual. Sólo existiría allí en cartas, fechas, memos y oficios. La mañana siguiente llegaré a mi propio espacio público, mi propia plaza y publicaré: Café Madrid. Ahí me tomé un café y ahí voy a hacer referencia a mi llegada a la ciudad capital de España, la que fue derrocada y bombardeada por Franco. Igual sigo la letra de una canción y un renglón de esa letra la tarareo mientras abro el correo electrónico y word. Que ganas de mancharme con carbón las manos, de dibujar garabatos en papel. Tintinea el cursor. En el papel incluso con una hoja y un grafito escribe sin marcas, porque ahí queda sin corregirse y entonces no se talla la corteza cerebral intentando atinar las palabras. La caligrafía es cerrada y las manos pesadas marcan la velocidad real de lo que se puede decir y leer. Las hojas corrugadas necesitan más fuerza para tallarse. Yo dedico mis días libres a llenarme de vida y mis días laborales a decir lo que pienso y tirar las canicas jugando con la gravedad y el peso de las vidas de otros.

Me he abierto paso a un camino que no podré sostener bajo el sol. Si algún personaje muere antes de tiempo, morirá una parte de mí. Seguiré vivo pero nada seguirá tirando en mí, he creado algo que si acontece en mí contra, me destroza de un plumazo. Todo este amor ahí fue quedando y mis pasos se quedan atrapados en las palabras. No verán el olvido de mí, hablarán de mí en mi ausencia, podrán hacerlo, pero estaré allí para reírme junto con ustedes. Ya el tiempo irá cobrándome la pasión que se quedó marcada, de una historia larga y escurridiza que aún no sé cómo llegó a estas manos.



### *Zuê entre las sombras*

Le he escrito y le he hablado a Zuê pero ya no existe. Ahí tengo el monitor encendido, el proyecto de Resistencia Saharaui reposando

su escritura y el correo con su nombre. Pero no está, ella ya no está viva. Le hicieron lo que a Ana. Ciudad de mierda, ya no está. Abro el último correo de ella y lo vuelvo a leer esperando encontrarla entre líneas.

From: ZUÊ ([zuê@hotmail.com](mailto:zuê@hotmail.com))

To: [sax@hotmail.com](mailto:sax@hotmail.com)

Date: Sun, 05 de Sep 2010 11:32:42 -0008

Hola cariño!!! todo bien por acá  
así que soñandome!!! jeje las distancias son cortas para lo que podemos  
crear en los sueños

yo bien, me fui una semana a chihuas y la pase genial, me fui por ahí yo  
solita, fue muy rico ahora estoy pagando la factura y trabajando como loca  
pa' ponerme al corriente con las cuentas y por que finalmente si me quede  
con las clases y empiezo mañana.

Te mando un gran abrazo interminable.  
escribe mucho, fluye, sueña.

Te quiero mucho  
besos

Zuê



*Illegal, 9 de octubre*

La ilegalidad ha llegado sin previo aviso, sin antelación, sin detenerse. No tengo papeles para estar en el territorio schengen. Es un título que ahora ostento y llevo con orgullo, sin papeles. No puedo salir ni entrar, no puedo ir por Zuê así de fácil, tendría que irme y dejar a Rodt aquí. Inés me había propuesto matrimonio para resolver mi estancia acá pero creo será hasta que pueda regresar viva. Vuelvo a leer la carta de Zuê pero no está ella, no está nadie.

Vuelvo a recordar ese barco encallado en un desierto con jaibas azules, creo se parece mucho a una parte de Piratas del Caribe, bla, ni siquiera puedo pensarme una metáfora mejor. Mi embarcación está a la deriva, suspendido, sin proyectos que hinchen las velas de aire y tomen el rumbo de la nave. Hago un listado de todo el trabajo para sacar este mes. Todo es Rodrigo, no tengo dinero para comer, no tengo casa, no tengo nada.

- Radio Saharaui
- Documental “la resistencia saharauí”.
- Centro de Derechos Humanos en los Territorios Ocupados.

Escribo todos los proyectos para poder encajar las piezas del ajedrez y tomar la brisa del mar abierto en la Barceloneta. Rodrigo ya no está aquí. Todo su orgullo y dignidad se ha ido de vuelta al Sáhara Occidental. Toda esa realidad de Rodrigo se convierte en carne de cañón mientras avanzan los kilómetros y desciende en el mapa hacia el sur. Rodt no puede defenderse. En su pecho sólo hay un hueco oscuro donde rebotan voces. Esto es lo que lo guía. Rodrigo ahí es donde vive, en esa cueva en sí mismo. Lo admirable también podría ser servil y mezquino, egoísta. Él es una habitación desolada dentro de su pecho donde nadie cabe y nadie puede existir. Ha desterrado a Nayala, Inés, Mila y a México. Es un eco repetido que le carcome por dentro. Yo a la deriva, en el mar de una ciudad y Rodrigo en su propia cárcel. Orillados a que su destino se llene de arena y sal. Quizás con los olores y la despedida del curry, el tajín y el cuscús; fiesta de muertos o tal vez de bienvenida. Somos recibidos en un paraíso de sueños silenciosos. La realidad es una lápida de ignorancia para nuestra propia arrogancia, ¿héroes? no, somos carne de cañón para los abogados. Por lo pronto, en estas escasas horas de sueño así dormimos, en nuestras propias mentiras. Esta noche dan señales de humo Inés y Rodt. Envían un comunicado, lograron entrar a la ciudad de El Aaiún, pero la gente del barrio de Matala se está saliendo en jaimas

de tela hacia el desierto. Ya son miles. Es la protesta más grande desde hace 35 años. Rodt e Inés nos piden difundir las fotos que tomaron con el celular. Las caravanas de carros son larguísimas, salen a una zona en el desierto llamada Gdeim Izik. En el correo apenas nos explican Rodt e Inés que intentarán acampar junto con ellos. Sax, conéctate, ¿qué necesitamos para transmitir video desde acá? pregunta Rodt al final del correo.

EPISODIO 4  
Cuaderno 6



*Badajoz, 25 de noviembre del 2010*  
*El Día del Cordero*

El vacío en la panza al subir por el elevador censura mi respiración agitada por el frío. Tiemblan un poco mis manos. Los pies me hormiguean de estar parado, de no dormir, de no saber a dónde vamos y qué nos espera al salir del elevador. Se abren las puertas y caminamos por un pasillo poco iluminado. Huele a hotel viejo o a sótano de hospital. Nos detenemos frente a una puerta de madera, un par de chapas comunes, un número sobre el marco de la puerta y nada más.

Hasana saca unas llaves y entramos al departamento. Se desliza la puerta que da directo a una cocina, ahí, un saharauí que sonríe y nos saluda como si hubiéramos sido amigos de toda la vida. ¡Hombre! ¿cómo están? bienvenidos, pasen; nos señala que avancemos a mano izquierda. Una sala con dos sillones contra la pared, una alfombra roja en el centro y en ella arcos garigoleados con colores crema, negro, verde y azul oscuro. Es una alfombra persa, aunque no estoy seguro que estén todas fabricadas allá. Nos quitamos los zapatos a la orilla de la habitación. Con confianza y obviedad nos invitan a recostarnos en la alfombra mientras que en los sofás dejamos las chaquetas y mochilas. Hasana regresa por el pasillo de entrada, usa una chilaba blanca, igual a la de Rodrigo en la cena cuando llegó de El Aaiún en septiembre. Hombre, espero me disculpen, tenía que quitarme la gabardina y la corbata. Con una sonrisa tan honesta como su propia figura imponente, nos presenta a los demás habitantes de la casa. Él es

Talevulla y él, ustedes deben saber quién es él; Hasana señala a un hombre algo mayor, delgado, de bigote y con canas, sentado a la orilla del sofá al fondo de la sala. Él, él es el señor Sidi Mohamed Dadash, él es el preso político con más años en una cárcel africana después de Nelson Mandela. Callado nos sonríe y sostiene la mirada con una pequeña mueca y se acerca hacia nosotros para saludarnos amablemente.

Hasana termina las presentaciones mientras se reclina como un árbol que cae con el viento, su sonrisa es la de un hombre que ha ganado algo. Bueno hombres y ustedes dos, nuestras guerreras, ¿no saben qué hacen vosotros aquí, cierto? Pues nosotros hemos hablado con Juan Carlos para hacerles una bienvenida, sobre todo a ti Rodrigo y a ti Inés, ustedes son héroes de nuestro pueblo. Rodrigo interrumpe la voz de Hasana, busca la modestia en algún lugar pero el halago lo recibe con el pecho ancho tal cual un pavo real que estira sus plumas y finge que no ha escuchado nada. Hasana continúa. Ustedes han hecho más por el pueblo saharauí que años, decenas de organizaciones que nos han acompañado; y ustedes dos, esos oídos atentos, esas antenas que han hecho hasta lo imposible para que estén vivos; voltea a ver a Mila. A ustedes también les debemos la vida y nunca podremos agradecerles lo que han hecho por nuestro pueblo. Mila se sonroja tanto que sus mejillas alcanzan a pintarse carmesí. Sonríe y bajo la cabeza recibiendo el único mérito nuestro, si es que puede llamarse mérito. Levanto la mirada y lo veo gigante, un gigante hincado sobre la alfombra, aún así es inmensamente grande y su voz ronca y maltratada por el cigarro alcanza a resonar como un canto a la altura de un templo que se posa sobre toda la habitación.

Tiemblo de frío. Mila se acurruca a mi lado para tomar calor. Nuestra ropa está mojada, sobre todo los pantalones. Escuchamos a Hasana en silencio, cansados y frotándonos las manos. Hasana detiene su discurso sorprendido. ¡Pero claro, vosotros no han probado bocado desde anoche, en qué estoy pensando! Hasana se levanta sin agilidad pero sí con majestuosa serenidad que lo impulsa hasta su altura. Dejen, vamos a atenderlos hoy, no saben

lo que ahora les espera. Mila se levanta y le pide una manta para cubrirnos; Tale, inmediatamente camina hacia las recámaras y nos trae cuatro cobijas, una para cada uno. Inés no se separa de Rodrigo aún cuando ya han pasado lo peor juntos y no se soportan más el uno al otro. Nuestros zapatos esperan a secarse a la orilla de la habitación, aún por extraño que parezca, no huele a pies ni a sudor, por el contrario, a lo lejos entra un olor a frutas y cítricos que proviene de la cocina. Descansamos la espalda contra los sofás. Tale se acerca a una esquina de la sala y jala una mesa con llantitas, es metálica y está cubierta con una tela negra. Conecta una parrilla eléctrica al lado. Desde el rincón nos pregunta. ¿Y cómo están, hombres? nos ve con una sonrisa encandilada por la admiración, tal como si estuviera frente a un actor famoso. No le retira la mirada a Rodrigo e Inés. Descubre la mesa, acomoda cuatro vasos y una tetera verde de peltre sobre una pequeña charola de metal, sirve el agua caliente en los pequeños vasos de cristal, regresa el agua a la tetera y la descansa sobre la parrilla, mueve los vasos de manera rápida, parece que nos preguntará en dónde quedó la pelota blanca. Sirve agua con té, la escancia y la devuelve a la tetera, espera a que se caliente nuevamente, así hasta que nos sirve a cada uno en los vasos del tamaño de un shot de tequila pero con un té color café verdoso como de agua vieja. Salam aleicum, nos dice Talevuya y todos damos el primer trago, amargo, muy amargo y muy caliente. Todos bebemos, cada quién su taza o copa como le quieran ver.

Rodrigo termina el té. Santiago, ¿qué piensas sobre lo que se habló en el parlamento? Nada Rodt, no van a hacer nada. Venga el mexicanito también habló muy bien, dice Inés con su alegría coqueta y falsa. Sí, la verdad muy bien, muy duro, creo se quedaron sin respuestas; te rifaste Santiago, dice Rodrigo mientras regresa su vaso, hace una mueca que le confirma haber escuchado lo que creía que diría. Mila ríe para sobrepasar la tensión. ¿Bueno niños, entonces qué vamos a hacer? yo vengo muerta ¿qué sigue? Mañana toca ir a la alcaldía en Sevilla, por la tarde está el encuentro de la juventud saharauí y regresaremos al siguiente día a Barcelona,

pero calma aún no hemos llegado, responde Rodt. Sí papi, pero si ustedes se ponen a debatir lo de esta mañana salen como perros y gatos. Tale nos acerca el segundo té. No Mila, yo quería saber qué piensa, tenemos que escucharnos, tú sabes eso. Ay Rodri como si no te conociera, si ya sabes lo que piensa, para qué provocarlo. Mila me observa con algún dejo de condescendencia y ve a Rodt con arrogancia, interrumpe. Poco sabemos lo que piensa el otro, no escuchas, ni te hace falta, eso es lo que creo Rodt; vinimos hasta acá para esto, para lamerle los güevos a unos políticos, ¿tú quieres eso? Mila roza con su mano el brazo de Rodt. Ya ves Rodri eso es lo que ya no soporto; pero no, Sax, no venimos a eso, venimos a entregar los informes y nos vamos y por favor cálmense los dos, sentencia Mila. Inés, repiquetea a la voz de Mila. Sí chicos, tienen que calmarse, respirar más. Aún sin tragarse entre ellas, Inés y Mila coinciden en alguna postura como mujeres y como mediadoras entre él y yo.

Nadie le presta atención al té, lo bebemos rápido y regresamos los vasos tal vez sin agradecer el gesto. Talevuya intenta explicarnos cosas pero no habla del todo el español, únicamente lo entiende. Lo que sí hace es sacar su celular y acercarse con todos a tomarse un par de fotos. Al centro Tale, a su lado los principales, Rodt e Inés. Ella con un suéter rojo y un pañuelo atado sobre su pelo rubio leónido, también lleva puesta su sonrisa aventurera. Rodt viste una chaqueta verde militar y un pañuelo negro con amarillo enredado en el cuello, la barba delinea su rostro con bigotes dejados y las cejas marcadas, viendo a la cámara. Mila queda atrapada en la instantánea, lleva un suéter blanco tejido de cuello de tortuga, es más un cuello de oso polar que le resalta el azul de sus ojos. Yo estoy estirado, uso un pantalón lleno de bolsillos color caqui y una sudadera de franjas horizontales, blancas y café claro. Dadash con un pantalón café, un suéter azul y una mirada desentendida del aparato. La instantánea nos guarda ahí para Tale, pero también para negar todo lo que somos y todo lo que desconocemos de ese día. Rodt y las chicas quieren aprender a olvidar, llegar al final de este día de noviembre, aceptar el frío de

una cena a finales de noviembre. Tale se toma las fotografías con Rodt e Inés, sin nadie más.

Hasana entra a la sala con una charola del tamaño de un guajolote. El aroma a frutas dulces y cítricos se esparce por toda la habitación. El vapor que desprende la charola queda suspendido como la nube de un tren que llega al centro de la alfombra y se instala en una pequeña mesa de plástico con unas patas muy cortas, como si se las hubieran serruchado dejándola a la altura de un cachorro. Sobre la mesa ponen una bolsa de plástico blanca, lisa y nueva. Encima aterriza la charola con un aroma increíble. Hombre, ustedes salieron el Día del Cordero; Hasana ve a Rodt e Inés. Fue el Día del Cordero y vosotros tenéis que saber algo, Marruecos ya no respeta ni esto. Hasana recuerda la masacre en su ciudad hace apenas unos días. El Día del Cordero, por lo menos ellos tienen un día para saber cuándo cayeron sus muertos. Cómo no recordarlo si... Rodt se queda con las palabras a la mitad y Hasana continúa. Bueno, salieron vivos, pero miles de familias no pudieron celebrar el día más sagrado para nosotros porque tenían a sus hijos, padres y abuelos muertos o desaparecidos. Rodt se traga todas las respuestas posibles. Pero tienen que saber siempre, para que unos vivan otros han muerto; vosotros sois hijos del Sáhara. Escucho el hilo de ideas que Hasana propone como lentes de aumento para esta realidad; y en esa lógica, ¿quién de nosotros quedó sin rostro, sepultado en la arena? ¿quién de nosotros perdió el último aliento para que pudieran sobrevivir Rodt e Inés? Salam aleicum, provecho, dice Hasana. Rodt es el primero en arrancar trozos del cordero. Un buen vegetariano que no tiene asco a la carne. Nosotros pensamos que debíamos hacerles una comida que se merecieran; porque gracias a vosotros, Hasana ve directo a Rodrigo, hay familias que siguen vivas, hay saharauis que ahora están con su pueblo gracias a ustedes que se han arriesgado por personas que no conocían. Pero murieron muchos, interrumpe Rodrigo. Sí, pero en todas las guerras mueren personas, en todas las guerras lo importante son los vivos, los vivos sabrán dar las gracias a aquél que les ayudó a tener un siguiente día con su pue-

blo; coman por favor, coman. Tale y Dadash por un costado de la mesa junto a Hasana. Nosotros cuatro desde el otro extremo de la mesa, rodeando la misma charola repleta de un cordero al horno con chabacanos y almendras y un jugo oscuro, casi negro que humedece la carne. No fui yo quién lavó la sangre en la habitación, ¿qué le dijo Zuê a su mejor amiga? ¿qué pensó mientras lavaba el piso? Rodt e Inés aún siguen siendo vegetarianos. Comen un poco y sobre todo dan gracias por el banquete. Mila y yo reaccionamos lento, no encontramos los cubiertos. ¿Por qué no comen ustedes? pregunta Hasana. Yo dudo en contestar y él inmediatamente entiende la situación. Ah claro vosotros no comen con las manos, dejen les traigo cubiertos. Mila interrumpe. No, no te pares, voy yo. Ella vuelve de la cocina con dos tenedores. Comemos cordero tal como se prepara en la fiesta islámica, tal como ellos no pudieron celebrar. Para mí era el cumpleaños de Julieta. Nosotros sin día sagrado, con nuestros altares de cruces contabilizando la ausencia frente a la frontera y el río.

El homenaje es completamente inmerecido. Hasana aparenta todo lo contrario, observa a Rodrigo e Inés con ojos grandes, comparte el pan con un héroe que le quitó los golpes de encima en Agosto. Soy el primero en terminar de comer, tres o cuatro bocados son suficientes para llenarme. Tengo todo el mes comiendo poco o nada. Hasana está apoyado en una rodilla e inclina un poco su cuerpo para arrancar con sus manos alguna pieza de cordero a la que se le desprende la carne con facilidad. Es ese momento cuando se guarda silencio por el hambre y permite escuchar romperse los huesos en la charola, caen las gotas de grasa sobre el metal y tragamos la carne. ¿Hasana, cómo comenzó la guerra? le increpa Mila. Ella busca evitar el silencio que le regrese a ver a Rdot como un héroe o a Inés como una princesa ataviada con melfa y una corona de piezas doradas colgando sobre la frente. Hasana la ve y responde. Ah bueno, tendréis que recordar que la guerra inicia mucho antes de que los medios y las noticias existan; esta guerra comenzó hace ya mucho tiempo; nuestro pueblo vivía en paz; toda la década de 1960, en la región había mucho jaleo, muchos países

se estaban independizando y en la casa se hablaba todo el tiempo de eso, de nuestra independencia; yo tenía trece, catorce años tal vez y mi padre un día recibió a un amigo suyo, Brahim. Él es ahora un gran poeta y él le contó cómo inició la guerra. Los ojos de Mila buscan más que una respuesta, quiere encontrar esos días en que sus padres aún creían en ideologías y panfletos occidentales, porque no hay nada peor que una hermosa princesa huérfana de guerras. Zuê no era una princesa, ni una ama de casa, era más una buena consorte que sabe ganarse la comida todos los días y a ellas, las guerras no siempre les favorecen. Todos cobran por un placer mayor, arrebatar la vida como mercenarios, sin licores ni amores que de a poquito matan. Para Zuê, para Ana y Julieta no hay guerra, ni días santos, ni principio, ni final.

Vosotros tenéis que saber que somos beduinos, somos nómadas y por milenios hemos recorrido el Sáhara libremente. Era un día de marzo del año 1967. Brahim estaba nomadeando con sus camellos cerca de Smara; el calor se combinaba con algunas lluvias a lo lejos donde los animales podían pastar. Brahim hacía esto todos los años y había épocas en las que se iba y no se le veía por ningún lado, seguía las nubes hasta que la camella tenía al crío o se detenía en algunos pozos y reparaba el tiro de ellos, que por alguna razón se había destruido. Brahim en esa época no tenía descendencia; era un muchacho responsable de su madre y sus hermanos y yo apenas un niño. Cuando le contó a mi padre, habían pasado un par de años de eso. Hasana deja enfriar poco a poco la comida y se sumerge en la mirada azul de Mila. Brahim, ese día sin sombras, atravesaba un valle muy hermoso cuando comenzó a escuchar un rugido, no se parecía a los leones o las hienas que algunas veces se peleaban por la carroña sino a una máquina ensordecedora y Brahim no sabía nada de máquinas, él nos contaba sobre el viento antes de la lluvia o el rieh cuando comienza la época, pero a él nunca le interesaron los carros, mucho menos las máquinas. Él venía a casa de mi padre para intercambiar un camello por algunos sacos de azúcar o té. Mi abuela hacía unas mantas con la piel de las cabras con lana larga y él se las lle-

vaba para vender, tal vez pasaban años pero él siempre regresaba a pagar a mi padre, siempre, nunca le quedó mal, nunca falló en el pago, entendéis. Ve a Mila y levanta la mirada buscando sus cigarrillos. La arena sobre la carretera de regreso del sembradío de mujeres ya no bailaba. Entonces, Brahim escuchó esa máquina que pasó muy rápido en el cielo y después de ese avión pasaron tres o cuatro más muy cerca del suelo y alcanzó a ver los colores de las banderas estampados en las máquinas, eran azul, blanco y rojo, en ese orden las columnas; la manada de camellos se dispersó por el ruido. Hasana nos voltea a ver y espera que sepamos a quién le pertenece esa insignia. Francia, contesta Rodrigo, es el primero de la clase en contestar, ni en Juárez fue de esos que quería contestar todo. Ese día, a Brahim le costó mucho trabajo juntar a todos los camellos para llevarlos a un abrevadero que ya conocía a la mitad del desierto. Por la noche hizo la fogata para el té y comer algún conejo que había cazado. El hato de camellos que Brahim cuidaba descansaba a unos veinte metros de él. Apenas el viento acariciaba su piel refrescándola después de ese sol candente encima por toda la tarde, se cubrió con una piel que mi abuela le había regalado ya a su padre y que ahora Brahim tenía. Su padre había muerto hace unos años y la familia dependía del dinero que traía con los camellos; se les respetaba mucho porque siempre era muy bien pagados y la carne y los animales para la carga siempre estaban bien cuidados. Esa mañana antes del amanecer, ya cuando las brasas del fuego estaban perdiendo el rojo ardiente y solo daban un poco de calor, comenzaron los rugidos a acercarse muy rápido; sin que pudiera hacer mucho, Brahim se acercó al hato de camellos para que no salieran corriendo, después solo un silbido que se agudizó y una explosión lo arrojó inconsciente. Las bombas lo lanzaron lejos de los camellos y despertó unas horas después. Aviones caza de la fuerza aérea francesa habían bombardeado a los beduinos cerca de la frontera con Marruecos y más adentro, los pueblos pequeños que vivían del comercio de cabras y camellos también fueron bombardeados en todo el Sáhara. Brahim despertó y encontró a toda su manada muerta, apenas una camella pre-

ñada sobrevivió y él pudo regresar a Smara para que le atendieran. La camella perdió a la cría y murió a los meses. Perdió todo lo que tenía la familia. Brahim se vino a vivir a El Aaiún para mantener a su familia y se enlistó en la policía para ganar algo de dinero. Mi padre lo recibió y le ayudó a instalarse ese año. En la policía lo adiestraron y lo ubicaron en un puesto en la frontera. Apenas y les llevaban víveres a los policías saharauis que cuidaban la frontera y un día antes de la traición y la marcha verde, los militares españoles llegaron, desarmaron a los policías saharauis y los dejaron en sus puestos. Cuando los marroquíes entraron capturaron a Brahim y lo llevaron a El Aaiún, pero le avisaron a mi papá y logró sacarlo antes de que lo llevaran a matar. A Brahim lo llevaron junto a una de las escuelas españolas que los marroquíes usaban como cuartel. Muchos de los policías saharauis los detenían en las mismas camionetas que el ejército español abandonó; sino es por mi padre, Brahim habría muerto; a todos sus compañeros los ejecutaron y desaparecieron sus cuerpos en el desierto. Brahim se escondió unos días en El Aaiún pero muy pronto regresó a Smara y ahí se enlistó pero ahora en el Frente Polisario.

Así comenzó la guerra. El rostro de Mila queda desencajado y en silencio, deja el cubierto sobre la charola y toma un trago de refresco, lo que nunca hace ella. Desde la única ventana de la sala se alcanzan a ver las nubes negras que juegan con las horas del día. Hasana regresa a terminar el cordero. Se enfría poco a poco el azúcar cristalizada sobre los chabacanos y ciruelas. Quedan las rebanadas de naranja que se escondían por debajo de la carne impregnando su aroma cítrico al vapor. Dadash observa con paciencia a Mila que aún no ha siquiera exhalado; él toma un bocado de cordero. ¿Por qué todas las mujeres que amo pierden el aire en su pecho? Rodrigo e Inés aprietan la boca para no mostrar ese sonido de la risa burlona frente a Mila. Hasana, después de espulgar los restos del cordero, repite las palabras. Así comienza la guerra pero no termina ahí, vosotros creéis saber lo que sucedió, asesinaron a muchos más y entre ellos asesinaron a quien ayudó a Brahim. Muchos que se resistieron a huir de la ciudad fueron quedando

muerdos en el camino. Mi padre sobrevivió a la batalla de Zemla en 1970. Tres años después del bombardeo a los camellos, comenzó la batalla de Zemla.

Mila y yo nos reclinamos contra el sofá, apenas estiramos un poco las piernas entumidas por estar dobladas al comer en el suelo. Inés y Talevuya levantan la charola de comida y Dadash recoge el plástico con migajas de pan sobre la mesa. Hasana mantiene su potente tono de voz que entibia la habitación, apoya su dorso en un cojín, se estira a lo largo de la alfombra, crece con su voz y con su mirada relajada. Rodrigo se recorre hasta un extremo de la habitación y se recuesta junto al muro, cierra los ojos e intenta dormir. Mila mueve su mano hacia mi rostro, tiembla, pero ya no es de frío. Me acaricia el cuello y mete sus dedos en la solapa de mi camisa, entre los pequeños bucles que se me hacen con la humedad. Desearía entregarme a esas caricias e ignorar que a quienes amo, son asesinadas. Ella busca mi respuesta, baja la mano y la deja sobre mi pierna, voltea a ver a Rodrigo. Tomo su mano. El aroma del cordero poco a poco desaparece y el aroma de ella comienza a florecer, huele a su sexo y a lluvia, la habitación evapora nuestra piel húmeda mientras Hasana enciende un cigarrillo.

El grito de Zemla fue el 17 de junio de 1970 y no muy lejos de Gdeim Izik. Para esos días, la época de calor ya calaba sobre las aceras de la ciudad, pero nada detuvo el ímpetu de libertad. Ahí despertó el pueblo saharauí. Basir, seguro que han escuchado de este nombre, Basiri, el padre del nacionalismo saharauí convocó a varias organizaciones saharauis para protestar pacíficamente y evitar que se llevara a cabo la traición orquestada por España. Él era un joven que se había educado en El Cairo y había escrito sobre la independencia del Sáhara. En esas fechas ya había grupos saharauis que luchaban de manera civil por la independencia y varias de ellas, desconfiaban de que España cumpliera la promesa de libertad que Francisco Franco le había hecho al pueblo saharauí.

Pocos días antes del grito de Zemla, el gobernador y representantes de España habían estado en El Aaiún y habían tenido

un acuerdo comercial creando una empresa para la explotación de pesca; todo lo hacían sin acercarse a los líderes locales para escuchar sus demandas. Para los políticos era inimaginable que la gente saliera a protestar a las calles. Ese día de junio querían declarar: Provincia 53 de España, al Sáhara Occidental. Así, España no estaría obligada a acatar la descolonización ordenada por la ONU.

Muy pocos saharauis estudiaban la universidad, no teníamos derechos, pero la dignidad y la aspiración de ser un país libre no se aprende en las universidades. Toda la gente quería escuchar sobre la independencia, no sobre empresas que explotaban sus recursos. Las calles de El Aaiún se llenaron y todos salimos a marchar, yo acompañé a mi padre quién pertenecía a la organización de Basiri, llamada: Organización Avanzada para la Liberación de Saguia el Hamra y Río de Oro. No imaginamos que fuésemos tantos. Caminábamos a través del calor, se reflejaba del suelo creando una ilusión de colores incandescentes a lo lejos. Los hombres caminaban nerviosos pero las mujeres gritaban tan fuerte que se escuchaban a varias cuadras de distancia. Tal vez estaban unos cuatro mil en la organización de Basir, pero ese día salió a protestar toda la ciudad. Era ya medio día y los saharauis, con mucho respeto, exigían pacíficamente la libertad de Sáhara Occidental. Esa fue la primera ocasión que escuché ese grito de libertad en las calles de El Aaiún. Yo me encontré con amigos del colegio y vecinos con los que regresé a casa, pero mi padre no, él no llegó hasta la mañana siguiente.

Mi padre llegó para contarnos cómo habían perseguido y detenido a los jóvenes. Él se había escondido en la casa de Salem y para su mala fortuna vio cómo la comisaría se fue llenando de jóvenes golpeados. Vio cómo les pateaban y arrastraban a los que no podían ya caminar de tantos golpes. Antes del amanecer, cuando él quería salir y regresar a casa, vio que llegó una camioneta con lonas y bajaron a cuatro saharauis más. Primero reconoció a Fadel, primo del entrañable Basir y reconoció después a Basir, vio como los separaban de todos los demás detenidos. Fadel ya no

podía caminar y le siguieron pateando en la pierna derecha hasta romperse y colgar como un trapo mojado.

Mi padre llegó esa mañana convencido de una sola cosa. “El colonialismo ha entrado a la fuerza y tendría que salir a la Fuerza”. Sus palabras fueron una sentencia del futuro que nos esperaba. España no realizaría el referéndum de autodeterminación del Sáhara Occidental ordenado por la ONU. En las noticias se hablaba de cuatro muertos y cientos de heridos. Nunca se dijo nada de Basir ni de los cientos de desaparecidos. Decían que en la noche de las protestas había extranjeros provocadores. Mi padre nos describió cómo el ejército español rodeó a los manifestantes y a cien metros comenzó a disparar, vio los caídos a su lado, eran sacos de arena que caían uno tras otro desarmados. Los saharauis tomaron piedras y palos para defenderse, pero fue inútil. Uno tras otro, sus amigos eran abatidos por las ráfagas de los militares. Mi padre corrió con mucha suerte ese día, pero su convicción como la de todos los saharauis pasó de un trago amargo a un grito de rabia.

Las siguientes semanas después del grito de Zemla, la tensión en la ciudad se podía cortar con cuchillo en el viento ardiente del mediodía. Si por alguna razón yo salía para comprar un pan, mi padre contaba el tiempo en que regresaba. Yo me escabullía para ir con algunos amigos del barrio. Pero al regresar encontraba a mi padre mirando la puerta y esperando que terminara de hacer mis deberes. Esa semana fue la primera de muchas en las que la calle significaba silencio y miedo. Aún ahora, cuando camino por las calles de El Aaiún y quiero salir sin miedo, me encuentro a algún torturador marroquí siguiendo mis pasos, vigilando lo que llevo en las manos. Un papel, unas llaves, un pañuelo, lo que sea ya es arrebatado de mis manos y tirado al suelo. Tal vez la vista es lo único que puede escapar hacia lo lejos y algunas veces he tenido que cerrar los ojos para seguir vivo en El Aaiún. Hasana ha encendido ya varios cigarros, sus historias avanzan lapidando la vida extinta de Zuê.

Hasana toma un vaso de refresco. Mi padre se quedó angustiado al saber que Basir estaba detenido. Él preguntó a los jóvenes

que salían de la cárcel si lo habían visto dentro. Nadie pudo asegurar que había sido detenido junto a Fadel, nadie lo volvió a ver. La noche del 29 de Junio de 1970 mi padre salió junto con varios compañeros a una reunión política y después fue a su guardia para vigilar las cárceles y seguir los camiones que salían de ellas. Del cuartel militar español salieron dos camionetas con lonas. Su amigo Housein y él siguieron las camionetas hasta la carretera que va hacia el mar, ahí los detuvieron y los subieron a una de esas camionetas. Mi padre desapareció una semana entera. Cuando regresó se encontraba en muy mal estado, golpeado, sin comer ni beber nada, él nos contó todo. En la otra camioneta iba Fadel y Basir. Mi padre nunca supo exactamente dónde salieron de la carretera, pero comenzaron a avanzar por dunas y reconoció las dunas por el ruido que hacían las llantas contra la arena. Los llevaban encapuchados. Se detuvieron y pudo ver el reflejo de la luz de faros contra la arena que volaba ligera, pudo oler el mar y pudo escuchar la voz de Fadel que reconoció inmediatamente, era la misma del amigo que llegaba a saludar a la casa. Esta vez no dijo, Salam Aleicum, Fadel dio un grito al cielo, ¡Alah Agbar! después dos detonaciones y un silencio que apenas movía remolinos de arena que brillaba en el viento. El silencio permaneció por minutos, pero para mi padre quien lloraba mientras nos contaba esto, nos veía a los ojos esperando que despertáramos de nuestra inocencia, para él pasaron miles de horas; después escuchó unas risas, el sonido de las armas cargando y un grito: ¡Sáhara Hurra! que significa. ¡Sáhara libre! esa voz era la de Basir.

A mi padre lo llevaron y lo encarcelaron en un sótano de una comisaría. Los meses después de Zemla se llenaron de incertidumbre. El vacío que dejó la desaparición de Basir no se llenó hasta ese día en que Luali le dio esperanza a nuestro pueblo y conformó el Frente Polisario. Mi padre me llevaba a la escuela y todos los días me despedía diciendo. Prepárate para defender a tu patria o ser un mártir por ella. Su voz aún la recuerdo, ya no era la de un padre frente a su hijo sino la de un hombre frente a un compañero de lucha. El sueño de independencia se cubrió de rabia pero nun-

ca desapareció la dignidad. Nos dejó más claro cuál sería nuestro camino. El camino para defender al pueblo saharauí.

Mila se levanta de la alfombra y se acerca a la ventana que muestra las nubes oscuras y gélidas que cubren la ciudad. El frío comienza a desaparecer y retrocede como una peste que se estrecha en las ventanas, distorsiona la mirada hacia la ciudad, se cura con las historias de Hasana. Las cobijas sobre nosotros nos cubren como a unos niños esperando algo. Quisiera abrazarla, pero ella no deja de preguntarse por Rodrigo. Yo tendría que regresar a Juárez, por lo menos para saber dónde enterraron a Zuê o para saber si aún no la han encontrado. Mila no permite que nadie se acerque a ella, no sabe qué sentir por Rodt ni por mí. Ahora mismo, ese Sáhara que se guarda en su nostalgia tampoco existe. Para ella este aire enredado en la voz de Hasana la hace respirar sin miedo a que Rodt sea asesinado, porque ya nadie más le persigue, no aquí. Mi agonía aún no termina, aún no. Ana, Julieta y ahora Zuê, todas muertas y ahora de ilegal en Europa. Mila, enamorada y desilusionada de Rodrigo y él y su Inés están perdidos entre la marea de entrevistas y los gritos de dolor en sus cabezas.

¿Por qué pelear una guerra que no se puede ganar? digo esto en voz alta sin darme cuenta y Hasana responde sin que en verdad espere una respuesta. No se trata de ganar o perder; cuando te falta algo que no sabes explicar entonces lo buscas con tantas fuerzas que nada te detiene; eso que nos falta es la libertad; muchos tenemos nuestro pasaporte español y podemos quedarnos a vivir aquí, pero esto no es nuestra libertad; no dependemos de ustedes, confiamos en nosotros y solo nosotros podremos liberarnos; ustedes han hecho mucho, pero la guerra apenas comenzó para ti Sax, porque nada te podrá regresar a tu hija ni a tu esposa y esperas morir antes de saberte vivo sin ellas. ¿Es así, no? Observo a los ojos a Hasana sin tener respuesta, volteo a ver a Rodt pero está dormido, él le contó todo a Hasana. Inés regresa de lavar la charola y platica con Talevuya quién ríe y disfruta sin reparo al tener a sus estrellas de cine en su sala. Vivo, ¿aquí? nadie respira en esta ruina humana, nadie es de una sola patria.

El único que nos observa este día, que se suma a otro nuevo día en calma, es Dadash. Él se apoya en mi hombro al sentarse a mi lado en la alfombra y se reclina contra el sillón. Ustedes tienen mucho hacer en Sáhara porque no son europeos; los persigue la guerra, esto es entre nosotros, la guerra y el desierto. Hasana recupera el aire que su agitada respiración pierde al hablar sin detenerse. El encierro en el departamento detiene el tiempo. Dadash, con un papel humedece el interior un vaso de vidrio, retira el papel y acaricia suavemente la alfombra con la boca del vaso hacia abajo, las migajas de pan que se pegan al vaso húmedo en un acto de magia y continúa. Basir murió en Zemla pero ahí comenzamos a despertar nuestro pueblo. Cuando estuve en la cárcel, un día llegó un nuevo preso saharauí, le habían detenido en la celda a mi lado. Este muchacho tuvo su primer encuentro con el fundador del Frente Polisario, el mártir Luali Mustafa Sayed, era el once del once del año 1971. En aquel tiempo, Luali estudiaba en la universidad, en la capital de Marruecos y el muchacho estudiaba el bachillerato en el extremo sur de ese país en la ciudad Tantan y cuando salió de la escuela hacia su casa encontró a Luali. Pasaron los días, el preso se instaló y sufrió las primeras torturas, pasan años muy rápido en la cárcel pero cada día uno está convencido de que morirá y este muchacho no duró mucho. En poco tiempo me contó qué él nació en 1953 y tenía 18 años cuando el encuentro con Luali. El pueblo saharauí era analfabeto hasta más no poder en aquel tiempo y los que más estudiaban eran los de los países vecinos, Marruecos, Mauritania y Argelia. El golpe de Zemla dejó un terrible miedo en los saharauís. Él discutió con Luali, le dijo, Para que el pueblo saharauí pueda triunfar en su lucha tiene que hacerlo todo el pueblo saharauí, no solamente una ciudad; tienen que reunirse los saharauís en los países vecinos y en todos lados donde estamos como pueblo. Ahí empezó la historia de Luali.

El turno de preparar el té pasa a manos de Hasana, él acerca la charola cromada con la tetera, los vasos y el té; conecta la parrilla eléctrica y trae agua. Dadash describe el encuentro de ese desconocido en la celda a su lado. Luali y los jóvenes organizado-

res, habían llegado a la conclusión de que tenían que sensibilizar a los estudiantes. Se dieron a esta tarea y concluyeron la operación, marzo del año 1972, e hicieron la primera manifestación en el sur de Marruecos. Fueron puestos a un juicio en Agadir y han sido liberados. Esos días en que el muchacho me contó su historia, lo maltrataron mucho los marroquíes; él sabía que lo iban a matar en cualquier momento, creo por esto al regresar de las torturas, cuando despertaba seguía contándome. En mayo del mismo año, hemos hecho la manifestación más grande en Tantan y hemos sido, como número encarcelados, veinticinco personas y pasamos veinticinco días en prisión; todo tipo de torturas recibimos pero teníamos la confianza en nosotros mismos y hemos entendido que Marruecos está con España y es otro enemigo que tenemos que vencer. El joven en la celda a mi lado y Luali después de esos veinticinco días en prisión idearon el plan de tocar todos los puntos del Sáhara y viajar a todos los países vecinos. El movimiento lo constituirían en grupos que se montaban en los trabajos en Mauritania, Sáhara, en el sur de Argelia y en el sur de Marruecos y en el norte de Mali y en toda la región. Su único objetivo era hacer un hilo de conexión con los saharauis; principalmente entre los jóvenes. Fueron de pueblo en pueblo a través del desierto, recogieron las armas de caza que originalmente tenían los saharauis.

Después de Zemla, Luali habló con los jóvenes saharauis en toda la región y poco a poco recuperó la confianza a ellos mismos. Él se tomaba el tiempo que fuese necesario para hablar con cada saharauí, porque son ellos los que deben liberar su tierra. Mauritania ya se había independizado de Francia, Argelia se había independizado de Francia, Marruecos se había independizado y sólo se ha quedado el Sáhara Occidental esperando el momento de su independencia. Hablar con todos los jóvenes saharauis, esta operación fue sumergida en año 1973 y entonces empezó la segunda etapa. En aquella nueva etapa era obligatorio prepararse para hacer las primeras líneas del movimiento, acordaron que debía ser llamado Frente Polisario, Frente Popular de Liberación de Saguía el Hamra y Río de Oro. Este se convertiría en el frente que repre-

senta en sí mismo a todos los saharauis, un frente amplio que recoge todas las mentalidades, todas las verdades que tienen los saharauis por la independencia. Hicieron el congreso constitutivo en finales, abril 1973 y han declarado el manifiesto político mayo 10. Entonces trabajaron lo más rápido posible para empezar la lucha armada y 20 de mayo 1973, en el norte del Sáhara, en Guadzat ha comenzado la lucha armada, hasta ahora. Escuchamos a Dadash, pasamos saliva intentando tragar las historias, respiramos. Es la voz más tenue y nítida que he escuchado. Dadash hace una sonrisa muy leve, ve nuestros rostros expectantes. ¿Saben dónde queda Seguía el Hamra y Río de Oro? pregunta. Guardamos silencio acusándonos de toda ignorancia. Río de Oro es ya en la frontera con Mauritania y Seguía el Hamra es al norte, entre uno y otro está el Sáhara Occidental.

Habiendo resuelta esta incógnita, Dadash recrea días y noches de ese extraño a un costado de su celda. Luali era joven, culto, inteligente, aspirable, aspirador, tenía mucha confianza en el futuro, era valiente, no conocía lo imposible, tenía una confianza en los saharauis como su confianza en Dios, así lo describió él y todos los que conocieron a Luali. El muchacho a mi lado me compartió los recuerdos en su historia para que nuestra nación tuviera un pasado el cual pueda ser entregado a sus hijos. Él decía. Lo primero que sentí cuando lo conocí fue la confianza, es lo primero cuando conoces a Luali, te regresa la confianza en ti mismo y la confianza en la cuestión saharauí que es obligatoria para la independencia.

El joven caminó junto a Luali hasta año 1976, cuando muere. Dadash replica la voz de aquel joven con el mismo dejo de despedida con que aquél muchacho le contó cada pasaje del fundador del Frente Polisario. Con la edad de Dadash, su aliento se pierde a cada palabra. Es aire que no regresará a su pecho, tiempo que le robaron entre los suyos, tiene una oportunidad y ese momento nos lo da a nosotros, extraños hijos del desierto. Toda nuestra relación se basa en la lucha, decía el joven. En el trabajo político, en el trabajo intelectual, en la preparación, en la toma de posi-

ciones, en la preparación militar, en la preparación intelectual, en el trabajo diplomático, en el trabajo con las masas, en el saber utilizar los medios, en organizar el pueblo, en conocer la tierra, en las batallas militares, en cómo tratar a los débiles, en cómo tratar a los niños, en concentrar la atención en los ancianos y recoger de ellos la historia con su gran potencia oral de discursos, en su firme posición cuando tomas las decisiones, en su gran civilidad hacia los jefes y cuando viajas con Luali, olvídate que existe una cosa que se llama el sueño, no existe. Dadash sonríe mientras nos muestra la vida de Luali con los recuerdos de un desconocido. Las huellas de pisadas en la alfombra de la sala parecieran invitar a otro comensal más, uno que fue asesinado hace años, ahora ante nosotros arriba el oxígeno a la habitación, respiro un aire fresco con el aroma a flores y frutos que Zuê se untaba en la piel. La voz de Dadash exige mucho silencio, no va a levantar el tono ni acelerar su relato, no hay una expresión más sublime que su voz. Él describe las palabras de un extraño con la paz de conocerlo, de haberlo escuchado junto a Luali comer tanto no se debe, beber tanta agua y estar en un sólo lugar no es admisible, lo imposible no lo tiene, no había un día que se comiera con él; la mayor parte de su vida estaba viajando. El muchacho viajó con Luali a Francia, Beirut, Jordania, Egipto, Yemen, Libia, Túnez, Argelia, Mali, Nigeria además de otros viajes en la región, en la zona militar, en la zona del trabajo, así era la vida del preso saharauí junto Luali, cada semana.

Dadash omite aquellas partes donde aquel joven regresaba sin poder hablar ni comer. Este recuperaba sus fuerzas un momento y liberaba el pasado que en él vivía. Dadash recibe el segundo té que le prepara el mismísimo Hasana. ¿Quién podría imaginar a Hasana sirviendo a alguien? De un sorbo termina con el té y da algunas indicaciones en saharauí, entiendo que algo no le gustó. A Dadash no le parece importar tanto como a Hasana quién limpia el vaso con agua, lo escurre y limpia verificando su cristalino resplandor contra la luz de una lámpara en la esquina. Mila pierde el color de su piel cuando el sol se rinde atrás de las nubes negras,

Dadash recupera la voz del extraño, y las reconstruye desde el mar de arena. Año 1974 hemos salido de la zona este de Mauritania hasta el norte de Marruecos, así lo dijo el muchacho. A dos mil quinientos kilómetros, hemos llegado hasta Marruecos y hemos concivilizado cuarenta combatientes para el Sáhara. En este viaje ellos tardaron tres meses y han hecho grupos de lucha en el norte del Sáhara. Diez días de estos tres meses no tenían que comer y más de una semana comieron las plantas del desierto pero cada día que pasaba, día tras día eran más fuertes. La mayoría de los viajes los hacían de noche. El grupo que caminaba y el primero en el grupo, siempre el primero era Luali. Este fue el viaje más feliz de mi vida. El joven moría cada día y renacía al recordar. Este viaje que he pasado con Luali, es él quien nos daba la máxima confianza en nosotros mismo, Luali te ayudaba a entregarte en lo que es autofinanciarse a ti mismo, cada día era cuestión de vida o muerte pero la confianza en la causa nacional sagrada era lo que nos daba moral y fuerza. Las ondas líneas en el rostro de Dadash no mostraban el tiempo que vivió en la cárcel sino las vidas que vio escapar en ese sitio. Este viaje fue Mayo, Junio y Julio, cuando ya hacía mucho calor, el muchacho recorrió con Luali dos mil quinientos kilómetros caminando a través del desierto.

Un desconocido en la celda a su lado. Dadash reposa la espalda contra el sillón. Su rostro muestra las estrellas que brillan sobre las dunas del desierto. Viaja en la alfombra de seda. La primera batalla junto Luali fue en el mes septiembre de 1973 en la zona de Agdar, una gran formación de montañas en el Sáhara, ellos ocuparon una patrulla española, se apropiaron con las kaláshnikov, cogieron los camellos, las balas y liberaron a los saharauis que estaban presos también. Las armas recuperadas en combate las repartían entre los nuevos milicianos logrando darles material militar a todos. La patrulla española tenía diecisiete armas. Su rostro muestra las estrellas que brillan sobre las dunas del desierto. Hasana prepara el té con atención, murmulla para sí el número de cucharadas de azúcar que pone y agrega a cada tanda de té. Él es el horizonte que se ve a lo lejos cuando la tormenta se acerca.

Nos ofrece el último té. ¡Shucran!, le digo esperando no equivocarme mi primera palabra en árabe. Hasana rompe la calma del mar que ha encantado con sus historias, Dadash. ¡Hak! suelta el sonido Hasana, él es la tormenta a la orilla de una playa, no esconde la extensión de fuerza que abarca todo.

Nosotros desde el año 1973 estamos en el estado de guerra, dice Hasana. Es verdad que en el año 1991 se ha dado cese al fuego pero la guerra todavía no se ha acabado, la guerra se ha hecho más grande; las ideas que tienes sobre algunos países en que unos son militares y otros son políticos, nosotros no lo tenemos, por ejemplo ese joven era un combatiente y en año 74 ha sido incorporado al trabajo diplomático en el Frente Polisario y después ha sido la primera voz del Sáhara Occidental en la radio, en Libia en el año 1974. Después regresó a la administración nacional y de la administración nacional regresó al ejército, en la organización del ejército y en los años 1980 fue otra vez a la guerra y empezó la lucha y después ha venido a la organización política del Frente Polisario, de ahí al ministerio del Interior y después al ministerio de Cultura y al ministerio de la Sanidad y después al ministerio de Economía y así trabajó hasta dar la vida en una prisión. Lo que quiero decirte es que ese joven se adaptó a cualquier misión que se le dio. Nosotros siempre hemos considerado que estamos en guerra y debemos estar listos a cualquier misión que nos lleve la lucha. En este sentido, uno debe estar a la altura, ser carismático, ser organizador, saber gestionar, administrar, de economía, del campo militar y no tenemos ningún problema en este sentido. No existe la misión más complicada para nosotros. ¿Entonces saben el nombre de este joven? pregunto a Dadash. Sabemos más de lo que te imaginas, Santiago. Cuando uno ama su país, no te imaginas de lo que estás dispuesto a hacer, concluye Hasana. Aún guarda secretos de este último mes en el campamento Gdeim Izik, y así como él todos nosotros acumulamos pólvora en nuestra garganta. Cada uno de nosotros guarda algunas historias que no pueden ser contadas y otras que deben ser dichas para que existan.

Dadash recupera el lugar principal y Hasana promete arribar como tormenta del desierto; casi alcanzo a ver la arena a lo lejos, cuando estalle Hasana, no se podrá ver nada. Dadash pinta con otros colores, va hacia otra parte con su voz. La persona tiene que estar siempre preparada a lo que es la sorpresa para saber tratarla, por ejemplo este muchacho, él libró muchas batallas y recuerdo una especialmente. En los primeros años de la guerra eran grupos pequeños. En una región que dirigía él, eran más o menos unas cuatrocientas personas y lo hirieron en combate después de una semana en batallas, pero cuando ha sido herido, ellos estaban enfrentando a unas regiones de cinco mil soldados, con aviones, carros armados, cohetes. Por siete días, cada uno de esos días ellos eran todo, cada uno de esos días en la batalla eran un grupo pequeño y el muchacho no dejó de pelear convencido de que derrotarían a aquel grupo numeroso; incluso en algunos momentos se les terminaron las balas pero trataron de auto financiarse de sus enemigos. Interrumpo buscando algo, no sé qué. ¿Cuándo fue la batalla? Esta fue la última semana del mes de diciembre año 1983, la última semana de diciembre 1983. ¿Entonces el muchacho vivió?

Dadash continúa. Luali viajaba a los países vecinos a pie, en camellos y en coches y a los países de afuera en aviones. Tú podías encontrar a Luali entre un grupo donde era jefe de la revolución pero creerías que es una persona normal, se parece a una persona más del grupo. Luali era un muchacho tranquilo, no tenía novia, su único amor era el Sáhara, no tenía tiempo. Tú creerás que es imposible esto. Busca la mirada de Mila, Dadash continúa. Pero eso forma parte de la imposibilidad de Luali, siempre lo imposible él lo lograba. Unos de los líderes ejemplares en año 1973 venían en los libros del Che Guevara, de Vietnam, de Cuba. Eran el ejemplo que nosotros retomábamos para hacer la revolución. Tal vez tenemos más relación con América Latina que con Europa. Aún no hemos visto lo capaz de África, Árabes y América Latina juntos. Luali y mi vecino de celda acordaron que el trabajo de nuestra dirección política y nuestra estrategia es que

no estamos con los países europeos y que no estamos con el sur ni con el norte. Acordaron que somos un movimiento nacional por la liberación y la independencia, esto fue la decisión política. Con América Latina fue diferente, Cuba fue el primer país en reconocer a la República Árabe Saharaui Democrática y sus dirigentes fueron los primeros en recibir a nuestros niños para brindarles educación y salud. Muy pronto nos dimos cuenta que esa isla era diferente, que trabajaba más allá de las ideologías, que había una revolución que trabajaba la persona. La historia de Che Guevara, después Fidel Castro, estos son los que nos dieron esperanza de trabajar más allá de una nación, nos hacían imaginar a nuestro pueblo unido.

Aquel líder y creador del Frente Polisario era apenas un joven estudiante cuando conoció a Luali, mucho antes de empezar este plan de liberación. Él decía que siempre le faltaba algo, siempre vivió con sociedades a las que él no pertenecía. Los países vecinos construían su patria y él no tenía patria, ellos tienen una civilización y a nuestro pueblo le faltaba eso, ellos son un pueblo respetado, nosotros somos un pueblo beduino, perseguido, ultra reprimido, un pueblo al que abusan de él, entonces esto ha hecho que no fuera tranquila la vida. Entonces, el día que habló con Luali encontró lo que le faltaba y no pensó, únicamente entró en la guerra de liberación.

No tengo ni puta idea de dónde acomodar todo esto que me dice Dadash, no sé dónde cabe tanto dolor y después lo vive con esa tranquilidad. ¿Dónde estaba aquel joven cuando murió Luali? pregunta Mila. Él estaba en la preparación y construcción militar en Argelia; Luali estaba en Nuakchot capital de Mauritania. Este muchacho estaba convencido que iba a morir Luali antes de separarse. Cuando se despidieron, Luali estaba preparando una operación y le dijo que es él quien la dirigiría. Luali estaba seguro que debía ocupar la capital mauritana y si no la ocupaba iba a morir en guerra. El muchacho, cuando escuchó por la radio que había muerto Luali en combate, no le cogió de gran sorpresa porque ya sabía que iba a morir. Y después de su muerte siguió con más

fuerza, me dijo. Tengo una responsabilidad más grande que la que ya tenía, porque la gran responsabilidad, la mayoría la tenía Luali, pero cuando se fue él, entonces nosotros somos responsables de aquel objetivo hasta morir en combate como él o lograr la independencia. Y es así, repite Dadash se reclina nuevamente contra el sofá, nos observa a todos, ve a Mila escuchando desde la orilla de la ventana, a su espalda tintinean las luces que atraviesan el frío en Badajoz.

Dadash me toma del hombro y se apoya para levantarse. A los pocos días asesinaron al joven, lo electrocutaron, le sacaron las vísceras del vientre y dejaron que los pájaros lo comieran vivo en una jaula al sol, termina Dadash. Habla con Hasana en saharauí y él nos traduce. Esperen un poco, dennos un momento. Se levantan y hacen una fila como una columna de patos viendo a la pared. Dadash más adelante que Hasana y Talevuya. Acarician una piedra y luego frotan su rostro y sus manos, así cada uno de ellos. Se hincan y ponen la cabeza contra la alfombra y se hincan nuevamente. No puedo retirar la mirada de ellos hasta que Rodt me hace un gesto de que los deje de observar. Quince minutos después, terminan de rezar y hablan algo entre ellos. Hasana se levanta y nos comenta, Dadash va a ir por un poco de fruta a la tienda antes de que cierren. Se escucha crujir la puerta. Mila observa la ciudad, ha caído la noche en Badajoz. ¿Por qué? Porque el final de ese hombre que resistió tantas aventuras y muere así. Chillan las bisagras del departamento, el último sonido que escuchó Ana y Julieta. ¿Cuál es el tuyo Zué? Javier ya te buscó por todo Juárez, el Chuco, en el bar y en tu casa ahora abandonada, incluso habló a casa de tus padres en Casas Grandes, ¿en qué sembradío de mujeres descansas? ¿junto a quiénes? ¿qué nombres? Hasana nos interroga. Bueno muchachos, ¿qué os ha parecido la comida? vosotros tendréis que perdonar mi té, me quedó soso; aquí no se consigue buena agua. Mila despierta del letargo que le hipnotiza con la mirada perdida en la ciudad y regresa a sentarse junto a Inés y yo. Rodt duerme por primera vez sin sobresaltos.

Me levanto y camino hacia el baño, me lavo la cara, me veo al espejo y me seco con una toalla blanca y limpia. ¿Dónde estoy? Regreso a la sala, Mila acapara la plática con Hasana. Me recuesto en el sofá mientras ella le cuenta cómo recuperábamos las imágenes que nos enviaban Inés y Rodt. Inés no deja de presumir la forma de hacernos llegar las imágenes. La precisión con que repiten cada día en este insoportable mes me va arrullando. Mila a mi lado me dice al oído. Descansa Papi, yo te despierto en un ratico, yo te cuido. Exhalo y siento que será la última vez en mi vida. El frío en el cuerpo se entibia con su voz. Mi sangre se espesa cuando la tormenta aún no ha cedido. La sangre era tibia cuando las encontré muertas.

EPISODIO 5  
Cuaderno 5



*Nayala regresa a Barcelona*

Nayala me marcó hace dos días. El mismo momento en que Rodrigo e Inés estaban entrando a la ciudad de El Aaiún. Ella estaba lista para abordar el avión y regresar a Barcelona. Él llegaba a una ciudad que no se tragará más la rabia. Pasaron más de 20 días desde que se fue intentando aprender repostería en Alemania. No logró dejar de sentir a Rodt. Dejó Stuttgart sin avisarle, sin pedirle permiso. Entre todo el dolor que nos rodea, ella únicamente siente a Rodt, por encima de las masacres en todo el continente africano, masacres con armas regaladas por la OTAN, ella solo tiene percepción metafísica para Rodt. Volvió al bar donde trabajó antes. Donde alguna vez la encontré a la salida y fuimos a tomar una caña y jugamos en el parque con una carriola abandonada.

Observo el techo de madera tallada. Espero su llamada para cambiarme y caminar por el centro hasta el café hindú. No importa si llueve o hiela. Nayala me recibirá con una cerveza, quizás un té. Todo depende de cómo pasó su día, de cómo fue el resto de la noche o si alguien la interrogó por su esposo.

Para qué perderme por los callejones sin ella. Es indignante verla entre las mesas soportando que las manos de los clientes astillen su piel. Esta madrugada de octubre, al salir de trabajar en el bar, ella tendría que aguardar en alguna de las bancas de Plaza Cataluña y esperar a que salga la primera corrida del tren hacia la estación Les Planes. Ahora vive allá con una amiga. Renta una habitación en un departamento que está rodeado de bosque.

Tomo dos cervezas. Ella cierra el café y salimos caminando desde la estación Paral·lel hasta metro Universitat. Ha llovido las últimas dos semanas. En estos días, cuando escampa el agua y se torna en vapor con el calor restante del verano, puedes ver a Nayala a lo lejos y puedes imaginarla volar sin distinguir sus pasos entre la bruma. Sus piernas quebradizas nuevamente se escurren por las callejuelas de Barcelona.

El tiempo se detiene mientras caminamos. Ella toma mi brazo para evitar que el viento la atravesara y la eleve junto a las hojas de los árboles. Es difícil no quedar tatuado por sus ojos negros, cristalinos, obsidiana. Desde los hombros cae su blusa sin tocar el cuerpo y sus pezones sobresalen como cornisas sobre el pecho. Todo en ella corta, su voz, su sonrisa, los pómulos marcados.

Al llegar a casa de Gastón ella busca un rincón donde descansar. Es mi estúpida intención de ser un caballero y ella una dama. ¿Me puedo acurrucar junto a ti, tengo mucho frío? dice. Es una advertencia para que no suceda nada. Se recuesta en el sofá conmigo, sus caderas se encajan en el sillón. No puedo girar sin sentir su dorso y abrazar su vientre helado. Ella cabe perfectamente entre mis coyunturas sin dejar espacio propio. Nos alcanzamos a tapar con el sleeping naranja que tengo desde que fui a Alemania.

Está tan cerca de mí que puedo lamer su olor a miel y humo en el cabello. Ella respira mi aire frío. Me recuerdo que es la esposa de Rodrigo. Es inevitable estremecerme con su ronroneo en mi pecho. Atrapo su cintura etérea entre mis muslos. Los giros incómodos en el sofá nos enredan cada vez más. Debemos ser dos extraños pero poco a poco se convierte en íntima amiga de mi inconsciente. Así de cerca es fácil confundir el silencio con su voz; habla de él con gestos distantes y leves murmullos. Su respiración se agita y me pregunta. ¿Por qué viniste a Barcelona? Ella espera una respuesta sencilla, una historia de mi pasado en donde Rodt no tenga secretos para ella. Él espera que consiga una forma de hacer transmisiones de video desde el desierto. Verla es el recordar cómo comenzó todo con Zuê. Hablé con él por Skype, los ma-

rroquíes están realizando apagones en la ciudad. La gente huye al desierto. ¿Segura que quieres saber? Sí. Un cúter escribe sobre una hoja de piel. El frío de octubre en Barcelona no se parece mucho a Juárez; el frío allá no deja volar el perfume que se entierra en mí. Nayala gira y me ve de frente, sin espacio para los dos, su vaho en mi cuello, mi corazón y el suyo confundidos.



Cuaderno 1  
Parte 1

*Verano del 2008; dos años antes*

A

A finales de año Ana se iba a titular de química farmacobióloga. Pero en un par de días le cambiaría la vida en ciento ochenta grados. Nuestra casa en la Pérez Serna era un lienzo blanco sobre el que se escribían historias. Ana, había trabajado todo el año para su titulación, pero no quería pensar en eso. Yo estaba de regreso haciendo un reportaje para el gobierno del estado sobre pueblos indígenas en la sierra de Chihuahua. La mayor parte del tiempo me dedicaba a hacer reportajes y cuando no, me pedían alguna cobertura policiaca porque El Choco, no podía ir.

Llevé a Ana para tomarse un café con Zuê, su mejor amiga. Ana bajó de nuestro auto, un Tsuru blanco y apenas vi por el retrovisor a las dos saludándose, arranqué para ir hacia la calle Lincoln al billar con Javier a tomarme una cerveza. Zuê me saludaba sabiendo que las veía por el espejo, yo sacaba la mano regresando el gesto, ella veía mis ojos color miel en el retrovisor, giraba y mostraba sus largas piernas que acompañaban a Ana hasta la entrada del café. Miles de veces fue así, hasta ese día. Ellas se conocían desde niñas en la escuela Nicolás Bravo cuando aún vestían sus suéteres y sus faldas azul marino con camisa blanca, cuando a

ellas no les importaba a qué altura estuviera sobre las rodillas. Zué de vez en cuando cuidaba a Julieta para que Ana pudiera presentar los exámenes. Yo recogía a la niña cuando la noche y el frío o el calor calaban la piel de la misma manera, erosionando los labios con que me despedía de ella.

Ese día fue distinto, de camino a la Lincoln, me hablaron del periódico para que cubriera una nota. Le marqué a Ana explicándole que tenía que ir. Le marqué a Javier para posponer las chelas. La ciudad comenzaba a tener un sabor metálico. Además de las limpias anuales que desde hace años se hacían para controlar a los jóvenes que querían tener más dinero que los dueños del negocio, la llegada de los militares y la Policía Federal tenía muy tensos a los buenos, a los malos y a los amigos. Todos se juntaban en la misma mesa a discutir el problema de este operativo de guerra que había llegado y cada quién salía a resolverlo a su manera. Yo agarré la carretera a Valles, atravesé la caseta que tenía a la guarnición militar asentada a la orilla. Recorrí lo suficiente para querer evitar el sol que quemaba como si no tuviera una lámina sobre mi cabeza. Entre el pueblo y los militares, sobre la carretera bailaba la arena que se arremolinaba con el viento de los carros. Silencio que se cubría del desierto blanco como nieve, porque también cae nieve en Ciudad Juárez, pero no era la época.

Al llegar al campo haciendo el recorrido con los antropólogos forenses, los policías y militares, fuimos encontrando cientos de mujeres enterradas. Desde ahí se alcanzaba a ver el asentamiento militar. Había condones y ropa interior por todos lados. Los cuerpos estaban despedazados y los que no estaban despedazados estaban convertidos en un cartón viejo y quebradizo, pero aún con sus gestos de dolor marcados en el rostro. Era increíble llegar a este lugar, la ropa estaba hecha trizas o empapada de grasa fermentada al sol; piernas y brazos por todos lados. Nunca había visto algo así. Recuerdo que cuando algún antropólogo gritaba. ¡Aquí hay otra!, había encontrado otro cuerpo más porque sentía la arena suave, pero los militares que nos acompañaban contestaban que era un cuerpo de hombre. No, es mujer, es mujer y el

antropólogo comenzaba a desenterrar pero no, no los dejaban los milicos. No hay más, es de hombre, sentenciaban. Y si había más. Los militares sabían todo, sabían hasta el nombre de los cadáveres. No dejaban que camináramos por fuera del área acordonada y entonces nos tocó contar simplemente lo que nos dejaron ver, nada más. Pasé todo el día haciendo la nota y de regreso la luna sobre la carretera iluminaba la arena blanca y las imágenes de las mujeres enterradas se mezclaban con la arena, una en especial, había una que le quitaron la arena y un militar la sacudió con una patada, no tenía rostro, parecía que la habían arrastrado por kilómetros, le había destrozada la mitad de la cara de la jovencita, apenas se reconocía la mandíbula con el labio inferior pintado de rojo y el cabello que le quedó se enredaba en el cuello. La arena secándose en la piel.

Regresé a la ciudad sin decirle a Ana. Manejé en automático buscando un bar, solo se me ocurrió el Aristos, el bar donde trabajaba Zuê. El gordo de seguridad me saludó y acompañó hasta la barra para que no me desviara y me fuera con Casandra la teibolera de moda en esos días. Me senté frente a Zuê, la saludé y le pedí un Sotol, luego otro y otro.

## B

Intuyo que la versión de mí se ha agotado en el viaje. Ese mes me pidieron que me quedara en la sección de policíacas, había subido el trabajo y no alcanzaban con un reportero a cubrir todos los muertos que caían por ahí. Zuê, de piel ligera, intuyó la fragilidad de verse expuesta después del clímax de ese encuentro. Todas las noches me escapé al Aristos y de ahí a su cama hasta el punto de acostumbrarnos a ser conocidos. Di este paso sin saber la graduación en el cristal de los lentes de esta historia.

La ciudad fue acumulando los quejidos de las madres que buscaban a sus hijas. Zuê tras la barra, me iluminaba con su sonrisa y su caminar, con el trato directo, seguro, de juego y su mirada a los ojos que me relajaba. En ella pocos hombres o ninguno

había visto tras sus lentes que con cierta pena usaba. Sobre de ella pesaban sus propios fantasmas, los de ella sin lentes, los de ella en paz, los de ella amiga, Ana y tía de Julieta, los de ella y sus espejos.

Sin poder hilar palabras me arrojé y me convertí en un romeo torpe. Sobre ella se le cocía a la piel un velo de preguntas no comunes y esa cicatriz le costaría un poco más que frases ya hechas de amor.

El verano terminó y el torpe de esas noches continuó visitándola durante meses, incluso nos tocó ver las escasas lluvias y nos tocó escondernos en el auto, sin aparentar secretos. Cambió la brisa del viento. Bajaba la cortina del bar y la ventana de su habitación, abierta de par en par se cerró, evitando el gélido arribo del invierno. Juárez es una ciudad de extremos, de dos estaciones. Cada gota de lluvia de aquel verano se impregnó de verdad y al mismo tiempo había la sospecha que nos perseguía. Nosotros, monstruos tras la puerta de su casa. Una puerta que se podría abrir con solo una ventisca en el desierto y un poco de tempestad.

## C

Regresé de casa de Zuê, mi caligrafía temblaba como un adolescente recordándola desnuda en su cama. Por un momento ella era tan real en mi historia; me había dado esa noche algo a lo que me podría acostumbrar toda la vida. Sólo quería invitarla un día a un bar de blues y tomar un trago sin la barra de por medio. Jugar con una copa de vino, morder su boca roja y escuchar sus tacones caer al suelo de su casa. Quería contar mi escenografía para jugar a una cena para dos y comer una pasta y beber hasta el final; quería escuchar un blues a su lado y bailar al entrar a su casa y escuchar caer noche tras noche nuestras ropas a lo largo de la sala.

No podía borrar las huellas que le reconocen en mí. Quería verla con un café por la mañana y su cuerpo etéreo por la casa. Guardé los silencios de mi confidente y ahí estaba yo viviendo un sueño con la mejor amiga de Ana. Ella se tituló en diciembre de

ese año y viajó con su madre y Julieta a la playa. Nunca sospechó. Zuê y yo habíamos cruzado la línea hacia un olvido, cada uno de los dos duelos coincidieron en vísperas de navidad. Las risas que quedaron impregnadas como ecos de la noche que viajarían a diferentes lugares del corazón. Esos días, soñar y vivir con ella era la antelación intrínseca del sol que acaricia la piel y muestra otro rostro. Pero llegaría la noche de olvido, fiesta, resurrección y dolor.

## D

Zuê se levanta, desconoce su paradero, se siente observada, analiza las paredes y el tono de la ventana para saber si es tarde o temprano. El color sepia del amanecer deja fuera de foco los rincones de su recámara. Los ejercicios del decir tienen sus secretos. Ve con naturalidad su ropa, siente algún descanso. A pesar de que la invade la incertidumbre, ella rueda hasta el filo de la cama, baja los pies y toca el suelo. Siente frío, recoge los talones y templea su piel rozando con las puntas el piso. Se yergue sobre sus pies, balancea su peso hasta llegar al baño, con la puerta abierta, con las toallas del color de su piel blanca y el perfume Acua de Gio, Ámbar.

Aún en su casa desconoce dónde está, pero confía. Levanta la tapa del baño, el lugar es familiar y no lo es. Se sienta y el sonido común del agua estrellándose con el azulejo aturde todo el lugar. Es el primer ruido del día, la escena se transforma del sepia a colores, como papel que poco a poco absorbe colores en toda la escena. El efecto la asusta. La adrenalina corre más rápido. El color en la imagen aviva las sospechas de su lejanía y le cuestiona.

Escucha sonidos y se reconoce el sonido de una persona despertando. Corta rápido el papel, se sube las bragas con inseguridad y se asoma a la recámara. Es ella misma poniendo los pies sobre el suelo, templando su piel, levantando la cara, sintiéndose observada.

El color sepia de la imagen está a punto de ser alcanzado por todos los colores que se humedecen. Se cruza el verse, se cruza la incertidumbre y se desconoce. La puerta al patio se escucha a ella, no sabe si abrirla o no, está segura de que también estará ahí.

## E

Leo por la noche hasta calentar las sábanas y que sean el calor del vientre al que he estado acostumbrado. Me estiro para apagar la luz y recostar la cabeza sobre la almohada, no puedo seguir leyendo, ni mantener una postura erguida e ignorar la tela en el rostro y apretar los dientes recordando el sembradío de mujeres asesinadas. Mi cuerpo sobre la tela, cierro los ojos en simulacro. Disfruto quitarme ese ardor de la arena que raya como lijas mis ojos; al mismo tiempo los abro en pestañazos mientras acomodo en mis ideas las palabras exactas para contar las historias de ellas. Termino abriendo los ojos y escucho un ruido agudo, sordo, aturdido y constante con el que inicia el insomnio. Entonces Ana se filtra como un tema de la noche que se estira hasta prender la luz y repetir las palabras exactas que en la obscuridad tenían sentido. Estiro la mano sobre el cuaderno y el papel en blanco y la escritura en reversa.

Tengo unas cuantas líneas pendientes. La caja hueca de mi pecho y mi última carta para Ana, ¿cuándo decirle? Entre estas líneas hay diálogos, versos y rimas que se salen de las hojas y se tatúan en los pezones firmes y rozados de Zuê. A todo le busco el sexo. Sin nombres, sin representar un rol mayor que el de un pasajero que tiene la casualidad de tropezar con el sostén de su amiga. No sé exigir ser el bueno, la casualidad me tiene contando los pasos hacia la casa de Zuê, uno tras otro, atravesar media ciudad en la idea para arrullarme como si contara corderos sin fin, sin desear llegar tal vez. Imaginarme frente a la fachada de su casa, con la mano estirada, sin poder tocar la puerta ajena donde esta historia retuerce los tiempos. Ella está adentro, viéndose a sí misma, viendo cómo se levanta de la cama y templea el frío con la punta de sus pies. Voltea a la puerta y espera encontrarse nuevamente. Soy yo recorriendo la ciudad y decidiendo tocar a las tres de la mañana, buscando sus piernas, su cadera girando, su quejido extrañándose, su risa.

Sin que fuese el objetivo, camino toda la noche por la ciudad a la que ahora no reconozco.

A la que había regresado. A dónde regresó después de qué, de quién o quiénes, ¿Después de qué?



## Cuaderno 2

### Parte 2

*Mayo del 2010, Ciudad Juárez*

Llego al Aristos, la marquesina con luces de neón ahora anuncia “Dancing club”. El gordo me saluda. Entro y saludo a Cazandra y a Janet, intentan convencerme de tomar una copa con ellas. Se cruzan las miradas, Zué señala el teléfono para vernos por la noche. Observo como sirve cinco whiskys alineados uno junto al otro y los monta sobre la charola del mesero. No se descifra lo que hay detrás de sus lentes; detrás de esa noche que me llevó arrastrando a su casa después de una botella de Sotol. Me recostó en su sala y se sentó a mi lado, con mi cabeza en su vientre, me acariciaba la frente sin preguntarme nada; le dije que sus piernas son hermosas y ella puso mi mano sobre sus rodillas, después las abrió para que subiera hasta sus muslos y más arriba. Ella es la misma que se ve con Ana los domingos, la que se nota segura e indiferente pero que por dentro ruega verse contra la pared, verse cada vez más deseada y tumbada desnuda en el suelo.

Voy a cubrir un nuevo campo de mujeres asesinadas; son las mismas imágenes vomitivas. Ahora es en San Juanito. Hay rastros de violencia, las huellas de botas militares, marcas desde dónde arrastraron uno de los cuerpos, las cajas con la misma marca de condones, compran por mayoreo los cabrones; uno puede reconstruir cada momento que vivió la jovencita antes de morir; ¿cómo aceptar esto? Los antropólogos comen una torta cubriéndose del sol bajo un huizache. Termino de entrevistarlos y regreso a la ciudad. Me paso a comer un burrito en Crisóstomos, le marco a Javier para chingarme unas chelas. ¿Dónde estás cabrón? Aquí

Man, tomando fotos; crucificaron al caníbal de la niña, lo colgaron en una reja y le sacaron las tripas, ahí date un quemón, papá. ¿Por dónde? En la Eréndira. Órale ¿y dónde te veo? Me estoy chingando unas carnitas aquí con el Don de la carnicería, frente al muertito, caile antes de que laven todo con fabuloso. No Javi, ya estoy en Crisóstomos, entonces, ¿dónde te veo? En la Juárez, en El Arbolito. Órale ya estas.

Comienzo a subir la nota de las muertas de San Juanito en el Tsuru. Javi me manda las fotos del cabrón crucificado. Le tienen de las manos amarrado con alambre a la reja. Le mando un mensaje a Zuê y ella me responde que van a cerrar más temprano hoy porque ayer hubo una matanza en un bar y el dueño tiene miedo.

Arranco el carro y voy hacia El Arbolito. Llamo y pongo en altavoz a Ana. Amor, voy a cubrir un muertito, llego tarde. Ok, Santiago, ¿mañana podemos ir al Chuco?, la niña necesita ropa. Si Anita, no te preocupes, llego tarde. Ok, con cuidado.

Me estaciono en El Arbolito y pido un chuchupastle, para abrir la garganta, nada más. El viejo de la cantina es de los pocos que venden todavía el trago. No lo deje de vender, Don, que se nos muere el corazón. ¿Cuál?, ya no tenemos corazón con tanta muerte. No se fije Don, ya pasará la matazón. Ya vinieron a pedirme dinero, un pinche mocososo de diez y seis años, ¿tú crees? y me está pidiendo 20,000 a la semana. No joda Don, ¿y qué va a hacer? Nada, pues pagarles ahorita, que más, ya se me ocurrirá como chingarlos.

¿Qué pasó papá, ya te cargo la verga puto? Volteo hacia mi espalda. Qué pedo, Javier, ¿dónde andabas? Cubriendo un crucificado ya vez que ahora somos muy creyentes. No mames, vi las fotos ¿qué pasó? La matanza de ayer, se lo chingaron por eso y por la matanza en El Aliviane. ¿El Aliviane? Sí cabrón el centro de rehabilitación. A sí; no pues ya se la tenía comprada. Bueno, pa' qué soy bueno. Cabrón necesito ya decirle a la Ana. No mames cabrón si tienes todo, la Zuê está bien buena y no te pide que la mandes a la verga o sí. Javier pide un chuchupastle, se lo toma de un trago y después pide una chela. Caminamos a una mesa. No, la Zuê no

me pide nada, pero no me gusta estar mintiendo; o mando a la verga a la Zuê o a la Ana, que más da, la dobleteada ya me cansó, ya son dos años así; viejas hay un chingo, hasta la Cazandra, la brasileña, ya me deja los primeros piquetes en descuento. ¡Ahj! no seas... si la mandas a la verga me dices y me apunto a su cama. No jodas Javier. Si le caigo a Zuê no va armar pancho ni nada, lo que quiere es que alguien se la aflare. No sé, la neta ella sí me quiere. Sí eres pendejo Sax, esa es cabrona. No ella es la onda, no es como la Ana que todo el tiempo quiere irse al Chuco; además te consiguió un descuento con la Casandra. Esa ya pasó de moda, puta que dura más de seis meses en un congal ya pierde su glamour.

Terminamos tres chelas cada quién y me pasa los detalles del crucificado. Levanto la segunda nota en el Tsuru y salgo al Aristos para recoger a Zuê. El gordo me dice que ya salió para su casa. Subo al carro y arranco para Hermanos Escobar a casa de Zuê. Me estaciono frente al portón negro de su casa. Le marco y ella sale a abrirme. ¿Te bañaste? Si guapo olía mucho a trago. Ella trae un vestido con flores. Le doy un beso y meto mi mano por debajo de la falda. ¿No traes bragas? No, tócame. Ella está mojada, caliente. Entramos a su casa. Suenan algunos truenos escandalosos antes de la lluvia. Te acuerdas guapo, ese verano también llovió. Entro en ella. Vente en mi Guapo que esta lluvia nos va a dar más tiempo, anda, vente en mí. La cargo contra la pared. Adelantamos nuestra pasión en la sala, luego en el suelo y en la cama. Después trae una botella de vino y se duerme desnuda, apenas cubierta con un pareo transparente.

Miré su dorso desnudo, lamí y mordí sus pezones, desvestí a la lluvia, abrí sus piernas y bebí su chocha hasta despertarla nuevamente. Llamadas perdidas de Ana. SMS: Ana, no pude salir antes por la lluvia, se inundó la Gómez Morín, La Ejército Nacional y La Raza; me mandaron a cubrir la nota, SEND. Salgo de casa de Zuê con un sabor a almendras en mi boca, paso saliva y tomo una bocanada de aire, dicen que así se cata el buen vino.

Zuê es eso y es más que eso. Ella es la indeterminada exactitud con la que el caos adquiriría orden y más caos. Regreso por las mismas calles desde hace dos años, cuando las noches y las

policiacas me arrojaron a ella. Se siente que la humedad en el aire juega con el calor en el viento. La imagino extendida, con su silueta entrecruzando las piernas, el dorso hacia el cielo, la cadera casi dislocada, sueño plácido, profundo, de una niña. Su pecho interroga a los hombres, la arena del tiempo se detiene, un día jugamos con una cometa en el parque Chamizal. Es una comedia de mal gusto. SMS: Te fuiste, regresa pronto, te extraño, Zuê. Me detengo en un Bip-Bip para poner saldo al celular, se escuchan las detonaciones a una cuadra y el dueño me dice que no salga. La curiosidad es natural, es común. Sobre la avenida Ejército Nacional estaba una camioneta atravesada en el camellón. Me acerco caminando. Hay una L marcada con disparos en la ventana del piloto. Paso frente al cofre y cuando llego al lado del copiloto se abre la puerta, sale un tipo que cae al suelo, se le abre la cabeza y se le sale completamente el cerebro. Regreso al Bip-Bip y le recomiendo al tendero que cierre porque si lo ven, lo van a interrogar. Hablo al periódico para que alguien venga a escribir la nota. Arranco hacia la Pérez Serna. La noche es sumamente longeva, las calles solas.

En una luz roja le mando un mensaje a Zuê, SMS: Voy a casa de Ana, regresaré pronto, te amo. Manejo como un zombie. No sé cómo decirle que me jugaría todo por ella. Sé que algo puede desvestir los secretos de nuestra historia, que un instante de la eternidad y el velo de su tacto un día puede alejarse de todo lo que toco. Está muy tensa la ciudad. No sé cómo decirle que me jugaría todo por estar con ella. Si a ella le halagara, si prometerle le abrazara, entonces me entregaría a ella a ciegas.

Es un juego que completa el ciclo de la lluvia ya hace dos años. Es un juego de recuerdos que se consumen en la cera de las velas. Una botella de vino al final de hoy. Su boca es un instructivo para armar, un recuerdo que nunca se utilizará. Atrás del cristal de sus lentes, hay un mapa de lunares en sus pupilas verdes que me hacen dudar. Inclusive dudar es una ventaja. No hay ley de gravedad. Cambiaron las leyes físicas en la ciudad y tampoco hay recomendaciones éticas y morales que funcionen. El antropólogo dijo que la que encontramos hoy estaba embarazada.

Zuê alimenta la parte de mi corazón que no está erosionada. La misma ruta a casa de Ana y a casa de Zuê y sin casa. La premonición que la lluvia trae, permite ver a través del agua y tatúa el quebranto en la voz de Ana. Tiene miedo.

Mis días se han impregnado de su escote y su falda. Simulando lo común, siempre ajeno. Estoy convencido de que los barcos que encallaron en Juárez crearon todo esto, es la puta Policía Federal jodiendo las pelotas. Las notas policiacas ya son anécdotas en la prensa, apenas tienen nombre los muertos y muchas veces nada, ni eso.

Llego a casa de Ana y abro la puerta del carro. Imagino su piel desnuda sin mí. Mi gesto es el de un hombre en una ciudad que vive a través de las ventanas. Abiertas de par en par, junto al sol. Mi boca se temple de un filo nuevo, metálico, ingenuo. No hay rastros para que Zuê mienta, no hay razones para creer que su voz-aguardiente no dice la verdad.

La lluvia paraliza la ciudad. El cerebro rodando, el tipo moviéndose por unos segundos. Jugar dos años. Un andamio donde jugar para transitar sobre las desoladas éticas. Jugar para contarles esta lápida de realidad. Que vean con vergüenza la vida. La humedad del viento, pocos días se puede sentir así.

Cierro el carro y abro la puerta del edificio. Juli, un beso en la frente de Juli, el único te amo que es para siempre. Me enamoran sin saber descansar a su lado, no puedo compartirle esta realidad que veo, esta realidad oxidada en mi pecho. Subo las escaleras hacia lo que antes era mi casa.



### Parte 3

#### *Ana*

#### A

Abro la puerta de la casa y la encuentro sin llave. Se le olvidó a Ana cerrar o la dejó así para que entrara sin hacer ruido con la chapa.

Encuentro los cojines del sofá en el suelo y la mesa del comedor recorrida hasta la vitrina con platos de la abuela de Ana. Camino a la cocina para servirme un vaso con agua. Regreso a la sala, subo los cojines al sofá y encuentro un zapatito de Juli. Me siento en la oscuridad y observo el cuadro de la boda que me sé de memoria; nos casamos porque ella quedó embarazada pero no se le nota en la foto, apenas los brazos un poco más rechonchos. Se veía bien, pelo negro, piel blanca, risa blanca. No habíamos terminado la carrera, yo nunca la terminé. Bebo el vaso con agua y camino por el pasillo, apenas brilla la habitación de Julieta con la puerta abierta y aún brilla la lamparita para noche con un sol para que no tenga miedo. Camino quitándome la camisa, huele a Zué y prefiero olerla por más tiempo. Brilla la luz por debajo de la puerta de la habitación principal. Intento abrir la puerta y no puedo, algo la atora, empujo más fuerte y empujo a Julieta, está desnuda, con sus brazos sin fuerza. Ana sobre la cama, apenas enredada en las sabanas, morada, con la almohada roja, goteando. Sus senos achatados como huevos estrellados.

## B

Tomaste del buró el libro y lo hojeaste. Un libro llamado La célula y abajo de la mesita tienes los de cáncer de mamá que quieres para la maestría. No me hablaste, aunque quizás era una intención tuya. Seguiste leyendo una, dos, tres páginas y conciliaste el sueño o las preguntas que no hiciste. La lluvia te arrulló y sentiste como Julieta se metió en la cama. Los rayos la espantaron y no, era el pretexto para estar juntas. Las dos veían por la ventana de la recámara cómo tronaba el cielo.

Llueve poco en Juárez, casi nunca, aquel verano y ahora. Los ríos sobre las calles, el silencio en la ciudad, el ejecutado en la Ejército Nacional. Siempre el agua guarda algo, el río afuera y su estampida arbitraria. Tenías tiempo que no estabas así de nerviosa, siempre seguiste tus rutinas para protegerte.

## C

Recibí tus llamadas mientras llegaba a casa de Zuê. Después, a la media noche y poco más tarde llamaste, pero no contestaba. Zuê dormía bajo un pareo. ¿Se había marcado tu teléfono? sospechabas algo, ¿de qué? ¿lo que trajo la lluvia? ¿lo de Zuê? De camino abrí la ventana del carro, era muy raro ese clima perfecto, entre húmedo, caliente y fresco.

Estabas boca abajo; tengo tus abrazos, los callejones sin salida, los trabalenguas y los acertijos. Me tomas la mano y juegas con mis arrugas en la cara, juegas a no tocar las líneas sobre la acera, Julieta, aún me ves con esos ojos negros. Tengo sus caminos y sus destinos tatuados. Estas ahí dormidita, con tu gesto cotidiano como de un hogar. Comienza a ser mi boca una máquina de dudas. Mis ojos no pueden dejar de verte Juli, mi Julieta.

Llegué al portón negro, no traías bragas, metí mi mano entre tu piel y el escote de tu espalda y sentí el calor de tu sudor evaporándose con la brisa antes de la lluvia.

## D

Me arrodillo junto a Juli, está boca abajo y la giro. Sus ojos negros me ven. Creí haber visto todo, pero no, ahora la realidad es la miseria de la venganza. Mi boca con sabor metálico lame en el aire el sabor del odio. Intento respirar, intento hablar, intento respirar. Me veo a través de los ojos de Juli, el no brillo me refleja ajeno en ellos. Le cierro los ojos. La alzo en mis brazos y la recuesto junto a Ana. Como si nunca hubiera vivido aquí, aún hay lugares en la casa que no han terminado de escoger su sitio. Descubro completamente a Ana. Su garganta tajada de lado a lado. Su pubis abierto como una fruta roja y dulce abierta con las manos. Después de la lluvia reconozco esa tempestad en calma. Uno de sus tobillos abajo de la cama pisando el charco de sangre. El celular en el suelo. La monotonía más espesa junto con ella. Intento saber lo que quieres.

## E

Me levanto y regreso a la sala por mi celular. Enciendo la luz del pasillo y veo las huellas de botas con sangre. Enciendo la luz de la sala y en el otro sofá, están los calzones de Juli y en el suelo un par de condones. Tomo el teléfono y marco a Zuê. Guapo, ¿te vas a regresar, no llegaste? Tengo que sobrevivir a mí, tengo que retar al cuerpo para poder hablar. Zuê, las mataron, están muertas, las mataron. ¿Qué pasa Sax? ¿por qué me dices eso? Llegué y están muertas, las mataron. No es así, Santiago, ¿qué pasa? Las violaron y las mataron, están muertas. No Santiago, ¿dónde estás? En la sala; están muertas, Zuê, llegué y están muertas. No es así, Sax, no me digas eso. Zuê, habla a la policía y ven para acá. Cuelgo, pasan minutos y llega Zuê, después la policía y el forense de la mañana. Confundo el beso en la mejilla de Zuê con una cicatriz en mi rostro. Me toma de la mano y no me suelta. Únicamente las palabras que se resignan son las que les cuentan esto. Son las palabras acéticas las que pueden describirme a un lado de ellas. Inhalo el vaho que se pierde poco a poco, la ausencia de vida en mi Juli. El dolor de las fotografías, quita meses al calendario, viste de frac a mi cuerpo agónico y lo arroja sin piel a los leones. Zuê me abraza; detrás de sus lentes, en sus ojos encuentro un refugio para respirar, en esos ojos verdes encuentro un éxodo de golondrinas.

## F

Entre los eufemismos del dolor que se retuercen sobre sí mismos soy capaz de ser una tempestad contenida hasta el momento exacto en que se llevan los cuerpos a la morgue. Entre los dos hemisferios que bombean sangre hay una distancia absoluta. En el lado del corazón seco, erosionado y oscuro, se encuentra el instinto que las acarició hasta el último momento y después únicamente deseo no estar vivo. En el otro lado más cálido he irrigado de sangre, se bombean las condiciones mínimas para vivir a marchas forzadas, lo único que he logrado es respirar entre fantasmas. Soy un hete-

rónimo vivo, un fénix que se separa del cuerpo como una rata que se salva del barco encallado en el desierto.

## G

Sigo ese camino con el agua-ruido corriendo por mi boca sin que exista sed. Vamos a casa de Zuê, ella maneja. Juego con el silencio como una goma de mascar que se pega a los dedos y me entretengo quitando cada pedazo de silencio, estirando su espesura hasta que pierde su sabor.

## H

Al borde de la cama recé todos los cantos. Me despido de su última imagen de risa libre, ahora exiliada. Al borde la cama le besé los labios a Ana. Bendije los sueños de Juli en la frente. Vengué mis miedos, descubrí los tonos de la oscuridad en tus pupilas. Se hizo público el lienzo donde pintamos juntos a mamá. Al borde de tu cama recé una quinta vez, como alguien que reza a La Meca. Recité un verso que la cuide de todo e inicié un camino de migajas.

## I

Me rompo la cabeza y no salgo. Doy vueltas al colchón con su silueta manchada en sangre. Tropiezo con los sueños de mi Juli tendida a los pies de la cama. Regreso las fotos de lo que era nuestro hogar y se las mando a Casas Grandes a la sala a mis suegros. Voy a la casa y busco la fisura a otro mundo, observo la vida de una herbera roja en la cocina.

Mostrarán ustedes a las bestias de signos comunes. Verme en el espejo es ocioso. Como un rosario colecciono mi terror.



## *Simultáneos*

### J

Amanece con las miradas editadas de los medios de comunicación. Despierto en casa de Zuê. Me levanto y busco respuestas. Mi corazón y mi razón no me distrajeran y pude conciliar el sueño un día. Había puesto mi atención en los pequeños datos que filtran para entender lo que sucede. Estoy seco y seguro; lejos, a distancia, la suficiente para que nada más esté en riesgo. Dormí sin dormir, comí sin comer.

Una chica sale de trabajar en las maquiladoras. Son las 6:30 de la mañana, ha trabajado toda la noche. Ve a una patrulla de la federal sobre una pequeña loma al final de la calle desierta. Le rebasa un Lincoln blanco y se acerca poco a poco. Camina más rápido, no se detiene, ve a lo lejos a una compañera suya, el Lincoln avanza al lado de su amiga, alguien abre la puerta y la suben al interior del carro. Ella corre, corre lo más lejos que puede, no hay ningún lugar a donde ir. La parada del camión sobre la carretera, a la mitad del desierto. No se detiene, la alcanza el carro blanco, la suben, patea, huele su aliento, se agita. Tenemos unos amigos que te quieren conocer, le dicen.

La recuerdo ahí tendida boca abajo. Quiero gritar, pierdo el aire que era un espectador hasta ese día. Ella sale de la maquila y ha trabajado casi dieciocho horas. Al entrar los de seguridad la tocan, todos los días al entrar la manosean, le meten los dedos debajo del pantalón ajustado. Tarda hora y media de Ciudad Juárez hasta la ensambladora de chips para las computadoras como la que ahora uso para escribir esta novela. Ella trabaja a hora y media para regresar a su casa y ver a su niño dormido con la abuela.

Ahí las ví y acaricé su pelo negro y sus mejillas blancas. Esperé a Zuê. A los pies de la cama recé la quinta vez como si fuera La Meca. Ella tenía los ojos negros y no había reflejo en ellos, no

como antes. Después entró el MP y los forenses con su traje blanco. Con todo ese calor y con su traje blanco.

Su amiga y ella, las dos en un carro blanco. Alguien las quiere conocer pero ellas no saben. No saben a dónde. Una vecina escuchó las botas por las escaleras, nada más, no preguntó. Eran las 12 o 1 de la mañana. Tengo las llamadas perdidas, esas llamadas que hacías pero no contesté. Se escondieron en el closet, me marcó dos veces, pero no podía hablar y las encontraron ahí. Primero se llevaron a Juli a la sala, escuchó sus gritos mientras se montaban en ella. Peleó como hace una madre. Escuchó como la tiraron a los pies de la cama, gritó su nombre mil veces y la garganta, ahogándose en sí misma, ya no sentía el vientre abierto, giró la vista hacia el celular en el suelo.

Vio cómo su amiga fue metida al carro. A ella le temblaba la voz. Algo va a pasar dice la historia; ella piensa lo mismo en ese cuarto donde la meten. Ordena las ideas, le arrojan un vestido en la cara. ¡Póntelo!

Amanecí con una distancia menor y más miedo. Para saber un poco de ellas tenía que buscar en los silencios ya gritados con terror. Hacer la crónica de sus días y horas donde según el gobierno no sucedía nada. Y en voz baja le dijo a su hijito. Ve con tu abuela, regreso en la mañana! pero no pudo. Estaba embarazada, eso dijo el antropólogo.

Ella escuchó la hora en la radio y fueron con el amigo, el que las quiere conocer. Con el vestido sucio, con los ojos irritados de tan apretada la tela sobre ellos. La angustia de su hijo en casa de su abuela. El tipo muriendo con el cerebro expuesto. La suben a una camioneta; lo sabe porque hay otras dos, se sienten las piernas enredadas unas con otras. Se abren las puertas y las risas a su lado. Vente pinche perra, esta me toca a mí. 5 o 7 policías violándolas. Uno tras otro hasta que se terminan los condones y comienzan con las pistolas. Suenan las botellas, suenan las botas cayendo, suena el viento que mueve la arena a lo lejos. Cerca o lejos están otras mujeres sobre una camioneta; son las puertas que se abren y cierran y adentro suenan los gritos, los gemidos

de cerdos quejándose, cargando su cuerpo sobre ellas, empujándolas, pateándolas, ríen uno tras otro y esperan su turno; se desmaya y es una pequeña calma entre el infierno. Las alejan una de otra, ella escucha un golpe fuerte, seco. La nuca de las mujeres con la marca del arma. Esto no es del orden civil, dijo el antropólogo. Ninguna con tiro de gracia, todas con la marca militar en las nuca de ellas, primero una, después otra, después ella. Entre la conciencia y la locura lo desea, desea su turno en el sonido seco, su piel desnuda, destrozada. El anuncio de un desmayo, el dolor de cabeza, el asco, el sonido seco sobre su nunca, la muerte era más digna que la vida.

Salgo de casa de Zuê, voy con el antropólogo para que no les hagan necropsia. Llego a la academia de policía a un costado del Cefereso. Entro y pregunto por él. Está Sergio Zuluaga, ¡Checo... te buscan! Se acerca, usa una camisa abierta y la camiseta abajo. ¿Qué pasó mi Sax? Oye esto tienes que publicarlo, ayer vino un tira y preguntó por mí, todo loco el cabrón, hasta me puso la pistola en la cara, me gritaba. ¿Te drogas, cabrón, te drogas? No la neta no, le contesté. Ya bien pinche loco me dice, Más te vale cabrón mea aquí, me dijo. Le pregunté ¿Pues qué te metiste cabrón? Coca, cabrón, coca, me decía gritando y saco un guante de látex, y además un guante roto; ahí me tienes meando en un pinche guante; y hoy, hace rato, que salgo por un litro de leche y me alcanza con la patrulla, me dijo. No me aceptaron tus meados cabrón, no paso la temperatura, y me pregunta. ¿Que hago para que ya no salga la coca, cabrón, ya me tomé cloro con limón cabrón? ¿Cómo ves Santiago, pa' que soy bueno? Sonrió genuinamente. Es buen tipo, pero no lo siente. Mataron a mi esposa y a mi hija, las tienen aquí en la morgue, les quieren hacer necropsia; porfa, ¿déjame llevármelas, compa? Ha no mames cabrón, no mames, neta; no cabrón, deja ver qué hago, yo hablo con la jefa; no te preocupes. Le doy los nombres y las características. Se despide con un fuerte saludo.

Escucho mi vista fría entre las calles. Me encuentro rodeado de manos cruzadas, de celulares de moda. Me interrogan, repito lo mismo, las encontré, la cargué, le cerré los ojos. Qué más puedo

decir. Tiemblo, me fracturo, pierdo mi nombre y mi rostro. ¿Qué dirán los cuerpos amontonados de todas las familias? Mi arma es sentir angustia. Sentir una mañana simultánea. Por la tarde el viento, la lluvia y los combois de militares y policías que pasean por la ciudad.



Cuaderno 3  
Parte 4

*La cremación*

A

Entro a la redacción de *El tiempo* de Ciudad Juárez. Al fondo, el escritorio del jefe de redacción. Edgar qué tal. Pasa te espera Joaquín. El director del periódico me da el pésame por la muerte de Ana y Julieta. Santiago estábamos amenazados. Y por que chingados no se me dijo nada. Tú sabes quién es el dueño. A mí que me importa quién es y a quién se coge. Te ofrecemos una indemnización y tu sueldo íntegro por unos años. No me chingues, me vas a correr. No, pero te conozco Santiago y no vas a quedarte viendo la pared; no puedes balconear al dueño. Ese cabrón está con La Línea. Sí pero parece que le llegaron al precio, fueron ordenes de arriba. Arriba mis güevos, ¿quién fué? Tú sabes, ¿quién mandó a los federales? ¿quién quiere la plaza? El puto Chapo, pinches patas cortas. Dicen que fueron de La Línea; entonces por qué Julieta tiene la misma marca de los federales en la nuca. Santiago, tienes que entender que el dueño ahora juega para los dos bandos y a uno no le gustó. ¿Y a mí qué? ¿y a Juli qué? El único responsable es el director; te estaban publicando todas las notas contra los federales, entonces tal vez sí fueron ellos. No me chingues cabrón. Te vas a tener que ir Santiago. ¿Me vas a mandar al D.F.? No, fuera del país; estás amenazado y el dueño no quiere problemas, te quiere fuera. ¿Me quiere fuera o muerto? No le tientes, estos no se andan por las ramas.

Entonces que chingue a su madre él y su puto periódico de mierda. Santiago, te vas a ir o van por Zuê. Observo a Joaquín quién deja de sonreír. Qué pasa, ahora eres el mensajero de ellos, puto. No cabrón, te digo por dónde va el putazo, ahí ya tu mide las aguas.

Salgo de la oficina de Joaquín y me despido de Edgar, ¡Santiago! a dónde pongo tu boleto. ¿Tú también? No me jodas. ¿A dónde? A Barcelona, qué más da.

## B

El año se terminó el 26 de Mayo a las 2 am. Amanece tres días después de la muerte de Ana. No hay para qué mirar hacia atrás, no hay ni un solo gesto que invite a mirar hacia atrás. No hay ni un solo gesto que invite a mirar sobre el pasado. El año terminó unos meses antes de diciembre, el 26 de mayo se corrigen los gritos y las promesas del año que termina. Este día se abre otro tiempo sin rumbo, sin donde recostar la cara. El reloj de arena que cuenta la vida en el pecho ha iniciado su camino de migajas. Solo así, todo lo que nos unía terminó, solo me queda Zuê. Todo lo que tenía una razón, un vínculo, se ha agotado. Cierro el cuaderno y mantengo la rigidez de una caja hueca, sin visceras, secando mi piel quebradiza bajo el aire enrarecido en Mayo.

Sergio logró que no se les realizara la necropsia. Igual era absurdo preguntar la causa de su muerte. La garganta tajada de lado a lado y el golpe en la nuca de Juli. Qué más quieren saber, saben todo. Los padres de Ana llegan para cremar los cuerpos de ellas. Llega Zuê, llega Javier, nadie más.

## C

Llego al cementerio donde está el crematorio, es un laberinto que el viento y la arena se van apropiando con el tiempo. Tomo aliento, sabe a calor estancado. Se mete a la garganta y cristaliza el silencio. Desnudez, trémulo temblor. El tiempo está dilatado, como abrazo de rutinas en el encallado cementerio de barcos.

Caminamos entre el silencio sin sosiego. Somos una torpe pieza de ajedrez. El cosmos se instala en una mediocre cena sin ti. Zuê con un ramo de rosas. Me alimento con los pétalos sedosos de flores oxidadas. Sus colores tornasol van del amarillo al azul, del rojo al morado y verde. Plazuelas y pasillos de mármol sembrados de pasos.

Tu paradero es un cementerio de barcos encallados. Tenías el don de procrear. Lloran las montañas, las explanadas de mármol están llenas de flores y de un perfume sutil ambiguo como de cenizas.

## D

Me acerco al féretro de Ana. Rozo con mis uñas la madera seca que la contiene dentro. A un costado de ella está Juli. Un cajón más pequeño. Los dos cerrados completamente, esperando el fuego como viejos reyes. Ana, ayúdame a entregar a sus dueños esta metralla que estalla en las manos. Soy de esos que se arrastran ya perdidos.

Navego a la deriva. El único amor para siempre, el único dolor que nunca cicatrizará. Mis palabras no guardan silencio en el tiempo. No tienen instinto ni tacto. Repiten las miles de preguntas que no escribí en las notas policiacas.

¿Qué futuro para este dolor, Corazón? Observo el cajón de Julieta, era tu futuro el que respondía a todo. Camino entre las tormentas. Un día irse y un día cruzar el río sin sus muros. Que más da esta línea que trae a todos hasta aquí para morir.

El rabillo de mi ojo duda de mi sombra. Encienden las calderas y nos sacan de la habitación, los últimos somos Zuê y yo. Mis ojos están secos como fruta al sol. La boca, mi boca de serpiente rodea la fruta.

Un día, Corazón, ya no habrá palabras, solo silencio. Siempre el futuro será ese día y ningún otro. El tacto ahora no puede rodearte los cabellos ni cerrarte los ojos. Se cierne arena fina en tu pecho.

Después de varias horas nos entregan sus vasijas llenas. La arena de ellas no tiene sombra ni latido. El color blanco del desierto que se expande sobre el laberinto de mármol ahora tiene un color que atrapa los fragmentos. Mis ojos fotografiaron para siempre tus sueños. Cementerio de Barcos. Pétalos de rosas rojas, sudo el metal de las balas, duermo en los callejones con las ventanas que ven el horizonte de arena. El viento es salino, tibio. La sentencia del tiempo en mi isla. Vida, mi vida quedó sumergida en la ausencia.

## E

Subimos al Turo y llevo a mis suegros hasta Casas Grandes. Zuê se va a casa y Javier me esperará en El Arbolito. Supongo va a comer antes.

Ana:

No puedo con esto, quisiera que me escucharas, que pudieras saber qué sucedió. Imagino es lo que te preguntaste antes de que te alcanzara el infierno. Te mataron porque yo cubrí una nota que no debía. Estaba amenazada la redacción pero no me dijeron y lanzaron un aviso, eso eres tú y Julieta, un mensaje para mis jefes.

Cuando te hablé ese día ya no iba a trabajar, ya Javier me había mandado la última nota para ese día. Iba a casa de Zuê, porque estaba saliendo con ella. Era tu mejor amiga, lo sé. No lo planeamos, simplemente sucedió. Comenzó cuando regresé del sembradío de mujeres. No imaginé lo que iba a ver y me dio mucho asco, no regresé y me fui para el bar de Zuê. Ella se iba caminando a su casa pero comencé a llevarla, sabía como estaba la ciudad y no me pareció. Tomé de más ese día y ella me llevó a su casa, no podía manejar y no quería que llegara así contigo. Todo comenzó así, era tu amiga. Esa semana me buscó, me pidió que no sucediera más. No fue así, nos marcábamos cuando se ponía mal y lo enredamos todo. La esperaba a que saliera del bar. Yo no lo detuve, simplemente seguimos viéndonos. Ya no se sintió incomoda de que eras su amiga, le parecía un juego y eso me encantó, sólo era vernos y salir a su casa. Pero se extendió

a cualquier hora, incluso después de haberse tomado un café contigo o antes de ir a verte. Yo a ti no te podía contar lo que sucedía, ni cómo estaba la rutina en el trabajo. Comenzó a ser interminable, doce por doce y se comenzó a poner la ciudad muy dura. Bebí todo lo que pude para tragarme las fotos y los testimonios y los muertos y las masacres.

No quería saber de nada, de nadie. Zuê llegó después que yo, le marqué y llegó. Me quedé hasta que las sacaron de la casa en una bolsa. Estabas tendida a los pies de la cama con la mano extendida intentando alcanzarla. La violaron, estaba moreteada, desnuda, imagino intentaste detenerlos y ahí te alcanzó la navaja. Juli vivió un poco más, no sé cuánto, pero te vio morir, lo sé porque tenía los ojos abiertos y lágrimas secas en su cara. Después, marcas de botas con sangre hasta las escaleras. Nada más.

Fuimos Zuê y yo al velorio, después te cremaron. Todos los días me marcó Fernanda, ella no vino de Alemania, no podía. Le prometí ir a visitarla como lo teníamos planeado tú y yo. Ella me ayudó mucho, a decirte adiós, a perdonarme y perdonarlos. No sabe que Zuê ahora me acompaña y me cuida un poco, no puedo seguir aquí porque estoy amenazado. Nos tenemos que ir de la ciudad. Cuida a Juli. Intentaré cuidar a Zuê mejor que a ti.

Te amo.

Llegamos a Casas Grandes y dejo a mis suegros en su casa, junto a los jarrones con ellas. Hijo ven a comer pronto. Sí Doña Claudia, le prometo que vengo; yo les sigo mandando dinero como siempre. Hijo, te veo muy pálido, tienes que reponerte, ellas están con Dios. Sí lo sé. Me despido sin decirles que estoy amenazado, que me voy de la ciudad. Ellas están con Dios, pero nosotros con quién estamos, entre gobiernos asesinos y mercenarios que cobran el cheque de nuestros impuestos. Me detengo a la ornilla de la carretera, entre el desierto, escribo y tacho y el te amo, es ruin pero cierto. Llego a la ciudad y le marco a Javier para verlo en El Arbolito.



## *Explosión de Javier*

### F

¿Ya regresaste? Sí Man, voy para El Arbolito. Va, ahí te veo. Entro con la misma rutina que otras veces cuando esperaba a Zuê. ¿Cómo está Licenciado? El viejo me pregunta tal como cualquier otro día, no sé si estoy. Don, mataron a mi esposa y a mi hija. Abre los ojos, guarda silencio, sirve un Chuchupastle. No sea, ya se me hacía raro que no aparecía por aquí; tómese esto, lo va a curar. ¿Y usted, cómo hizo con el morro que le cayó a tumbarle la feria? Bien, ya está en la nevera. ¿Se lo cargó? La suerte es quien se lo cargó; a otro local no le pareció y antes de llegar a cobrarme, el de enfrente le dio suelo. El que a hierro mata a hierro termina. Así es Lic. ¿Pero los vivos qué hacemos? Nosotros ya estamos muertos, lo único es esperar nuestro turno; tómese otro, ándele. No me sirve en un caballito sino un vaso normal y llena de trago hasta la mitad. Javier entra como si fuera una cantina del viejo oeste, de esas películas gringas. La cantina a oscuras y él a contraluz en el filo de la puerta. Qué pasa Javier. Se acerca. Oye, ¿cómo están los papás de Ana? Ellos bien, los viejos ya vivieron lo que tenían y creen en Dios entonces rezan mucho. ¿Y tú cómo estás? Jodido, cómo chingados voy a estar. ¿Ya hablaste con Edgar? Sí, me van a sacar del país. ¿A dónde? Les dije que a Barcelona, ahí está Rodrigo, igual puede recibirme en lo que consigo trabajo para llevarme a Zuê, también está amenazada. Algo me dijo Edgar, ¿cuándo viajas? Mañana, ya no hay nada más aquí.

Bebemos toda la tarde. El Don nos acerca un Chuchupastle bien servido cada tanto. No sé si esto es lo que hace alguien antes de viajar. Soy solo una persona que desaparece este fin de semana. Viajo sin tener que pensar a dónde y qué hay ahí. Sé que está allá Rodrigo y en un rato me toca hablarle para explicarle la situación.

Javier toma sin medir, sin necesidad de viajar, sin a dónde. Mi comadre, y mi ahijada, Sax, por qué las mataron. La borrachera le impide ver a quién le pregunta. Soy quién menos respuestas tiene. Podría decir que Javier es lo más parecido al verdadero dolor que escondo. Es el único que conoce mi rabia y mi estupidez unida. ¿Entonces te vas? Sí, si no matan a Zuê, ya me lo dijo el direc. Échale un ojo a ella. ¿Sabe que te vas? Lo intuye y si no lo intuye, lo espera de la situación tal como está. No hay pierde, cabrón, no le va a pasar nada a tu vieja. Deberías irte tú también, este país se lo están tragando los gobiernos cobardes. Yo no me voy a ninguna parte, aunque me quede sin nada, aunque me maten, yo no me voy. Aquí nos quedaremos las putas, los maquilocos, los periodistas; cualquier día puedo irme y no tengo familia a la que mandarle un dinero. Yo me quedo a verles la jeta a todos. Javier trabaja en el peor trabajo, fotografiar las muertes para peritos y para medios. Se mete a cualquier barrio, bebe con cualquier sicario que le invite un trago, incluso con los asesinos de los muertos que fotografía; cobra una mierda de sueldo, apenas y come; vive para contar esta mierda que se inventó Calderón. El día que cobre más por las fotos es día me cargó la chingada, me vendí. Da otro trago a la cerveza. El Don nos trae unos camarones en tostadas pa' bajar la borrachera. La voz de Javier es dura y honesta, porque solo nos queda en estos días tener el valor de ver a los ojos a tu asesino y no esperar en que erre su tiro. Javier tiene ese valor yo no. ¿Cómo aprender a ser más gente? Asumir esto que somos, estar del lado de los asesinos y de las viudas. Por dentro un poco muertos y destinados a aguantar junto a la gente. Soportando al presidente y a los compinches que lo gobiernan.

El tiempo se va acumulando y mi pasado va tatuado, sin rumbo. Ronda el nombre, Muerte, en todo lo que toco. Interpreto el silencio absoluto a mi alrededor. Quietud, salir y detenerme frente al río que nos condena. Nadie se quiere quedar, pero se quedan y todos dicen que pronto regresarán pero no saben a dónde regresar, no existe a dónde.



*En casa de Ana*

G

Dejo a Javier en su casa. Yo no me voy, aunque me maten... Nos vemos cabrón. Hay algo más que un dejo de arrogancia en este adiós. Quiero olvidar sin embargo abrir las alas me deja el sabor de un alcohol muy fuerte. Se queda en la boca el sabor imperceptible al respirar profundo. Cuando el adiós significa todo y nada.

El embriagador efecto nubla todo a su paso sin que en la boca quede más que el amor sin fin ahora pasajero. Avanzo por la avenida Cuatro Siglos. Llego a la Mariscal, subo las mismas escaleras a oscuras. Saco la mochila y meto la poca ropa. Me gustaría creer que la dignidad me regresará a mí, no es así. Esta era mi ciudad y escribir de ella era mi forma de extraviarme y tener la confianza de que un hilo de carbón me une a ella.

H

A oscuras encuentro la libreta de Juli. Ella jugaba a escribir como su papá. Donde mi tacto se rompe, siento los trazos de lápiz sobre el papel, meto la libreta en la mochila. Mi compañía hosca, el hueco en mi cama, las figuras geométricas que me arrinconan. Paciencia para vivir entre objetos sueltos, ruido entre las líneas y siluetas. Me duele la mirada con mis pupilas dilatadas, no quiero encender la luz, no quiero ver. Escucho en mi cabeza. Azul, de Real de Catorce. Pua en los dedos, blues a ciegas. Soy una figura pedestre que camina en el fondo del océano. Blues oscuro que en la casa me arrincona buscando el día de la paz.

En casa, los minutos son lánguidos y ociosos. En la sala fue comer, escuchar a Ana afinar la guitarra, jugar con Juli. Seguir, repito los mismos rezos una y otra vez, al cosmos, a la vida. Hay un leve olor a flores y mirra. Tantos rezos, todos hipócritas. Que más tengo que llevarme. Tomo la grabadora de reportero, la cámara que

aguanta la arena y el agua, la navaja roja que me regaló Ana. Es ridículo sólo pensarlo que pueda ser de alguien en esta casa.

Segrego olor a ajo, a especias y pimienta y a algo mio bajo todo ese perfume de alcohol y tostadas. Me da asco, me he mimetizado con la ciudad y su peste. Está un espejo en la habitación donde duermo hoy. Mañana no lo sé, quisiera saberlo para poder anticiparme a mi camino. Mi propiedad reducida a dos mochilas y unas cuantas letras. Doble moral a tope y su tormenta tan falsa. Se ha reducido todo a cenizas. Con ello también la casa ahora es un lugar más donde meter el pico para dormir. Un motivo más para irse. Buscar respuestas en Europa y olvidar.



### *Noche con Zuë*

#### I

Se agota el aire en las habitaciones. Los ojos dilatados. Se agota la tinta y recuestan los lectores a buscar una linda historia. Se olvidan de morir con las palabras. Quieren que mañana se borre lo dicho aquí y renazca en ellos la calma después de una guerra.

Salgo de casa de Ana. En la primera esquina una camioneta y en él un tipo mostrándome el arma. Cruje mi camino a salto de mata. Son seres extraños, sofocados tras mis ojos inundados. Me observan con el glamour de un arma entre sus piernas. Protegiendo a un político loco con su circo de leyes para los ricos. Avanzo hacia La Hermanos Escobar. El alma es un cristal de memorias oportunistas. El cuerpo a contra pelo, domador dominado, perfume de muerte, noticia que estalla y tiembla triste, estéril.

El camino tiene algunos retoños después de la lluvia. Dedicado a nombrar. Negociando la sepultura, bajo la lluvia de nadie. Las condiciones están impuestas por nuestra obviedad humana. No cuestionamos nuestra impotencia frente la inmundicia. Sentimos tristeza y nos conformamos con ella. Después tenemos pequeñas alegrías arrogantes para olvidar.

Se agota el tiempo en los ajenos días de lluvia. Una costumbre efímera, beber, no mirar, no hablar, no reír, no llorar. Prudente ser en los cielos que no soportan sentir. Doy vuelta y busco lugar dónde estacionarme frente al portón de Zuê. Desconozco el tono de la vida. Nunca he probado la libertad.



*El agua de Zuê*

J

Tiempo tenía su día organizado y su hora dicha así. Exacto y profundamente egoísta, tiempo había dicho cuándo pero no cómo. Quién se va pone el cómo de cada viaje. A pesar de que el tiempo es autoritario, el que se va está a merced de las circunstancias que no puede corregir. Me voy. Sí el tiempo es caprichoso y voluble y ha escogido el día y la hora. Son las 0 horas de este domingo. El cómo será la hipótesis a comprobar.

Estoy afuera, me abres. Tengo la ilusión de sus sábanas, de su boca con agua y su vientre al sol, y su sexo acuático. Una alegría solemne y una tormenta que se contiene. Nunca me dio llaves de su casa. Se contrae y se expande el tiempo. Ella es una sustancia que quita el hambre y la sed.

Una combinación de factores, como la velocidad de la rotación de la tierra, la latitud y la longitud en el aterrizaje del pie izquierdo al descender de su cama.

Tengo 12 horas de este domingo. Lo ideal sería no infringir las leyes políticas, las leyes internacionales y las leyes de gravedad hasta abordar el avión.

Domingo: No sé si inicia este domingo en horario extranjero o en horario local. La borrachera que traigo se sumerge en el caos, subvierte los sentidos y llega a un final nunca posible para un europeo. Porque para los europeos siempre que salen las cosas mal no se corrige sino empeoran. Para nosotros los mexicanos siempre

que todo sale mal, el caos lo mejora en un giro extraño y desconocido. Apréndete esta Tarantino.

El trayecto eterno hasta casa de Zuê, un viaje mil veces recorrido. Entro al lugar en dónde iniciaron las transgresiones del tiempo. Un suspiro exhalado por última vez. Confundo las líneas paralelas y transversales con la comisura de tu boca, con tu sonrisa que apenas se libera de la sombra que se estira sobre el aire. Cualquier exhalación, la del suspiro al estar frente a Ana y Juli, la de ser recibido con uno solo de tus besos, cualquier exhalación parece ser la última.

Recorro el camino de una casa amurallada por el dolor. Es un hotel de paso, una bodega con tu cama al fondo de su eco, dejo caer las maletas en un pasillo sin nombre, llego bajo el sino de un ciego que se entierra en el paisaje de tu vientre como un lazarillo en la pradera. Frente a ti, sin idioma, arribando sin estrategias, seducido por tu cotidiano indulto. Tomas mi mano y llevas tu sexo pulido por el agua, desabrochas los botones de tus jeans, introduces mi mano entre tus bragas transparentes y me dices al oído. Que bueno que llegaste, te tengo una sorpresa.

Esas horas son una máscara que protege la complicidad oculta. Retozamos como dos leones que pierden una era en la piel. Una y otra vez, cuando mis recuerdos intentan invadirme, ella me arroja bajo sus piernas y otros páramos entre la piel arenosa y blanca. Me come sin verme terminar. Mi sed se hidrata con ella abierta, ella risa, ella en un tiempo ausente de segundos y minutos y horas. Ese año terminó un día. Trae un sotol curando en piel de víbora de cascabel. Lo unta en su ombligo, ríe cuando bebo, toma un sorbo ella desde la misma botella. Tomo un trago y le doy de beber de mi boca, su cuello suda, su piel exhala y parece que será ese aire que se pierde cuando uno muere, un aire que nunca se repite. Se oculta en las sedas árabes que revelan sus pezones duros. La encuentro a ciegas, húmeda. Ese día que sus piernas eran hermosas y ajenas. Ahora somos conocidos y exiliados. Ella ronronea entre mis manos y me someto a vivir sin aire. Es lo único que me sobrevive y tengo que dejarlo.

Ella sabe que tengo que irme para que ella esté viva. Amanece y apenas el sol toca la arena blanca del desierto de Samalayuca. Nuevamente termina con su quejido enredado en risa. La cama húmeda y la piel deshidratada. Zuê se levanta, su espalda arqueada, sus nalgas acentuadas entre la luz y las sombras. Los rizos enredados, camina hacia la regadera. Suena el agua correr, la alcanzo, la beso y me ahogo en su beso.

Salimos de casa de Zuê. Ella maneja, hacemos fila en la aseguradora para poder entrar al Chuco. Hacemos fila en puente libre. Cruzamos la aduana frente a un gordo de la migra, Zuê fresca y sonriente muestra las micas. Entramos al Chuco, cruzamos ese río seco. Tres horas antes Edgar, SMS: Pasa a la casa de cambio saliendo por la 35 ahí recoge tu boleto, di que eres Manuel Mejía. Sin tiempo para los protocolos finjo ser un comprador de dólares, me dan un boleto con mi nombre que aún no sé si me llevará a mi destino.

Suena común e intrascendente decirlo. Fui a una casa de cambio y fingí ser alguien y entonces un tal jinetero de dólares llamado Ildefonso Lara, me dio mi boleto de salida. Parece que el exilio no es un pasaporte falso, intentar salir de tu país en estas condiciones sí.

Dependo de un cuidado minucioso para que coincida la historia. Reserva de hotel, los euros en efectivo y mi cara de pendejo frente a la tira para cruzar el charco. A la mitad de la noche dudé de que todos estos factores los pudiera controlar. No imaginé que alcanzaría a irme. Esto es un recuerdo borroso de la noche. Tomo mis cosas, un beso, un adiós, un te amo, todas las versiones de mí están impresas junto al ticket de avión. El vuelo era el correcto, el día y la hora estaban puestas por el tiempo. El cómo será la estrategia para que nunca decida el tiempo mi destino. Vengo por ti Zuê. Guapo, ve. Zuê en cuanto tenga trabajo vengo por ti y nos vamos de la ciudad. Claro que sí guapo, no te preocupes, te espero; todos los silencios que nos separan, en todos estaré pensando en ti, vuelve pronto. Zuê, te amo. Yo a ti, loco, vuelve por mí.

Comienza a nevar. La seda de las plumas heladas comienzan a cubrir las dos ciudades divididas por una línea imaginaria. Reboto por los pasillos del aeropuerto de El Paso, Texas. El bam-

boleo del barco se asemeja a las innumerables cajas rotuladas en casa de Ana. A Javier amaneciendo con una cruda de la chingada en un rincón de su casa. Estás conmigo Zuê, recorro tus piernas torneadas, tus muslos, tu desnudez bajo una seda que me atrapa como anzuelo al distinguir tus pezones. A mi sudor le incomoda cualquier tela, cualquier sábana de la angustia al despertar y que tus tobillos no rocen mi piel. La nieve cubre la pista y las calles. Me imagino caminar por la arena del desierto, descalzo y el contacto me mantiene vivo. Me siento sobre la proa del barco y escucho el viento y escucho tu voz. Lllaman para abordar el avión ¿Cómo atravesaré ésta distancia entre tu boca roja y la mía?



Parte 5

*“Y no calculé la velocidad a la que me olvidarías”*

*—Alanís Pulido—*

A

Espero el barco que me llevará lejos de ti. Regresas por la 35 hasta puente libre y atraviesas la frontera. Te acompaña el aire templado y el viento de tu cautiverio. Las pantallas anuncian que el avión está a tiempo. ¿Qué sonido hay en tu pecho cuando dices adiós? El barco con una caña y un anzuelo atrapa a una estrella. Integro un archivo de mí, sólo aire en el pecho, viento que corre y toca mi cuerpo.

Nieve en mayo, esto si es raro. Caen sobre la arena mis palabras. Por los ventanales de la sala de espera observo el agua-nieve. Cruje mi pecho al entrar aire en él. Un cronómetro fustiga la piel de mi paladar. La casa es un capullo seco de mariposa. Desasosiego, mi memoria se llena de aire y arena.

B

Atravieso el túnel para abordar el avión. Una mochila en la espalda. Inicio la rutina de irme, contar a dónde voy con este espejo.

Frente al barco que zarpa a través de la lluvia, se escucha en su cubierta el ruido de la lluvia que me transporta a tus tobillos juntos con los míos. La costumbre de enredarme con ellos y el desayuno al amanecer en tu casa con la ventana abierta; el sol entrando y la memoria escucha gotas de lluvia, las olas del mar que golpean el barco, tu canto de sirena. Busco mi asiento, la mente perdida en el ruido sobre el fuselaje, travesía incesante. Me pongo los audífonos y escucho, Paria's Blues de Real de Catorce.

## C

Veo a través de la ventana. El barco avanza y dirige su proa frente a la pista. Tuve que fingir que enamorarme en un burdel era un oficio incluso más riesgoso y menos remunerado que el de periodista o traficante de historias en la línea fronteriza. Te encontré como un ladrón de notas que llegó a tu corazón de alquitrán.

Tengo que suponer que todo era un fragmento de la verdad. Que tu sonrisa sería tan estéril como mi lengua de quetzal enredada en el ligero por debajo de tu falda. Despega el artefacto ese. El precio de tu espalda, la memoria del saxofón en donde exhalas gestos de tu placer sin sueldo. Mujer Sucia. Dos medallas colgadas en el saco. Soy aquel ocioso de la guerra que se olvidó de su cama.

Tengo que redimir mi lengua con licor de miel y aguardiente, con melaza de almendras y piñones, con tus pezones color higos, con tus labios rezando un evangelio de puta. Tengo que olvidar lo que he aprendido del amor. Las verdades oscuras, el silencio cuando el tiempo se evapora. Salir a la hora, atravesar el desierto. Recitarle a las horas que extraño tu falda, tu risa cuando bailas, las dulces mentiras, las cartas que el viento fue desnudando hasta no vernos más. Aterrizamos en Atlanta para hacer la conexión.

## D

Que tal si estuviera yo muerto. Que tal si Ana y Juli estuvieran vivas. Seguramente ellas estarían muertas por dentro. El periódico

no las exiliaría con sueldo fijo, entonces vivirían acumulando las historias sobre las calles. Preferiría estar muerto y ellas vivas. Su viaje esperaría a Juli para ser contada por sus manos y a Ana la acompañaría Zuê y tal vez conocería a alguien con más estilo que yo. Tal vez esa es la realidad, ¿no crees? Buscar mi muerte en los diarios y descubrirme narrado en voz de Javier. Nadie me asesinó. Los escritores viven donde anidan las balas del enemigo.

## E

Salimos a las 11 p.m. desde Atlanta hacia Barcelona. A tres mil metros de altura sobre aguas internacionales. Con un boleto falso o un mejor nombre que Sax. Un acuerdo implícito entre el vendedor, el comprador y el dueño de ese nombre. Eso me permite viajar, supongo.

Viajo bajo la luna llena. Mayo reza. El viento helado a esa altura. La arena borra la carretera, el sol de una era, el río seco y con sed. Recargo mi nuca contra el respaldo del asiento. Tropiezo con la parte de mí que nunca está. Va hacia allá.

## F

Viajo a donde rara vez soy la anécdota de alguien. Mi melancolía me regresa al paisaje de preguntas. Un juego de acertijos que son olores para olvidar, para nunca prometer algo en ellos.

Me voy ajeno entre ustedes. Me voy sin que sus noches necesiten el calibre de la arena en el cristal con que ven todo. Hace tiempo que desconozco tentar a la confianza del desconocido. Ahora son lo que me acompaña, son los azulejos del pasado. Busco a la aeromoza, enciendo esa luzcita que le informa que la necesito. ¿Sabrá todo lo que la necesito? Me voy sin ser un pasatiempo para quienes en su lugar me leen y me sienten. Descuido el rincón tranquilo y despejo mi mirada. Siempre Juli abrazará el futuro, pese a su joven voluntad. Pese a saberme escribiéndole y perder el sueño entre el llegar y recibir mis días de transeúnte.

## G

Vuelo de 11 horas y puntual nos traen la comida de cajita de avión, una familia con sus hijas españolas que en su rutina mensual transitan el protocolo de la aduana. Cuando recibo mi cajita pido un trago, el más fuerte, me traen un centenario blanco, que no es lo mejor pero aguanta. Le pregunto a la señorita cómo llenar el formulario ese que me dieron. Me dispongo a conocer la modernidad y el progreso. Con la única diferencia que si me deportan, asesinan a Zuê. Pequeño complejo tercermundista. Practico mis gestos de turista común y corriente por Europa. Ya nadie se asoma por las ventanas de los aviones has visto. Ningún niño susurra. ¡Mamá ve la noche!

En las hojas de la libreta de Juli le escribo a Zuê el sabor de sus besos, la cruda y la nueva peda en el segundo avión, además, el insomnio y el acumular kilómetros. Me asomo para ver la luz de la luna que se refleja sobre las olas de un mar ajeno a mi sal de arena. No hay mucho más que decir con todos dormidos, con tres mil metros de altura y una aeromoza más fea de lo que me imaginaba en las historias de sexo en el avión. Tengo mi como, debajo de esta máscara.

La frontera imaginaria. Imagino durante once horas, cada oración frente al agente aduanero. ¿De vacaciones? Sí, vacaciones, a Madrid, a lo mejor Sevilla o Lisboa, Madrid, Sevilla, Lisboa. En tono cálido, en tono sencillo, simple y desinteresado. Nada funciona. Toda la noche imagino la frontera, pero no sirve de nada. La única deducción es que no voy a la frontera, voy más allá de esas líneas amarillas y de la ventana con vidrio blindado y la cara limpia y rasurada de un tipo con tanto miedo como todos. No voy a esa ventanilla, no voy a una ventanilla. Lo mejor es imaginarme la vida después de una ventanilla y hablar el idioma que está al otro lado, saliendo de la aduana, pasar por la maleta y asomar la nariz hacia esta otra ciudad tan ciudad como cualquier otra.

Aterrizamos y escucho rechinar las llantas del avión. Enciendo el iPod. Busco el play list con Charly. Estar frente a Rodrigo,

sólo hay que imaginar el idioma después de la aduana. Me quito un audifono. Tengo asco. La familia adelante en la fila es detenida y deportada. Pase. No es viajar y sentirme turista, no es viajar y pensar en el regreso, no es viajar; es pensar en ella. Es viajar y alejar a Zuê de los asesinos. Desprenderme de mis heterónimos. ¿Santiago? Sí. Ser un extraño en sí mismo.



## Cuaderno 5

Nayala, te pareces a Raquel Perea. Ella sonríe y cierra los ojos. Duérmete, mañana tienes que ir a la oficina. Ella descansa a mi lado. Regresan las preguntas de cómo mantener vivo a Rodt y al mismo tiempo sacar a los medios de comunicación lo que está sucediendo en El Aaiún. Los fantasmas se han apoderado de mi vida. Siento sus costillas, su cadera. Rodt e Inés lograron entrar al campamento a las afueras de la capital ocupada. Nayala está aquí para cuidarlo, para reconciliar su pasado con su futuro, ¿pero yo?

Me gustaría no conocerla y poder ser otro en ella. Tenemos miedo y las palabras no dicen nada. Ella duerme. Esta es mi nueva rutina. Está para cuidarlo y nada más. ¿Para qué contarle todo esto? ¿para qué ser honesto con alguien? No medí mis palabras, ni mis besos a Zuê. Mis manos acarician el brazo de Nayala para que no tenga frío. No sé si tendría que haberlas medido. Padezco un síndrome, honesto hasta convertirme en cínico, en cobarde o en cabrón, es lo mismo. Raquel Fernández Perea, gravitar en ella, en su piel. La magia se mezcla con el veneno y la intoxicación es larga y agónica.

Ilegal, sin papeles, ya no tengo visa de turista, Inés se iba a casar conmigo pero se fue. Me tengo que ir pronto. No queda nada aquí, únicamente fantasmas de los vivos que dependen de ser nombrados para que existan. En la mesa está mi corazón o por lo menos una parte de él. Ahora tendré que regresar y ver su cuerpo en una plancha de metal. Raquel Perea no sabe que tal

vez Rodt no vuelva nunca de esto. Nos inventamos alrededor de ellos, somos presos de su voluntad. Raquel suspira y me pide que duerma. No he pronunciado una sola palabra, solo divagan mis ideas en el frío de la noche. Mientras más silencio Nayala más se descubre entre los miedos.

El viento abre la puerta del balcón que da al patio trasero. Toca a la puerta, agitado dentro y fuera de mí, me levanto y cierro la puerta. Ahora me encuentro lavándome las manos, estas manos que desintegran mi mundo y siguen la silueta de ella, la deja descansar con su cuerpo sin vida. Nayala duerme. Antes de llegar a estas hojas una y otra vez, ¿cómo contarles más o menos esto en palabras? Ella, Zuê toca en la puerta con el viento. Mi pobreza es incapaz de adjetivarla e inevitablemente mis ojos se cierran y pronto mis manos están en el lavamanos intentando algo.

No es adjetivarla a ella, sino al miedo en mí a través de los mismos ojos nublados de Julieta, casi agua, ya sin temor a verme. Ruego, escapo, salgo al balcón. Me dispongo a cortar esto de golpe. Me deshago de pobres in-descritos afuera de las puertas de las casas. La realidad golpea a mi puerta junto al agua que corre hasta huir. Toca a mi puerta la pobreza y toco también yo la puerta. Esta quietud atrae a una especie de carroñeros urbanos que apunto están de despertar. Adjetivos para el transeúnte escurridizo y en silencio. Sobrevivo en una casa tras una puerta donde puedo ir y girar el grifo del lavamanos.

Tambalea mi caligrafía y pierdo la opción de ser yo quien se cae a pedazos. Rodt se está jugando todo. Toca, toca el cristal de las ventanas. Salgo al patio de aquella casa. En la calle se interpone la muerte. No sabrás cuando será o de qué manera. Es intrascendente, nadie llora. En todo caso, el rincón tranquilo será para alguien en la larga fila del banco catalán a las nueve de la mañana. Antes del amanecer, Nayala despierta y me levanta. La acompaño a tomar el tren. Guarda silencio, después de contarle todo ella guarda silencio. Es su miedo lo que calla.

Ahora fue Zuê, le digo. La extraña piel de Nayala se incrusta en mi brazo al caminar por Carrer de Pelai. Tengo un sabor adicto

a vivir. Zuê poco a poco desaparece de todo lo que en algún momento había tocado. Quizás sólo había una escapatoria y uno de nosotros tenía esa opción. El viento frío al entrar el otoño en Barcelona se mezcla con mi aliento etílico que solamente reconoce su nombre. Desconozco qué instinto me mantiene vivo. Ahora Zuê, se ha terminado de descargar la sequía en mi corazón. Extraño la sal de arena que se impregna al sudor. ¿Sabes?, acá no se alcanzan a ver las estrellas, Barcelona es una ciudad que le da la espalda al mar. Nayala me ve con sus ojos grandes y negros. ¿Va a estar bien? ¿Quién? Rodrigo, ¿va a regresar, Rodrigo? Sí... claro que sí. Por favor no te vayas sin sacarlo de ahí. Nayala se despide de mí y se pierde al entrar en la boca del tren. Comienza a amanecer mientras camino de regreso al sofá.



EPISODIO 6  
Cuaderno 6



*La noche en Badajoz*

Cierro los ojos y escucho a Hasana hablando con Inés y Mila. El olor a té se esparce por la habitación. En las ventanas se condensan gotas de agua evaporada que caen y explotan buscando ser nubes. Mila desentierra versiones del pasado de Hasana, son la opción real de su propia historia.

Se escucha el quejido de Rodrigo despertando sin sobresaltos. La sala se inunda de historias propias y ajenas. Intento dormir, intento apagar la memoria. Recuerdo los cuerpos enterrados en la arena y por primera vez siento náuseas por las muertas. Rodrigo inmediatamente le pide un vaso de agua a Inés. Hasana descubre ese rostro patriarcal en el tono de Rodrigo sobre Inés. Nota la inexperiencia de Rodrigo para hablar con las mujeres.

Rodrigo le muestra a Hasana su pañuelo amarillo con negro. Es un regalo, me lo dieron en los campamentos. Si ya veo que estáis muy bien ataviado. Rodrigo se pone por encima de la ropa un darrá azul y le regala a Hasana un pañuelo que trajo de los campamentos de refugiados saharauis en Tindouf, Argelia. Este es para usted, es de los campamentos de nuestra última visita en la que estuvimos por allá. Bueno pues muchas gracias ya tengo muchos de estos. Ya imagino, pero siempre que voy para allá me hacen regalos, tanto en la zona ocupada como los campamentos y me toca corresponder, pero bueno.

Rodrigo camina a la ventana con vista a Badajoz y cierra la cortina. Inés observa la inmensidad de Hasana que cubre la habitación. Una sombra atrás de él crea un tono mate en las brillantes grecas de la alfombra. Inés le pide a Rodrigo que no cierre la cortina. Tal vez le recuerda esos días encerrada esperando su

muerte. ¿Te molesta cerrada? le pregunta Mila. Haz lo que sientas, le contesta Inés a Rodrigo. Ella no solo se siente desplazada por Mila sino también intrusa. Es una intrusa que le salvó la vida a Rodrigo. Hasana le pregunta a Inés. ¿Tiene usted acento latino? Él intenta incluirla en el equipo. Sí. ¿De dónde? Bueno yo soy de España pero he viajado mucho por Sur América. ¿Pero, no eres catalana? Sí, sí soy.

¡Alá! ¿Qué dices? Mila pierde la mirada de Hasana sobre ella y se sorprende de la aguda atención de él para descubrir que Inés tiene acento latino y que no es parte del equipo que conforman Rodrigo y Mila. No tienes el acento catalán, responde Hasana a Inés y Mila sentencia. Yo también pensaba que era... es que es bonito adoptar un tono o un acento así por viajar; eso sí... personalísimo. Todos ríen. Hasana deja de voltear a ver a las chicas. Rodrigo abre la cortina, las observa y se acerca junto a ellas. ¿Por qué traicionó España al Sáhara? pregunta Mila. No sabemos el por qué, la verdad no lo sabemos. Hasana arremete con una verdad que nos sepulta. Aún más a Inés y Mila que se yerguen españolas y las incomoda la cobardía de su propio país. ¿Qué harías tú, Mila? o ¿tú, Inés? ¿qué harían vosotras si las despojan de su tierra y su patria y tuvieran que vivir sin apellidos, sin pasaportes, sin voz?

Pierdo el sueño, cierro los ojos y me dejo llevar por Mila quien me acaricia con las uñas sobre mi brazo ¿Qué sucede cuando es mi propio país el que vende, tortura, viola y asesina a sus mujeres? ¿Qué sucede cuando la Policía Federal y el ejército se visten con el traje de mercenarios y se venden al mejor comprador? ¿Cuándo la ocupación es del gobierno contra su gente? ¿Cómo se levanta la mirada cuando tus compañeros te traicionan y te arrojan al río y tus hijos, nietos y bisnietos viven reconstruyendo esos fragmentos del tiempo que te destruyen los nervios? Hasana no detiene la tormenta de preguntas que nadie sabe cómo responder. Durante años hemos luchado en los territorios ocupados de una forma pacífica. Pero claro, Marruecos siempre responde con esas terribles torturas y esos secuestros y esos crímenes que sigue

cometiendo hasta hoy en día. Tenemos a más de cincuenta presos políticos saharauis en distintas cárceles marroquíes; la lista de los desaparecidos sigue creciendo ya que hay muchos que han estado en distintas cárceles secretas marroquíes, mujeres, ancianos, familias enteras que han estado durante más de 20 años. Hay muchas familias que han estado veinte, quince, diecisiete, dieciseis años en distintas cárceles como por ejemplo en la cárcel Calet Meguna o Taz Mamaret, o Kunetra, también en la cárcel El Bir número uno de El Aaiún en los territorios ocupados y la cárcel Mis Isimil que eran también cuarteles militares españoles y donde murieron cientos quizá, bajo las torturas en esas cárceles secretas marroquíes.

El Sáhara no es marroquí y nunca ha sido marroquí, ni los saharauis tiene que ver nada con Marruecos. Entonces, el problema es un problema de ocupación. Pero lo que no entendemos hasta hoy en día es ¿por qué la sociedad y por qué la comunidad internacional todavía no quiere presionar para que se termine este problema ya de una vez? y que dejen al pueblo saharauí elegir de una forma libre y democráticamente su destino. Porque esto es lo más importante para nosotros.

En las calles de piedra de Badajoz se hace una pequeña capa de hielo con el agua del sereno de la noche. Rodrigo le pide a Talleuvia que encienda la calefacción para calentar un poco la sala. La palabra de Hasana puede no ser tan usada ni tan importante como hablar de “economía” o “recursos” u “ocupación”. Entonces a Rodt no le quita el aliento, no le explica su propia necesidad. Y para mí, no sé si existan palabras que expliquen la mortandad dentro de mis propias entrañas. Hasana lanza preguntas que en una simple alfombra se tienen que responder sin hipocresía. ¿Qué hacemos cuando se ignoran todas las razones frente a nosotros? Rodrigo es incapaz de responder los cuestionamientos de Hasana y antes de poder contestar primero responde al frío de la ciudad que lo recibe ahora. Deberíamos de estar allá, afuera, deberíamos aceptar que el té que ellos comparten ha costado vidas que no queremos que nos duelan.

Morir por ellas. Sacrificar una vida por dos de esas mujeres que nadie ha reclamado en la morgue. Es muy fácil morir por Juli y por Ana y Zuê. Conozco sus gestos y recuerdo qué las mantenía vivas. Pero cómo dar la vida por esa jovencita enterrada en la arena. Hasana invitó a Rodrigo a los territorios ocupados días antes de que llegara a Barcelona. Nunca imaginé que me costaría la vida de Zuê escuchar la voz de Hasana. ¿Les incomoda? No puedo siquiera censurar mi propia traición hipócrita.

¿Podrá ser libre el Sáhara? pregunta Rodrigo. Es que para mí esta pregunta es muy muy... Hasana duda, se levanta y se acerca a la ventana para encender otro cigarrillo y darle una calada. Por primera vez, él baja la mirada y observa hacia fuera. Intenta encontrar la respuesta. A mí esta pregunta no me encaja; el Sáhara siempre ha sido libre. El problema es ¿cómo podemos sacar a Marruecos de los territorios ocupados? Porque Marruecos está ahí como un invasor, como un ocupante. El Sáhara figura en la geografía, hay un pueblo, hay un territorio. No quiere decir que Sáhara es un desierto. El Sáhara es un pueblo, es un territorio y es una historia. Entonces esto es así de claro. No puede haber democracia si hay fosas comunes a las que nadie puede acercarse para ver quiénes están ahí. Es así de claro, repite Hasana. Así de claro. ¿Cómo explicar la mirada de esa joven enterrada en la arena Juárez? pienso. Hasana comienza a repetir muchas palabras y a tartamudear, intenta escoger exactamente lo que puede y no puede decirle a Rodrigo. Se distrae con el cigarro intentando tirar la ceniza y pierde la mirada fija sobre Rodrigo. Al momento en que Hasana da una calada honda al cigarro Rodrigo se recarga en Inés. Escucho los vasos de té que giran en las manos de Talevuya. Las uñas de Mila apenas me rozan el cuello y bajan por el hombro.

Hasana recarga la cabeza contra la ventana. El vidrio se cimbra y caen gotas que luchaban por descender lentamente. Mira hacia el techo y comienza a perder aliento. Suelta la bocanada de humo y responde. Yo, bueno... no nos van a dar el Sáhara en una bandeja. Mira fijamente a Rodrigo. Entonces esta es mi obligación de defender a mi pueblo. Y lo seguiré haciendo, ¡Insha' Allah! Ha-

sana resopla, baja la mirada y sonríe. Observa la habitación y la examina con detalle dos veces. Hace una ligera mueca de sonrisa. Hasana interrumpe a Rodrigo y levanta un poco la mano pidiendo que espere a que termine de hablar totalmente. Tira la ceniza y regresa la mirada fija sobre Rodrigo.

Hasana termina sus oraciones con un rotundo. Así es. Imita el árabe que cierra las palabras con una frase del Corán. ¿Cómo te puedes imaginar a una niña o un niño que se encuentra en la misma calle, con el mismo verdugo que ha torturado a su madre o que ha violado a su hermana o que la ha violado a ella misma? En la misma calle, y le escupe y le dice. Yo fui quien te violó o quien torturó a tu madre y a tu padre o a ella misma o quien asesinó a tu familia. Te puedes imaginar cómo puede estar esa niña. Responde Rodt con la cabeza diciendo no. Baja la mirada y da una calada para terminar el cigarro Hasana. No hay ninguna familia de un saharai que no tiene una parte de su familia en los campamentos o en los territorios ocupados. Y no hay una familia de algún saharai, que no tiene un desaparecido y un preso político o un ex preso político en los territorios ocupados.

En los territorios ocupados para mí es un infierno total. Yo no conozco lo que es la pijama. Duermo con mi ropa en mi casa durante estos treinta y tantos años. Siempre dormimos con nuestra propia ropa esperando que en cualquier momento nos pueden llevar de nuestra propia casa. Hasana descompone su tranquilidad, en su mirada comienza a ver todos los recuerdos de tortura y secuestro que ha sufrido. Pierde el aire y comienza a respirar más hondo para recuperar la elocuencia. Rodrigo guarda un silencio largo. Hasana respira con la boca y nuevamente hace una mueca, gira la cabeza y afirma que no es justo, que no le tiene que suceder a nadie más.

Hasana observa con cansancio y un poco de desprecio a Rodrigo. Es muy duro recordar. Voy a volver a vivir de nuevo lo que he sufrido yo, bueno, yo, lo que he sufrido, me arrancaron las uñas. Tengo torturas en todas partes de mi cuerpo, en todas partes del cuerpo me torturaron con esas cargas eléctricas. Y me arrastraron

con coches y no te puedes ni imaginar. Eso me duele mucho la verdad porque en el momento que uno grita, ellos se ríen, se divierten esos verdugos. Porque mientras más te torturan, ellos son más condecorados por su propio gobierno de Marruecos. Entonces para ellos la tortura es un cobijo, sobre todo en los territorios ocupados. Para ellos la tortura es tener un sueldo más alto, esto es lo que les interesa a ellos. Mientras más torturan, más condecorados son por su propio gobierno. Esto es solamente una gota del mar de violaciones. Solamente una gota, no creas que eso es lo único, no quiero entrar en este campo, no. Hasana logra tener el tiempo para encender el siguiente cigarrillo que tiene dando vueltas entre las manos. Simplemente evade recordar, no puede, no quiere. Termina de dar la primera bocanada al cigarro y se convence de contar solo una historia de las tantas que se ocultan en la inmensidad de la arena.

Una vez cuando tenía los 15 años, casi los 16 años, me cogieron, me llevaron a la cárcel negra después de ser torturado, siendo un niño todavía. Me llevaron a la cárcel negra. Me obligaron a repartir comida a los presos políticos saharauis que estaban en ese momento en esa cárcel negra en la que murieron bajo la tortura decenas de saharauis. En los años 1977 y 1978 aproximadamente. Un día, cuando llevé la comida para repartir el desayuno por la mañana entré en una cerca donde había sangre, había mucha sangre y claro siendo muy joven, nunca había visto lo que era la sangre, era la primera vez que veía la sangre. Me quedé mirando y de repente miré a la izquierda así, miré a un hombre mayor de edad, aproximadamente de sesenta y ocho años, setenta, aproximadamente. Ese hombre tenía encajado en su cabeza un bolígrafo y tenía toda la sangre, todo el cuerpo lo tenía lleno sangre y había sangre por todas partes. Estaba muerto, estaba muerto, esto lo vi yo con mis propios ojos en esa celda. Entonces claro, me quedé parado porque es la primera vez que veía a una persona que tenía clavado un bolígrafo en el cráneo, me quedé sorprendido mirándole, aproximadamente un cuarto de hora y luego tuve que salir de ahí, no te puedes imaginar. Salí, pero me entró una fuerza de seguir luchando, desde ese momento me puse tan radical en mi

lucha, claro, siempre en una forma pacífica. Supe que tenía que hacer todo lo posible y luchar y hacer todo por mi causa, al ver a ese anciano ahí, sentado de esta forma. Hasana se recarga contra la pared de la habitación y reposa la cabeza contra la pared y nos ve con la mirada recta. Así en el suelo, todo lleno de sangre, todo lleno de sangre, su cuerpo estaba lleno de sangre. La sangre venía de su cabeza, claro. Tenía un bolígrafo de esos antiguos que eran muy afilados. Recuerdo el bolígrafo que le regalé a Ana el día de su graduación. Lo grabé con el nombre y la fecha de nacimiento de Julieta. Yo vi, claro, que tenía algo en el cráneo así. El hace con su dedo frente a sus ojos la forma de un bolígrafo de forma vertical. Cuando me acerqué cada vez más, claro, nunca he visto una persona que tenía algo clavado la cabeza, no sabía lo que era y quería saber y la sangre que salía y entonces vi perfectamente que era un bolígrafo de esos llamados Bic. Lo conozco desde arriba, por ejemplo el bolígrafo los de Bic eran blancos y tenían una tapa. Pero la sangre que salía en ese momento yo sabía claro está manchando toda la parte del bolígrafo pero sabía que era Bic, era de esos bolígrafos muy bien afilados de punta. Entonces más tarde me enteré que esa persona me dijeron que era una persona de la parte de Smara. Que fueron traídos desde Smara a la cárcel negra de El Aaiún. Pero claro esta declaración, nunca la he dado, porque hay muchas cosas que contar. Porque a veces no puedes recordar todo lo que pasa ahora mismo, pero claro, esa imagen siempre se me ha quedado grabada en la cabeza. Nunca he podido olvidar en su forma cuando estaba sentado y sangrando, toda la parte de su cuerpo estaba llena de sangre y claro, es la primera vez que veo sangre. Da una onda calada al tabaco y su mirada se pierde en la ventana de la sala que nos recibe o nos oculta de esta mierda.

Una vez me contaron también un testimonio en Smara. Unas mujeres que fueron torturadas, secuestradas desde sus casas y como sabes, las saharauias siempre dan de mamar a sus hijos, compone el español para que se entienda. Entonces eran aproximadamente, el caso le llamamos nosotros, el caso de las mujeres de Smara, eran aproximadamente unos siete pequeños bebés. En-

tonces las llevaron a sus madres a un antiguo cuartel del ejército español donde lo usaban los marroquíes para las torturas pero en Smara, esto que estoy hablando en Smara y dejaron sus bebés ahí, y en el tiempo que han sido torturadas, entonces sus madres estuvieron ahí durante aproximadamente una semana creo o dos semanas interrogándoles, la policía secreta y la gendarmería bajo las torturas. En esos horribles interrogatorios y esas horribles torturas que hacen los marroquíes, entonces, ese tiempo que se han quedado ahí sus hijos, sus bebés murieron por no encontrar esa leche de mamá que ellos necesitaban en ese momento.

Pero esto es solamente un caso, solamente un caso. Hay mucho, hay mucho que contarse lo que han sufrido aquel tiempo, que nadie conoce. La realidad de esa historia durante los años 1976, 1977, 1978, los años 1980 es que hemos sufrido mucho. Y claro el Sáhara era eso, una casa grande donde nadie podía salir y nadie podía entrar. Pero gracias a la internet ya hemos podido sacar todo lo que queremos, podemos sacar información de los territorios ocupados y también a través de los móviles. Voltea a ver a Mila. Es que la verdad, la historia es muy triste, muy triste y no puedo contarla. No puedo contarla por completo porque en estos momentos no estoy preparado, no estoy preparado.

Mila suelta un suspiro dulce, el más femenino que he escuchado. Se sale su alma. Se rompe en mil pedazos con el viento que no cabe en nadie. Suenan las chapas de las puertas. Cada quien tendrá que aprender a vivir con este dolor encajado en toda la piel. Entran Juan Carlos y Renata al departamento con cuatro cajas de pizzas. Me reclino en el sofá en el que intentaba dormir. Todos se saludan como si fuéramos a ver un partido de los Indios de Ciudad Juárez. Sirven vasos de Coca-Cola y Sprite. Acomodan las cajas de pizzas en el centro de la alfombra y cenamos junto con los abogados a los que Rodrigo les servía más muerto. Cenamos junto a Dadash quien es un héroe de la resistencia pacífica en Sáhara y en África, cenamos con Hasana y Talevuya quienes dan sus vidas cada que regresan a su casa en los territorios ocupados. Así agoniza este día ciego. Es una noche dentro de las miles que han

atravesado a los desaparecidos, una noche más entre las cientos que me faltan por vivir sin mis muertes. Tengo que ir a Sáhara, comento en voz alta, esperando que me apoye Rodrigo, Mila y los abogados. Juan Carlos responde. Sería un suicido ir a la zona ocupada, no podemos enviarte allá. Rodrigo simplemente asiente con la cabeza. Entonces a los campamentos. Rodrigo contesta. Eso podemos hablarlo para saber si es lo que necesita el grupo. No sé si lo necesitas tú o Inés y Mila, lo necesito yo. Observo a Rodrigo. Bueno, lo hablamos. Hasana intenta cerrar la herida hecha con sus palabras. Vosotros siempre seréis bienvenidos en el Sáhara, vosotros sois saharauis, esta es nuestra responsabilidad y así los tenemos que tratar.

Hasana departe como único anfitrión de esta cena. Mila y yo aprendemos a comer nuevamente. Rodrigo aprende a dormir y a guardar silencio, Inés deja de ser la consorte principal de Rodt. Parece que nadie aquí tiene algo que festejar. Tenemos que platicar antes de que se vayan, tenemos una nueva misión para ustedes, le comenta Juan Carlos a Rodrigo.

Terminamos de cenar y repartir el té con los activistas saharauis. Juan Carlos nos lleva a su departamento en el centro de Badajoz. Al llegar descubrimos que ese departamento está remodelado como un salón de un jeque árabe. La alfombra brilla y se entierran las manos y los pies como si fuera agua que reposara en paz. Los colores vivos, las charolas doradas, las jarras de porcelana blanca. Nos organizamos para dormir en la alfombra. Acomodo la cámara y tomo una foto de nosotros cuatro en un pequeño palacio. Por la mañana Rodrigo e Inés salen a desayunar con Juan Carlos. Mila y yo recorremos el centro de la ciudad. Descubrimos una calle que señala la dirección a Portugal y Mila salta de alegría rogándome que vayamos. Regresamos al departamento y el chofer militar nos lleva a todos a la estación de autobuses. Rodrigo se despide con Juan Carlos y Renata, quienes le dan dinero apenas para pagar el transporte hasta Sevilla.

Nadie habla de camino. Llegamos invitados por el gobierno de Andalucía donde presentamos el mismo informe y el inminen-

te estallido de guerra en la región. Después, dos guías marxistas nos llevan al hotel, nos cambiamos de ropa a solicitud de Rodrigo. Él hablará hoy en la noche en un auditorio. Aplausos y reconocimiento de todos los delegados del Polisario. Regresamos al hotel y Mila se queda con Rodt. Al despertar Rodrigo e Inés regresan a Barcelona. Mila y yo intentamos conocer un poco más de Sevilla y buscamos camiones para Portugal. Me voy a ir a los campamentos Mila. Lo sé Papi; me gustaría ir contigo. Me tengo que ir al Sáhara, es eso o regresar a México. Vete al desierto papi, te hará bien.

No conseguimos ir a Portugal y volamos de regreso a Barcelona por la tarde. Mila me toma del brazo al despegar. Simplemente evitamos irnos con Rodt e Inés. No sé qué pasó ayer por la noche, no sé si ella logró decirle lo que siente, no sé cuál es el nuevo compromiso de Rodt con Juan Carlos. De muchas maneras se ha terminado todo en todos lados. He acabado con los sentimientos que podrían existir. La sensual Mila observa el aterrizaje en Barcelona, muerde su boca roja por los nervios y me encaja un poco las uñas en el brazo. Tomamos el mismo camión hasta Plaça Universitat y ella toma el metro con dirección Gracia, entro a casa de Gastón y me recuesto en el sofá. Nayala me envía un mensaje preguntando dónde estoy. Rodrigo se va a quedar con ella, no tiene hogar ni los nervios para dormir solo y menos dormir en la Pacha. No sé dónde estoy, no lo sé. Tengo que ir al Sáhara, es lo único que entiendo, tengo que salir de Europa por tres meses para recuperar mi estatus legal. Observo el techo de madera tallada sobre el sofá. Zué está muerta o desaparecida.

EPISODIO 7  
Cuaderno 5



*Una noche de ese octubre en la intifada*

Sostengo el teléfono y escucho a Rodrigo a través del auricular. Nayala me observa rogando que lo saque de ahí y lo regrese con vida, como si fuese capaz de decidir eso. Todos estamos en una ficción. Todos suponemos sobre los hechos una situación y asumimos el control de esta mentira. Rodrigo se juega la vida confiando en la intuición, apostando todo. Él tiene esa virtud y ese defecto pero yo no. Hay una diferencia elemental entre jugarse la propia vida y jugar con la vida de quien te acompaña. Escucho a Inés, le dice que está lista el agua para bañarse. ¿Cómo está ella? También son las familias saharauis que confían en él. Rodrigo se ubica en una línea muy delgada entre ayudar a la liberación e independencia o propiciar la guerra. ¿A esto me invitó? La guerra, este sustantivo lo repito casi todos los días. Nayala une sus manos rogando a sus dioses. Encaja sus codos contra la mesa. Levanta la cabeza e intenta adivinar mis expresiones. Tengo miedo de que muera Rodt y de que algo de su mística muera en ella. Trabajar para el enemigo. Ella medita y acumula la experiencia sensitiva que yo he perdido. No sé si regresará con vida. Nos hemos arrojado a caminar por una cuerda sin red. Rodt enumera la lista de necesidades para cubrir la intifada. Se lanza sin saber si traerá de regreso a todos.

Yo y Nayala y todos en este puto mundo, todos traicionados por el ego. La primera arma de un espía, la falsa adulación. Giro en torno a la vanidad de creer que puedo salvar la vida de alguien o dejarlo morir. Es un engaño más de esta guerra. Lograr la libera-

ción del Sáhara o ser cómplice del exterminio del pueblo saharauí. Vanidad que consume también a Rodrigo. Vanidad que apostamos desde polos opuestos. Estoy fuera de peligro, él no. Me rodean los rezos de Nayala. Leo la realidad que es capaz de atropellarnos. Es una verdad sin energías positivas ni cosmos, como lo siente ella. Realidad escéptica. Libertad, ¿qué es la libertad?

Nayala me observa desde una esquina del salón. Termino de hablar con Rodt. Están en El Aaiún. Ella confirma lo que su energía le dice. ¿Puedo hacer algo? pregunta. No sé, ¿podrías conseguir un transmisor de video satelital? ¿Se va a quedar? Claro que se va a quedar. Ella suspira hacia dentro y guarda sus secretos. La noche entra en el salón sin que respire alguien, sin que nuestra alma respire por ellos. Nadie puede respirar contra su propia voluntad. En una vida pasada Rodrigo creció en el Sáhara; esto es lo que lo motiva a dar la vida por su tierra, sentencia Nayala. Ella desliza su mirada sobre mí. Espera que le confirme una posibilidad de que regrese. Rodt está ansioso de ser de algún lugar y olvidar el amor de su vida. Nayala se despide. Voy a darle de comer a Tato, te hablo más tarde. Sus dos besos afilados en las mejillas. Rodrigo se fue a la guerra para olvidarte, para olvidar su propio miedo a perderte, ¿no lo ves? Se lo digo al hueco oscuro que queda en el pasillo tras de ella en la oficina.



Cuaderno 7  
*Diciembre, 2010*

Recuerdos sin calma. Soy un proyectil que aún no es consciente de su trayectoria. La vida que añoro. Regresar a Juárez y responderme qué sucedió mal en cada día, qué falta por hacer para que la tierra nos perdone. Las cuidé del hambre, la sed y del frío.

Escucho a Rodrigo, una nueva charla en un pueblo de la Cataluña profunda. Un pedazo de recuerdo ya no sale de mi mente. Zué queda ahí en silencio a la orilla de la ruleta rusa. La secuencia de latidos distantes, de melancolía ruin, de versos tatuados,

de promesas sin decir. Pocas verdades, pocos gestos de paz, ahí está todo. Escucho hablar del dolor ajeno y distingo la mentira. La promesa del personaje en el teatro absurdo. Tan ahí, tan instalada la complacencia del ego. Tortura de quimeras, muro que se impone de frente. Falsos sentimientos que no pueden ocultarse. Simplemente verdad cómoda, la manipulación, la simple convivencia entre intereses que se derrumban en el cinismo. Rodrigo lleva al extremo esta forma de ignorar a todos. Sin dormir, sin escuchar a nadie. Destruye la confianza de quienes más le quieren. De regreso de la charla le comento a Rodrigo que me voy. Me voy al Sáhara o a México. Él me observa sin respuestas, el silencio en la carretera. Luego silencio en el tren hasta Plaza Cataluña y por último mi silencio mientras camino hasta Plaça Universitat. Entro al edificio, saludo a Gastón y a su familia que juega con el Play Station proyectado en la pared blanca. Entro en la ducha. Escucho el agua correr sobre la porcelana blanca.



### *Despedida de Mila*

Me encuentro con Mila en un café cerca de su casa en Passeig de Gràcia. Ella invita, no sé de dónde saca dinero para vivir en Barcelona pero ella invita. Atravesamos el lugar para ubicarnos en la mesa del fondo. En la primera mesa, un par de chicas resoplan con risas exageradas y cantan Cielito Lindo, una de ellas es mexicana. Los dos pedimos una caña. Ella se ve nerviosa, lo cual es peor, es más sensual cuando está nerviosa. Bueno niño, entonces qué, para cuándo crees que podamos buscar un piso, yo estoy en un aprieto, me volvió a buscar el brasileño pero no sé si dejarlo entrar, la última vez no se quería salir; pero tú dime Papito, por qué esa cara. Me voy Mila. Deja de decir cosas; anda que lo que te hace falta es un buen achuchón, que esto se te pasa; criatura, no le des más vueltas a lo de Rodrigo; él ya está bien y tú tienes que plantear quedarte; ¿cómo van los cuadernos? Gordos, muy gordos. Pero tú muy flaco, Papi, ¿no comes? deja de escribir y vente a

Francia conmigo, así jugamos en la nieve y derretimos el hielo en París. Sonríe y apenas alzo mi boba mirada hipnotizada. ¿Vas a ir a Sáhara? ¡Uy! yo muero por irme pero no veo cómo salir del problemón, ni te cuento de las facturas de celular que me han llegado; estoy pelada, por ahora no, yo me voy a Francia para estar con mi padre que está mucho mejor y la vamos a pasar en familia, todos los hijos juntitos por primera vez. Mila busca su familia en todo, en cada rincón de la ciudad de Barcelona, en el pasado franco-español que también fue traicionado, en el desierto cómplice del encuentro de sus padres. Me cuenta de su hermana y su tío muerto y la cena con la abuela saharauí. Lía el primero de muchos tabacos.

Termino la tercera o cuarta caña platicando con Mila. Siempre así, convenciéndome de libar su velocidad por debajo de su falda, claro, sin dejarme entrar, apenas respirar su sexo rasurado que puedo imaginar con todas sus historias. Tomo sus manos, pocas veces la sentí tan nerviosa como ahora. Amor, me voy, primero estoy un poco girado, hace meses que no bebía; segundo si sigo tomando caña contigo, si te sigo observando liar un tabaco tras otro y veo una calada más en tu boca, te voy a comer el coño hasta que saltes de la silla. Se sonroja, por primera vez ella es la que se sonroja. ¡Uy! Amor pues vámonos, porque te me estás poniendo muy guarro y me gustas más cuando me lees poesía, Papito; de verdad me encantas, pero no puede ser, tú lo sabes; lo que sí es que ahora mismo le hablo al brasileño, tu lengua vulgar me abrió el apetito.

Llego tarde a la casa, observo el techo cuadriculado. A kilómetros de distancia te sueño y siento tu voz. Abrazo tu sonido como la arena que se aleja. Todo lo que siento es una verdad sin promesas, porque antes de amarte ya nos mentíamos. Porque amándote sin la ingenuidad característica del amor, pude creer que era indestructible lo nuestro, Zuê. Te despides de mí, pero sigues diciendo hasta pronto, hasta pronto. Te llevo pegada a mi pecho. Eres la única manta para el frío. Despierto por la madrugada y la calefacción está apagada. Me estiro hasta encender ese serpentín blanco Ikea que calienta la sala.



*Esta tregua de tréboles de cuatro hojas*

Avanzan los días en casa de Gastón. Llega la cuñada de él, puer-torriqueña. Gastón compra hamburguesas para todos y vemos películas en familia. No se pregunta cuándo regresará el sofá a ser propiedad colectiva. Nati presume con alegría algo de lo que difícilmente se puede estar orgullosa. No existimos para nadie, ni como latinos ni como gringos ni como caribe, no aparecemos en ningún mapa como país libre. Tampoco ubico yo ese país. Apenas entiendo que es una isla en algún mar, aunque podría estar equivocado. Avanza la cena, Puerto Rico comienza a existir y tener sentido, su acento boricua exacerbado lo hace nacer para siempre. Ella dice. Es que sí, ¡a nosotros nadie nos hace caso! Todos encontramos lo cómico de su orgulloso destierro de los mapas, reímos deleitándonos con su acento. Black Swan proyectada en la pared. Padme Portman, tiene un aire a Nayala. Poco a poco desaparece su magia de la ciudad. Me contó que Rodrigo despierta agitado por las noches, ya sabe cómo calmarlo, Rodrigo le pregunta asustado y jadeando. ¿Ahí están, ahí están, verdad? No, ya se fueron, yo estoy despierta, le responde ella. Entonces él le ve y se retuerce unos momentos entre las sábanas hasta quedarse dormido; despierta en un rato y vuelve a creer que están afuera los torturados. Cae en el sueño del miedo. Rodrigo vive esperando que el cansancio le venza y le delate. Es el miedo cuando duerme junto a Nayala. Es lo que vivió dieciocho días escondido en El Aaiún mientras se jugaba la vida. Al otro extremo de la cuerda había que intentar salvarle el pellejo a él y a Inés. Había que recibir las últimas llamadas de Nayala antes de las doce, después soñar con los padres de Rodrigo, hablar a las dos de la mañana con la esposa Nayala y al amanecer hablar con la hermana de Inés. Los muertos sueñan la muerte. Yo soñaba con los vivos que continuarían sin los muertos.

Escucho a Nati, la boricua. Nace Puerto Rico. En la pared pantalla para mí se presenta la explosión en el Caribe donde nace

una isla con su nombre estampado en todos lados. Algo tiene sentido de ese concierto en octubre de Calle 13. No sé si pertenezco a los muertos o a los vivos, aún no me decido.



*Doble o nada*

A media cuadra de la casa de Gastón está la cafetería Caracas. Parado sobre la banqueta de la calle San Antonio observo a los clientes que entran y salen intentando adivinar si es un lugar hostil o un simple café con bizcochos. Entro y leo con calma la novela de la india Arundhati Roy que Fernanda me ha regalado. Está en la lista de cosas que van dentro de la maleta que viajará en enero. Vuelve a crecer un muro que me impide acceder al desierto. En algún momento mientras regresaba Rodrigo de Gdeim Izik lo sentí como un hermano, ahora la geometría lo hace ver distante. Rodrigo e Inés se jugaron la vida ingenuamente.

Tomo chocolate espeso y un postre. Guardo en su caja original la grabadora Sony que había comprado y me despidió del desierto africano. Las sumas y restas no me salen. Ya no depositó el periódico, pinches culeros. Por el presupuesto o los tiempos, todo se viene abajo. Regreso a las páginas de Roy que organizan mis emociones y mi rabia. La arena del Sáhara se cae de mis manos como la imagen trillada del tiempo encapsulado en un reloj. Soy cada una de las versiones de irme. Me limpio la boca con la servilleta de papel duro, una especie de papel que absorbe la grasa pero no raspa la boca. Salgo del café Caracas, cruzo la calle y recorro Plaça Universitat, el frío cala por debajo de mi chamarra. Veo a una madre dando pecho en una banca de la plaça. Me derrumba la imagen recurrente de Julieta dormida en mi pecho mientras Ana me molestaba haciéndomelo sin que la nena se despierte. Desisto del frío, entro al piso de Gastón y reposo la taza de chocolate. Un sofá en silencio.



### *Par de ases*

Empiezo a vivir y respirar sin incomodar a nadie. Empiezo a planear el regreso y mis ideas van adelante en años y décadas. Poco a poco el miedo a envejecer entra y se expande. Ellas no existen. Paso de largo por esta ciudad. Empiezo a recordar el paso de esta era. El Aaiún como mi ciudad a la que nunca podré volver. Inicio un nuevo cuaderno. Sobrevivo a mi voluntad y vivo así. ¿Zuê? Me habría gustado verte a los ojos. Mi caligrafía casi corta el papel y el sonido agudo del silencio urbano no me permite dormir.



### *Tercia de reyes*

Si todosuviésemos la oportunidad de dormir al lado del fuego y dormir con el sol y despertar con una bruma del alba. La bella Europa, continente provinciano y prejuicioso. Caen sobre mí las paredes que me rodean y de vez en cuando camino hasta la Barceloneta y veo desde la orilla de la playa el horizonte que me regala un poco de aire. África es un jardín privado de Europa. Llegar a ese continente perdido sin ir a los lugares turísticos está penado, es castigado y muy costoso; así garantizan que quien vaya no sea alguien libre.



### *Póker de dos*

Me contaron la historia de los hijos de las nubes y de la mano de los cuarenta jeques que reconstruyeron la historia de un pueblo que sueña con contarse. ¿Para qué? ¿por qué yo? Tengo recuerdos que únicamente me atan a la carretera a Valles. Aquel rincón de los condenados. Camino hasta el muelle de yates y me tomo un café observando las bicicletas pasearse frente al mar. La Barceloneta es el barrio de pescadores que más vida tiene sin que aparez-

ca en una guía turística. Veo el Mediterráneo, su extensión salada de sabor a pescado. Barcelona apesta, literalmente, apesta. Dejo de buscar el fuego y la arena del desierto. Me tengo que adaptar al mar. Tengo pedazos de papel que me sobreviven. Pedazos de papel que me sobrevivirán. La patria de donde vengo está hecha pedazos. Apenas tenemos la idea de lo que somos y lo que no somos en estos tiempos.

Gastón deja cinco euros para que pueda comer algo o trae comida del restaurante para que no tenga que gastarlos en una pasta o un arroz. Terminó la razón para vivir en este lugar que nunca existió. La trampa de darle la espalda a la Europa de las naciones es que me convierto en ilegal, en invisible, en nadie. Desde ahí tengo que regresar, desde allí tengo que sostener una idea de Zuê. Quizás no pudo sostener su imagen después de lo de Ana y Juli. Dejó ir el barco que conocía su lealtad. Existen los sobrevivientes de la Europa de los pueblos. Gastón es uno de ellos; ahí, yendo a su paso, yendo silencioso como la idea última de sobrevivencia. Quizás nada más un pedazo de papel me sobreviva. Recuerdo el miedo, recuerdo cuando regresé a casa. Tendría que haber llegado a casa sin detenerme en el bar de Zuê. Camino de regreso de la Barceloneta y encuentro a los cantantes callejeros bajo un puente gótico tocando música. Es como subir a un camión y escuchar al vendedor ambulante con rimas veloces. Ningún poeta puede escapar a la rima fácil y el grito callejero. *¡Hey Familia, danzón tarareado, medio platicado, a grito pelado, ¡Lo que te voy a contar!...* Jaime López, volteo hacia atrás, ese verso es de Jaime López.

Sigo calle arriba yendo a mi propio ritmo, recuerdo la canción de Jaime López. Los caireles de luces blancas que cuelgan de los árboles en la rambla encandilan el lobby de hotel en que se convirtió el centro. Han pasado las fiestas navideñas. Entro en un restaurante mamonamente fino, me siento a cenar con el grupo de abogados democráticos de Cataluña. Tres tiempos, vino tinto, agua, pescado o pollo, postre, copas. Inés sentada a mi derecha se ha transformado en tigre y usa mallas blancas que se transparentan y muestran su lencería moteada. Rodrigo le miente a su

propio espejo, ahora de gira en Madrid denunciando los sucesos de Gdeim Izik. Yo le debo a todos. Tengo que regresar. ¿A dónde? el lugar que sea, trataré de sacar la cara, tal como Javier.

Los abogados democráticos han invitado a cenar a Rodrigo e Inés para que les den un contexto político del Sáhara Occidental y del mundo árabe. Yo vengo en representación de Rodt. Nosotros se lo advertimos, a ustedes y los españoles, ahora estallará la guerra; se lo dice un ilegal, un nadie para ustedes. Tal vez era mejor no haber venido. Tal vez salga directo al centro de retención para inmigrantes. Un pedazo de papel me sobrevivirá. Ir junto al destino de un barco de papel. Tinta de henna en las manos. Es peor que la charla con los diputados de Extremadura. Salgo, camino en la madrugada gélida y los callejones de piedra escurriendo su lejía para evitar el olor a orines impregnado en su memoria. Me siento a beber con los pakis en una banca. Se consume el fuego de la lata con crack en el Tripi. Vuelvo, exhalo, escucho crujir la lata, vuelvo a ser tinta china y a hundirme en una pecera junto a un barco de papel. Gasto mis letras, finjo creer y me hincó a rezar. Una mentira que sale a la calle y consume olvido en lata. Adicto al olvido, ¿qué pensaban? Es lo que más se vende ahora.



### *Dos pares*

Desaparezco días y noches entre las calles de la ciudad iluminada. Llego a la casa faltando un cuarto de hora para el partido del Barça. Gastón, su hermana, su hermano y Nati, toda la familia. Cuarto, constante, caligrafía cuartada por los segunderos. Saludo a todos y me invitan una caña en el vaso de cristal seco con el vapor de la lavavajilla. Siento el carbón dejando sus pieles en el papel. Cuarto prestado. Renglón de planas con las s y las x. Con las vueltas de papalote en la manuscrita que gira hasta sentir el viento en el pecho de las vocales. Tensó la cuerda que jaló el barco, que me trajo hasta aquí. Cuarto oscuro, olor a esencia de romero y laurel en la cocina, un poco tóxico es el olor de tu perfume, un poco venenosas

las dudas en las manos que temblaban cuando te despedías. Un poco tóxicos los días que respiro y las ropas viejas mil veces usadas. Mi visión es intoxicada por escaparates que caminan solos en la Rambla, con sus bragas perfectas entre las pelvis y los ombligos de porcelana. Líneas y dibujos de mi lápiz carbón. Carbón en las manos, en el fuego. Fuego que huele a mí, que huele a carnitas de humano en el desierto, un olor que ahora me recuerda a ti. Carbón que dejó marcada mi mano en tus costillas, debajo de tus pechos. Arena en mis botas que describen mi rumbo. Siento la sal del mar hacia tu isla. Me ahogué con el beso de una morena de mar que llega a decir todo al verme. Morena que va tiñendo el paso con sus tacones. Gol de Messi. Peso, huella incrustada en la arena blanca. Su rostro. Flor de olvido, suerte, azar. Flor que se presenta lento en mi olor a casa. Ruego, es el aroma del perfume de Nati. Lento rasguño de mi carbón en las hojas. Cicatriz, es la herida más abajo de donde todos pueden hacértelo. Muro de recuerdos. Máquina que dibuja las olas de la arena.

Viento lleva así tus siglos, lleva el viento su marca en todo. Las arrugas que descubrí en mi rostro ahora son de enero ¿Por qué soy de tanto verano, tanta primavera? Tan fuerte es el motor de la muerte. Quizás todas las primaveras borran el año viejo. Close up, acercamiento. Leo se levanta de una zancadilla. Escribo cerca del papel para poder oler y sentir la primavera de las hojas de papel. De cerca, me detengo, lenta muy lenta corre mi caligrafía con sus acentos y sus grafías que estallan regresando a ser letras y olas de arena o remolinos en tus ojos. Tus ojos de Júpiter y sus lunas dibujadas. Explosiones que borran la vida en la tierra, que en tus ojos son lunas en el iris. Gravedad, grave, que grave fue enamorarme de ti. Carbón, ya es enero. Gastón y yo festejamos el año nuevo y terminamos rebotando por las esquinas de Barcelona. Cuánto tiempo pasó desde la cena con los abogados. Fue el veintinueve y ya estamos a primero.



## Cuaderno 8

*El anzuelo*

Tiro mi regreso y lo tallo en un cirio gigante. Escucho acentos latinoamericanos en la calle. Como un anzuelo tiro mi regreso al mar con la esperanza de que pique algo vivo. Quiero estar en África, quiero irme. La trampa de ser ilegal es que el sueño de la bella Europa se convierte en una prisión que te impone vivir para ellos. Aún despierto con tu olor y mis dedos enredados en tu pelo. El relieve de la cera queda sepultado por su misma materia líquida que consume el mapa de regreso.

Mis mañanas con la calma la jungla entre el vender y comprar. Camino a la Barceloneta, el barco de papel dejó por la noche el muelle. El atracadero vacío. Regreso a casa. Acostado en el sofá, observo el techo cuadriculado del departamento de Gastón, la luz de invierno se refleja en el piso laminado, descubro las huellas de unas patas diminutas sobre el polvo. Sigo su rastro, observo por debajo del sofá y al fondo encuentro una araña muerta. Mi vista curiosa entretiene el cansancio sin conmoverme por el deceso que hay debajo del sofá. El techo se me viene encima y decido salir. Bajo las escaleras y saludo a las despachadoras de la chocolatería en la entrada del edificio. Salgo con mi mochila al café Caracas. Soy de aquellos que se mueren en tierra. Para este pirata moderno hace falta una playa donde se consiga todo aquello que se busca. Todo aquello que se perdió y no se sabe perdido.

Se instala en mi cabeza la idea de cruzar otra frontera. Ella desapareció para todos. Ruego que se mantenga vivo en mis recuerdos el tono mordiente de su voz, que nunca se vaya, que viaje siempre conmigo. Millas náuticas que arriban al paradero de una tumba. Como si el eclipse de los barcos en el horizonte la trajera a la vida y a mi historia.

Descompuesto, camino sin la certeza que me explique a dónde voy. Entro y me siento sobre la barra. El espejo tras la máquina

para expresos no muestra ningún rostro conocido. Tomo el menú, pido un platillo con tal de saber que como bien y no me hará falta nada. Aún puedo comer, para qué esperar a prescindir de este hábito humano. Podría cocinar pero el hambre no me deja imaginar el antojo. Termino de comer. Regreso al departamento y con una escoba saco aquel bicho extraño. No era una araña, era un hilo enredado en sí mismo.

Algunos miedos se acumulan en los rincones de la casa. Avanza el tiempo pretendiendo la belleza en las flores. Petrificado por las terribles imágenes en el telediario estalla la intifada en Túnez. Desaparecerá el calcio de estas avenidas con la guerra. Entra la oscuridad insomne donde he entretenido a los dioses. Vuelvo a mudar de piel. Atrás quedarán las ciudades de carbón con acuarela. Cada mañana estira un poco en sus minutos, escucho el mar que deseo me lleve lejos de aquí.



### *Rituales*

Dejo lo que empezaba a ser mi casa. También es la despedida de mi casa. Gastón duerme en su habitación y el sofá blanco de la sala, mi habitación con techo cuadriculado descansa junto al proyector de pinturas digitales sobre la pared, partidos de fútbol, domingo sobre el lienzo blanco que se rodea de vida en cada fin de semana. Al lado del proyector el surround donde conecto mi ordenador y pongo a Iván Antillon mientras leo, El dios de las pequeñas cosas, mientras leo que Ammu ignora la reprimenda que le hace Chako, ironía que lo deja como oportunista y a ella como una cualquiera. Ammu pasa de largo por la jerarquía que representa Margaret Kochamma. No he podido localizar a Javier en Ciudad Juárez. Solo preguntas abiertas. Intento alcanzar algo que desconozco. La diferencia entre los recuerdos de Zuë y la historia de Chako, Margaret Kochamma, Ammu y Sofie Mol, es que la historia de ellos respira en las páginas de una novela. Zuë pertenecerá a la lista de muertos que ejecutan entre las cinco y las siete de la tarde,

justo a tiempo para que el asesino aparezca en los agradecimientos del noticiero y así pueda cobrar su cheque.

Una lúgubre representación que me excluye de los vivos y de los muertos. Me inquieta igual que la tragedia de Sofie Mol. Zuê tenía el pelo rizado y Sofie Mol no. Zuê es el fondo de la arena y el escombros de héroes de bronce que se iluminan por los faroles de la ciudad, lleno de palomas que escriben sobre sus rostros sin fin alguno. Dejo el capítulo siguiente a medias y salgo del departamento antes de que alguien me pida quedarme a seguir leyendo.

Espero lo peor. Imagino que algunos meses será raro estar aquí. Quizás nunca llegue la tranquilidad y estaré sin llegar toda mi vida. Paso la noche, la mañana y la noche. La luna de estas noches con mi mirada en la bahía hacia el Magreb. Mi ritual abre el acordeón de mi pecho. Este ritual se organiza al despertar antes de salir a la calle. Tal vez rente un piso para vivir. Reto al que imagina las pequeñas y grandes razones de la vida. Entreteno mis días con rutinas y rituales. Las arrugas de mi mirada se encajan cuando sonrío. Despierto, arreglo mi sala, lavo los trastos y me baño.

Un día de la semana también incluye la resaca, otro día corro en la Barceloneta y otro más veo mi reflejo en el ordenador. Abro un libro y viajo. Cierro todo y escucho. Siento y me vuelvo a ver. Prisionero que busca gente. Nayala ya no me espera para cerrar el café, ya no caminamos en la madrugada, ni nos enredamos en silencio sobre el sofá. Ellos se pierden en casa de Nayala. Ella lo consuela cuando despierta soñando que han llegado los torturadores marroquíes. Le hace todos los favores en todas las posiciones. Gastón, su hermano y Nati llegan por la tarde, procuro saludar y llenarme de rituales este enero. Disfruto la mañana de soledad y la tarde de personas. ¿Para qué estar aquí? ¿Por qué seguir? Calculo mi extinción. Poco a poco se van apagando todos los sonidos de mi mente. Despierto al ritual de Zuê. ¿Muerta? descansa sin promesas. La sal del mar mediterráneo seca y cuarteja su recuerdo como la madera que flota en el océano. Plan A, plan B, plan C es irme, perderme. Sé irme cuando es momento. No hay oportunidad

o pretexto para quedarse. Rodrigo era un pretexto que no escucho más. Que no dice nada, que extinguió su voz.

Me encuentro con Nayala a solas. La extraño. La llevo hasta mis brazos que hacen de vela hinchada sobre un lienzo de papel. Gira sin plomada mi nave y distingo el cielo de coral con lunas fluorescentes que me ven a los ojos y desaparecen con mi tacto. Me sumerjo en ella, una extraña, casi mi enemiga. Habla el idioma de la caza. Gata que escapa del mercado de especies silvestres y busca su sutil venganza.

Nayala es una gata que merodea su presa y se pasea de proa a popa atrapada en el mar inverso. Ser comido, ser tragado. Voy a sus fauces y acojo sin miedo mi destino. Frente al tren del destino; así vi a Rodrigo sobre aquellas vías. Ir hasta el cañón de los verdugos que apuntan a mi corazón. Busco un grito de dolor entre mi sangre que pueda recitar su danza. Cada movimiento de ella es una pequeña figura de mis letras. Cada estrofa de su voz andina es un trozo de pueblo. Encallamos en una orilla sujeta a la distancia entre África y América Latina. Busco mi grito de dolor. Asumo el riesgo de recitarle versos y que la luz no se encienda. Exigirle que mi dolor no le permita a nuestra patria ver el fin del mundo. Un rasguño de su boca. Furia que naufraga hacia mi cuello. Devorado por este grito. Ser presa. Ser marea de una playa en el desierto.

Entro en su territorio y me convierto en su presa por una noche, usa el tacto que se esconde tras su magia. Por momentos el guardador de rebaños es un dios sin voz. Es el único espectador de la despedida cursi entre dos desconocidos que no tienen nada que decirse. Fui comido por un gato en la playa de un mundo raro. Es delito respirar y reírse de la muerte.

Todas las noches solo fue un juego que se llevó hasta sus extremos, hasta ver que Nayala simplemente era una extraña, una desconocida y una jaula de ansiedad y nervios. Hace dos semanas ella me había buscado. Ahora juntos una última noche hasta que el barco gire. Es la miseria con la definición de extraños. Alguna vez nos vimos a los ojos, ahora nos incomoda un abrazo o un roce de las pieles al dormir. Sin palabras, nunca las hubo. Se extiende

en el tiempo una danza descarnada de una genuina imagen de lo que son los extraños.

El sofá con Nayala nunca fue la playa como ahora. Descubro la necesidad de volver a conocer. La Nayala más guapa fue la del frío atravesada en la madrugada. Mientras espero que se vista la observo a lejos. Me sorprende su piel blanca, sus pómulos marcados, los fragmentos externos de su cadera, su sonrisa felina, sus secretos nocturnos. Quédate, no te vayas, me dice con su voz rota, con su ronroneo en la garganta. Nayala se queda junto a la fotografía más linda de una desconocida. La amo por lo que he dejado de amar de ella. Una extraña compañía que acompaña a Rodt en su regreso.

Caminamos hacia el tren, ella va ligera haciendo figuras que se extinguen con el siguiente movimiento. Nacen versos enteros entre ruinas, coplas de alegrías, tangos y soledades. Poco puedo llevarme de una extraña. La veo cada vez más distante y me gusta como una extraña con quien me quedaría viendo una película y calentándome los pies sin tocar uno al otro. Sin cruzar palabras que traspasen lo privado.

Nayala pertenece a la ciudad y con ella se quedan dos vidas. Tiene un dibujo de gato en su vientre. Nayala se queda junto a los ruidos de los exiliados en los callejones de Barcelona. Regreso al techo cuadriculado y abro el cuaderno. Intento encontrar las palabras que pasan de largo en un sofá de dos extraños. Dibujo los mismos garabatos que pintaba Ana sobre el papel cuando hablaba con Zuê. Repaso las líneas de tinta hasta llegar a ser estrellas, caracoles o laberintos.



*Mah, delegado del Polisario en Barcelona*

Me acerco a la oficina del Polisario en Barcelona para despedirme de Oualad. Mah me ha ofrecido una entrevista privada. No hay un objetivo en platicar con él. Dar las gracias a Oualad. Al quedar por teléfono, Mah me explica que Oualad se encuentra un poco delica-

do de salud. Nos ayudó a sacarlos pero sobre todo nos dio la confianza de trabajar fuera de todas las organizaciones de solidaridad con el Sáhara. Me interesa darle un informe sobre nuestro trabajo y nuestro análisis como consecuencia de Gdeim Izik en contexto con Túnez y ahora Egipto. El inicio, Gdeim Izik.

Nos sentamos a tomar el té y charlar omitiendo que mi cámara está grabando. El olor de la hierba hirviendo en la tetera, las ventanas vaporizadas, aún a la mitad de Barcelona, siempre será más rápido el viaje sobre la alfombra. Una llamada para Mah a la mitad de la entrevista, él sonríe haciendo una mueca. Con la mano izquierda sostiene el teléfono y con la derecha termina de escanciar el segundo té y me pregunta. ¿Cuándo puedes salir para el Sáhara? No entiendo la pregunta, guardo silencio, supongo hago un gesto. Sí, escucha es Catherine, me ha dicho que consiguieron los recursos para que viajes a los campamentos; ¿cuándo puedes viajar? Busco que mi atención sea la correcta, sin tener ninguna certeza de ello, no sé; en cuanto tenga la visa de Argelia, supongo. Entonces la siguiente semana; ¿está bien 30 de enero? Sí, supongo. Sí, no te preocupes Cathe, es para reservar los vuelos; después del 30, haz la reservación para los primeros días de febrero, Mah cuelga con la naturalidad de una llamada esperada. Javier me envió un mensaje en Facebook, le comenté que estaba todo listo para regresar. Aún sin fecha. Mah me cuenta todas las historias de Gdeim Izik que me pasan de largo. Pienso en México. Escapar de Europa. La charla termina con el tercer té sin que yo pueda entender todo lo que me explica.

La noche va contando lo que sucederá. Sudar y empapar la camisa. Zué está cerca como un reloj debajo de la almohada. Ama-  
nece para Ciudad Juárez. Llevo mis documentos para ir al Sáhara.



*Gira la llave de África*

Dejo mi pasaporte a Mah y de regreso me quedo en el café Caracas a seguir leyendo. Espero la visa para ir a Argelia, a los campamen-

tos de refugiados saharauis. Europa ostenta en África un título de propiedad. Las leyes internacionales son el idioma colonial que nos enseñan. Sus reglas internacionales de migración, sus aerolíneas y sus tipos de cambio. ¿Y si estamos fuera de ello? Miedo, Europa tiene miedo de que aprendamos a vivir sin fronteras. Desaprender la realidad y dibujar otros mapas.

Termino el café que me sabe dulce, empalagoso. Muchos viajan ida y vuelta. Solo algunos tienen el de ida. No sé cómo me las arreglo para que sea todo o nada. Apostar todo o nada. Evito mirar al espejo en el café. Salgo del café Caracas.

Regreso a casa. Vuelvo a disfrutar cocinar. Preparo pollo con verduras y cuscús de pasas y almendras. Mi casa es impertinente y necia. Tanto que no logro salir. No logro pensar. 24 de Enero, mensaje en Facebook. Abro con alguna esperanza, pero no, es un puto comercial para seguir llenando mi FarmVille.

Salgo y camino por alguna calle en Barcelona. Me da igual su nombre. Vi la película Black Swan en la pared que se pinta cada semana con imágenes. La esquizofrenia, la perfección y la belleza, la pasión y la vida. Todos dicen que no hay ya nada que contar. No lo hay, es verdad; pero es el puto Lago de los cisnes, es la misma obra vieja y logró su versión. Está muerta. Contar mi versión de ella. La versión que conocí del desierto desaparece, se disecan los pedazos.

Soy un fantasma que espera en el portón afuera de la casa de Zuê. Soy quien toma un café en Juárez junto a Javier. Soy una cadena de viajes acumulados. Soy trazos de pintura que Mila deja secar hasta conocer su piel de óleo. Veo su silueta en la orilla de una duna en el Sáhara. El viento borra la memoria.

Alguna fe o esperanza crece al saber que viajo con toda la ignorancia. Mi único consuelo es un cuarto de obscuridad, la obscuridad ámbar de Roy. Camino buscando el final de la Barceloneta. Antes fue el tacto de Zuê. Viajar a través de un cable tensado a treinta metros entre dos continentes. Es la consecuencia de los rezos a la orilla de tu cama. Vete, te regalo todos mis silencios, aún la escucho. Regreso a las líneas que tensan el cable de los

tres amaneceres continentales que contemplan mis fantasmas con júbilo. Una tenue sonrisa, después voy a comer con mis amigos fantasmas. El mar da hacia San Juan de Puerto Rico. A uno de los fantasmas que soy le explico. No baboso, Nayala es de Bolivia pero nosotros no iremos a Puerto Rico. Otro más responde, Sáhara vamos al Sáhara, pendejos. Me pierdo con la multitud de fantasmas que me despiden.



Cuaderno rojo 9  
*5 de febrero del 2011*  
*Viaje al desierto del Sáhara*

*El exilio*

Al cruzar la aduana ven mi estatus ilegal, ven mi rostro demarcado por el frío y la falta de sol. Sellan el pasaporte y espero a que en los altavoces repitan el número de vuelo que me saque de aquí. Dudo que alguien desee viajar al norte de África. Hace apenas un mes estalló una intifada en Túnez igual al campamento de Gdeim Izik y ya tiraron al presidente dictador. En la sala de espera se sienta frente a mí una exótica pelirroja con su escote y su piel pálida. Pude despedirme de Mila y negociar una tregua con Rodrigo. Escucho el número de vuelo, presento ticket y atravieso el túnel con olor a meados que me lleva a la puerta del avión. Un retorcido sentimiento contra la gravedad desprende el avión que surca ese océano que nos separa con África. Observo el mar por la ventana. La piel que alguna vez tocó a Zuê ya se ha desprendido completamente. La última vez que hablé con Javier, habían asesinado a unos plebes en una calle a espaldas de su casa, también a su vecino frente a los tacos del barrio y habían levantado a unas estudiantes a dos casas de la suya. Entró el ejército y las desapareció. Puto barrio clase media, sigue con sus sueños de nuevo rico y vive con los güevos en la garganta como cualquier peón en el ajedrez.

El piloto anuncia maniobras, gira el avión para que los pasajeros puedan ver sus islas, su caribe mediterráneo. Se balancea el avión sobre su costado izquierdo y observo un pedazo de tierra, el piloto anuncia su nombre. Menorca, ahí es donde fue Mila en agosto. No creo volver a verla. Aún frente a ese mar que refleja el azul de sus ojos, no la volveré a ver.

El aterrizaje es agitado al caer la noche en Argelia. Salgo de la terminal internacional y cruzo por lo menos tres rayos x donde examinan mis mochilas. Atravieso el estacionamiento, cruzo rayos x y entro a la terminal de vuelos nacionales. Camino entre negocios cerrados y pasajeros que charlan en árabe y francés. Espero la conexión para Tinduf. Españolas con los pelos de color rosa y con mochilas de camping a la espalda me preguntan si voy para el Sáhara. Voy al desierto, espero que sea el Sáhara. Sonríen y abren una plástica que no busca sino matar el tiempo. Por fin atravieso los últimos dos rayos x para llegar a la sala de espera y después a la pista de aterrizaje. Todas las maletas en la pista. Cada pasajero ubica su maleta documentada y la pone sobre la banda que las sube a la panza del avión. Si no subes tu maleta, no eres responsable por la bomba que llevas. Por lo menos se aseguran de que si hay algún terrorista, explote junto con todos. Nada más seguro que esto. Se olvidan que ahora ya no son atentados sino suicidios masivos. En este aeropuerto fue el primer secuestro de un avión a manos de palestinos. Que jodida memoria guardan los lugares turísticos a los que visito.

Acelera el avión de hélices y cruje más de lo normal. Una de las lámparas centrales pierde la tapa y cuelga. Se abre un compartimiento de equipaje y rueda una caja embalada como si llevara gallinas en un camión guajolotero.

El aterrizaje es peor que el despegue. Muchas cosas se caen de los maleteros y las luces se apagan junto con un motor haciendo ruidos no amigables. Eso sí, ningún rechinado entre el barullo. Se detiene el avión. No abren la puerta ni acercan la escalera hasta no bajar el equipaje. En mi excelente francés creo que el piloto repite que está prohibido tomar fotografías porque es un aeropuerto

militar. Veo como amontonan el equipaje sobre la pista y acercan la escalera. Al bajar tomo mi mochila y camino vigilado por militares argelinos. Nos conducen a una bodega con una aduana de madera. Aeropuerto militar en Tinduf, Argelia. Únicamente pueden llegar y despegar de noche los vuelos comerciales. La orden es: No fotos, no conoces y no recuerdas. Se olvidan de los escritores, con sus mañanas para recorrer todo con palabras. Llenamos un formulario que no entiendo pero intuyo es mi declaración fitosanitaria. La burocracia a la entrada me hace llenarlo cuatro veces. Comienzo a temblar un poco por el frío. Entrego y me sellan el pasaporte. En la ventanilla me solicitan mi profesión. Sociólogo, respondo. No, eso no es una profesión, me traduce un desconocido agente aduanal. Periodista, escribo periodista para que me dejen entrar. Revisión con rayos x al salir o entrar, no sé. Recojo mi maleta de una nueva banda con más rayos x y avanza mi maleta junto con bolsas selladas con cinta canela de otros pasajeros.

Salgo junto con el grupo de gíris españoles que esperan en el estacionamiento después de la bodega. Observo la atención normalizada que reciben los españoles. Lo obvio no lo es tanto. Las familias saharauis reciben aproximadamente 500 euros cada que llega un europeo a su casa. Esto más despensas con las que come la familia y el propietario de ella. Víctor, el de Huesca, decía. Yo vengo de vacaciones porque la vida es diferente y disfruto más. Pero en todo el vuelo nunca me dijo que cocinara o que él comprara comida. Incluso no me supo decir cuánto vale un dinar. Él sólo acompaña al niño hasta el mercado, paga, le cocinan y en navidad deja 1000 euros. Ha viajado en tres ocasiones, pero él aún no sabe llegar caminando a la casa de su familia. Le pregunté sobre política, su respuesta fue clara. En eso yo no me meto, yo sólo vengo con mi niño para que siga estudiando. Civilizarlo y que no viva mal. Los famosos cooperantes viajan sin conocimiento alguno de lo que pasa políticamente. Les preocupa el agua, la luz, la comida de su familia. Siguen teniendo título de propiedad los saharauis. Pero no les preocupa cuánto tiempo más continúe la guerra.

Llegan camionetas Land Rover de los años 90's, son color azul y algunas tienen marcado en la puerta el nombre de Protocolo. Suben todos. Yo tengo que esperar la camioneta de Salama. Quién es, no tengo ni la más puta idea. Llega un viejo grande, cubierto con una manta gruesa y grita sin algunos dientes. ¡Smara, Smara! No, yo busco Salama, él me va a llevar. Él no viene, ¿Smara o Rabuni? No sé, voy con la familia Musa, voy con Heya Musa o Salima. No, él no viene. Sube, Smara, Smara.

Avanzamos en la Land Rover por una avenida con albornos de luz amarilla y calles de concreto blancas con un camellón por el centro. A los lados solo hay noche. Se extiende la negritud de la noche y lo único que se ve a lo lejos es la avenida iluminada hasta el fondo de la obscuridad. Llegamos a una glorieta y giramos a la izquierda, después carretera de ida y vuelta. Las luces de la camioneta reflejan la arena que vuela con el viento. El frío es peor que en Badajoz. Se escucha como revienta una llanta y el viejo se orilla a borde de carretera. Saca una lámpara y con señas me pide que le ayude. Yala, Yala. Los demás pasajeros españoles no bajan. Entre el viejo y yo levantamos la camioneta con un gato y sacamos los birlos de la llanta. Otra Land Rover que pasa por la carretera se lleva a las mujeres de nuestra camioneta y el viejo y yo cambiamos en silencio la llanta. Subimos y arrancamos. Más adelante encontramos un retén militar. Se detiene, saluda, muestra una identificación. Se la regresan y él me la da para que la ponga en la guantera. El papel es amarillento y el emblema se le ha despedido con el tiempo. Las estrellas son tan brillantes como la luna que se ha escondido. La carretera queda atrás, más de media hora en silencio. Después gira a la derecha, atraviesa dos topes de otro retén y continúa sin detenerse. La camioneta se destartala. Parece que se desbarata con los topes que no respeta el viejo. Avanzamos dos kilómetros más o menos y llegamos a un pueblo. Parece que fuera El Carrizal o cualquier otro a la mitad del desierto. Las casas apenas y se ven, son del color de la tierra que absorbe la carretera negra. Entramos a un camino sin asfalto y nos detenemos frente a una barda blanca recién pintada. El viejo se baja, atraviesa la

arena que vuela frente a los faros de la camioneta. Abre una reja negra y entramos a una cochera.

Entra por el portón que ha abierto y detiene la camioneta. Yala, Jlas, dice. Bajo las mochilas y el viejo toca con el puño la puerta de madera de una casa como de hacienda vieja. Golpes secos y graves, la madera maciza. Nadie, tardan, nadie. El viejo va a la camioneta y hace sonar el claxon. Esperamos y un viejo más viejo que este, abre la puerta de la hacienda. Hacia adentro no hay luz, ni velas, no hay nada que me haga pensar qué es lo que hay. Es oscuro, más oscuro que la noche del desierto, esa por lo menos se ilumina un poco con las estrellas y la resolana de la luna que se ha ido. Se hablan en árabe y el viejo de la camioneta sube, arranca y se va.

Camino siguiendo a ciegas al viejo de la casa. Es un pasillo, lo sé por el eco al dar los pasos. Llegamos a un salón grande, como bodega. Lo sé porque tropiezo con un escalón y se escucha el eco de mi voz rebotando a lo alto. Atravesamos el salón y regresamos a un pasillo. Ya en el fondo, el viejo saca unas llaves, abre una puerta a mano izquierda y me dice que entre con una palabra en árabe. Entro y encuentro una ventana que da hacia fuera. Entra la pequeña luz de las estrellas que es suficiente para ubicar una cama y un buró. Tiro mis cosas en la cama y saco mi lámpara. Me asomo al pasillo pero el viejo ya no está. Regreso y busco unas chanclas, me las pongo y busco al viejo en el salón. El chasquido de mis pies aturde todo el lugar y me las quito. Atravieso el salón y encuentro el primer pasillo, avanzo hasta la puerta de salida. Bajo un escalón y encuentro arena suave en el estacionamiento de la casa hacienda. El frío entra por todos lados. Las manos me tiemblan, la arena es un poco más tibia que el piso de la casa. Entierro mis pies y observo las estrellas en cuclillas. Le prometí a Mila observar las estrellas en el Sáhara. Ya no hay luna, el resplandor de las estrellas destellan algunos granos de arena en mi mano. Suelto la arena y regreso por el pasillo hasta la habitación. Saco el sleeping naranja y me acuesto sin quitarme la ropa ni la chamarra.

Al amanecer, camino hasta el salón y encuentro al viejo que me sirve unas lentejas con papas y un pan baguete. El viejo des-

aparece mientras como ese platillo de sabor nuevo a pesar de que parece a todo lo que ya he probado. Únicamente suena mi cuchara, sorber el caldo y el tragar de mi garganta. Termino de comer y lo busco en un salón más pequeño al lado de este. Para lavarme los dientes, le pregunto, le hago señas. Él viejo me responde algo en árabe, me toma del brazo y me señala el baño con unas tinas de plástico llenas de agua. ¡Shucrán! le digo. Voy por mis cosas y regreso a darme una ducha a la vieja usanza y me cambio de ropa. Me pongo las botas y busco por la casa al viejo. Lo encuentro en una habitación muy grande que está llena de alfombras viejas de varios colores. ¿La tienda? Nada, me responde en árabe pero él toma té con otro saharauí quien me responde. En la avenida, ahí hay.



*Rosa de los vientos en la portada*

Rondo como un animal fuera de casa que inspecciona todo con cautela, que sale de la casa hacienda, da una vuelta al perímetro y regresa. Voy, pido permiso y vuelvo a salir un poco más lejos, un poco más allá. Hablo lo indispensable, lo básico, porque no tengo idea de dónde estoy. La arena se empieza a meter dentro de mí, compro algo de la tienda. Todo es esta sensación seca que pierde la humedad velozmente.

Me preguntan de dónde soy. De México, respondo. Las referencias que me dicen son: Pepe Aguilar, la canción Volver, Cantinflas y Pancho Villa. No es mala idea ser Pancho Villa, pienso. Camino por Smara, voy encontrando pedazos de llantas, ejes de tráiler, contenedores de veinte toneladas amarillos con la pintura borrosa de alguna asociación amiga del pueblo saharauí. Las ruinas se combinan con la luz y la sombra. Regreso a Protocolo y me encuentra Haya Musa, hermano del Oualad, delegado del Frente Polisario en Barcelona. Recojo mis cosas en la habitación y salimos rumbo a su casa, supongo. Apenas cinco minutos en carro y pasamos a una tienda de telas, me compra un pañuelo negro y me enseña a amarrarlo en la cabeza. Regresamos por la calzada

principal, revotamos entre la tierra y las piedras que resisten al paso de los carros viejos que dejan su pintura en el camino. Giramos por una calle entre las casas de adobe y más allá del contenedor amarillo volvemos a girar para frenar en seco y bajar de la camioneta de Haya. Entramos por una puerta de metal engarzada con alambres y palos a una pared de adobe color ladrillo, no, más bien color café con leche.

Es un patio interno con arena blanca y dorada en las orillas. Tres habitaciones y una pequeña covacha donde alcanzo a ver ollas y escobas. Toda la construcción crea apenas una C y para completar el cuadro hay una jaima. Camino hasta la puerta de la jaima esquivando las cuerdas que tensan la tela. Entro y descubro lo dilatadas que se encontraban mis pupilas, me duele hacer el cambio de sol a la sombra. Es una casa de tela que se levanta con astas de bambú grueso en el centro y alfombras de colores con colchones y cojines que rodean todas las paredes de tela. En una esquina un anafre y ahí al lado del fogón una señora de bastante edad, la abuela le dice Haya, su suegra en realidad. Ella no habla nada de español, pero me saluda en árabe. Me siento a un costado de Haya y la abuela me ofrece un té. Está muy bueno, mucho mejor que el de Hasana, eso sin duda. Platico con Haya mientras paso rápido los tragos de té caliente. Él me cuenta cómo es que llegaron a los campamentos. “Nosotros no vinimos por la pobreza, vinimos porque queremos la libertad”. Me habla de todo, de tanto que no alcanzo a registrar nada. Observo que mis botas estorban en la entrada de la jaima. Entra otra señora. Lala, te presento al mexicano, sonríe con mucha alegría, como si me conociera de hace tiempo y estuviera esperando mi llegada. Ella trae a un bebé sobrino de Haya, baja a la criatura y lo deja suelto a gatear, intenta pararse y rodar por toda la alfombra. Se llama Bahilla, dice Haya. Año y medio, apenas camina y tropieza por todos lados hasta llegar a la puerta y encuentra mis botas en la entrada. Se levanta y mete su pie derecho en una de mis botas. Se convierte en un pie gigante que le llega hasta la panza. Da un paso y cae, no llora; se levanta se pone la otra bota en el pie izquierdo y sigue su camino sin nada

que le estorbe hasta asomarse a la luz incandescente de la entrada de la jaima donde brilla el sol de las tres de la tarde.

Haya no deja de explicarme cada parte de estas piezas sueltas que supongo, cualquier extraño pregunta todo el tiempo. Llega un joven. Mi hijo, dice Haya, Nà ven. Él me saluda en español perfecto. La abuela le habla en saharauí. Nà me dice que la habitación de enfrente será mi recámara estos meses, que lo acompañe. Salimos con mis cosas. Atravieso la arena blanca y dorada frente a la jaima. Vuelvo a sentir la luz que ahora contrae mis córneas. Entro a la habitación y es la sombra. La habitación está vacía, no tiene cojines a la orilla de las paredes, apenas un pequeño armario de madera aglomerada, una alfombra verde que abarca toda la recámara y un par de ventanas a la altura de la rodilla que dan hacia la calle.



*Entrevistador entrevistado*

Por la noche, Haya me presenta a todos sus hijos, me dice el nombre junto con el género y el lugar donde ha vivido cada uno. Yamal es un varón, vive en Cuba; Hualad, varón, Zaragoza; Ná varón, Barcelona y Navarra; Azman, varón, Galicia; Chabab, hembra, País Vasco; Embarkalina, hembra, Italia, Roma; Mohamed Salem, varón; Dih, varón; Tarba, hembra, Matv, hembra. Los últimos no tienen el apellido de un lugar porque son demasiado pequeños para viajar en los veranos, pero pronto lo harán y serán de la ciudad a la que viajen. Llega un cuñado de Haya y me presenta como el mexicano de Gdeim Izik. Salem me interroga sobre Rodrigo e Inés al tiempo que juega con Bahilla quien rueda por toda la alfombra con libertad mientras Salem lo persigue fingiendo ser una fiera. El frío cala sobre el rostro y las manos descubiertas. Entra una joven risueña y le pregunta a Salem si ya vamos a cenar. Dagnhè ven te presento a Sax, el mexicano de Gdeim Izik. Ella sonríe pero sin el entusiasmo de Salem. Bueno, no soy el de barba, soy el que estaba cuidándolo. Intento saludarla sin saber qué es

lo correcto. Ella extiende la mano interpretando inmediatamente mi torpeza. Me saluda y sale de la habitación. Salem trae cobijas iguales a las San Marcos y nos cubrimos las piernas al tiempo que él prepara el té y Haya cuida que Bahilla no jale demasiado fuerte de su barba. La casa de Salem se encuentra al lado de la casa de donde duermo. Haya y Salem van y vienen de la casa de la abuela como si fuera su familia directa, incluso dedican más tiempo con la abuela que las mismas hijas. Dagnhè nos trae lentejas y algo de pan baguete. Después tomamos nuevamente el té que ella, junto con Lala, ahora preparan.

Mientras tomamos el té, la hija de Salem me interroga. ¿Qué hace un mexicano en el Sáhara? No sé, nos tocó acompañarlos en Gdeim Izik y no quería irme sin conocer los campamentos, le respondo. Ella me observa con la certeza de mi ignorancia. ¿Sabes por qué nos llamamos saharauis? No. Salem y Haya admiran la fluidez con la que Degnhè marca su expertiz. Somos los hijos de las nubes, nacemos donde nacen las nubes de lluvia en el desierto. Me siento en una clase de historia que no termina nunca. El movimiento de las manos descubiertas hablan tanto como su propia voz. Cuando llueve en algún lugar del Sáhara, todos se enteran porque los viejos llevan sus camellos a pastar, las nubes lo son todo, vida y destrucción; donde hay lluvia, hay ganado y donde hay ganado hay comida; somos hijos de las nubes, sentencia. Salem admira el orgullo de su hija explicándome su origen mientras prepara el segundo té. Las piernas cruzadas, la espalda recta como de bailarina de ballet. Yo recostado sobre un cojín, observando el té, hipnotizado por el brazo que deja caer el té sobre los pequeños vasos de cristal.

Salem continúa la lección de historia en esta noche. Nosotros viajamos a Cuba para estudiar; la primera generación del Polisario estuvo en combate desde el comienzo; la segunda viajó a prepararse en Cuba y regresó para apoyar las trincheras. Recuerdo la voz de Hasana acercándose junto con el viento helado desde el interior del desierto. Ella escancia el té creando la espuma perfecta con seguridad. ¿Y la tercera generación? le pregunto a la hija

de Salem incluyéndola en la charla voluntariamente. Hasana nos contó cuando fue de pesca a la orilla del río en la desembocadura hacia el mar en El Aaiún. Escucho a Salem pero no dejo de pensar en Dadash, ¿él a qué generación pertenece? No viajó ni peleó con el Polisario, se quedó en la zona ocupada. Ella termina la idea de su padre. Hay una generación que viajó, pero hay otra, una generación que vivió la guerra de otra forma, que se quedó en la zona ocupada. Degnhè le arrebató la palabra a Salem para contar lo que pasa en los territorios ocupados del Sáhara Occidental. La ansiedad de un territorio olvidado entre las generaciones. Ahora la guerra nos volvió a convertir en beduinos, termina diciendo Dagnhè. Noto su comodidad pero también su distancia con la casa y la arena y los roles acentuando su respeto, su edad y su género. Es familiar y ajeno para ella, tal vez así es Hasana aquí, se siente lejano a la generación que se educó en Cuba y regresó a trabajar en el Polisario.

El cansancio me manda a dormir después del té. Atravieso el patio de arena en la obscuridad hasta mi habitación. En el dintel de la puerta uno la punta de dos cables verdes que encienden un bombillo amarillo con poca fuerza que se alimenta de una batería de carro. Extiendo mi sleeping sobre la alfombra verde y preparo mi nicho. Dagnhè me alcanza y ofrece un par de mantas extras para el frío. Me recuesto y ella desengancha los cables, dejándome en la obscuridad iluminada por la luna desde una de esas ventanas a media altura. A la mañana me duele la cabeza por dejarla destapada para intentar leer. Desayuno un té y alcanzo a ir a la tienda a comprar una docena de velas para iluminar mis noches. Antes de las diez, llega la esposa de Haya y sus hijos. Después salimos de casa y tomamos la misma carretera de entrada hasta otro pueblo llamado Rabuni. Haya me presenta con el director del Ministerio de la Información y me comprometo a ir por las mañanas para conocer cómo funciona y ayudarles con las notas diarias.

La carretera entre uno y otro pueblo es tragada por el desierto que de a poco va robándole espacio al asfalto negro. Si existe ese lugar llamado olvido, al que se refiere Sabina, entonces es

aquí, aunque dudo que su bombín y sus damas de noche alcanzarían a huir hasta el Sáhara por un despecho. Algo mal debo de haber hecho yo para llegar hasta aquí. Hay un exilio en todo. Pasan las noches de los campamentos de refugiados y parece que iniciarán las vacaciones aquí. Haya y sus demás compañeros de generación se juntan en la casa de Salem. Este par de noches me invitan a escucharlos y a que les platique historias de Gdeim Izik. Los escucho repetir una homilía con recuerdos de sus días en Cuba, cuando escondían la comida en los dormitorios y escapaban del castigo del inspector en el PRE. El único que no se dobla de risa es un comandante militar de la primera generación, la que no viajó. Él escucha igual que yo, escucha lo que hacía la segunda generación mientras ellos libraban batallas en el frente. Mientras él iba y mataba y regresaba con vida, Salem y los miembros de la inmensa segunda generación se dedicaba a escapar de la autoridad cubana, para después regresar a su trinchera realidad.

Entre las risas y los vasos de té que van y vienen, Salem me cuenta que el Frente Polisario negó la entrada a todos los menores de diez y ocho años. Incluso había saharauis que falseaban sus documentos para entrar en las fuerzas armadas. Ellos nos mandaron a Cuba para que nos educáramos y nos dijeron que estas serían nuestras armas. Todos asienten con la cabeza y la solemnidad que esa responsabilidad implicaba. Esconde por un momento el reencuentro de los viejos compañeros que aún viven y los que no, habitan la memoria. Esa taciturna reunión guarda sus silencios hasta que el comandante les dice en saharauí algo y todos se echan a reír, incluso él. Disfruto del sonido de los vivos, a mi pesar, aún me entretengo observando la alegría de la gente. Salem y Haya vivieron diez años en Cuba mientras la guerra aún seguía cobrando sus víctimas, esperándoles a su regreso. Ellos estudiaron química y a su regreso les tocó hacer de paramédicos llevando y trayendo las camillas con heridos por atender, estos son los recuerdos del joven Haya. Estos son los Hemingways saharauis.



### *El comandante de batallón*

Por la mañana voy a Rabuni para trabajar en el Ministerio de Información. Apenas entra la luz en la pequeña redacción. Suenan las teclas de los computadores y las preguntas en saharauí intentan descifrar algún idioma que se está traduciendo. Toda la mañana reviso las notas en español que hablan sobre la revuelta en Egipto, sobre los avances diplomáticos del Sáhara en algunos países en América Latina y sobre Libia, donde parece, se acerca la tormenta. Al medio día me piden que vaya a comer con ellos. Sigo a los compañeros de la redacción que suben hacia una colina que se usa como estacionamiento interno en el ministerio. En la cima entro a un pequeño salón donde están varios cocineros con grandes ollas y tajadas de pan. Me uno a la fila y me sirven la misma ración que a todos, me dan un vaso con agua y una hogaza de pan. Termino de comer y pregunto por dónde lavar la vajilla. No, no, responde uno de ellos. Pongo mi plato y mi vaso junto con todos los demás amontonados. Salgo del salón y dejo un espacio para que el siguiente comensal transite por la mesa. Lentejas y baguette. Regreso por mi mochila a la redacción y salgo del ministerio después del almuerzo. Camino cuesta arriba hasta el portón donde se acumula la arena en los pilares de la puerta. El sol en lo alto no calienta, el viento helado corta la piel. Subo el cierre de mi chamarra y atravieso la colina de tierra y piedra suelta hasta la carretera. En los locales a la orilla de la vía negra ya levantan los platos llenos de migajas de pan. Algunas neveras encendidas, congelan coca colas. El viento levanta la tierra y expone los huesos de las cabras. Camino hasta que terminan los locales y espero un taxi para compartir con otros tres saharauíes que van para Smara. El encargado del área de información en español me pidió algunas ideas para mejorar el sistema de información. Para salir de la rutina, dijo. Soy un observador y un acompañante que no les sirve en absoluto. Ideas tengo, pero comienzo a sentir la incómoda presión

de las promesas. Esas que Rodrigo hacía en cada palabra que cruzaba con los saharauis.

¡Smara, Smara! grita el ayudante de los taxis que lleva los turnos. Subo y avanzo hasta el primer reten a la salida de Rabuni. Tal vez escribir las notas del sistema de información saharauí no me obliga a nada, pero sí me compromete cuando comienzo a buscar redes para que les lean en algunos nuevos lugares. ¿Lograr algo aquí? ¿la libertad? Rodrigo no era un cooperante más o sí, no lo sé. Cruzo los retenes que dividen la carretera en pequeñas serpientes negras con franjas militares. Las cosas se hacen a prueba y error, funcionan con lo que saben no dejará de servir. Nos detenemos entre las piedras, en medio de la nada. Una saharauia alcanza señal en el celular sobre una pequeña colina árida, cambio de rumbo. Mientras ella habla con alguien en hassania, el chofer creo le pregunta a dónde la tiene que llevar. ¿Sabao Sherin o Smara? pregunta el chofer. El atardecer de fuego en el cielo trae la noche. Sabao Sherin, entiendo, regresamos por esa carretera. Los pasos hacia atrás son parte del escepticismo. El chofer acelera a tope su mercedes noventero. Soy un pasajero en un camino sin mí. Cuarenta minutos hasta Smara. Aquí es tiempo, nada más. No hay una estancia, no hay un quédate tan mío como el de Zué.

La obscuridad es mi mejor momento del día. Puedo ignorarme escuchando a los combatientes retornados de Cuba. Al llegar, Bahilla me busca sin que le haya cargado una sola vez. Mi Juli caminó a los nueve meses. Antenoche la soñé, también a Ana. Ella llegaba en bicicleta, se veía muy guapa. Aún hay sueños pendientes, en el sueño le decía. Te hubiera encantado estar aquí en el Sáhara. Dije adiós a Zué antes de salir. Bahilla jala de mi pecho un caracol con su nombre y su paz. Mi letra empieza a ser más caligrafía. Empiezo a creer que escribir mano escrita es menos pecado y más una virtud. Como la virtud del hassanie, de escribir hacia atrás y paladear su sonido de la voz de Dagnhè con los ojos más bellos que he visto. El hasanie es la mezcla del árabe, el español y el francés. Ella me avisa que ya está servida la cena en la casa de Salem a un lado de la jaima de la abuela. Llega Ahmed Baba

quien quiere contarme la verdadera guerra. Nos sentamos a comer nuevamente. Me dice que también tengo que conocer la guerra. Al terminar el arroz con camello, preparan el té y me dice. Graba, graba. Saco la grabadora de mi mochila y la acomodo cerca de él. El iPod lo acerco a Salem quien me traduce la voz del comandante. Yo comencé la guerra desde muy joven, salimos juntos con el padre de Salem; yo seguí las huellas de mi padre, quería pelear por mi patria y llegamos a un lugar controlado por el Frente Polisario, Guellet Zemour se llama, ahí ya la organización del Frente Polisario se encargó de nosotros, nos llevaron en camiones hacia la zona controlada por el Polisario, cercana a territorio argelino, Amgala, Tifariti y luego Mahbes, ahí yo me enlisté en las filas del Ejército Popular de Liberación Saharaui. Mis preguntas rebotan en Salem quien atiende con una tranquilidad absoluta, él regresa las palabras de hassanie que se enredan en el árabe retorcido en sus caireles de sonidos. Ahí estaba con aproximadamente quinientas personas entre jóvenes, adultos, mujeres, ancianos y de mi edad; ahí nos llevaron a un cuartel militar y dejamos a las familias; ahí en la base comencé la instrucción militar, a trabajar con el fusil, a aprender a tirar, a practicar sobre el terreno las artes militares; era como abrir un fusil, como reconocer el terreno, saber resistir en condiciones extremas. ¿Qué sentías? pregunto. Guahelyit, la guerra, dice. No existe la palabra guerra en árabe, aclara Salem. Tal vez no se acompaña de todo el horror que sentencia en el latín. Salem completa lo que me dice Ahmed. Me sentí preparado para la lucha, aprendí a camuflarme en un territorio determinado, aprendí a aprovechar los accidentes orográficos y los accidentes del terreno para mi propio provecho en la guerra. ¿Tenías miedo? Sí, el miedo es inevitable, todo hombre que va a la guerra le teme a la muerte, todo mundo quiere vivir y le gusta vivir y no quiere morir y sufrir de heridas pero hay una cuestión que te obliga a romper el miedo, a atravesarlo, a desafiarlo porque ese es tu destino, es el destino de tu pueblo, es tu lucha, es tu causa y no tengo otra alternativa que desafiar al miedo, terminar con él, dominarlo; pero es absolutamente inevitable que la persona que va a la guerra por

muy valiente que sea, tiene que sentir miedo; sobre todo los primeros combates; de ahí nos llevaron a una de las tres regiones militares a la región norte; nos organizaron en unidades de combate, de aproximadamente cien personas; ahí nos encontramos con oficiales con experiencia sobre el terreno, conocen los puntos de agua, los pozos, los lugares donde se puede uno esconder y desde donde se puede atacar; cada unidad nos nutrimos con oficiales de experiencia; la primera batalla fue... Suena el teléfono de Salem. Ahmed me pregunta. ¿Güeno, Güeno? quiere saber si la historia me gusta o no. Sí, muy bien, respondo. Él prepara el té, sirve en los tres vasos creando más espuma sobre ellos. Escucho golpear el agua en ellos, ¿por qué crear la espuma en el té? no lo sé. En pausa del traductor, me pregunta con palabras sin conjugar. ¿Cuánto tiempo estaré en los campamentos de refugiados? ¿Tú mamá vive? Sí, respondo ¿Tú papá vive? Termino el té sin responder. Él contesta en poco español. Yo tengo 35 años sin ver mi madre y a mi padre. ¿Tú padre vive, Ahmed? No, responde. ¿Tú madre vive? Sí. Se cubre la cabeza con una capucha de lana de borrego. Su sonrisa con las encías morenas y el rostro con la piel gruesa me observa impaciente por más preguntas. No me queda más remedio que decirle. Pronto la verás. Él baja la cabeza y responde, Insha Allah. Insha Alah repito yo. Ahmed me extiende un vaso de té y continúa al regresar Salem. Mi primera batalla fue en Farsilla en la zona norte de Mahbes... Entonces entra Dagnhè y le avisa a Salem que ya está caliente el agua para bañarse. Tiene que ir antes de que se le enfríe. Termino el té junto con Ahmed. Sin el traductor apenas cruzamos palabras en las que le agradezco el té. Sus palabras se sueltan señalándome objetos que termino por nombrar a medias y entre ellas las palabras también señala el corazón y la luna dibujada con sus dedos en el aire, palabras con las que no sé qué hacer. Al tiempo de que se interrumpió la charla comienzan a llegar los amigos de Salem y Haya. Se viene la fiesta. El grupo de mayores combatientes son como la pandilla de la cuadra. Se juntan todos y si falta alguien van juntos a buscarle y se quedan en casa de él toda la noche. Esta es su fiesta. Llega Dagnhè con más comida

para todos los amigos, a ella le preguntó ¿por qué tanta reunión? Señala con los ojos a uno de ellos, un negro, gordo y cachetón. A Fadel le encontraron cáncer y no tiene remedio, me dice ella. Fadel baja la mirada y yo lo observo en silencio con los ojos convertidos en platos grandes. ¿De verdad? Fadel no aguanta la risa y todos comienzan a rodar de alegría, Dagnhè junto con ellos camina hacia la puerta doblada de risa. Fadel responde. No, no voy a morir ahora, teníamos mucho tiempo sin vernos y quedamos de encontrarnos todos acá en la misma temporada. Sonríe descubriendo la broma. Un poco ridícula mi presencia, un poco la novedad entre todos, soy al que le cuentan las tonterías de su juventud. Sin darme cuenta el tiempo avanza y deja de ser parte de mi segundero. Poco antes de la media noche me levanto con sigilo mientras ríen y cuentan historias. Buenas noches. Descanse, Sax. Se despiden en coro mientras salgo de la casa de Salem, entro al patio interno de la casa de la abuela y lo atravieso. Observo un momento el cielo hasta que el vértigo me invade.



### *La madrugada*

Después de que las estrellas me absorbieran hasta estar rodeado por sus luces, entro a la habitación y escribo. *Estos días he contado con un nuevo compañero de viaje, algo peculiar; es mi nuevo maestro de árabe y el antropólogo de la casa; se llama Nhé, hijo de Haya, tiene quince años, es varón y listo como él solo; habla hassanie, árabe, inglés, francés y español.*

Al siguiente día, después de mi regreso del ministerio Nhé me acompaña a donde sea que vaya. Entre la comida y la cena, camino hasta protocolo de Smara para checar mi correo. Nhé me pide que le enseñe a usar el internet. Al salir del ciber caminamos entre las calles de piedras y arena. Enciendo mi lámpara de mano pero él me dice que la apague, que no la necesito. Intento platicar con Nhé pero la noche interrumpe mis palabras y las hace tartamudas que tropiezan con todo. Me pregunta por todo. Él interroga

por cada botón en la pantalla, cada imagen, cada click pareciera que lo arrojara en alguna dirección pero a los cinco minutos me pide que le explique nuevamente. Yo le enseño internet y él me da clase de hassanie.

Al llegar a casa entro a la habitación vacía. Me tiro en la alfombra verde con mi mochila como almohada. Giro sobre mi hombro. Desde ahí observo la puerta, el patio interno lleno de arena y mis pupilas dilatadas al máximo se contraen con el reflejo de luz en la puerta de la jaima. Una luz, una televisión encendida y un panel solar recargado sobre las telas exteriores de la jaima y conectadas a la batería de la camioneta de Haya. Dentro de la jaima, alfombras rojas y cojines para recargarse. Observo la puerta de la jaima desde mi habitación. En el rincón de la recámara están las cobijas que me trajo Degnhè para ponerlas sobre la bolsa de dormir. Demasiado lejos de mí en estos momentos.

Intento recordar Sabao Sherin, el único pueblo con energía eléctrica. Wilayas que son como pueblos o asentamientos o campamentos. En el ministerio repetí mis actividades leyendo las notas en español y después del almuerzo me escapé para encontrar la Radio Nacional donde un saharauí llamado Malainin me invitó a realizar un programa en estos días. Cierro los ojos. Tal vez podría proponer un streaming para que la radio también salga por internet.

Camino a gatas hasta la esquina donde están las cobijas y mi sleeping sobre de ellas. Extiendo una cobija para amortiguar mi peso. Me interno en la oruga naranja y pongo otras dos cobijas más sobre mí. Abro el cierre exterior de mi mochila. Saco la grabadora y escucho el audio con la voz de Ahmed Baba. Enciendo una vela para revisar el cuaderno rojo. También podría entrevistar a la gente. Es una opción, una promesa más. Una esquina, dentro de una oruga y sepultado entre mantas. Los cascos de las balas de cañón los usan como conos para señalar el retén en las entradas y salidas de las wilayas. Los militares viejos. Salem rodando por toda la jaima varias veces al día junto a Bahilla. Los ojos de las saharauis sepultan el miedo.

Confieso que aún no me subo a ningún camello, ni he salido de excursión. Organizo mi cabeza en medio de la nada. Doy un paso a un lado cuando las conversaciones me obligan a prometer. Siempre tú entre mi lista de sueños. Ayer, cuando Salem regresó de bañarse, Ahmed Baba y los demás amigos rezaron el Corán. Al empezar a rezar utilizaron una piedra del desierto para limpiarse el rostro y las manos. Me explicaron que si no encuentran una piedra del desierto, entonces meten las manos en la arena y se frotan la piel y la cara. La tierra, el té y el silencio.

*Te imagino acostada, leyendo esto. Escuchándome a tu lado contándote cada detalle. Parte de ti está desnuda. Ya no uso en orden mis letras, Zuê. En tu cama nunca existieron las reglas. Llevo el caracol en el pecho y por la mañana me di un baño vaquero. Dagnhè dijo que mañana tendrá el agua caliente para que me bañe bien. Será interesante porque la tradición es que te desnudan las mujeres más jóvenes de la familia y te bañan... Me encantaría ver tu cara y morderte los labios. No es verdad lo del baño. La vela se está terminando y no compré otra, así que tengo que seguir otro día. Las sombras del sol contra las piedras son perfectas. Soplo a la vela que se ha consumido en sí misma. Suelta una línea de humo que desaparece en la obscuridad.*

— ♦ —

*Deghnè*

Dagnhè abre la puerta y me avisa que está el agua caliente en el baño. Tomo mi toalla y camino con las chanclas, la sudadera y el pantalón para dormir. Empujo la puerta de lámina del baño. Un cuadro de porcelana con un hoyo en el centro, marcas de patitas en relieve para ponerte en cuclillas. Un mismo lugar para cagar, mear y bañarte. Primero lo primero, inspirarse. Quién lo hubiera pensado, es mucho más cómodo que el escusado. Una cubeta de pintura llena con agua caliente frente a mí. Me limpio el culo con las manos y me lavo con jabón el trasero. Nunca lo tuve tan limpio. La técnica improvisada inicia ahora. Primero la cabeza para

templarme, después un brazo y el dorso, por último las piernas y el otro brazo. Las paredes de adobe se humedecen y huele a tierra. El sol entra por una rendija entre la lámina y se crean rayos de sol con el vapor que suelta mi cuerpo. Jabón líquido, dijo Rodrigo que trajera jabón líquido y que no intentara traer shampo y acondicionador. Obsoleto con la tierra y la basura que vuela entre las calles. Toda la operación baño es en cuclillas. Me levanto estilando y sin jabón, orgulloso de haber sorteado la experiencia. Tomo la toalla de secado ultra rápido comprada en Decatlón y me visto. Ahora es rompa limpia. Después vendrá la operación lavadora.

Entro a la habitación, me visto y tomo mis calcetines y tenis de montaña para ponérmelos en la jaima de tela. Me sacudo con los calcetines la arena pegada en los pies. El olor a carbón ahora se mezcla con fragancias de hierbas que desconozco. Me siento a tomar un té con Lala, Dagnhè y la abuela en lo que llega Nhè. Bahilla rueda y gatea hasta los cojines donde sabe perfectamente que estará su biberón tibio. La luz caliente menos de lo que ilumina.

Al segundo té llega Nhè y de inmediato me incorporo para salir. Él me regaña. ¿Terminaste los tres tés? No, falta uno. Espera, espera, nunca debes levantarte sin terminar los tres tés, nunca. Su pelo corto, rizado y pegado al pellejo, su mirada de adulto y su risa de niño. Me siento a lado del fogón, termino el tercer té con la espuma perfecta. Suave como la muerte.

De regreso del ministerio, desciendo del taxi y atravieso el paradero donde se estacionan para subir y bajar pasajeros. Alguien me grita a la distancia. Espera Sax, voy contigo. La voz es dulce y joven. No la identifico con la melfa que le cubre el rostro y los lentes negros que no muestran sus ojos. Se acerca y ella se descubre la cara para que la vea. Encuentro a Degnhè. Caminamos desde la marhsa, mercado, uno a lado del otro, me cuenta por qué su abuela se encontraba triste el día anterior. El abuelo tiene otra mujer y está con otra familia, ya hace tiempo de eso pero aún le duele. Es algo que no me cuentan, contesto. Pues no me preguntas, se te contestará todo, responde y sonrío, se sonroja y baja la mirada. Es un reclamo y una aclaración para dejarme claro que siempre

habrá historias invisibles. También reclama mi distancia con las mujeres y por último es una invitación a una segunda plática con ella. Entonces te tengo que entrevistar. Ella acepta, me ve con sus ojos claros y su piel apiñonada. Por supuesto, cuando quieras.

Caminamos hacia la casa mientras ella guarda silencio elaborando su estrategia. ¿Te gustó la plática con Ahmed? me pregunta. Rebotó entre las calles con piedras que organizan la mirada tal cual un video casero. Suena en mi cabeza la idea de una segunda plática. Me parece increíble la historia de Ahmed, tiene una distancia con los demás interesante. Tienes que escuchar más, aún falta más. Escuchar lo que tiene que decir Daghñè sobre las mujeres y sobre los extranjeros, apuntarlo en la libreta, pienso. Deghñè procura un trato occidental que es sutilmente atractivo, directo y talentoso para dejar sembrada toda mi curiosidad sobre ella. ¿Encontraste todas las preguntas? me cuestiona frente al contenedor amarillo. Entiende mi papel perdido por las calles y las historias. No le interesan las respuestas a mis preguntas, ella conoce todas las respuestas en cada generación de saharauis. Ella se interesa por mis preguntas. No creo, aún no, falta mucho tiempo para encontrarlas. Abre la puerta de lámina y entramos a casa de la abuela. Bueno, pues no tardes tanto, vas a envejecer antes. Ella camina hasta la puerta de la jaima. Deghñè, la alcanzo a nombrar antes de que entre. ¿Cuántos años tengo, cuántos años crees que tengo? Ella me voltea a ver, sonrío y baja la cabeza para entrar a saludar a la abuela.

Por la noche, después de las clases de internet, regreso con Nhè, saco la linterna para no tropezar con todas las piedras que pateo sin reconocer dónde estoy. Él se enoja. Apaga eso, no lo necesitas. La apago más por vergüenza que por necesidad y caigo en cada hoyo, llanta y basurero de cabras, camino a casa. Me siento inseguro sobre qué mostrarle a Nhè del internet. Obviamente le enseño. ¿Por qué te interesa el internet Nhè? Me observa con una mueca sincera y atenta. A mí me interesa internet porque muestra una parte perfecta que ves como al mismo tiempo que hay otras personas del otro lado, y siempre hay otra parte que no muestra;

eso que no muestra, es lo que me interesa del internet, culmina. Nhè ha llenado instantáneamente todas mis dudas sobre el internet, conoce absolutamente todo sobre la infrapolítica y las nuevas tecnologías. Escucho la voz de Nhè, sus preguntas. ¿Cómo es México? ¿Cómo es América? ¿Cómo es tu ciudad? ¿Qué haces allá? ¿Tienes hijos? Imagino a Haya dando de tiros para alcanzar a llegar con los heridos en batalla, imagino a Nhè enlistándose para la guerra, imagino sus preguntas entrelazadas en un proyectil con su nombre alcanzando su rostro. Él tomará el destino del soldado de un pueblo exiliado. Solo existe este destino desde el exilio. Ser doctor que estudiará en Cuba, quizás ya es una mentira, un deseo irreal para la realidad de la guerra.

Llego a la jaima y saludo. Haya quien me recuerda que no soy de aquí. Sax si quieres apoyar a los jóvenes, tal vez ellos no sean los indicados. No sabes quién brinca con el enemigo, esas fueron las palabras de Rodt. Me siento a tomar los tres tés con Haya en lo que para mí es una charla desinteresada. Haya me recuerda que hay jóvenes que les interesa más la debilidad del gobierno que la fortaleza. 35 años en guerra. ¿Cuántas generaciones de jóvenes pasan por este tiempo? ¿Cuánto puede aguantar un joven en el exilio? Viven de la memoria de algo que no conocen. Termino el té y me despido para tener tiempo de releer mis cuadernos. ¿Brincan con el enemigo? Se repiten las palabras de Rodt. Entro en la habitación con la alfombra verde, dejo mis tenis a la entrada y me preparo para acostarme.

Entre las mantas intento dormir pero Zuê no deja de regresar la cinta y poner en play el botón de mi memoria. Tu presencia en mi presente juega con la ausencia y con un reino de sobras de lo que soy ahora. De ti no me fio, eres demasiado fértil, tienes mi espacio para llenar y mucha voluntad para vaciarte dentro de mí, responde Zuê. Por fuera, tu piel está pintada de colores fosforescentes y tu belleza resalta cuando el calor del desierto se convierte en dolor que entume la piel por el frío. Juega con todo, juega conmigo, cómeme, juega siempre, juega todo, juego siempre; nunca dejes de jugar, no pasará nada; es un juego, como rayuela; ¿estás?

Me fui un segundo, Zuê. No te vayas nunca de mí, Sax. Eso no. Anoche pinté el cielo con el color de tu piel. Ni aunque el viento sople fuerte me iré. Mi letra era caligrafía. Cuéntame qué haces. Intento detener su voz que se expande por la habitación. Mi mano tiembla estirándose para apagar la vela con la yema de los dedos. El viento sopla con fuerza y las láminas del techo crujen llevándome con la destreza del viento. Vi esta tarde, en el taxi de regreso a casa, a una mujer con las manos pintadas, eran grecas color jenna, llevo jenna para pintar en tu piel, Zuê. ¡Que lindo! mi piel está deseosa de pintar y ser pintada. Regreso a las palabras de golpe. Cómo llegar y no llegar nunca. Cómo existir fugitivo. Tan torpe puedo ser que escapé, tan torpe la tormenta, tan torpe el hombre cuando mata de hambre a su hermano. Tan torpes podemos ser. Hay un accidente en el cielo. La vía láctea brilla sin compasión. Sé que andas volando, Sax, ven a mis piernas y aterriza aquí. Tengo que irme Zuê, ella suspira en un orgasmo interrumpido y me deja ardiendo. Como aquella vez. Chao, Zuê. ¡Miaaau! Hermoso. ¡Guapa! ya vete, ve con Ana, anda, te busco en el bar a la salida. El escondite de esas palabras guardadas por ocio en la memoria. Arrojadadas con su montaña rusa y dejándome caer desde la cima. Play again. Audio uno, guardado sin esperar aferrarme a él, justo antes de la voz de Ahmed Baba.

Mi paga es un poco de amor vacío, escrito para creer que puedo escucharla. Los tambores redoblan y no dejan de golpear mi pecho. Las láminas parecen desprenderse del techo.



### *La memoria*

Camino un paso atrás que ellos para poder anticipar los obstáculos orográficos en mi camino a obscuras. Regreso del internet por la noche, después de un día normal en el ministerio. Ahora además de Nhè también nos acompañó Osman. Él inmediatamente realizó los ejercicios en la computadora. ¿Qué diferencia hay entre él y Nhè? Quizás me estoy comenzando a volver viejo. Parte de los

regaños en español que Osman le hace a su hermano mayor. La memoria está en la cabeza y no está en el libro, le dice a Nhè quien no entiende todos los pasos para abrir internet y realizar una búsqueda. Pasamos frente a la casa de muchas banderas camino a casa. Recuerdo el tiempo que tardé hasta llegar a ese hueco que casi me tira el día de ayer. Deghnè tiene 19 años y salió desde muy chica del campamento de refugiados para buscar su futuro. Asume que no hay futuro aquí.

Exilios diferentes. Mi nave comienza a buscar tierra. Cansado. Llegamos a casa; Osman y Nhè se despiden ya que entro al patio. En la jaima, Deghnè, su voz cálida y su vida en español me dejan acercarme más. Interrogarle sin la común distancia entre el observador y el observado. Buscar tierra firme se confunde con buscar mujer. O es justo la combinación entre la tierra y el mar lo que es el desierto, mar de tierra, mar de arena con sus olas sobre el horizonte, la mar, la misma idea de donde eres parte. La pacha mama o la madre tierra son femeninas. Lo que destruyó la propiedad comunal fue dejar de pertenecer a un lugar para ser dueño de él. Las preguntas ahora son: ¿De dónde eres? ¿Cuál es tu tierra? Expresiones posesivas. El exilio que Deghnè vive es ¿en qué propiedad privada existes? ¿En cuál no? desde ahí ya ha sido despojada.

Para disimular mi destierro le he dicho que cada lugar se queda un poco en mí. Esquizofrénicamente me acompañan los lugares y comienzo a vivir para ellos. Me visita Julieta. Juego con Bahilla tirado en el suelo de una jaima. Entra el viento helado por la puerta de la casa de tela, pero no entra Ana, la memoria vive en la cabeza, dice Osman. Entra únicamente Zuê por la puerta y se recuesta a mi lado.



### *La refaccionaria de Land Rover's*

Por la mañana camino hacia el ministerio, pero esta vez no tendré mi turno completo, esta vez me encontraré con Malainin en Radio

Nacional Saharaui para una entrevista o algo así. Salgo después del desayuno preparado por Lala, pan con mermelada de chabacano y café. No sé por qué café en vez del té. Antes de llegar al paradero de taxis giro a la derecha en la marhsa para reconocer un poco el mercado que el primer día me pareció extraterrestre. Dos o tres callejones. Un matancero gordo con carne de camello colgando de la puerta, pequeñas cubetas de plástico llenas de palitos del tamaño de un lápiz, pero sin punta, un pasillo lleno de cuartos con melfas de todos los colores organizadas para que las mujeres puedan apreciarles, un local con un maniquí en el exterior, el único, vestido de lencería estilo enfermera sexy. ¡Ehhh! me grita alguien, al fondo de un local, entre motores y un chasis que hace de enramada y soporta lonas para crear una sombra, allá donde las láminas y las piezas de algo lleno de grasa negra me vuelve a gritar. ¡Ehhh! un hombre con un pañuelo color caqui, anteojos estilo Pessoa, camisa de vestir y pantalón formal. ¡Muchacho, ven! Entro esquivando las refacciones viejas llenas de arena. Mira, ¿podéis ayudarme? necesito abrir este tambo. Claro, respondo. Entre los dos jalamos la tapa de un bidón de doscientos litros, de esos que usan para vender petróleo los ricos. Al destapar el tambo, descubro que es miel, miel de abeja, pura, natural, con pedazos grandes de panales y abejas pegadas a la tapa. Hombre, gracias; estás perdido cierto, te vi en el internet hace unos días, noches mejor dicho, ¿dé dónde eres? ah, que descortés, yo soy Mohamidi Mohamed Fakala, de El Aaiun ocupado. Hola, qué tal, yo soy Santiago, Sax, de México. ¡México! Sabes que es uno de los países que más ha hecho por nosotros; México reconoce la República Árabe Saharaui Democrática y solo ahora, hace unos meses un compatriota tuyo se ha jugado la vida por nuestro pueblo. Rodrigo. ¡Ah! ¿lo conoces? Sí, he venido por él. Que buena sorpresa; hombre me siento muy privilegiado de concertar, pero, pasa, te puedo ofrecer un té. No puedo, discúlpeme de verdad. No, hombre, no en usted, Fakala, dime Fakala. Muchas gracias, Fakala, ahora voy para el Ministerio de Información. ¿Qué haces allá? Voy a Radio Nacional, a una entrevista. Muy bien, escucharé atento. ¿Eres periodista

como Rodrigo? Sí. Bueno, hombre no te entretengo más; pasa para acá a platicar, cuando quieras platicamos; esta es una humilde refaccionaria. Claro que sí, acá estaré. Esquivo los motores que gotean sus puntos negros entre la arena que se pega a ellos. Salgo de la refaccionaria y camino hacia los taxis, apenas a buena hora para llegar a la entrevista con Malainin.



*Radio Nacional Saharaui*

Llego a tiempo para grabar una cortinilla sobre la importancia de estudiar el idioma español. Segundo idioma oficial de la república. Malainin dirige el programa de radio para la difusión del idioma español. Dos minutos, una eternidad. ¿Por qué aprender español? ¿Por qué aprenderlo antes que el idioma de la guerra? La cabina sellada en un contenedor aduanal. Intento recordar cada palabra que quedó grabada. ¿No repetimos? vuelvo a preguntar. No, quedó bien. El jefe de controles levanta la mano y el pulgar de aprobación. Después de mí, graba Hayetu, la famosa Hayetu de la cooperativa de cine.

Después de comer salimos Hayetu y yo hacia la carretera para abordar el taxi destino a Smara. El polvo se levanta aún más de lo normal y nubla por momentos la vista que ya sorteas las piedras que desean entrar a los lagrimales. Va a llover, me dice Hayetu, su angustia inicia sin que pueda alcanzarla en la velocidad de su paso. Tomamos el taxi y recorremos la carretera desde la que se divisan nubes que vienen acercándose temerariamente. El color que se avecina con el viento rojizo. Encuentro en mi iPod la imagen de Zuê en el desierto blanco. Se ha reducido a un par de fotografías mi equipaje. La arena baila en remolinos intentando cubrir la carretera negra. Apago el iPod. Tropiezo con la añoranza de tu amor, con la criminal circunstancia que me atrapó, con la insuficiente libertad que llego después de la muerte. El taxista acelera como ya es costumbre su mercedes noventero, siempre con la inexplicable decoración taxista, este en especial, con un Bob Esponja que se

mueve en el tablero. Te quedaste dormida en el desierto, después de haber salido de fiesta. Te acompaña tu desnudez, con la camisa que te presté para dormir. Cuando despertaste, solo el sexo te quitaba el dolor de cabeza. Los recuerdos se estrellan en pequeños fragmentos contra el vidrio del taxi.

No hay un cristal que detenga el pasado. De la arena escarbo buscando tu piel. De la arena húmeda encuentro frío y tiemblo. Me alejo con miedo de encontrarte enterrada ahí.

Al llegar a Smara, Hayetu se despide acelerada en el paradero de taxis y camina en una dirección distinta que la mía. Camino a casa, para no tragar tierra me quito el pañuelo enredado en el cuello y lo intento amarrar como un buen árabe. Se me escapa de las manos al momento de pasarlo por la cara y termino persiguiendo mi pañuelo por la calle ya vacía a un costado de la marhsa. Los locales cerrados, la ciudad en calma, sin el agitado bullicio de los mercedes a gran velocidad por la terracería. Alcanzo mi pañuelo, me volteo dando la espalda a la dirección del viento y logro amarrar el pañuelo de la misma manera que me enseñó Haya. Camino casi sin poder abrir los ojos. Apenas alcanzo a ver las puntas de las banderas que se amarran a una jaima antes del contenedor amarillo. Giro a la derecha después de este y entre gatón y gatón de tela, llego por otro camino a casa de la abuela.

Entro al gatón, casa de tela, con su nombre nuevo para mí. Deghnè junto a otra chica, junto a Lala y la abuela. Esa otra chica es aún más hermosa que la misma Deghnè. La belleza sobresale con su desdén frente a los hombres, como muchas saharauias que ignoran a todos en el taxi. Ninguna palabra explica mi tonta admiración de extranjero. Los labios son morenos, de una rosa amoratado y con una definición gruesa y carnosa. Los pómulos son marcados, los ojos más grandes, almendrados, rasgados hacia arriba en la orilla exterior, como un gato muy despierto. Ojos de vaca, dirían en mi tierra. Las cejas son definidas y delineadas con su propia sombra natural. El cabello se lo deja largo y se lo recoge con una pinza para el pelo. La mayoría de las saharauias muestran muy poco el cuello. Hola buenas

tardes. Hola, responde y continúa platicando con Deghnè. Lala me regaña por no llegar antes que la tormenta. Gabne es mi prima que vive en el campamento de Auserd. Deghnè me explica esto y sonríe cómplice de algo que se dicen en hassania entre ellas. Quizás se muestran más porque están en edad de casarse. Además de la melfa no ves nada del cuerpo. Todo es sus manos, sus ojos y sus manos escanciar el té, girando las manos y creando la espuma.



### *La tormenta*

Esta noche arrecia la tormenta de arena, riah, dice la abuela, me dice señalando el techo que se estremece y las vergas de bambú crujen estirando sus fibras. Una noche larga, Dagnhè prepara su viaje para España después de siete meses de vivir en los campamentos. Viaja a un pueblo cerca de Andalucía. Ha estado cuidando a su abuela de 57 años. Gabne le ayuda a hacer la maleta que se esparce entre ropa tirada por todos lados del gatón. Ella me dice, treinta y siete, dice que tienes treinta y siete años. Deghnè suelta una carcajada grande y Gabne ríe junto con ella mientras cuchichean en hassanie. Dagnhè apenas alcanza a terminar de hacer la maleta dejando un caos en el gatón. Regalos, cajas, charolas, vasos, lleva una casa entera. Mientras fui a Rabuni por la mañana, me entero que ellas se fueron a Tinduf para tintarse con hena los pies y las manos como símbolo de despedida. Salem con una tranquilidad inusitada las observa. Regresaron cansadas y con bolsas de plástico envolviéndoles las manos para no manchar la ropa. La abuela ignora el caos que hacen las dos jóvenes mientras hacen la maleta de Dagnhè y se estira hasta una de las paredes del gatón, levanta una tela y saca cosas de ahí, cajas, telas enrolladas, vasos de cristal impecables. De ahí, casi invisible entre las telas de un muro y otro, saca un rollo de manta gruesa que desenreda. Salem me acompaña asombrado de las cosas que comienza a descubrir la abuela. Con sonidos y señas me enseña lo que ha desen-

rollado, es la cobija de piel de cabra que le regaló su padre cuando se casó en 1970, me traduce Salem. Es una manta curtida como si fuera única. Se aprecia como nueva, intacta, impecable. Él la tuvo durante toda su vida, hasta ver a su hija casarse en aquellos años. Manta que hasta ahora se conserva y usa para dormir en la jaima como le gusta. A la una de la mañana, las mujeres salen corriendo a la camioneta para llevar a la terminal a Deghnè y que aborde el avión de las cinco de la mañana en Tindouf con dirección hacia Argel.

Salem y yo ayudamos a subir las maletas a la camioneta de Haya. Ellas corren de un lado al otro mientras buscan ropas y meten todos los aditamentos tradicionales. Las observamos inútilmente. Ese orden que no entendemos, ese nerviosismo y suspenso corre por nosotros sin que podamos hacer nada. Llega el riah, la tormenta de arena con más fuerza y después el desierto, la belleza de Deghnè escampano. Es una ventisca que le acompaña y le desaparece de mis palabras. Me despido de Deghnè. Salem enciende las luces que atraviesan la arena levantada entre nosotros y la casa. Gabne y yo observamos como arranca la camioneta. Entramos a la jaima y ella camina hasta donde la abuela. Buenas noches, Gabne, le digo, ella me corrige, Gabel. Toma mi mano y pone mis dedos en su cuello. Gabel dice. Ella sonríe, Leile saida, dice y entra al gatón.



*Mail*

From: **Sax** ([sax@hotmail.com](mailto:sax@hotmail.com))

To: **Zuè** ([zuè@hotmail.com](mailto:zuè@hotmail.com))

Subject:

Date: Thu, 17 Feb 2011 11:40:04 +0020

Mujer cómo estas.

Te escribo sin saber de ti, sin saber dónde descansa tu cuerpo. Te mando estas palabras.

Te extraño mucho.

Estos días han sido todo nuevo. Algunas dificultades como la relación con los mayores.

Todo es con pinzas y con mucho cuidado. Vivo en casa de la Abuela de Haya y ahí siempre se come muy bien. Como camello que es tradición aquí.

El viaje me deja muchas preguntas. La parte de antropólogo no me llena y busco en mí más cuestionamientos. También las historias son difíciles de construir. Todo es plática al aire, todo es palabras sueltas. Me encantaría que estuvieras aquí. Sé que tendrías mucho que decirme de lo que veo.

También pesa la soledad. Me gustaría que las noches cuando llego a la alfombra verde de mi cuarto pudiéramos repasar los días que vuelan. Recostar juntos y sentir tu cuerpo a mi lado.

Ya ves cómo va la noche (lài), La arena (Tràp), la luna (Gamar). Estoy aprendiendo pequeñas palabras de árabe y hasania pero soy muy malo. Tengo un maestro de 15 años que me pide que recuerde más las cosas.

El paisaje es muy parecido a El Carrizal, me recuerdo mucho de los viajes contigo.

Aquí no hay espinas, es la ventaja, pero el frío, el sol, y el viento se parecen mucho.

Aún no conozco todos los campamentos y las dunas. Pero voy a ir a territorio militar (tifariti) el día 25.

Donde hay dunas y fiesta. También los nómadas del Desierto.

Las mujeres pff. Las mujeres son un tema, el machismo es muy parecido al nuestro.

También la relación comunitaria y familiar. Pero la unidad de la mujer es muy fuerte. Esto marca todo.

Me han contado que después de 1975, con la vida en el exilio, la familia gira con más fuerza, alrededor de la mujer mayor.

Es la que cuida y da seguridad a la familia. Esto va construyendo un nuevo poder.

El Islam tiene sus cosas, me siento como cuando de niño mis amigos rezaban y yo veía de lejos. Pero es muy fuerte la relación del Islam con la tierra. Con la orientación en el desierto y con la sobrevivencia. Viajo sin saber nada y esto me deja sentir más. Pero me encantaría escuchar tu voz y tu opinión sobre las pláticas de la mujer y el trato que tienen ellas.

Te mando muchos muchos besos.

Todos los días gira la arena y todos los vientos espero que te tengan en bien.

Te extraño

Sax

Cierro el cuaderno rojo que compré antes de salir de Barcelona. Uno más, este es de pasta dura con un lazo para encontrar la hoja. Cierro los ojos que se sepultan en la arena. El riah jadea por las ventanas de esa altura extraña y las láminas parecen papel que soporta la fricción del grafito. Suena Charly en mi cabeza, *La fiebre de un sábado azul y un domingo sin tristezas. Esquivas a tu corazón y destrozadas tu cabeza... El sueño de un sol y de un mar y una vida peligrosa, cambiando lo amargo por miel... Y llevas el caño a tu sien apretando bien las muelas...*



*Fakala*

Por la mañana voy al Ministerio de Información, la lectura interminable de notas en español únicamente repite pequeños panfletos de las demandas saharauis. Regreso por la tarde, pero en vez de ir al internet, salgo hacia la refaccionaria de Fakala. Al llegar

hay un cliente comprando miel. Hombre, que buena visita, ya lo esperaba. Qué tal, acá andamos, aún paseando por estos lugares. En el mostrador hay una báscula oxidada con platos grandes y cromados, arena por todos lados. Para ajustar la balanza, Fakala pone las llaves de su casa. El comprador acepta el peso de la balanza y toma el envase de miel con al menos un litro y medio. Lo que funciona como un taller mecánico con ejes, motores en la entrada, piezas de Land Rover originales, también es la distribuidora de miel para los campamentos. Antes de despedirse el cliente, Fakala me presenta con él. Es un buen muchacho, investiga la solidaridad de los pueblos, pero sin pasar por Europa; tercer mundo a tercer mundo. *Salam Aleikum. Aleikum Salam.* Bienvenido, responde el cliente quien se despide de Fakala con una sonrisa grande al llevar su miel para la casa. Bueno, y cómo te ha tratado el desierto, ¿cómo te fue en la tormenta? Un poco resfriado, creo que la tormenta me sigue. Él sonríe. Entiendo, aún no ha terminado Gdeim Izik, sabes, estos días he descubierto el olor de la tierra que trajo la guerra en el setenta y cinco; siéntate, ¿un té? Sí, por favor. Fakala acerca la parrilla eléctrica y comienza a preparar el té. Mientras calienta el agua, atiende a un cliente que busca una pieza para Toyota que se pueda adaptar de Land Rover. Atiende en español y despide al desilusionado comprador que no encuentra la pieza para su Toyota. Él es un saharauí que ya no habla bien el hassanie, vivió y creció en España estos treinta y cinco años de guerra. Yo salí después de la irrupción del ejército marroquí a finales de 1975, igual que la mayoría de la gente que ahora está por aquí. Participé en el congreso constituyente en la localidad de Ain Bentili y me incorporé al Polisario para la liberación del Sáhara. Eran momentos difíciles esos días cuando empezó la guerra, yo tenía unos dieciséis años, no teníamos medios para el traslado de la población de la gente para incorporarse al Polisario. La gente que huía de la ocupación marroquí, estaba perseguida por la aviación marroquí, estaba bombardeada, por ejemplo el famoso bombardeo de la población civil de Modreiga. Reposo intuyendo en las palabras de Fakala. Cierta cansancio en el cuerpo me impide

responder al fluido verso. Era un campamento donde se reunió a la gente que venía de Dajla y de Argub y de Binesdarán. La región sur se concentró en Modreiga, ahí levantaron sus primeros campamentos y fueron bombardeados por la aviación marroquí. Las gentes que vienen del norte concentraron sus campamentos por Getesemur y Tifariti y fueron también bombardeados por la aviación marroquí. Entre este funesto momento, se constituyó la República Árabe Saharaui Democrática, fue el día que salió el último soldado español del Sáhara Occidental, el 27 de febrero de 1976; a la par se libraban dos batallas, una en el norte y otra en el sur, en un enfrentamiento completamente desigual. Una lucha de David y Goliath. Nosotros iniciamos la larga caminata a través del desierto, muy temprano. Antes de que saliera el sol para que no pudieran rastrear nuestros pasos por ninguna parte.

Suena el sonido de la mezquita que llama al rezo vespertino. Por un momento se silencia todo en mi alma. Fakala se une al rito, me levanto y salgo a revisar los muelles y motores viejos. Apenas el sol comienza a caer. Pasan los minutos en los que regresa mi mente a pequeños lugares de Juárez. Lugares con y sin nombre entre la arena. Esa estrella de un cactus filoso junto a los pies de Zué. Cuantas espinas coordinadas para que una de ellas, rueda hasta sus pies en forma de estrella. Fakala me habla desde la entrada a la pequeña habitación de la refaccionaria. ¡Pasa! ¿Eres creyente? No, sí, tal vez. Estás perdido entre la fe. Sí, se podría decir. Hay una anécdota del Corán que habla sobre la caminata en el desierto, deberías leer el Corán, es diferente a todo. ¿Has leído la Biblia? le pregunto. Claro, por supuesto, también he leído la Torá y el Bhagavad-gītā. ¿Ese de dónde es? De la India. La fe es una herramienta de la comprensión del otro. ¿Dónde leíste todo esto? En Cuba, yo viajé a Cuba después de la intervención marroquí ¿Cómo saliste de El Aaiún? Bueno, quizás no dormí, preparamos el viaje por la noche y salimos muy temprano, mucho antes de que saliera el sol en la ciudad, caminamos hasta una localidad lejana, Amgala, lugar que ahora está dentro del muro de la segregación que divide las zonas liberadas de las ocupadas, ese

día fue muy largo, el más largo de mi vida, había dejado todo atrás para defender a mi patria, nos detuvimos varias veces para no ser descubiertos por patrullas marroquíes que a lo lejos aceleraban el paso a la invasión. A pesar de las condiciones del clima, de noche no podíamos prender fuego por miedo a la aviación marroquí, nos estaban cazando verdaderamente, esas noches fueron de miedo, sentíamos que en cualquier momento nos atacarían y moriríamos en esa soledad. De ahí nos trasladamos a pie hasta Mheriz que es otra localidad un poco más próxima a Tifariti, al sur oeste de Tifariti, éramos quince muchachos; mi madre se quedó con otros hermanos más pequeños en El Aaiún y mi padre se incorporó más adelante en la lucha del Polisario, nunca vi a mi madre desde ese momento hasta que falleció hace tres años. Viajé con amigos, compañeros de estudio. Y de ahí caminamos hasta un montosano de eso que se llama Ogaralquelda. ¿Por qué sin tu familia? Bueno, los marroquíes comenzaron a asesinar a los jóvenes y nosotros éramos los que seguíamos; los detenían, los torturaban para sacarles información sobre las células del Polisario, sobre los movimientos y muchos de los jóvenes que se quedaron fueron trasladados al interior de Marruecos para estar condenados quince y diecisiete años. Por ejemplo en la cárcel de Meguna, ahí muchos de ellos dejaron la vida en esas mazmorras del ejército de Marruecos en época de Hasán II; de Ogaralquelda nos trasladaron en vehículos Land Rover, de esos británicos y avanzamos hasta Ain Bentili y de ahí dos o tres días después nos llevaron en coches hasta Rabuni. Ya en 1991 liberaron a algunos de esos jóvenes, pero con trastornos, enfermedades, locuras, violaciones, toda clase de vejaciones por parte de Marruecos.

Llegamos a Rabuni al amanecer. Era un paisaje extraño incluso para mí. Apenas había unas cinco o seis jaimas, éramos pocos, con una pequeña guarnición del Polisario; los combatientes ya estaban en el interior junto al Polisario enfrentando batallas contra las tropas marroquíes. Al llegar entramos en un refugio subterráneo, un poco húmedo, con apenas unas cuantas mantas pegadas a las paredes de la caverna. Descansamos un día o dos

después de la larga trayectoria y al poco tiempo comenzamos a realizar algunas instrucciones militares. A la vez que aprendíamos las artes militares, nos daban clases de árabe, de español y de esta forma, un par de meses. A finales de ese mes nos trasladamos a Mahbes, ubicada en el noroeste del Sáhara, muy fronteriza con Argelia. Y de ahí ya con cuarenta y cinco compañeros vamos para Tifariti y de ahí hasta el extremo sur del Sáhara a una localidad llamada Leguera, tal vez era mediados o finales de diciembre. Ahí comenzaron las fuerzas mauritanas a invadir Leguera. Comenzó un combate que duró doce días. El ejército marroquí junto con el ejército mauritano. Fue mi primera batalla. Tuvimos que abandonar la localidad de Leguera y nos adentramos nuevamente en el desierto perseguidos por las tropas marroquíes.

Fakala recibe clientes y saluda a todos ellos con el tradicional Salam Aleikum, entre cliente y cliente me recita como un noticiero de la BBC aquellos días de los enfrentamientos en Leguera. En la frontera sur del Sáhara Occidental se han registrado bombardeos con napalm y fósforo blanco por seis aviones F5 marroquíes a los campamentos desplazados saharauis próximos a Modreiga, causando treinta y cinco muertos, trescientos cincuenta heridos y numerosos desaparecidos. Fakala me muestra un libro de notas que ha traído desde la guerra en aquellos años. Temo encontrar el color de la sangre en sus páginas. Alcanzo a observar la manuscrita perfecta en lápiz sobre hojas cuadriculadas. ¡Salam Aleikum! Fakala atiende mientras alcanzo a leer: *Bombardeo aéreo marroquí a los campamentos de refugiados saharauis, próximos a Tifariti, causando varios centenares de muertos y heridos.* Regresa Fakala. ¿Estos son los dos bombardeos? Sí, es del norte y Tifariti es más bien la zona centro del Sáhara; mira acá está: *el diecinueve de diciembre de 1975, Laguera, defendida por los saharauis, es sitiada y sometida a intenso fuego de fusilería; morteros y carros de combate atacan la ciudad desde las dieciséis horas a las dieciocho horas; cae la ciudad en manos de Mauritania.* Entonces el veinte, después de diez días de combate y haber sufrido catorce bajas y de haber ocasionado ochenta bajas consiguen ocupar el poblado de Leguera

que quedó completamente destruido: *Mauritania ocupó, Tsherer y se dirigen hacia Auserd donde son repelidos por los combatientes saharauis*. Ahí fue donde se logró la resistencia del Polisario. En la batalla de Leguera, la gente civil nos alimentaba, nos cuidaba y nos proveía de sardinas, recuerdo ese olor combinado con el olor a pólvora en mis manos que no tenía tiempo de lavar. Agazapados entre las casas y las ruinas de los muros de la ciudad llegaba una vieja muy parecida a mi madre. Ella reía porque teníamos la cara llena de tizne de los techos quemados por las bombas. También nos traían gofio, es una masa de maíz con agua y algo de aceites. Recordaba a mis hermanos en El Aaiún y mis sentimientos eran de agobio, sentimientos positivos y negativos, la familia, la injusticia, el espíritu de la razón, la muerte. Mi labor ahí era defender una guarnición del Polisario que bombardeaba la ciudad mauritana de Nuadibú y donde ahí llegaba el tren con minerales, defendimos esa unidad hasta acercarnos lo más posible a esos objetivos. ¿Lo lograron? Sí, avanzamos y pudimos llegar a nuestro objetivo; cayeron amigos que tenía desde el colegio, compañeros de batalla; no sé por qué no me dieron, uno nunca puede explicar eso, es una ley al azar que no se puede predecir. Fakala resopla constantemente cuando su primer batalla añejada en su garganta aún traga hiel.

De ahí regresamos a Rabuni en las mismas fechas de la proclamación de la república. Llegamos a un lugar que se llama Arjeida que está próximo a Rabuni. Quedamos ahí un mes y pico y después nos vienen a buscar el ministerio de educación, buscan a los que entiendan español para impartir clases. En ese momento ya se han levantado los campamentos y es necesario levantar escuelas. A mí me destinan a un campamento que se llama, Guaduna que está al este de Tinduf, ahí empecé a impartir clase a los niños de primaria árabes. ¿Tenías apenas quince años? Sí, sí. ¿Eso es lo que querías? Es lo que me han ordenado, esa era en ese momento mi misión. Ahí enseñaba el abecedario y enseñaba lo necesario para que se salven de lo que nosotros hemos sufrido, que es la ignorancia, la injusticia y todos esos males que realmente te ponen circunstancias que realmente rechazas. Yo apenas lo que

sabía de América Latina era muy poco, era algo de Fidel y algo del Che y es curioso porque supe de Cuba por una canción que cantaban la contra de Fidel y la revolución, la canción aún la puedo recordar exacta, se llama, Cuando salí de Cuba; esa canción era muy famosa entre los combatientes porque nos animaba para algún día regresar victoriosos a nuestras ciudades. Esa canción sonaba mucho en España y nos hizo preguntar ¿dónde quedó Cuba, dónde quedó? ¿Eso es lo que enseñabas? Sí, a los dieciséis años. Lo que sucede es que en el ejército español, no solo había franquistas, también había de tendencia republicana o comunistas y ellos filtraban folletos y libros del Che. El primer libro que cayó en mis manos fue... *As Salam Aleycum*. Interrumpen la revelación del secreto.

Doy un sorbo al té que sin pensar ignoro si es el primero o el último. Bajo la mirada y observo mis tenis de montaña llenos de arena. Mi pantalón caqui con bolsas comienza a tener manchas. Mis manos sobre un cuaderno anotando todo lo que puedo. Mis audífonos blancos, Apple, colgando de mi camisa, mi mirada evitando el glaucoma con la contracción y dilatación de mis pupilas. Pero la historia no termina ahí; la historia en realidad no termina ahí; al año de estar dando clases nos llamaron de nuevo del Polisario que teníamos que ir a Cuba a terminar nuestros estudios; y nos encontramos de nuevo en el fervor de la revolución, en el entusiasmo de la revolución; y vivimos todos esos acontecimientos de los años 1980, la dictadura en Argentina, en Chile, en Uruguay y en Paraguay de cerca; y todos los días comparábamos la situación nuestra con la situación de los pueblos de América Latina que estaban, también, sus pueblos sojuzgados por sus gobiernos y por dictaduras fascistas y por el mismo imperialismo de los Estados Unidos, quien llamaba a esos países peyorativamente como, las repúblicas bananeras o el tras patio de los Estados Unidos. A nosotros nadie nos dijo cómo pensar el mundo. Sin embargo, logramos abrir un modo de pensar que siente y piensa los valores de la libertad y la justicia como la base de todo. No teníamos nada, absolutamente nada. Teníamos el entusiasmo de la juventud pero

siempre acompañados de la razón, del pensamiento, de la humildad. Esto es lo que nos ha perfilado nuestra vida. Nosotros podremos decirle a nuestros hijos que hemos tenido el valor y la gloria de haber luchado para siempre, hasta que hemos envejecido.

Bueno, tengo que dejarte ir; pero tienes que regresar; no te pierdas que hay mucho que hablar; sé que no entiendes lo que sucede ahora en los países árabes; no lo tienes claro, se ve en tus ojos; mira, busca esa noticia de un taller mecánico en Egipto que dice: *Cerrado hasta que caiga el régimen*. Busca esa noticia y cuando puedas ven para explicarnos esto que sucede gracias a la primavera árabe. Asiento con la cabeza mientras él sin preguntarme, toma un envase de agua y comienza a llenarlo con miel. Ven cuando quieras, toma, para el resfriado, tú no estás acostumbrado a estas tormentas, tienes que cubrirte el rostro y la cabeza con un pañuelo siempre, con frío y con calor, tienes que hacerlo. Meto la botella con miel en mi mochila. Al final de la plática llega otro cliente que tiene tos y compra miel. La balanza oxidada vuelve a equilibrarse con las llaves de la casa y el taller. Enredo mi pañuelo en la cabeza con la técnica de Haya y me despido de Fakala quien sonríe desde el mostrador de la refaccionaria de Lands Rovers. Acomodo los audífonos y pongo rec al iPod, grabo mi voz camino a casa.

Una tormenta bajo mis pasos. Camino pateando las piedras. Es una manera introspectiva que va descifrando mis ideas. Aquí todos caminan con la frente en alto. Van pensando mientras ven el horizonte, con la espalda recta, como los ojos con pestañas gigantes para evitar la arena, igual que los camellos. Los hombros hacia atrás, las manos sueltas. Se apaga el iPod y continúo hablando solo camino a casa. Con los oídos tapados por el iPod se escucha el crujir de mis pies sobre la tierra. Son miles de granos de arena triturándose unos con otros bajo mis pies. La tormenta levanta el viento que apenas deja ver hacia delante. Bajo la mirada y pateo las piedras para no tropezar con ellas. En voz alta, con audífonos para fingir que no escucho nada. Una tormenta bajo mis pies. Rodó la estrella hasta sus pies, se le encajó y le quité la espina

de la planta de su pie, sostuve su tobillo, la observé un segundo, desnuda, mirando hacia el cielo. La arena gira contra las láminas.

La rutina y la ansiedad al inventarme actividades en el día se convierten en una versión del tiempo saharauí. Esperar la libertad de su tierra que no está en sus manos. Fadel, compañero en mis días de trabajo en el Ministerio de Información me dice. No tengo nada que hacer más que imaginar la guerra hasta que se libere el Sáhara, vivimos esperando y yo junto con ellos. Me lo dice un saharauí que se duerme a las tres de la mañana editando en el ordenador un video de denuncia. Su rutina se parece a la de cualquier editor de video pero esto es sólo llenar el tiempo antes de la guerra.



### *Carta a una muerta*

La vela se perdió y se perdieron las palabras que tengo pegadas a la piel. Algunas en árabe y otras en versos. Empiezo a ser parte de esta fauna de carros de los años 40's con las carrocerías oxidadas al lado de casa. Esto es el mundo del residuo, del no hay más. También soy el hijo que llega tarde y se les pierde. Hay días que me meto por ahí donde nadie sabe, yo tampoco. Despertar es un problema, siempre estoy en otra parte, ayer amanecí en la sierra de Chihuahua, veo la barranca de Batopilas desde Inapuchi, esa vez además de las horas en troca y terracería, caminé cinco horas subiendo monte para llegar hasta allá. Cuánto puede doler la distancia. Aprieto con mis yemas de los dedos el caracol en mi pecho. Se me olvida que estoy a semanas de estar contigo. Que no hay ningún lugar a dónde regresar, que no hay viaje de regreso. De la distancia duelen dos cosas. La madre, que esté bien y el amor que no te olvide. Una no me habla y la segunda está muerta. Empiezo a ser navegante de arena, pirata de barcos encallados, tormenta de nubes que rayan la piel. En las pláticas me preguntan constantemente si estoy casado. Dependiendo del lugar antropológico, es mi respuesta. También cambio si es día de luna llena, brutal, hermosa, impresionante, casi la toco. Entonces todo aquí pasa por la luna, salgo a caminar por la noche. ¿Quieres descubrir los secretos de este otro mundo? Cuando digo que estoy casado eres tú mi cómplice para

venir a escribir esto. Cuando estoy soltero también. No es mi relación lo que nombro si no mi futuro sin patria, hasta que la guerra alcance a todos y más allá, después de eso, cuando todo nos duela, tendríamos que imaginarnos sin patria para reconstruir algo que es de todos.

He estado varios días malo de la garganta. Ayer ya me tiró a no moverme. Nada grave, fue el *riah*, la tormenta de arena. Voy a Tifariti, a zona liberada. Estaré fuera por un par de días, hasta el 28 de febrero. Cuando desconecto de la red sólo deseo que estés bien. Mi Zuê, desde mis historias y laberintos se pueden interpretar de muchas formas mis letras. Cuando te escribo a ti, es el ser humano que respira y camina, este es el que te ama.

Sax



### *Regadera*

Los días avanzan y desaparecen los rituales de la casa de Gastón. Una regadera y un techo cuadriculado está lejos del paisaje. El desierto se impone sobre mis hábitos. Bañarse, poco. Deteriorarse bajo el sol y el viento, sonreír en cuevas oscuras, comer como soldado en el Ministerio de Información. El frío y el calor oxida la lámina y revienta las llantas. Las personas se calan en este paraíso, se curten viejos y crecen rápido. Traigo la garganta y la cabeza hecha mierda. Sumando que la espalda no se entibia por las noches y a las cinco de la mañana uno tiene que esconder la cabeza de cualquier viento. Un paraíso de muelles hacia un continente perdido. La Rambla que te lleva al puerto está flanqueado por buques de la posguerra y peceras con vestidos de novia en agua de arroz.

No hay promesas en esta situación, no hay quimeras, no hay reyes ni bellacos. Todos se doblan ante el día y la noche del desierto. Mi boleto de regreso es un tesoro, mi destino último bajo el zaguán, sembrando muertas en la arena blanca, es tanto o más que una ilusión limpia. Me imagino llegando de Argelia a México, abrir mi refrigerador y recostar para la tele de un domingo. Desempolvar

mi recámara y extender las sábanas que se enredaron en tus pies. Tomar el carro e ir a tu casa, a tu portón, donde dejé quizás todo rastro de mí. ¿Qué vas hacer con mis historias? Cuando te vuelvas loco y no te soporte, respondiste. Sí, cuando me vuelva loco y no me soportes. Mientras pueda besarte y seguir haciéndotelo, puedo vivir quinientos años. Pero yo perdí. Vencido por este sol, el viento y la noche que enfría mi espalda. Vivo exiliado.



*Tres días de luna llena*

Salgo del Ministerio de la Juventud después de reunirme con Mohamed Molud. Me han mandado llamar para pedirme la agenda de Rodrigo e Inés en los campamentos. Dos cosas he logrado del encuentro. La primera, explicarle que Rodrigo viene para los festejos del 27 de febrero y aún no tenemos una agenda programada. Les preocupa que se reúna con los jóvenes que han protestado frente a la presidencia. El segundo logro es pedirle al ministro que me facilite encontrar entrevistas para recuperar las historias entre el Sáhara y América Latina. Salgo del ministerio y camino hacia los taxis. Entro en un chiringuito a borde de carretera. Espero a que llegue algún Mercedes. La cabeza me revienta, las moscas me comen. Necesito regresar a casa. Son ridículas mis palabras, llegar a casa es la latencia del asfalto caliente sobre la carretera vacía. Distancia, no hay nada más efímero que mi casa, nada más lejos que el descanso real, que el regreso. Una parte de este esfuerzo es vanidad, orgullo y vanidad. Es el verso de decir lo que hago.

La convicción y los motivos y el cómo he sido atravesado por este puente tendido entre sures. Ordeno algo de comer. Por la hora, lo único que me ofrecen es camello con arroz. La carne seca tiene un sabor a Zuê, como si los bocados fueran de su carne, ácida y dulce. El restaurante a orilla de la carretera pone noticias que ignoro. Es Al-Jazeera, entiendo por las banderas en los encabezados que hablan de Egipto, Túnez y México, aparecen en ese orden. Las moscas se han cansado de mí. Aún no llega el Mercedes

modelo año 1980. Mi lengua recuerda el vientre de Zuê sabor a almendras y su boca a licor. Termino lo que se podría llamar cena, pago y observo por unos segundos las escenas de la caída del presidente en Túnez, las protestas en Egipto, las protestas en México. Salgo del restaurante y camino hasta la esquina para esperar el Mercedes. El día muestra su luz oxidada por el tiempo. Llega un taxi, abordo y encuentro a una saharauia con su bebé en brazos. Avanzamos sobre la carretera. La bebé llora con todas sus fuerzas. Sobra un puesto entre la saharauía y yo. No tomo en cuenta a la bebé. La saharauia maniobra con la melfa para sacarse un pecho y darle a la bebé de comer. Observo las manos de la madre pintadas con hena deteniéndose el pezón frente a la boca de la bebé. Alcanza su comida con instinto. Ana nunca hubiera dado pecho en un taxi compartido. Ella llegaba de bañarla y la acostaba sobre mí. Después caminaba desnudándose para bañarse. Sus nalgas se perdían en el pasillo. El desierto poco a poco se traga al sol. El día que regresé del sembradío de muertas parecía que ya supiera mi destino; salí de ahí, subí al carro y digerí el camino de regreso. Todos los carteles en la carretera sobreexpuestos, quemados al sol. Manejamos en dirección al sol. Se cierran mis pupilas. No puedo ver nada. Al pasar frente a Sabao Sherin el carro se hace a un lado de la carretera, la saharauia desciende del taxi y continuamos nuestro camino.

Al llegar a Smara, la explanada de taxis está sepultada en la obscuridad de la noche. Intuyo el orden de los edificios, asumo que Protocolo está al fondo y la calle principal, la rambla de olvido, a mano derecha y a mano izquierda la calle de la marza que da a la principal también. Tomo el camino de Protocolo porque frente a él se ha acumulado un poco de arena y tropezaré menos. La avenida principal únicamente ofrece una ventisca que descubre las piezas de los motores, quedan expuestos los huesos de la comida tirada sobre la calle. A lo lejos, un par de luces iluminan las fachadas de las tiendas. Pasando la luz es a mano derecha y de ahí caminar hasta la calle del contenedor amarillo. Es la calle que baja por los corrales de cabras hechos con las láminas de los carros. La más

peligrosa para mi ceguera. Sin querer, pateo una de las láminas y el sonido genera un reflejo blanco azulado. Avanzo más lento, sé que pronto estará el pozo donde quemaron la basura hace un par de días. Me orillo sobre el lado izquierdo de la vereda. Ahí puedo tropezar con la puerta que da a la casa llena de banderas y más allá llegaré a la calle del contenedor. Ahí la pequeña tienda donde compro las shemhà y entonces, por fin será el contenedor amarillo. Me detengo ahí, tomo aire en lo que defino mi ruta, si será por detrás de las jaimas, donde puedo tropezar con las cuerdas que tensan las casas de tela o será por la calle que implica rodear toda la cuadra y tal vez perderme. El contenedor amarillo que presiento, es omnipresente, un bloque obscuro rodeándome, comienza a palidecer hasta ser una bruma magnética. Giro a mano derecha por entre las jaimas, la luna se dice, Gamer y ha estado llena desde hace cuatro días, el primer día fue roja, como la memoria de la sangre de Ana.



*Luna menguante, oro sobre oro*

Molud me ofrece un té. ¿Para qué saber la relación entre América Latina y Sáhara? pregunta. Su escritorio sobresale por su orden, la extensión de la madera oscura, curtida con sus propios aceites, un cable azul que atraviesa la biblioteca a sus espaldas, cuelga hasta la computadora portátil y se conecta al puerto. Ethernet. Llega la charola con una docena de tés. Molud interpreta mi cara correctamente. Aquí viene mucha gente y preparamos para todos, no es el mejor, eso lo entiendes. Da el trago a su primer té, amargo como la vida. Bueno, creo que América Latina ha influido de manera drástica en su manera de llevar la lucha por la liberación del Sáhara Occidental; me interesa saber ¿cómo sucede esta relación? ¿cómo se mantiene ahora, en el contexto de las intifadas? Molud sonríe, recibe algunos papeles para firmar. Entiendo, y ¿a quién te gustaría entrevistar? Me gustaría entrevistar a los que crearon esta relación, a los poetas y a los jóvenes. Bueno, quie-

res entrevistar a medio Polisario. Sonríe nuevamente. Sus cabellos chinos, despeinados, de militar en batalla, son tan oscuros como sus encías. Contrario a la ansiedad de Ahmed Baba, él mueve las manos con gracia italiana, es el ministro de la juventud. Mira, creo tenemos que hacer una lista de los que podrían darnos pistas de esa relación; los primeros que fueron a América Latina fueron los comandantes, pero ellos están en Tifariti, después. Yo estaré en Tifariti, interrumpo. Ok, el más importante es Abdelazis, pero por los festejos del 27 de febrero, es complicado. ¿Cómo vas a ir a Tifariti? Bueno, Rodrigo e Inés quieren ir y acompañar con las fiestas. ¿Podrás ayudarnos? Molud voltea a la puerta donde el sol atraviesa las ramas secas de una talja. ¿Entonces quieren ir? Sí. Vamos a ver, ¿y quién pondrá el transporte? Ellos vienen junto con ACAPS, bueno, ACAPS paga. Ok, entiendo; tenemos que apuntarlos en la lista, ya casi no hay lugares, deja investigo esto de Rodrigo y continuamos la lista de tu investigación después.

Camino desde el Ministerio de la Juventud. Veo a lo lejos las paredes de adobe a espaldas del Ministerio de la Información, tal vez, dos kilómetros, tal vez más. Camino por entre las piedras, sin senderos ni rutas marcadas. Amarro correctamente mi pañuelo hasta llegar a la carretera y después a el chiringuito donde ponen las noticias. Ahora ofrecen pollo frito y papas a la francesa. Plátillo de lujo. Las noticias anuncian algo, un comensal tira los cubiertos y azota con las manos la mesa. Uniforme militar y canas en la barba. Habla con un joven en la mesa de al lado. ¡Perdón! Le hablo al joven. ¿Qué sucede? Han anunciado los bombardeos de la OTAN contra Gadafi, van por Libia. Sigo comiendo mientras el viejo grita contra la televisión. Deja la comida a la mitad y pide una coca. ¿Por qué Libia, por qué les interesa? Le pregunto al chico, pero voltea el viejo quien se levanta frente a mi mesa. ¿Puedo sentarme? Sí. ¿Habla español? Mejor que el joven. ¿Por qué Libia? Porque ya perdieron Egipto y Libia es la puerta principal para el tráfico de armas de la OTAN y es el país del norte de África que contiene más bolsas de agua y agua en el desierto es oro, además del petróleo que exporta a la Unión Europea. Termino de comer mientras el

viejo comandante me explica todo acerca de la geopolítica en la región árabe del África del norte.

Abordo al taxi de regreso a Smara. Es distinta la versión de quien fue a Cuba. Las piedras del camino son acicaladas con el sol de las cuatro de la tarde. El chofer sube el volumen al estéreo, es una canción de la Orquesta Nacional Saharaui. Bismila, se llama, la grabaron cuando Rodrigo vino con los músicos para crear un centro cultural. La traducción del árabe al occidente son todas las miles de pequeñas acciones que se tienen que hacer para ser visible, para existir. El mundo árabe representa el otro imperio, África es el otro negro, América Latina es la otra mafia, Europa son los blancos, Asia son las tecnologías y los chinos. En este mapa no existen los nombres propios. Raúl les dice, mi familia saharauí, sin recordar el apellido o el nombre de pila de algún miembro de su familia. Deja los euros que le incluyen un esclavo que pague por ti para que no tengas que aprender el idioma, para que no uses las manos con los billetes corroidos y pegados con cinta. También incluyen una visita a las dunas y una fiesta de recepción que los niños organizan esperando dulces para que se le piquen los dientes. ¡Sabao Sherin, Sabao Sherin! canta el chofer. Esperamos a que aborde alguien en 27 de febrero. Este circo all inclusive sucede a la par que el mundo árabe soporta dictaduras auspiciadas por la ONU. Ahora Estados Unidos planea el enroque al invadir con la OTAN a Libia y abandonar por este momento a Egipto. No he escuchado ningún árabe que pida la ayuda de occidente en las revoluciones de Túnez o Egipto. Petróleo y agua, oro sobre oro para los invasores. Arrancamos con el carro lleno. El pueblo saharauí celebra en tres días la constitución de la RASD. Las manos de la generación de los cuarentas, de las cuarenta tribus que se representan en el estado nacional exiliado. ¿Para qué? Para la ONU y para que reconozca la legalidad de su causa. RASD T.V. y Radio Nacional están también en español y hassania. El servicio de prensa saharauí también publica en inglés y dedican sus recursos nacionales a que sus jóvenes aprendan el francés, alemán, chino y portugués. El árabe contiene sonidos en su abecedario que el latín no conoce

ni con sus múltiples acentos. Los nómadas, hijos de las nubes, beduinos contemporáneos, exiliados del exilio. Viviendo por décadas sin ver a su familias que se quedaron detrás del muro. Y los que salieron desde 1975 no han podido ver a su madre de nuevo. No podrán ni siquiera ir al entierro de sus hermanos muertos en los territorios ocupados.

Cruzamos el retén militar de Smara. Jóvenes que no conocen su mar en las costas atlánticas del Sáhara Occidental. Los hijos de las nubes, saharauis, nómadas del siglo veintiuno, atrapados en el juego político y económico de la inquisición europea, de las líneas fronterizas imaginarias. Atrapados en el terror a lo otro. Los saharauis en su camino han traducido y adoptado la vida del caribe cubano en el interior de los llanos agrícolas de la isla rebelde. Una isla que palidece entre los colores fluorescentes del mar, una isla que navega con la vela hinchada de su futuro, con su propio aliento. Desde su cultura musulmana, islámica, han respetado, han aprendido y compartido la revolución de Cuba. Han bailado la salsa y comen arroz con frijoles. Han regresado convertidos en médicos o ingenieros, han continuado su camino nómada. Buscan la descolonización del Sáhara Occidental. La traducción del árabe al occidente tiene un rostro colonial. Apenas la enumeración de pasajes nos dan una pista de las huellas, de las miles de pequeñas acciones para que existan para occidente. Dejan de ser árabes, saharauis y africanos para convertirse en un Auschwitz de Marruecos, el protectorado de Francia. Esto es lo que se tiene que sufrir cuando se traduce desde el sur. Llegamos a Smara. Siguen llegando zapatos para niños refugiados, llegan sin su par a los campamentos de refugiados de los hijos de las nubes. Pago y desciendo sobre la explanada de taxis. Siguen mandando las limosnas europeas para enmendar a los seres humanos sin remedio, sin futuro, sin nación, sin pasaportes. Siguen llegando las misiones de la ONU con costales de harina con el sello de los Unite States of America. Siguen sin tener nombre y apellido las familias que reciben a los desempleados, a los parados, sin trabajo, españoles y europeos. Reciben a los inadaptados europeos que sienten un poco de culpa

por los pobres. No son pobres, son despojados, somos despojados. Siguen los cascos azules paseando como turistas desde 1991. Desciendo por la avenida principal. Ningún cooperante habla de su crisis y su huida, nadie quiere hablar de la miseria de Europa. Lleguen aquí, escóndanse, paguen un all inclusive en el mundo de los refugiados en África. Entro al patio central de la casa de la abuela. Y específicamente en esta parte de África que se llama Sáhara Occidental. Lala sale del gatón y me regaña por no avisar que no vendría a comer, mi plato servido, enfriándose.



*Halil, el guerrillero*

Molud delegó la agenda de Rodrigo a Halil, Ministro de Territorios Ocupados. Subimos a una Land Rover del Polisario, la hojalata blanca y las letras azules de Protocolo. El chofer más viejo de la caravana rumbo a Tifariti. Sin copiloto, el chofer apenas lleva una pipa larga, de esas pipas que conocimos por las Moulin Rouge francés que seguramente importaron el estilo de acá, mete tabaco y se acomoda los lentes Ray-Ban estilo patrulla motorizada. Avanzamos sobre la carretera media hora, después, desierto. El piloto también se aleja de las huellas de otras camionetas y dirige su máquina sin rumbo alguno. Brincamos entre dunas y piedras que tienen un sentido para él y nadie más. Sin prevenir aparece otra camioneta de la caravana a mano izquierda y otra a mano derecha, se cruzan en caminos diferentes y se alejan trenzando una estela larga de arena levantada por la velocidad. Parecen delfines que juegan con la espuma que se mezcla en la longitud del desierto. Mar de desierto.

Por unas horas jugamos entre las camionetas a ver quién traga más polvo. Nuestro viejo piloto hace ver su destino a las demás camionetas. Ahora desaparecen, no se alcanza a ver ninguna de ellas cerca. No hay nada. Nuestro horizonte se detiene en una pequeña ilusión que se convierte en arbustos y en una talha rodeada de piedras negras. El piloto se detiene a lado de la talha, un hui-

zache, y saca un par de cajas, una para cada pasajero. Mientras abrimos nuestras cajitas felices, el piloto prepara un fuego en la sombra de la talha. Es un pan, una lata de atún, algunos dátiles y un jugo. Rodrigo e Inés me dan sus latas de atún, las que convertido en un lonche gordo de pez atlántico. Ellos comen dátiles, su jugo y esperan atentos a que espume el té. El viento sopla sin alterar la composición del fuego bajo la tetera de peltre verde. Camino hacia lo que entiendo es una loma, veo de lejos nuestra camioneta, nuestra talha. Tomo una piedra de ese pedazo de luna. Regreso a la camioneta y espero mi porción de té verde. El viento sopla y la espuma densa sobre el té detiene la arena en la boquilla del vaso. El piloto sopla a la espuma y tira la arena que le sobra a su sabor, suave como la muerte. Terminado el ritual subimos a la camioneta y el piloto apaga el fuego con una meada.

En la fiesta de la RASD sientan a Rodrigo junto a los invitados principales del treinta y cinco aniversario de la república. Por tres días soy el secretario particular de Rodt. Nos levantan temprano, antes de que el sol comience a salir. Nos llevan a las reuniones con los activistas saharauis de los territorios ocupados. Escapo dos horas para verme con el embajador de Venezuela quien me explica el papel latinoamericano en la primavera árabe. Regreso a ser el secretario de Rodt. Hacen explotar dos minas antipersonales para que los medios internacionales tengan muy presente la sensación de la onda expansiva en el pecho. Nos siguen dos agentes de inteligencia argelina, apuntan en una libreta cada que hablamos con alguien nuevo. Le hacen entrevistas en cada televisora árabe a Rodrigo. Regresamos a los campamentos, dejamos Tifariti. Subimos con orgullo a nuestra camioneta y nuestro piloto experimentado hace gala de su pañuelo nuevo color caqui, ese que ahora lleva estampado con serigrafía la imagen del rostro de Rodrigo, en el mismo tendido donde venden los pañuelos con la imagen de El Luali, El Vatala o Abdelazis.

El piloto fanfarronea sobre llevar a Rodrigo en su camioneta. Nos acerca lo más posible hasta el muro vigilado por marroquíes. Con la cámara digital de Rodt hace un zoom a los farallones de

pedra. Nos separan del muro un par de kilómetros. Los necesarios para no tropezar con las minas antipersonales. El zoom digital muestra que nos apuntan con rifles desde el muro. Avanzamos hasta el territorio lunar. Se detiene el piloto, desciende de la camioneta sin abrir la puerta para que bajemos. Esperamos en la nada. El piloto organiza su cuerpo en dirección a la nada. Se quita las sandalias de plástico y deja los lentes en el asiento; toma una piedra y se limpia el rostro, las manos y las orejas tallando su cuerpo con la piedra. El viento y el sol enrojece el paisaje. La nada es tan hermosa que se le puede prometer cualquier cosa. No puede ser de nadie. El horizonte del desierto alcanza a ver el giro de la tierra. Todo tiene sombra, aún la mayoría desconocida. Inquieto por la escala, abro yo la puerta y bajo a estirar un poco las piernas. Camino por el otro lado de la camioneta donde no está el piloto. Mis palabras son erosionadas por la eterna distancia entre mi cuerpo y el sonido de mis pies. Quedarán marcados en el frío de la arena, quiebran la paradoja del desierto. Todo lo que esperó esa tierra para contarme sus secretos que el viento trae con su mirada ciega a mis ojos. Cruje el suelo, me pongo en cuclillas y le hablo al silencio como una tibia cuna de caricias. Se endurece la piel y se quiebra el júbilo en fragmentos de cristal que se quedarán aquí por la eternidad.

La nada contempla todos los destinos de mi mirada. Comparte la extensión de todos los nombres. Juega en el tiempo del universo. La memoria que atrapas del viento tatúa sobre tu piel mis lágrimas. Llévate de mí lo que es tuyo. Conviérteme en un grano de arena. El júbilo no detiene el vértigo que siento. Regreso a la camioneta. Todos listos para seguir el viaje.

Después de estremecerme por lo impresionante del paisaje, Salima, saharauía amiga de Rodt, me recuerda que a todos les pasa y luego se van. ¿Me pregunto si uno puede sentir más que lo obvio? Más que lo que está a flor de piel, más que conmovirme inmediatamente, más que cualquier fotografía de archivo, más que todo, más que una experiencia de vida. Ahí es donde encuentro el páramo de promesas incumplidas y donde me doy

vergüenza. Escapo de estos cuadernos y observo a Rodrigo e Inés abrazados, conciliando el sueño en el regreso a Smara. Me da asco lo que puedo ser cuando borre todo esto de mí. Sólo tendré mi voz tatuada de adiós. Tengo que guardar esto donde siempre lo vea y me ayude a sentir una vez más. Tatuarme para siempre los ojos y la belleza que las palabras reducen a pedazos de un todo. Gran contradicción entre el mundo de lo impreso y la voz. Uno de los grandes errores de occidente es querer tener un lugar para todo. Osman, aún recuerda el cuento del joven del maíz que viajó buscando las nubes que no regresan con agua; fue lo primero que le conté.

Al siguiente día Inés se viste de gala, usa una diadema dorada con piedras de colores, se pinta de henna las manos y los pies. Nos reunimos con el vicepresidente de la RASD, nos pregunta nuestro balance a futuro sobre los territorios ocupados. Viene la guerra, los jóvenes, la lucha, el futuro, el orden, la disciplina. Nos ponen de chofer a un saharauí que vive en Italia. No ha dormido en veinte días nuestro chofer, se duerme. Manejo en el desierto. Manejo siguiendo la arena. Ayer regresamos de Tifariti, hoy escapamos de la mirada vigilante del saharauí italiano. Nos reunimos con Tiba, uno de los que participaron en las protestas de los jóvenes frente a presidencia. Muerte, dignidad, rebeldía, las armas, las armas, la inmóvil espera en los campamentos, las armas. No solo protestaron frente a presidencia sino que exigieron que les permitieran enlistarse en el ejército para ir a la guerra. El derecho a la guerra. Regresamos de Dahla, vamos a Auserd. Manejo al atardecer sobre una carretera que pronto desaparece por la arena. Paramos frente a otra zona lunar, tierra negra, tonos rojizos en el horizonte. Contemplamos el riah que transforma la paz.

Avanzamos más rápido que la tormenta hasta Auserd. Llegamos a uno de los encuentros preliminares de la Unión de Mujeres Saharauis. Habla Inés, habla Rodrigo. Salimos y comemos con los activistas de los territorios ocupados. Se abrazan, se despiden. Ellos regresarán a la zona ocupada. No sabe si los volverá a ver. Halil detiene del hombro a Rodrigo. El saharauí italiano le

dice. Halil quiere hablar con ustedes. Entramos a una jaima y nos ofrecen jugo. Se van los activistas sin Rodt. El italiano traduce. Es un objetivo raggiunte, es un fruto Gdeim Izik es un fruto. Nos sentamos en la alfombra, frente a Halil. Estas negociaciones llegarán a uno o dos puntos. Marruecos tiene dos orejas. La voz de Halil es la más erosionada del desierto. Marruecos tiene que escuchar con la derecha o con la izquierda, no tiene otra opción. Una de las orejas es que acepte un referéndum de autodeterminación vigilado por la ONU y entonces los votos que serán considerados bajo las Naciones Unidas son la última supervisión y esto es una resolución que Marruecos no gana nada. Marruecos no tiene ningún resultado de esta solución. Diversamente, será una gran derrota para Marruecos. Con la otra oreja es que diga y acepte esta realidad y acepta su representante legítimo del pueblo saharauí, que es el Frente Polisario y reconoce que ha sido un invasor de la tierra saharauí como un país invasor. Como Mauritania nos ha ocupado y entonces esta segunda solución llegaremos a ser relaciones diplomáticas entre los dos países, Marruecos y la República Saharauí. Esto sobrepasará un referéndum, como ha hecho la Francia con el Frente de Liberación de Argelia para hacer salir de este entorno. Una de estas dos orejas las tiene que escoger. Entonces Marruecos está condenado entre las dos orejas y no sabe cuál escoger. Pero sus amigos, principalmente Francia con sus aliados principales, sabemos que van por la otra solución que es aquella de llegar a un acuerdo entre el Frente Polisario y Reino de Marruecos.

Entonces ese acuerdo a ese punto, sobrepasa por un referéndum porque si llegamos a esa solución, ya el problema solucionado sobrepasará por una cuestión de salida final por un referéndum de autodeterminación. Pero esto es un objetivo, entonces Marruecos tiene que escoger entre estos dos. Cuándo llegará el tiempo en que Marruecos tenga que escoger una de las dos soluciones. Y cómo y cuál es la cuestión que lo va a obligar o hacer obligar a aprender, escoger una de estas soluciones, cuáles son las presiones, cuál es el clima. Entonces aquí llegamos a estos cuatro puntos de pre-

sión sobre Marruecos que es la resistencia pacífica, la intifada, y la preparación del pueblo saharauí a retomar las armas en caso de, y las presiones internacionales. Entonces aquí, nosotros ahora hemos salido desde febrero a marzo, la reunión del Consejo de Seguridad de abril, la situación del Magreb árabe y la zona árabe, de Túnez, El Cairo, Libia, Gdeim Izik, que ustedes habéis hecho con vuestras manos y vuestra resistencia en Gdeim Izik es el fruto que ahora está llevando, recorriendo la zona Túnez, El Cairo, quíndi se ve que cada vía que está escogiendo el Polisario es verdadera, es verídica, nosotros no somos como los tunecinos, como los libios, porque un saharauí porque un porcentaje de un saharauí, en contra de cinco marroquíes, vive bajo ocupación militar.

Al-Jazeera no puede entrar con los medios de comunicación, la vigilancia internacional es obligada. Halil respira, saca la lengua un poco, toma aire del sofocado día. Aquí llega vuestra competencia. Y de todos nosotros, pero ustedes como símbolo porque estos activistas regresan el día nueve a Argelia, Casa Blanca, El Aaiún, Dahla, Abujador en una caravana. Ahora hay en Dahla, hay un otro Gdeim Izik. El Aaiún en el día de ayer completo. Y esto no es una cosa que nosotros tenemos en mano o que manejamos como estructura, sino esta es la reacción de un pueblo que quiere echar un invasor. Ahora, les doy otra vez la bienvenida, les pido solo una cosa, les pido una cosa que tengáis en contacto directo en cuanto a la programación, al ministerio, de la intifada con el representante del Frente Polisario de la zona donde vosotros estáis. Porque nosotros tenemos un dicho que dice una sola mano no aplaude. Así es, dice Rodrigo. Y yo cuando voy solo, puedo hacerte daño, y nosotros tenemos el mismo objetivo, pero si cada uno coge su camino, puede destrozar el otro. Entonces, les pido que todas vuestras gestiones son con el representante del Frente Polisario en la zona donde vivíais. Así ha sido hasta ahora, dice Rodrigo. Entonces les pido que la mayor parte de vuestro tiempo sea en las zonas ocupadas, porque vuestra presencia en estos momentos que regresáis a la zona ocupada; porque vuestra presencia da coraje a otros para hacer una cadena humana de todas partes. Porque

nosotros hemos dicho a nuestros amigos. ¿Por qué no podréis ser como Rodrigo? Estar en los territorios ocupados; tenéis más dinero que Rodrigo, solo cuando saber hablar por televisión o por micrófonos, la lengua no hace nada, tener que ser como Rodrigo. Quien está en Dahla o en El Aaiun no es igual que aquel que está en Barcelona. Todo esto nos lleva a recoger en el mismo río, pero depende también de vuestras condiciones y yo digo que la mejor cosa es vuestra presencia en las zonas ocupadas, porque la situación pide que tenga una continuidad una velocidad muy fuerte, la solución, lo que está sucediendo en las zonas ocupadas este año es con una velocidad que agranda las cosas que muchas cosas que no habíamos visto todavía. Esta noche, mañana, el próximo mes, y entonces quien no está ahí en la zona puede coger una sorpresa. Bienvenidos, otra cosa, les pido que vuestros contactos sean solo a través del Polisario y de Omar que es representante del Ministerio de los Territorios Ocupados. Y entonces les pido que tengan, que paren más, que levanten más a Rodrigo así seamos un grupo grande, las casas de los saharauis los acogerán en cualquier momento. La solidaridad internacional con la causa saharauí es mucha, pero necesitamos a quien esté en el campo para que esta opinión, esta solidaridad internacional se enfoque más. Lo que habéis hecho en Gdeim Izik su precio no se valora en estos momentos. Halil ríe con una estertosa tos. Ya la historia valorará y se dará lo que habéis hecho en Gdeim Izik. Sabemos que habéis estado mal en Gdeim Izik, que aquí podéis también no estar bien, pero seguro que estáis por dentro bien, porque lo habéis hecho bien.

Y nosotros estamos con ustedes, el pueblo saharauí está con ustedes, entonces no estáis solos. Apenas una pequeña distancia frente a Halil, Rodrigo e Inés. Todos sentados en una alfombra, escuchando a Halil quien está sentado en un cojín a la altura de una mesa de centro. El traductor saharamilán, toma un sorbo de agua. Las manos de Rodrigo tiemblan, las piernas de Inés brincan, mis ojos tragan la rabia y el miedo de ver a Rodrigo lanzarse así nuevamente. Rodrigo agradece la confianza que le da un combatiente tan emblemático como Halil. Rodt reconoce que muchas personas

se han acercado a él y que el riesgo de equivocarse es alto, por eso la confianza con el Polisario es la única incondicional por la independencia. Sabiendo que mi vida está de por medio; para nosotros en este momento volver a los territorios ocupados sería un suicidio y todos lo sabemos. ¿Por qué? Porque hasta el último momento a mí me llevaron a una habitación en el aeropuerto, me culparon por haber matado a un militar y hasta el último momento y gracias a la cobertura mediática pudimos salir; pero si creen que el volver es tan necesario e indispensable para la causa, lo queremos saber tal y textual, textualmente, aún sabiendo el riesgo que vamos a correr. Toma aire Halil. Yo solo puedo decir lo que ustedes digan pero digo algo más, una opinión; tú eres tonto Rodrigo, no ves que eres tonto; Aminetú Haidar, ¿la has olvidado? No, responde Rodt. Sabes que la han dejado en Lanzarote sin pasaporte, porque ha escrito en el papel de entrada Sáhara Occidental, la carta de embarque; sabes que esa mujer ha doblegado la mano de Mohamed VI, sabes que ha hecho caer a Moratinos, ¿lo sabes, sí o no? ¿es ella quien ha hecho caer a Moratinos o no? Sí, sí, sí, lo sé, tartamudea Rodt. Quien ha hecho caer la estrella de Moratinos es ella, Aminetú Haidar; ¿dónde está ahora Aminetú? Le pregunta Halil a Rodrigo en español. ¿Dónde está ahora Aminetú? En El Aaiún ahora, responde Halil, después de dudas de Rodrigo; te acuerdas de su regreso a El Aaiún, cuando regresó sabes que con toda esta presión a ella y a nosotros mismos, la presión en su casa, en las calles alrededor de su casas; sabes que ahora sale y entra todos los días, sabes que ha recibido estos últimos días a la asociación Robert Kennedy, sabes que la ha llevado la familia del mártir Said, sabes que los ha llevado a las familias de los detenidos, sabes que ha participado con ellos en una manifestación de los presos detenidos de Gdeim Izik, ¿conoces a Mariam Burhemi? Sí, se repite Rodrigo frente a todas esas preguntas de Halil. Ayer ha estado herida y la han llevado al hospital por participar en la manifestación pacífica, sabes que la han detenido mientras que regresaba desde Argel a Casa Blanca, ella y Galia que está aquí ahora, sabes que la han culpado de haber matado, y que tú en una tienda en Gdeim

Izik tú hacías los cuchillos, fabricabas cuchillos para defenderse. De los grandes, responde Rodt, sonriendo. Sabes qué le han dicho, tú quieres ser valiente, no vas a la prisión vete a tu casa, no la han detenido; has visto la niña, su madre es Embarkalina cuando han estado en el aeropuerto de Rabat para Argel el otro día, los chicos han cogido la carta de embarque y le han escrito a todas las mujeres y a todos ellos. País: Sáhara Occidental, nacionalidad Saharaui y le han dado a Embarkalina su carta de embarque y han olvidado de rellenar otra carta de embarque a la niña. Entonces le han preguntado por la carta de embarque de la niña, la respuesta de Embarkalina fue poner los mismos datos de nacionalidad saharauí para la niña y país: Sáhara Occidental ¿Y cuándo es el mejor momento para ir? pregunta Rodrigo, ¿ahora? Yo no decido en tu lugar. Sí, yo sé que ahora es el mejor momento, se contesta a sí mismo Rodt. La diferencia con todas las personas que me ha enumerado Halil pues ellos nacieron ahí y tienen el derecho de regresar, pero nosotros no. Marruecos no conoce los derechos, Aminetú no tiene derechos, matar gente no es una razón, echar fuego afuera de las delegaciones es su razón, desde hace un mes Marruecos tiene miedo, no puede expulsar ningún extranjero; Marruecos tiene miedo, miedo, miedo, el miedo, ayer en Dahla, la España y Francia, los periodistas que han estado picados es Francia quien lo está diciendo.

Pero les han pegado a los periodistas dice Inés. ¿Tú tienes miedo que te peguen? Le pregunta Halil a Inés. Risas de inocencia entre todos. ¿Tienes miedo, te pegarán? y puede ser que no te peguen pero la gran posibilidad que existe es que te peguen, pero después cuando te peguen lo van a pagar, y pagar fuertemente pero ahora no lo pueden hacer; Sultana ha regresado y su otro ojo se lo quitarán y le van a pegar a Sutana Haya, Muldfatli que ha estado en prisión ha salido de la prisión, y sabes que ha dicho en el juicio de la cárcel negra de El Aaiún, han venido sus hijas gritando y la policía diciendo: Tenéis que dadle porque viene la radio y la televisión; ellas le gritaron al policía. ¡No! somos nosotras las televisiones de nosotros mismos, yo soy la televisión, no queremos vuestra televisión y vuestra radio, somos nosotras la televisión y

la radio dentro de la cárcel, somos televisión y radio ya nuestros días. ¿Rodrigo, tú has matado a alguien en Gdeim Izik, a algún marroquí? Le pregunta Halil. Rodt ríe del miedo que siente al solo pensar en regresar. Porque si has matado a alguien no te puedo decir que regreses. Las risas de Halil y el saharamilan se contienen entre sí. No, dice Rodt. Entonces ¿cuál es el problema, cual es el miedo? Principalmente tú que eres un mexicano valiente; pregunta a Hadad que ahora está en Ginebra y está ahora fuera de la prisión. Pues ya está. Rodt corta la voz de Halil ¿Vas a regresar con ellos desde Argel? Sí se necesita, sí. No, no, tú decides tu destino, Rodrigo, yo no te voy a decir qué sentir; déjate de sentimientos. Ok, y una vez ahí, ¿cuál es mi función? pregunta Rodt. Si te dejan entrar bailas, vete entre las familias, coges el té, metes el hemà, ¿por qué no vivís en El Aaiún? ¿por qué no haces una casa en El Aaiún, una jaima, una tienda? Aún mejor, voy a llegar con un pasaporte saharauí azul, dice Rodt. El pasaporte saharauí lo tendrás en su momento. Tienes que entrar con tu pasaporte mexicano y tú español, señala a Inés. ¿Por qué no hacer una tienda y ya vivir en El Aaiún? Llegará la hora de ellos, que tendrán que ir a meter lo hierros de las jaimas y abrir el camino, me voltea a ver; tienes que construir una casa ahí en El Aaiún; vais a andar junto con los saharauis; nuestros tíos están en el campo con las familias, conocéis a Amarkai Ku, ha estado en la delegación en Sudáfrica; hay un sobrino suyo que esta aquí y si no lo conocéis lo conocerás; entonces si dudas y das vueltas yo no los aconsejo a irse a arriesgar; todavía llegará el tiempo en que dais la lucha final, la lucha buena, la lucha limpia, la lucha de la independencia.

Insha Allah dice Rodt. Es la verdadera lucha, llegará pero la tenemos que trabajar. Omar dijo. Ellos tienen que regresar con estos activistas, yo le dije. Yo no decido, sois vuestros, ustedes quienes tenéis que decidir; puedes morir ahora, como puedes morir de diarrea, puedes morir porque el avión cae. Yo voy, pero dudo por ella, puedo ir solo. No no no, no la tienes que dejar, la tienes que llevar contigo; quien no le acompaña una mujer no llegará lejos. Llegando busco una saharauia en El Aaiún, Insha Allah.

Quien no estará con una mujer que ya tienes experiencia con ella, no va lejos. Siempre se puede aprender y enseñar. Yo lo dejo en el aeropuerto, dice Inés. Si vas a aprender de la mujer saharauí tendrás mucho que aprender porque ellas tienen mucho que darte. Bueno, nosotros íbamos a viajar mañana por la madrugada pero se tiene que cambiar el vuelo. No quiero que vuestro programa se modifique, tienes que regresar a Barcelona y el día que regresan ellos, el ocho regresar a Argel y viajar el nueve con ellos a Casa Blanca. Si queréis entrar más tarde es posible; lo importante es vuestra presencia en las zonas ocupadas. Pregunto a Halil. ¿Cuándo es la reunión del Consejo de Seguridad? Del 18 al 21 de abril, esos días. Inevitablemente quiero que Rodrigo tenga tiempo para pensar y para decidir qué sigue. Esta delegación hará una gran caravana y necesita una grande difusión informática. Dajla, la tensión, ahora necesitan ser acompañados hasta ahí, de manera directa o indirecta. Ellos presionan pero abren, es un sistema que está un poco enloquecido; hace de las decisiones del Rey no decisiones exactas, están muy mal, este es el momento que hay que enfrentar, que hay que ir, ellos tienen miedo. ¿Quién creía que Túnez, quién creía que en Egipto se hacía lo mismo? Obama está con este cambio; el Consejo de Seguridad está con los derechos humanos, entonces ¿de qué tienes miedo mexicano, de qué tienes miedo española? ¿Cuál es el problema? ¿Los van a matar? ¿Los van a llevar a la prisión por decir que son terroristas? Pues claro que sois terroristas, ¿qué van a hacer, qué van a decir?, ¿tú eres terrorista? Sí, dice riendo Inés. Tú no eres terrorista, lo que tienes es esto, señala el rostro de Inés, tienes tu lengua con que hablas, con que testimonias y eso es tu arma, la lengua es terrorista.

Halil se levanta con dificultad, la edad y el cansancio de seguir la agenda de los activistas que organizaron Gdeim Izik y que recorren los campamentos lo ha dejado sin aliento. El sáharamilán nos repite que dejemos descansar a Halil. Salima y Talevuya nos piden ir junto con nosotros. Subimos a la renolcita de carga y el sáharamilán sube en la parte trasera para dormir, manejo de regreso hasta Smara. El silencio en la camioneta se mezcla con la

arena que se yergue en el horizonte. El rojo paisaje es abrazado por la pátina luz de la luna. Detiene el tiempo de mis pupilas. Rodt pretende regresar a la zona ocupada.

Al llegar a Smara nos espera un joven en la puerta de casa de Salima, habla con ella. ¿Qué sucede? le pregunto. Nos están esperando para iniciar la reunión de jóvenes. ¿Quiénes? Los que han protestado frente a presidencia. Tomamos unas botellas de agua del cuarto azul y violeta de Salima y caminamos más allá del contenedor y de mi barrio y de todos los barrios que he recorrido en el campamento. Damos vueltas entre los gatones que se enredan en sus cuerdas. Caminamos por callejones donde los huesos de cabra simplemente se acumulan. Entramos por una pequeña puerta roja de lámina. Un patio central y una habitación a mano izquierda iluminada por un foco de luz amarilla, conectado a una batería de carro. Junto a los jóvenes también están los arquitectos de la nueva biblioteca y están algunos de los choferes de taxis. Nos sentamos a escuchar sus voces de enojo al no haber atacado a Marruecos después de Gdeim Izik. La guerra es una suma de geometrías que no siempre están del lado de los que dan la vida. ¿Qué sucedió? Le preguntan a Rodrigo y a Inés. Ellos dan su testimonio pausado y recto. Rodrigo no se mancilla las orillas de las uñas. Inés no rompe en llanto como en Barcelona. Salimos caminando de la jaima. Salima se ha ido hace horas para ver que su hermana ya esté en casa. Intentan explicarnos la salida del barrio. Rodrigo agradece sin dejar que alguien nos acompañe. La luna oculta, ya se ha ido a descansar su luz. Recuerdo a Nhè, sigue las estrellas; esa es orión, siempre la espada marca el sur. La casa está hacia el sur si vienes de la wilaya. Sabes cómo regresar, ¿verdad? me pregunta Rodt. Recorremos la noche sin lámpara, sigo la estrategia de Nhè, no estábamos cerca de la wilaya pero si puedo saber hacia dónde es la casa. Llegar al cinturón de orión y luego dar vuelta a la izquierda, hacia el sur, donde encuentro ese muro negro omnisciente que es el contenedor amarillo. De ahí, pan comido. Llegamos a casa de la abuela en sigilo, todo es parte del juego. El desierto un juego que tiene sus trucos. Un buen guerrillero sabe

utilizar el entorno a su favor. Hablar el idioma de la gente, caminar su camino. Armar un poco de rutina e inventarse. Dormir poco, comer lo que sea. Disfrutar de las velas, el silencio, de la soledad y el frío tacto de un fusil apuntándote frente al muro. En este juego todos pierden. Irse, encallar en una isla, junto con los vagones oxidados, desaparecer.

Rodt e Inés duermen. Salgo buscando esas estrellas y en su lugar encuentro la vía láctea con su vértigo absorbente. Aquí los guerrilleros comandan buques piratas oxidados, son el estandarte de billetes corroídos e intercambian estampillas de historias viejas. Los guerrilleros rejuvenecen y pierden la barba para verse dibujando mapas en la arena. Huellas que el viento ha de borrar para que su rastro nunca quede impreso. ¿Qué dirección tiene la lucha? Me despido de ti, de nosotros por un rato. Al día siguiente Lala nos levanta y atravesamos con cobijas el patio de arena para entrar en el gatón. Un té, olor a carbón y pan tostado con miel.



### *El Rubio*

Por la noche nos recogen para llevar a Rodt e Inés. Las lágrimas de Salima corren el rímel negro de sus ojos y mancha por momentos su maquillaje. Subo junto con ellos a la camioneta de Protocolo pero no es el viejo que nos llevó a Tifariti sino otro chofer. Hola, ¿podré acompañar a los chicos hasta el aeropuerto? Él observa mi rostro envuelto en el pañuelo blanco que me ha regalado Rodt. Mi rostro no es tan distinto a ellos, moreno, con los ojos manchados de sol. ¿Cómo te llamas? Sax, soy compañero de Rodrigo, el mexicano. Rubio, mucho gusto; puedes, pero no debes hablar frente a los argelinos, sentencia. Atravesamos ese retén de viejos guerrilleros que juegan a las cartas y toman té a la salida de Smara. Llegamos a la intersección; hacia la izquierda es Rabuni y a la derecha es Tindúf, Argelia. Después ese retén militar, el real, el armado, mi salida de la zona asignada al Polisario no importa, un cooperante más. Llegamos al aeropuerto de Tinduf y Rodrigo e Inés se acomodan las mochilas en la espalda. Un consuelo sordo, Rodt se

despide del chofer, murmullos que no podemos escuchar en su despedida. Los faroles amarillos iluminan la fachada del aeropuerto militar. Un abrazo fuerte entre Rodt y yo cierra su visita a los campamentos. Inés llora, no por mí sino por dejar el desierto, deja que se pierda el pigmento de grecas en sus manos y sus pies. Inés deja de ser princesa saharauí y se convierte en una leona de legins en la capital catalana.

Ellos atraviesan las puertas de vidrio de la terminal. Yo subo a la camioneta de Protocolo del lado del copiloto y regreso a Smara a través de esas avenidas abandonadas con los faroles amarillos alineados hasta que la oscuridad los traga. El chofer me pide que descubra mi rostro y salude como saharauí a los argelinos. Shtare, her, labas, no hablo, vivo en España, les digo. El Rubio les explica que soy un saharauí que no habla, de esos que crecieron afuera. Cruzamos el retén y me aclara que es sumamente ilegal esto, pero que un mexicano no es como el europeo, un mexicano parece saharauí para todo. Un saharauí torpe pero al fin un saharauí, sonríe por la pequeña distinción que nos separa.

He llevado a muchas personas importantes; a Manu Chao, a Eduardo Galeano; pero ninguna me ha dado tanto orgullo como Rodrigo, es increíble lo que han hecho, ya os veréis en la historia. Yo fui oficial en jefe de batallones, de la generación llamada Colonial. Somos la generación que se educó en colegios, junto a niños españoles y al momento de la guerra salimos a pelear las batallas. Pone un caset en su auto estéreo, Silvio Rodríguez, Oleo de una mujer con sombrero, El necio, La masa, ¿habéis escuchado esas canciones? No, alguna ocasión tal vez, un amigo las ponía, se llama Javier. Canta las canciones de memoria. En realidad son las mismas canciones que cantaban Ana y Fernanda. Aquí los militares son poetas.

Me deja en casa de la abuela no antes de contarme de su historia. Él es de Dajla, ciudad abrazada por el mar. Viajó a los campamentos saharauís hace tiempo, dejó el poster de Los Beatles en el muro de su habitación. Me despido después de acordar una entrevista lo antes posible. Claro, búscame en Protocolo, pregunta por El Rubio. Mi voz se ha dañado en esos días, ronco, apenas

trago saliva sintiendo como raspa. Por fin en mi recámara, por fin tiro con calma mis mantas, extendiendo mi sleeping y me escondo entre ellas. Cierro los ojos y recuerdo la voz de El Rubio, yo nací en Dajla, ciudad abrazada por el mar.

Después de dos días, logro interceptar a El Rubio en el Protocolo de la Wilaya. A punto de quedar afónico, saco la pequeña grabadora de reportero Sony. Grabo mi voz con el micrófono de los audifonos del iPod. Inicio una entrevista que desconozco a dónde me llevará. Yo llegué en 1975 al aeropuerto de Tindúf con una fotografía del Che, con un libro de García Lorca y un casete de Serrat. En esa época sólo había una casa de adobe y aviones militares. Escribí en la arena los versos para que le llevaran mis palabras a mi amada, a la mitad de las batallas. En su voz escucho la paradoja. Luché con un fusil por libertad, pero éramos pocos los que habíamos estudiado y en los ratos que bajaba la refriega, le enseñaba español a mis compañeros en la trinchera. Los ejércitos no hacen la paz, hacen la guerra, ningún ejército que haga guerras en nombre de la paz puede ser honesto. Cuando salía de la escuela, antes de la invasión marroquí y al entrar a mi casa, mi abuela había preparado pescado frito para la comida, ese olor de dos tipos de pescados, uno se llama zapata y el otro que cocinaba se llama almero, para mí la patria es eso, ese olor a pescado frito cuando tenía nueve o diez años. Rubio se desenvuelve con naturalidad, conforme avanza la charla una horda de españoles que hacen su primer recorrido por los campamentos comienzan a sentarse a nuestro alrededor escuchándonos. Caminaba de mi casa a la escuela que se encontraba a unos veinte minutos, la escuela La Paz. Yo crecí abrazado por el mar. En Villa Cisneros, el nombre español, en el norte vivían los españoles y en el sur de la ciudad los saharauis. Era la ciudad de luz y sombra, porque en el norte ya estaba la electricidad y las sombras en el sur entraban por las calles. El norte era donde había más comercios y en el sur teníamos las chamma. Mi familia vivía en el desierto y en mi casa vivíamos, yo, mi padre, un amigo de mi padre, oficial de la legión española que era un exoficial nazi. Él ponía su radio, que era una radio de onda

corta y escuchaba la radio en alemán, pero eso yo no lo sabía, para mí era una voz rara en la radio. Él siempre me decía que yo no era español y yo le peleaba que sí, que yo era español. Era un comandante nazi escondido en el Sáhara. Y lo sé porque una vez vinieron y se lo llevaron preso por ahí del año 1965, 1966. Él me despertó la idea de que el saharauí no es español y que algún día tendría que luchar por mi tierra. Caí en cuenta que había lugares en la ciudad donde estaba prohibida la entrada de los saharauís.

El colegio La Paz era una escuela conjunta de saharauís y españoles, pero en el colegio no pasaban de cinco chicas las que estudiaban. El viejo de Protocolo nos hace llegar una charola con un par de vasos de té. Yo estudié ahí hasta el año 1973 cuando fui al instituto de enseñanza media de Villa Cisneros. Rubio pidió el té sin azúcar, lo cual es inaudito, pone un par de pelotitas de Canderel para endulzar su té. Ahí ya empecé como activista del Frente Polisario, eso fue otra historia. Cuando nos contacta el Frente Polisario ya teníamos la idea y el sentimiento claro de lo que teníamos que hacer. Quien dirigió la represión y los asesinatos en Zemla fue Díaz Sarcoche, que luego fue el coronel que ha matado a los de la ETA en el País Vasco. Fue el que dio la orden de disparar contra los saharauís. No éramos bienvenidos en algunos centros culturales, lugares de baile que luego nosotros queríamos, ir pero siempre al final había peleas e intervenía la policía. También había canarios que llegaron a hablar hassania y defendieron mucho esta lucha. La ciudad en el sur estaba organizada por las primeras casas coloniales pero hacia el norte eran casas con sus jardines al frente y casas con un guardia, la mayoría de los españoles eran del ejército o miembros del gobierno. Y es una ciudad hermosa, en algún momento, fue Franco, Evita Perón e incluso el príncipe de Holanda. Y siempre los que recibían eran el médico y el cura, pero mucho después cuando el Frente Polisario empezó la lucha, supimos que eran de la seguridad del gobierno español.

A mí me expulsaron del instituto cuarenta días por decir que el cine era como superman, que era ciencia ficción, era un sistema de normas marciales dentro de la escuela. Esa fue la primera re-

belión de Rubio. Los niños españoles, eran niños como nosotros, pero con la convivencia, pues comenzaron a hablar nuestro idioma y a jugar como nosotros y pensar como nosotros, muchos de ellos también apoyaron el movimiento clandestino. Basiri fue de los primeros saharauis que aprendieron español en la época colonial y estuvo de traductor en la oficina del gobierno español en Sáhara. Era una persona que estaba muy al corriente de todo lo que ocurría. Nos dijeron que él había desaparecido y habían disparado a la gente. Entre 1971 y 1973, España organizó a los viejos, a los mayores para calmar a los jóvenes, intentando convencerlos de que España les ha dado todo y aún más por civilizarlos. Llega la charola con el segundo té. Bismillah, digo como una manera de agradecer a Rubio de sus palabras, eso se dice antes de beber el té, eso se dice cuando se siente.

Eran esos años donde los jóvenes bailaban con las canciones Elvis Presley pero había una fisura que se hizo cada vez más profunda, entre ellos y los colonos españoles, era el sentimiento de libertad. Eran los años de un sentimiento encontrado. Distorsionado por el gobierno colonial. Tengo un amigo, se llama Pedro Blanco y el otro Pedro Muñoz, los dos amigos de la infancia que se presentaron conmigo para ir a la guerra y pelear junto con nosotros por la liberación. Yo les decía que no, porque a mí también no me dejaban. Porque estaba tan organizado que no se movería un dedo sin el consentimiento de los superiores, decían. No, esos son jóvenes españoles hijos de militares y no se pueden aceptar, porque no se sabe nada, son militares. Pero yo en el fondo sabía que eran mis amigos y sabía de la fuerte relación que había entre yo y ellos. Y muchos sí que nos ayudaron mucho. Pero en ese momento me despedí de todos, me despedí del instituto, me despedí de Pedro, porque estudió conmigo la primaria, luego la secundaria y desde 1975 no supe nada. En el instituto aún hay unas gradas frente al campo de balonmano y ahí nos sentamos y le conté todo lo del Polisario, de que se veía que empezaría una guerra, que Marruecos estaba viniendo del norte en la marcha verde y él estaba triste porque él decía. Yo no quiero irme; yo le convencí que tenía

que irse y que a mí me tocaba quedarme porque era saharauí y tenía que luchar por la libertad. Cuando le conté eso estaba terminando el mes de junio. Y bueno, él ya sabía porque meses antes la policía fue para el instituto y me llevaron detenido, estuve un mes en la cárcel. Me detuvieron en abril del año 1975 y en junio salí de la cárcel. Nos pegaban con calcetines llenos de arena para que no se note el golpe por fuera, pero te rompen las costillas por dentro. Yo fui el último en salir de la cárcel. Eran días de sol, pero en Villa Cisneros no hacía tanto calor como en otras ciudades, ahí hay un micro clima que mantienen bien la temperatura.

Fui treinta y dos años después al instituto donde yo había estudiado, me subí a las gradas y aún estaban en la pared los nombres, fulano y fulanita rodeados de corazón y los toqué con las manos y aparecieron los rostros de todos. Recordé a muchos amigos saharauís que murieron en la guerra y habían estudiado conmigo y ahí estaban sus nombres también. Uno que estuvo en la guerra y tenía una novia y ahí estaban, fulanito y fulanita. ¿Si hubieras sabido que a los treinta y cinco años estarías exiliado en unos campamentos, hubieras hecho la guerra? Desde luego, a pesar de que ahora tengo cincuenta y tres años y si volviera a nacer haría lo mismo, luchar por el pueblo y por la libertad. En el momento que me fui de mi casa que fue a finales del año 1975, primero a Las Palmas y luego a Madrid y luego aquí, pensé que iba a estar una semana, porque venía con una mochila, bueno no era una mochila, era un bolso negro que tenía dos bolsillos, uno grande y otro pequeño, ahí traía una cinta de Joan Manuel Serrat, una foto del Che y un libro de García Lorca, pensando que iba a estar una semana y ya voy a treinta y cinco años aquí. Ese día que me fui, nos vinieron a avisar que teníamos que irnos porque aún estando todavía España en la administración estaba entrando la policía marroquí y entró buscando a los activistas, salimos yo y tres amigos más, éramos cuatro.

Subimos en un vuelo de Iberia hacia Las Palmas. Nosotros nos pagamos ese vuelo, nadie nos apoyó, nadie vendrá a decirte lo que tienes que apostar por tu camino. Al llegar llevaba dos

pantalones y una camisa, eran de pana de esos acampanados y traíamos el pelo largo, una melena larga y llegamos a una pensión, la pensión Jeremías en Las Palmas y de ahí, para Madrid, Argel, Tinduf y de ahí a la línea de frente. Fue muy duro porque nos separaron a los amigos, y cada uno para un frente distinto. A mí me tocó llevarme a una columna donde nadie hablaba español y yo nunca había visto el desierto. Entonces era brutal porque había gente que había estado en el desierto pero si tú nunca habías estado, no conocías el calor y esas condiciones tan difíciles y gracias a Dios que tenía una pequeña radio, que fue mi mejor amigo durante toda esa época. Me llevaba una cafía y ahí escuchaba un programa de música que era bueno; era Vuelo 506, sí, de cita con Ángela Álvarez y todo. Y eso me alimentaba un poco la memoria, me iba refrescando, iba recordando y cuando había una batalla tenía ganas de que hubiese una batalla; ¿por qué?, porque podía encontrar a mis amigos en los otros frentes. Nos encontrábamos e íbamos juntos a hacer té y a escuchar a Jesús Quintero, el loco de la colina. Y ahí iba recorriendo y alimentando la memoria, porque no solo era refugio la guerra sino también dentro de la sociedad saharauí había diferencias porque unos habían vivido en la costa y tienen otra forma de educación, otros venían del desierto, muchos saharauís eran pescados en el desierto; incluso, el padre de un amigo mío, que murió también, era marinero. El señor era de los que llevaban la virgen desde el puerto a la casa de un marinero, porque como la virgen es la patrona del mar y ese anciano estuvo treinta y dos años en el desierto y murió y cada tarde salía a ver el mar de dunas pero él escuchaba el batir de las olas pensando que había olas. Él decía que había olas. Pensando que era el mar, aunque era un mar diferente. Yo a Madrid lo conocí por el nombre de los titulares antes de iniciar la película. Nunca caminé sus calles ni salí a ver cómo era la ciudad en ese viaje. De Argel sabíamos poco, pero en ese viaje sí que paramos en un lugar cerca del mar que se llamaba Aintaya, ahí estuvimos una noche y nos recibió un líder del Polisario que era de nuestra ciudad, el actual representante del Polisario en Francia. Y nos contó todo, cómo se estaban organizando

los campamentos de refugiados aquí y cómo se llevó todo. Pero sobre todo, los que la pasaron mal, fueron los que llegaron en el éxodo a pie, los que fueron bombardeados en Modreiga por la aviación marroquí, y nos contaron: Fulano ha muerto, fulana ha muerto, y luego ya supimos que había un grupo mayor que nosotros quienes eran los que estaban estudiando en Tenerife y que con ellos había dos chicas, una vasca y una catalana que vinieron con ellos y fueron las primeras dos enfermeras que tuvo el pueblo saharauí. Una de ellas que era mi amiga, Gurutzky, pero que le llamaban los saharauis Fatimetu, estuvo en el bombardeo de Modreiga y cuando empezaron a bombardear los aviones ella corría de un lado a otro porque había mujeres que habían sido heridas por la metralla. La catalana fue herida. Monserrat, le bautizaron con el nombre de Libertad. Y en aquel entonces el novio saharauí de la vasca le cogió la mano cuando estaban bombardeando los marroquíes y le dijo. Ven, ven. Pero a donde vamos si yo tengo que curar a la gente. Ven, ven. ¿A dónde vamos? Vamos a casarnos. Pero cómo. Sí. En estos momentos críticos y quieres que vayamos a casarnos. Sí, para morir casados. Y luego el anciano que los casó, saharauí, murió aquí porque después de treinta y dos años estuvo conmigo aquí, fuimos a buscarlo y nos dijeron que había muerto la semana anterior, pero sí que encontramos al hermano. Y ella estuvo aquí dieciséis años como enfermera de un campamento y tuvo una hija y un hijo de ese saharauí que fue embajador en la India y que murió de cáncer en 2004. En el aeropuerto no había nada. Tinduf eran esas casitas de adobe en la nada y lo primero que te choca es esa ola de calor cuando bajas del avión, que te pega en el rostro. Pero luego llegamos aquí, vimos que había mucha gente, incluso no tenían donde refugiarse. Y había gente formándose y gente enterrando a los suyos, porque había una epidemia de cólera. Y luego todos los hombres habían ido al frente a defender el Sáhara. ¿Una ciudad de mujeres? Sí, pero ellas, con hijos y heridos, pudieron edificar una sociedad y un Estado y unas condiciones para resistir. Las mujeres son las que edifican la RASD. Llegamos por ahí de las diez de la mañana. Llegamos a Rabuni en un Land Rover des-

capotado completamente y ahí vinieron unas personas vestidas de militares. Una cosa exótica, nosotros veníamos con melenas, con pantalones acampanados de pana y un amigo me decía. ¿Y dónde vas a poner la cinta de Serrat? En la escuela no se enseñaba ni a Lorca ni sobre Miguel Hernández, eran militares al fin y eso lo estudiamos más tarde por nuestra cuenta. La foto del Che llegó junto las historias de Chile, junto con las canciones de Víctor Jara, por ejemplo, Te recuerdo Amanda. Che ha estado presente, esa fotografía me la regalaron y esa mochila la perdí en una batalla. Esa foto me la regaló uno de los primeros activistas. En la habitación de mi casa, tenía muchos posters, de los Beatles, de Nino Bravo. Y casi después de veinticuatro años estaba ahí mi cama, los posters ahí, hasta que mi madre y mis hermanos se cambiaron de casa y se dejó todo. Rubio respira profundo. Lo primero que nos hicieron, fue pelarnos y algunos incluso guardaron un poco de la melena. Al principio no sé es bueno, es un cuarto oscuro donde tienes que tocar, pero luego descubres que las armas con las que te están matando son de fabricación española y tú has sido ciudadano español. Ahí se afina la puntería. Los soldados marroquíes traían armas de los españoles, traía los Land Rovers, los famosos Santa Ana de fabricación española, los morteros de ochenta milímetros de fabricación de explosivos, los ZZ, son pequeñas ametralladoras, fusiles semiautomáticos y también el Setmin español. Es lo más fuerte, darte cuenta que te habían abandonado. Era seguir con la contradicción en el corazón. Cuando hacíamos la radio de Sáhara Libre, en Argelia, en español, era de las nueve a las doce de la noche y el siguiente programa era Lempayac, la liberación de Canarias y después la resistencia chilena. Ya de madrugada al iniciar el amanecer era la resistencia chilena, 1976 y hasta 1978. El Rubio tira las palabras contra sus piernas cuando describe su primera batalla, cuando recuerda a los marroquíes que se han negado a asesinar a los saharauis y entonces lanzan a sus propios soldados de los helicópteros una y otra y otra vez hasta que mueren. Ahora nos rodea una docena de extranjeros que escuchan las palabras que gravitan en la memoria de cada lugar que he tocado

desde que he llegado. Dos batallas en estos duros años son las que teníamos que librar, la de las trincheras y la de recordar a tu tierra y tu gente, a tus amigos que no sabías si vivían o morían, siempre esperando una batalla para saber si aún existen esos amigos o si alguno ha dejado de existir. Las alfombras corroídas de Protocolo acumulan un tiempo que tal vez solo los gatos pueden evitar, es el espíritu que les resguarda. Cada batalla era gente que moría, pero también era un encuentro que alimentaba la memoria.

Y un abrazo de esos, era abrazar a Dajla, la libertad y tu gente. Siempre que muere un compañero lloras, pero con el tiempo ya no lloras con lágrimas sino con el corazón. Pero las lágrimas son las que surcan el corazón, parte de tu alma se va por un amigo que se va. Fue muy duro cuando murió un amigo que luchó conmigo doce años. Incluso hacíamos el té de noche y decíamos. Nosotros nos encargamos de la guardia, y era para escuchar a Jesús Quintero y él se tumbaba y decía. Yo voy a hablar con mi novia, María, que dejé en Granada y cerraba los ojos. Le dijo a ella que siempre miraría hacia Orión y ahí estaba él. Y cuando murió fue un duro golpe para mí. Murió un día en combate, con una bala perdida, la gente estaba gritando, había disparos por todas partes y le dio en el rostro y era de día, se cayó hacia atrás y quedó mirando al cielo. Y me acerqué a cerrarle los ojos y lo dejé así porque pensé que estaba mirando a Orión, aunque sé que... Busqué a María para darle la noticia, pero hacía ya mucho tiempo y no lo logré. Lo dejé a la mitad de la refriega y seguí dando de tiros. Luego ya regresé por su mochila, sus pertenencias se las llevé a su familia que vivía en los campamentos. Yo y él por mucho tiempo no teníamos familiares aquí en los campamentos y cada tres meses cuando venía de permiso, éramos los únicos que nos quedábamos solos y nos íbamos a cualquier sitio, con cualquier familia. Era para todos, íbamos con amigos. Nadie nos despedía. La única vez que regresé a Dajla antes de estos treinta y tres años fue en una operación en la zona. Nos dieron la misión de ir a hacer un reconocimiento a esa parte. Éramos como treinta personas. Y nos fuimos hasta cerca del Argub, está en la otra costa de

la bahía de Dajla. El Argun es la zona que hay en la bahía y nos fuimos a unos treinta kilómetros de ahí y estuvimos haciendo reconocimiento y por la noche antes de dormir yo y el amigo este les dijimos de la guardia: Nos encargamos nosotros. Rubio ríe. Y quedamos escuchando la radio pero yo viendo a mi ciudad partida en luz y obscuridad, viendo las luces reflejadas a través del mar del Atlántico, sí que estaba cerca pero a la vez tan lejos y ahí estaba mi familia. El viejo sube el volumen de su radio en Protocolo, suenan las guitarras eléctricas de la Radio Nacional Saharaui, después la cortinilla de español que he grabado con Malainin con mi voz. Esa fue la última vez que vi Dajla en los treinta y tres años. De esa operación regresamos por la mañana y nunca más vi mi ciudad. Y vivo el presente, alimentado del pasado porque el futuro le pertenece a otra generación. Mi futuro es mi pasado, me deleito con eso y estoy convencido que ha valido la pena dar la batalla. Es como lo que han hecho tú y Rodrigo. Hay un dicho saharauí que dice. La distancia entre la verdad y la mentira hay una distancia de cuatro dedos, la distancia entre el oído y el ojo. Si ves, te has visto a ti mismo. Occidente le pasa eso, les hacen creer que ven, cuando únicamente te están contando algo. No es más feliz el que más tiene, sino el que menos necesita. En Irak, yo veo con el corazón, y sé qué sucede en la guerra. Y en Libia y en Egipto y sé que está muriendo la gente, no los ejércitos. El ejército hace la guerra y mata, no trae pan ni paz. Pero si ves con el corazón te darás cuenta que son propaganda occidental todo lo que se ve.

Terminamos la entrevista en medio de un silencio que cruje con el viento exterior de la tormenta. Los cooperantes toman las fotografías de un testimonio que gira por la memoria viva de El Rubio. Siempre capturando, atesorando para la eternidad, dudando de nuestra posibilidad de vivir en la memoria. Rubio podría seguir por horas narrando sus recuerdos. Porque mientras viva, su futuro es tiempo.

Guardo la grabadora, cierro el cuaderno rojo con la rosa de los vientos dibujada con pluma sobre el forro de piel. Echo encima el elástico que cierra y sepulta mis palabras. Me despido en sa-

harai, me despido en español y camino por la avenida camino a casa de la abuela.

Ocho días de gira, reuniones con varios ministros, con Halil. Ir a Casa Blanca, que Rodt se encuentre con los activistas en el aeropuerto. Vivo o muerto dicen los comerciales en televisión marroquí.

Como toda guerra el costo-beneficio de que muera Rodrigo es a favor de alguien y es poco el precio que se paga por ello. Poco en una escala de dolor infinita. Rodrigo es ahora en la coyuntura de la primavera árabe, el símbolo de los jóvenes saharauis. Es el emblema de lo que los extranjeros deben hacer, es el extranjero que más daño le ha hecho a Marruecos, es el único que puede destrozar la imagen de Marruecos frente al mundo. Un saharai por un tercio de lo que ha hecho Rodrigo, ya estaría muerto. Desciendo por la calle que llega hasta el contenedor amarillo. Me invade la tristeza. Sé que no podré dar la vida, que es un paso que no daré. Rodrigo ya está muerto. Enamorado del verso militar, de su estampa heroica, como un adicto.



*Mohamed, 24 años*

Camino a la Wilaya para encontrarme con alguna respuesta en internet de lo que ya no existe. No hay luz. Busco un rincón donde mear. Me escondo a espaldas de Protocolo y sigo con la mirada el río que deja espuma sobre la arena. A mi lado la construcción de la nueva biblioteca. ¡He! Corto el chorro, la guardo, subo el cierre y volteo. Me saluda un joven con el pelo muy pegado al cuero. Tú, ven. Camino hacia la construcción. ¿De dónde eres? Hola, eh, México, espero el regaño por andar meando en cualquier parte. México, bien, bonito México, ¿dónde es? En Latinoamérica. América, sí, mafia, México mafia. Sí, bueno, también hay mafia. No, loco México, mejnun, loco. Sí, sí. Té, tomas té. Bueno, sí. Entro por lo que será la ventana de esa habitación con escalinatas y cemento secando. Tetera, té y tres trabajadores bebiendo té. Él, “México, mafia”. ¡Ahhh! Mejnun, me presenta con los demás mientras gri-

tan y me hacen un espacio en el círculo que recibirá el té. ¿Qué haces aquí mexicano? ¿Tú mafia? No, amigo de Rodrigo, de Gdeim Izik. Ahhh, meshnun, Rodrigo, vatala, héroe. Paso el día con ese joven que apenas habla español y es el que menos se expresa de los trabajadores. Me enseñan todas las partes de la construcción y lo acompaño a comprar sacos de cemento que sube en el cofre de su mercedes que apenas rueda y lo que serían las puertas apenas cierran con esfuerzo para no salirte en su veloz marcha. Regresamos del cemento y bajamos para tirarlo en el semicírculo que dice él. Estrellas, saida, señalando el cielo dónde se verán las estrellas.

Regreso por la noche a casa. Poco queda del que usaba lámpara. Mi mirada aterrizo en las olas que golpean mi caminar, piedras en mis pies. Del exilio sólo se regresa una vez. Me detengo frente a la jaima con banderas del Sáhara Occidental en las astas de bambú a mitad de camino hacia la casa. Siento su sombra y el movimiento de telas izadas al viento. Al llegar a casa, en el patio, Nhè me regaña por no haber avisado. Mi camino se pierde. Mal augurio, dice Ostman, un naciente poeta saharauí de ocho años. Quien no tiene rastro es mal, mala suerte, un genio. Para Nhè quien sabe seguir los rastros como un profesional, que alguien desaparezca es mal visto, una falta de respeto. Él me buscó todo el día y sin saber, perdió mi rastro lo que significa un destino funesto. Como si no fue suficiente.

Doy las buenas noches a Nhè, Ostman y Lala. La vela de mi recámara alumbra mis hojas escritas. Hace unos días descargué una versión de este tango, Vuelvo al sur, que escucho en los audífonos. Vuelvo al sur, la versión de Gotan Project. El rastro de mis pasos no lleva a donde me encuentro. Un guerrillero que borró sus huellas con un camello. Una tormenta que alcanzó mi cuerpo. Sentado para escribir, voy perdiendo las palabras. Los días equivalen a la arena que sepulta tu vientre. Sumas del tiempo que te sepultan sin fin. El exilio solo cuenta los días en que se pueda detener el tiempo. Pertenezco cada vez más a esta nada y menos a ti. Aquel que fui, desaparece. Etchedería donde duermo en el barrio tres. Incluso el camino de piedras por las que atravieso, son el tac-

to al que me voy acostumbrando. Reboto entre los baches, piedras y fierros retorcidos que se parecen al golpe de una nave pirata que coge velocidad y el viento lo arroja contra las olas de la tormenta. Las carrocerías oxidadas son las embarcaciones que se hundieron y renacen siendo bucaneros del mar de historias.

Los albañiles ingenieros en telecomunicaciones, físicos o matemáticos que regresaron de Cuba, encallaron en un arrecife fósil de los principios del mundo en el desierto del Sáhara. La piel se hace gruesa como roca de la luna, pero es sedosa como la arena. *Vuelvo al sur, soy del sur, soy de vos.*

Mi rastro se pierde. La puerta abierta, el puente que soy ve cómo se van de mí los habitantes a los que pertenezco. Concilio el sueño dentro de mí. Cierro la libreta y apago el iPod. Un exilio.

Sin darme cuenta, la habitación que era verde se ha convertido en color tinto. Han cambiado la alfombra. Desde la distancia todo va siendo parte de una serie de recuerdos que se olvidan. No sé dónde quedaron mis llaves con el llavero en forma de chile rojo, marca tupperware. Ahí tenía los recaditos que Zuê me dejaba.

La habitación ahora es color vino y definitivamente me gusta más que la habitación verde. Smara se va llenando de niños que en la tarde se esfuman junto al barullo del sol.



*Gdeim Izik, la intifada*

Salima toca a la puerta de mi habitación. ¿Puedo entrar? ¿Qué hora es? Sí pasa, ¿qué sucede? Anda, ya levántate, alguien te busca, se llama Omar, te buscó desde ayer pero estás perdido. Y ¿quién...? Es uno de los organizadores de Gdeim Izik, necesita hablar contigo. ¿Dónde? Estará toda la mañana en el Ministerio de Cultura en Rabuni. Anda, ¡yala, yala! Me visto, me lavo la cara y salgo hacia Rabuni sin tener más información.

Intento organizar lo que no tiene sentido alguno. Al llegar nos dirigimos al Ministerio con lo básico, una cámara de video, baterías, cassettes y grabadoras. Salima no nos dio una mejor pista.

Entro junto con Hayetu al Ministerio de Cultura. Salima se quedó en Smara para recibir a su hermano, joven militar. Un salón que se insola con el reflejo de la luz en el patio. Podría ser un salón de clases de cualquier primaria en Juárez. Podría venir a jugar aquí Julieta. ¡Hola, soy Omar! Me dijo Rodrigo que te buscara si lograba cruzar el muro. ¿Cuándo llegaste aquí? Hace unos días, pero nadie sabe, no aún. Entramos al salón y Hayetu prepara la cámara para grabar la entrevista a Omar Zraibbiaa. Me dijo Rodrigo que me buscarías, ¿cómo estás? No mejor, te cuento todo, no mucho tiempo. La entrevista será traducida del hassania al español por Hayetu. REC, silencio. Gdeim Izik comenzó en marzo del 2010, cuando nos juntamos algunos jóvenes para pedir trabajo y poder tomar algo de nuestra tierra para vivir. Hicimos un campamento igual a Gdeim Izik pero fuimos reprimidos y no tenemos trabajo ni nada y decidimos hacer un campamento junto a los sin trabajo, no tenemos ni casa ni nada. Fuimos dos grupos de lucha por trabajo en los territorios ocupados, luego vinieron saharauis que trabajaban en España, han venido a trabajar y se han quedado desempleadas. Éramos muchas familias buscando justicia y trabajo. La policía ya nos perseguía antes de octubre y vamos a acampar antes de lo planeado porque nos han descubierto. La primera noche, 9 de octubre, fueron treinta jaimas, el 12 de octubre eran sesenta y dos jaimas, cada día se escuchó gente montando jaimas y a finales del segundo día, ya eran más de doscientas jaimas instaladas. No esperábamos tanta gente protestando. Rodrigo se escapa de la policía secreta en Casa Blanca y viaja junto con Inés hacia la ciudad de El Aaiún. Recorro Madrid como un turista anónimo en esta historia. El campamento de Gdeim Izik comienza de ser una protesta y se transforma en una fiesta, la única en la historia de esta ocupación. Estamos contentos de encontrarnos a toda esa gente saharai, de ver a todas nuestras familias que en la ciudad es imposible visitar. Esta primera semana es crucial, de doscientas jaimas se convierten en dos mil para finales de la primera semana. Los marroquíes comienzan a bloquear los caminos para que no llegue más gente al campamento. La incertidumbre

nos preocupa, no sabemos qué hará la policía. En el campamento quienes esperan la comida y los víveres son las mujeres y los niños. Todo el tiempo estamos vigilados. Regreso a Barcelona y descubro una pequeña parte de Mila; la fragilidad de esa mirada azul es agua que se revuelca con la mano turbia de la historia de España. Rodrigo nos pide ayuda desde la ciudad de El Aaiún, transmisión, transmitir.

El sol se alza por sobre las láminas y el calor comienza a calar sobre mis preguntas. El 17 de octubre vivían aproximadamente cinco personas por cada jaima. No tenemos medicinas, no tenemos agua, alimento. La gente sabía las condiciones de estar ahí a la mitad del desierto pero aún así siguen saliendo hasta el campamento y llegan atravesando otros caminos hasta Gdeim Izik, están cerrados los caminos principales. Nos repartimos las tareas para poder mantener el campamento de resistencia. Mila trae a la oficina una tira de pan baguete y un trozo de queso. Rodrigo nos confirma que ha encontrado el teléfono Nokia que le hemos dicho que compre y le active internet. Mila trae la lista de prensa que cubrió la nota en agosto. Me comunico con la embajada de México. Estamos solos, la embajada no le va a brindar ningún apoyo consular. Ella me observa, cuelgo. Mila, sonrío de nervios. Yo trago rápido el pan con queso que ella me ha preparado y envío correos a todos los medios. Se crea un comité de diálogo en Gdeim Izik con nueve representantes que exigen casas y trabajo. En las mesas de diálogo se exigen las necesidades básicas. Pero las demandas para explotar el fosfato y el pescado de las costas del Sáhara no se demandan en un primer momento. La demanda de independencia es un clamor en el campamento.

Nada se logrará sin la independencia, exigen las diez mil almas que se han reunido al iniciar la segunda semana. Exigimos el derecho de la vida digna y exigimos el reparto de los recursos naturales a los originarios del Sáhara. Para la segunda semana la exigencia de autodeterminación es la demanda interna de Gdeim Izik. La traducción entorpece el video. Omar entiende algo del español, y es profesor de inglés, responde palabras o frases en ese

idioma vecino, los detalles se detienen en la traducción y la impotencia de Omar y mía, queda ahí, atrapada en el puente que atraviesa el calor del desierto. La oficina en Barcelona se convierte en otro campamento. Mila y yo nos turnamos para recibir los comunicados que el área de información de Gdeim Izik le reporta a Rodrigo. Luego de diez días de protestas en la zona ocupada, las noticias comienzan a desaparecer de los medios. Los principales diarios en España evitan la nota de los dos cooperantes internacionales dentro de Gdeim Izik. Mes y medio atrás, eran rock stars y hoy nadie coge las notas sobre el campamento de la dignidad. La policía cerca el campamento de Gdeim Izik para que no tengamos ni gasolina ni agua, el ejército marroquí construye un muro que rodee el campamento para controlar la entrada de más personas. Mila entra por la mañana y me pregunta cómo lograr levantar la nota en los medios. ¿Van a matar a alguien? y hasta que no mueran alguien en Gdeim Izik no estará en los medios. Ella se sienta desenchajada en los sillones negros. Busca en la lista a algún periodista que logre poner en primera plana la protesta. Me pongo los jeans, camino hasta el baño y me enjuago la cara y observo mi rostro, ese que desconozco. Tomo la camisa que he usado durante los últimos cinco días y regreso al salón oscuro donde el pequeño balcón hacia la calle aún no invita a ser escuchado. Papi tienes que subir a la Pacha, hoy no duermes aquí, yo hago la guardia. Rodrigo nos envía por la noche, audios y videos para subir en la página de RS. Esperamos su llamada, intentamos marcarle pero el número de Rodt está muerto. El campamento ha crecido sin límites, las filas para sacar agua del pozo y recibir un pequeño galón de agua o recibir una hogaza de pan tardan más de tres horas. Acepto la recomendación de Mila, pero no tolero la Pacha, ni su yoga barato, ni su opio, ni sus berridos de pluriamor. Salgo y atravieso el Gótico y camino hasta Plaça Universitat y pido asilo para bañarme en casa de Gastón.

Las carreteras del sur del Sáhara Occidental se llenan de saharauis que vienen a Gdeim Izik. Las reuniones de todos los saharauis en el campamento se molestan por no llevar la protesta por

la independencia hasta sus últimas consecuencias. La mañana del 24 los marroquíes cierran la entrada e incomunican al campamento. Yo estaba cerca de la puerta, la fila de carros se alcanza a ver en el horizonte. Estoy muy cerca de la policía marroquí y del ejército marroquí, suenan detonaciones de armas contra los carros que se acercan rompiendo la fila para entrar, escucho el sonido de las armas. Interceptan a una Land Rover con familias y niños dentro. El coche estaba cerca de donde estaban los marroquíes y no podríamos acercarnos. Muchos marroquíes rodean el carro con las armas apuntando hacia el Land Rover. Escuchamos las armas y vinieron las noticias de El Aaiún, de un hospital en El Aaiún. Salió en las noticias y comunicamos a todos la noticia en el campamento. Los marroquíes tenían la orden de matar para que no entrara más gente, de detener a las familias. El campamento descansa; esa noche con la misma convicción, estamos decididos a lograr las demandas de lo que nosotros queremos y estamos luchando para nuestra casa y para vivir de nuestra tierra. La muerte de Nayem Elgarhi nos deja muy claro que la fuerza y la dignidad es por nuestra tierra. Tres días en el campamento no hacemos nada por la muerte de Nayem, porque estamos sufriendo la muerte de Nayem. Y fue así, después de la muerte de Nayem, los encabezados de todos los diarios y las principales notas en televisión son de Gdeim Izik. Rodrigo nos marca por la noche de ese 24 de octubre. Están suspendiendo las líneas de telefonía, únicamente puedo enviar en la madrugada, necesito que estén conectados en la madrugada. Se corta la comunicación y replicamos el comunicado que nos ha enviado Rodrigo desde el campamento. Mila se conecta por las madrugadas, mientras intento tranquilizar a Nayala y recibo las llamadas del hermano de Rodt preguntando por él desde México. ¿Va a regresar? ¿Va a regresar? Regresará, tiene que regresar. Afirmaciones que no tiene sentido contestarnos y sin embargo quedan abiertas las preguntas como sentencia.

Por primera vez Mila se rompe a pedazos y su entusiasmo deja escapar el brillo de sus ojos. Su piel blanca se transparenta como el papel mojado y su boca roja palidece entre las sombras del

salón. Baja la cabeza entre sus brazos y mesa sus cabellos rojos con los dedos. Rodt no vuelve a marcar. Nayem tenía catorce años. Cuando regresamos al diálogo exigimos que se retire el ejército de la zona Gdeim Izik. Convocamos a que salga todo el mundo a protestar, que es esto lo que evitamos y por lo que luchamos. Justicia, techo, trabajo son nuestras exigencias. Desde la muerte de Nayem sabemos que tenemos las miradas sobre nosotros y la autodeterminación aún no ha estado en la mesa de diálogo, pero es el clamor de las familias. Se suman cada vez más personas y para el 27 de octubre ya somos más de cinco mil jaimas. La estrategia es no presionar con la autodeterminación hasta tener presión internacional sobre los marroquíes. Cuando murió Nayem, la gente pidió ondear la bandera saharauí, y los marroquíes no dejan que esto suceda, así como bloquean la entrada de CNN, de *El País* y periodistas franceses que también intentan ir a cubrir al campamento pero no dejan entrar a nadie, únicamente está Rodrigo e Inés junto con nosotros. Desde ese día existe la posibilidad de que los marroquíes entren al campamento. Ponemos controles en la puerta para ver quién y a dónde va cada persona. Estábamos dispuestos a estar años si fuese necesario. Era muy complicado entrar y salir del campamento, nos tenían rodeados. Todos los días al caer la noche pensamos que los marroquíes entran a destruir el campamento. Logramos conseguir el presupuesto para una cámara y una computadora para Rodrigo. Pero existe un problema ¿cómo hacerlo llegar? Cómo hacerlo entrar entre la vigilancia marroquí, un paquete que tiene que atravesar España, aduana española y recorrer el puerto de El Aaiún, llegar hasta las manos correctas y atravesar el cerco militar. Además de eso, logramos conseguir el contacto para montar una transmisión satelital por cualquier emergencia.

Necesitamos tiempo. Eso es lo que necesitamos. Mila me compra un boleto de tren y me acompaña hasta Sants. Sus manos se retuercen en sí mismas. ¿Regresarás, papi? Claro que sí, acá estaré mañana. Un beso, tal vez, el beso más intenso que me ha dado. Un abrazo, donde su olor me retuerce la vida. Abordo el AVE,

no puede ser de otra manera, soy ilegal. Llego a Madrid después de las ocho de la noche, no sin antes fotografiar la boca de una tripulante que apenas podía ver entre los asientos delanteros. Camino de Atocha hasta Lavapiéz con una mochila llena de equipo nuevo. Me alojo con un amigo de Rodrigo, programador en software libre. Por la mañana desayuno un café y le entrego la mochila personalmente a Juan Carlos. Mila se queda a cargo de los comunicados y el enlace con los medios. Antes de tomar el tren nocturno de regreso, tomo una caña con el programador y me chingo unas tapas. No interpreto el boleto de regreso, ni conozco bien los andenes. Al llegar para abordar a Atocha, pierdo el tren de segunda y tengo que alcanzarlo junto con una pareja de turistas en la siguiente estación. Un taxi, un recorrido de media hora hasta un pueblo a media noche. Una estación de tren que apenas ilumina su fachada con un farol de luz amarilla, un jugo, una caña y un bocadillo en la panza. El frío cala, la chaqueta de mezclilla y borrego hace soportable la espera. Al llegar el tren comprendo parte de la melancolía que Mila añora de las historias de su madre. Subo y entro a un camarote donde todos duermen. Enciendo una lámpara sobre mi libreta y escribo esta enumeración de escenarios ajenos. Transeúnte e ilegal prometo darme un tiempo para comer con Mila, para verla de frente a los ojos y nada más. El día seis de noviembre el Rey de Marruecos amenaza con desmantelar Gdeim Izik, pero nosotros exigimos públicamente por primera vez que todas las demandas económicas, sociales y de trabajo se lograrán únicamente con la autodeterminación del pueblo saharauí en nuestro territorio del Sáhara Occidental. Ese día no durmió nadie. Esperamos la entrada y la represión. Y salió en todos los medios, en todos.

Rodrigo nos marcó agitado a las tres de la mañana. Lo pidieron, están exigiendo la independencia del Sáhara Occidental, escriban. Rodrigo nos leyó todo el discurso donde miles de saharauis en el campamento de Gdeim Izik se reunieron para votar y exigir la autodeterminación del Sáhara Occidental. Las fotografías que subía Rodrigo con el teléfono eran la única fuente de información para todas las agencias internacionales. Los organizadores

del campamento hablan con un altavoz, parados sobre el techo de la caja de un tráiler viejo; un mar de gente rodea el tráiler, tanta que se pierde el desierto entre los colores de las melfas y los pañuelos. El audio llega a todos los medios en el mundo. El testimonio de Gdeim Izik era la primera vez que alguien retaba al pendejo Rey de Marruecos dentro del territorio ocupado y no eran asesinados por sus secretas. Rodrigo apenas tenía aire para seguir dictándonos el discurso. Poco después de las cinco de la mañana se corta la comunicación y para las seis y media, ya estaba el comunicado y las fotos y los videos de Rodrigo en la bandeja de correos y FTPs de todos los medios nacionales e internacionales. Pero habíamos planeado otra estrategia además de los medios. El trabajo de Gdeim Izik es la exigencia de la autodeterminación. El primer día eran treinta jaimas; no pueden exigir la autodeterminación, porque esas treinta jaimas serían reprimidas inmediatamente, entonces era primero pedir casas y trabajo y beneficios sociales porque si hubiésemos pedido la autodeterminación con esas treinta jaimas, hubiesen venido los marroquíes a torturarnos y a matarnos. Esa es la última llamada de Rodrigo. Cierran los canales de comunicación. Tiran las antenas de internet y apagan la luz en toda la ciudad de El Aaiún. La tensa espera únicamente aguarda lo peor. Marcamos cada hora sin lograr tener señales de Rodrigo. Nos comunicamos con Juan Carlos y Renata para preguntarle a Hasana si tenía alguna información pero nada. Las líneas de telefonía fija en la ciudad están cortadas. Rodrigo nos había contado que hace días que llegaban muchos militares, que no sobrevivirían mucho tiempo más. La cámara digital y la computadora habían llegado. No así el transmisor satelital. Esperamos sin comer ni dormir. Mila va a su casa para darse un baño. Y yo hago lo mismo y camino hacia casa de Gastón. Nos conectamos por internet, esperamos noticias. Buscamos al delegado del Polisario para darle nuestro reporte. Incluso ellos se informaban a través de Resistencia Saharai. Treinta y seis horas agotan toda nuestra la paciencia.

El hermano de Rodrigo simplemente me amenazó con que tenía que regresar vivo. Nayala encendió velas pues los ancestros de Rodri-

go le avisaron de la intifada. Yo observé el techo cuadriculado sobre mí. Podría estar muerto ahora mismo, el plan B ya está en marcha.

Ese día estoy en El Aaiún con un grupo reunido y estamos preparándonos para ir al campamento de Gdeim Izik, estamos en la ciudad, a quince kilómetros. Tenemos la información de que van a entrar y tenemos información que enviar por internet y el día siete de noviembre regresamos a Gdeim Izik pero los marroquíes cierran la puerta y nadie entra ni nadie sale. Ese era un domingo y muchos de los hombres han salido por víveres, mientras que los fines de semana se quedan los niños, los jóvenes, las mujeres y los ancianos cuidando el campamento. Pero ya nadie entra ese domingo y están solos ellos. No sirven los teléfonos y no hay manera de decirles que dejen el campamento. Por la madrugada se escuchan los camiones militares rodeando todo el campamento. La fila de carros que no dejan entrar a Gdeim Izik regresan a El Aaiún y entra la policía marroquí a la ciudad. Los jóvenes tienen enfrentamientos en la ciudad de El Aaiún. Específicamente en la carretera de salida de El Aaiún hacia Smara, ahí inicia la intifada. Las calles de El Aaiún se llenan de saharauis, más de seiscientos coches cierran la carretera. En la ciudad viene la policía, militares y helicópteros. Todos los barrios de El Aaiún salen a las calles desde las siete de la tarde hasta las seis de la mañana cuando comienza el ataque al campamento, cuando la gente estaba dormida. Desde la ciudad y desde el campamento se veían las cortinas de humo y el miedo y la rabia hacen estallar la intifada de esta primavera. La gente camina desde Gdeim Izik hacia la ciudad, esperan lo peor al llegar a su ciudad.

En Gdeim Izik ataca el ejército y en la ciudad la policía. Al hablar al campamento logro por primera vez comunicarme y me dicen que han atacado, lloraban, Marruecos ha capturado a mucha gente y la han torturado. Ha muerto mucha gente, es lo que me comunican en el teléfono. Protestamos en la salida de El Aaiún a Smara que es hacia donde está Gdeim Izik, no dejamos salir a los policías para que vayan a reprimir a Gdeim Izik. Rodrigo le marca a Mila a las siete de la mañana. Nos atacaron, no sé qué sucede,

hay fuego en la ciudad, hay fuego, dínos qué sucede, le pregunta Rodt a Mila. Se corta la comunicación y no tenemos noticias de Rodrigo hasta que sube un video y vemos la ciudad destrozada, las columnas de gente saliendo del campamento, las mujeres desmayadas por el gas. En el segundo video está Rodrigo dentro de una casa y marroquíes intentan entrar a ella. Se encierran saharauis dentro de esa casa y Rodrigo está junto con ellos grabando la puerta que intentan tirar para matarlos. Se escucha como patean y rompen las puertas una por una. ¡Nos quieren matar! grita Rodrigo en la narración del audio, ¡nos quieren matar!. Intentamos llevar a los heridos al hospital pero nadie nos atiende y no nos dejan entrar. La noche del ocho buscamos quien atiende a un compañero que tiene la pierna fracturada por un policía que pasó su camioneta sobre él. Vamos a su casa pero vienen marroquíes y policías y golpean con piedras a las mujeres. Escapamos de ahí y vamos a casa de otro familiar y dejamos a este compañero y después intentamos regresar a Gdeim Izik. Un par de días antes del ataque al campamento habíamos localizado a el representante de México en el Consejo de Seguridad de la ONU. Dos objetivos, proteger la vida e integridad de Rodrigo e Inés y denunciar la ruptura del cese al fuego por parte de Marruecos, pactada en 1991. Mila me pide que localicemos al embajador y le exigimos presente una queja en el Consejo de Seguridad de la ONU por los hechos ocurridos en el campamento. Las entrevistas no dejan de acosarnos y buscan con desesperación a Rodrigo e Inés. El gobierno español aplaude con agrado la represión en Gdeim Izik. Denunciamos que la ministra del exterior se encontraba informada de esta masacre planeada por Marruecos.

Rodrigo se comunica hasta las once de la noche de ese día. Partes de la ciudad están literalmente en llamas, los marroquíes entran a los bancos y los hospitales y destruyen todo. Los días posteriores a Gdeim Izik destruyen la ciudad. Jovenes y mujeres son descuartizados en el campamento. Por las noches, la ciudad se llena de escuadrones de la muerte con marroquíes que buscan personas en las calles o entran a las casas y asesinan a todos. Ro-

drigo da entrevistas con voz de susurro. ¿Dónde estás? No puedo decirte, pero estamos seguros. ¿Estas con saharauis? No, estamos solos, es más seguro así. ¿Inés? Muy nerviosa pero bien. Rodrigo se esconde en algún lugar de la ciudad incendiada. Sube las imágenes capturadas con la cámara digital y dan entrevistas a todos los medios. Preparamos un informe para el representante de México en el Consejo de Seguridad de la ONU. Rodrigo está tranquilo, o por lo menos su voz deja de ser agitada. La oficina transita de día a noche sin tener tiempo para comer o dormir. Los saharauis están convencidos que el único camino es la autodeterminación. Estos días de Gdeim Izik pudimos probar la belleza de la libertad y la alegría de estar juntos. Tendremos que soportar mucho y no vendrá gratis, vendrá con esfuerzo, pero estamos claros que es el único camino para la independencia del Sáhara Occidental. Las noches eternas que Rodrigo pasa escondido en El Aaiún aún guardan el terror por los sonidos que alcanzan a escucharse en la ciudad. Bromeo por Skype. Ya vénganse, si no ¿cuándo nos casamos Inés? Ella responde con tensa alegría. Sí, tú nada más me quieres para los papeles. Pero mira te va a costar porque primero tienes que sacarme de aquí SubNariz. Descubro que ahora cargo un apodo que poco rima en la situación. Rodrigo repite que están bien, que no quieren salir hasta no garantizar que han subido la mayor cantidad de videos de la cámara HD. A días para que se reúna el Consejo de Seguridad de la ONU, Minurso descarta proteger la integridad física de los cooperantes escondidos en la ciudad ocupada. En la oficina doblamos turnos y evitamos salir o entrar. Marruecos ha sacado videos en las redes y en la televisión con las imágenes de Rodrigo e Inés pidiendo entregarlos vivos o muertos. El delegado saharauí en Barcelona, nos pide que por ningún motivo andemos solos en la ciudad y no nos acerquemos al Raval.

Terminamos la entrevista con Omar. Hayetu guarda la cámara mientras que yo guardo la grabadora y me despido de Omar agradecido por su testimonio. Salimos a comer juntos al chiriguito a borde de carretera. Omar come poco. Sus ojos hundidos y

su piel morena me observan buscando algo más que a un simple periodista. Dejé la ciudad porque a mi regreso sigue la cárcel. Hayetu y yo terminamos nuestro plato de pollo y bebemos la soda que acompaña un día largo. Regreso a Smara y le envío un SMS a Rodrigo para informarle que ya está hecho el testimonio de Omar. El taxi pone rezos del Corán a todo volumen. El paisaje queda atrás en las palabras. El atardecer al llegar a Smara es como cualquier otro en los campamentos de refugiados.

Camino de regreso del paradero de taxis hacia mi casa. La luna sale puntal e ilumina mi camino. Luna creciente. Un par de días cada mes el sol sube por la noche y la vida no duerme. Donde sea que esté, Luna llega y dejo de chocar con las piedras y dejó de ser un trompo rebotando entre ellas y descansa el barco sobre el mar en calma. Luna sale y los ojos de los gatos descubren sus escondites. Luna sale y la piel se resigna a baños lunares. Las ventanas no duermen y Lala me ve desde la habitación como una madre preocupada por el hijo maleducado que llega tarde. Saludo, bebo té en el gatón, escucho las noticias en Al-Jazzera y me despido. Leile saida. Voy a dormir a la habitación de alfombra color tinto.

Sueño con un mar y las nubes haciendo olas chocando contra el farallón de estrellas. Las estrellas estaban tan bajas que sientes su brisa de luz con gotas de agua. Algunos perdemos la gravedad y chapoteamos en las nubes hasta que el cielo sea cristalino. Sostengo mi mano al cielo y cae sobre mí agua salada. Veo el mar y escucho una nueva palabra, nube se dice, ennâu.



### *Despedida*

Conoces a tus amigos por lo que te dan en tiempos de guerra. Javier me envía algo que podría interpretarse como un testamento. En Facebook encuentro un extenso mensaje en donde intenta explicar los motivos éticos para iniciar una batalla contra la federal y el ejército. Inicia con un epígrafe de Holmes diciéndole a su amigo, el Doctor Watson: *Es un error capital teorizar antes de tener datos.*

*Sin darse cuenta, uno empieza a deformar los hechos para que se ajusten a las teorías, en lugar de ajustar las teorías a los hechos.* Imprimo el alegato de diecinueve cuartillas sobre la ética de la desobediencia civil. Enrollo esas hojas rosas del ministerio de información que da la RASD, en realidad son las hojas que encontraron para imprimir el texto. Lo guardo en la mochila y lo llevo junto con mi grabadora y mi compu del Real Madrid de regreso a Smara.

Leo entre líneas la rabia de Javier y como antes, como siempre, Javier convierte mi caligrafía en algo casi ilegible. Me interno en sus palabras a la luz de la vela mientras espero que Ali venga por mí para ir a las dunas a despedir a unas cooperantes suizas que están deseosas de cooperar con los saharauis. Nos internamos en el desierto, Ali y los cubarauis encienden una pequeña brasa para hacer el té y extienden una alfombra para rodearnos de negritud. Pasada la media noche, Ali se va a dormir triste por la partida de la hermosa suiza que le habló en perfecto árabe que aprendió de su madre siria. El resto nos vamos a una boda. Yo sólo tengo la idea de regresar a leer las hojas rosas y buscar en las palabras que Javier sabe compartir en tiempos de guerra. La algarabía de la boda transforma los insultos que recibe el novio por parte de las amigas de la novia y terminamos siendo una desbandada de carros a las tres de la mañana persiguiendo algo en el desierto. Buscamos a la acompañante del novio que se esconde para completar el ritual de unión. A las ocho de la mañana despierto con arena en las ideas. Como de costumbre tomo un café y me siento a leer aquel texto de Javier. No voy a reseñar una carta que íntegra habría que leerla. Voy a buscar mis palabras. Donde sea encuentro señales de humo de la historia que habrá que contar. Ha sido un éxito el olvido. Voy sobre el barco de papel que es jalado por una cometa. Barco pirata. Paralelo a esto escribo un artículo intitulado: La Cuba de África. Deseo creer. Es decir, mi corazón comete el error capital de creer en el sur por encima de los datos y las teorías.

Desentierro mis pies de la arena afuera de mi habitación. Me pongo los tenis y corro para alcanzar a entrar a internet an-

tes de que se vaya la luz en la wilaya a las dos de la tarde. Javier intentará organizar una resistencia contra la Policía Federal en Juárez. Paso a dejar las hojas rosas con Fakala, a él le sugiero que traduzca al árabe este ensayo. Tomo el móvil viejo y marco a Molud para rehacer el programa de investigación. Javier se aferra a la comunidad porque hay que creer en algo. La puerta del internet está cerrada, el riah cierra mis ojos por la tormenta. Regreso a casa y encuentro Lala con Mañà, un nuevo bebe de visita, entre cierro los ojos a causa del riah. Lala juega en el gatón. La mujer a la que pienso entretiene su descanso eterno a causa de la diferencia de horas.

Mientras se despedía la cooperante suiza le prometió a Ali que regresaría, cada beso fue acompañado de promesas. Se sorprendió de que no prometa volver al Sáhara. La llave de África la tiene Europa, le dije. Son casi tres mil quinientos euros los que hay que desembolsar para llegar desde el sur hasta el sur. Ella despegó prometiendo, sin conocer la suma de muertos en Gdeim Izik y la locura de Rodrigo, sin contar ser ilegal y dormir donde cayera el sol. Ella amablemente me ofreció trabajo en Viena para ir a Siria. No entendió que pertenezco a otro exilio. Tengo una máquina del tiempo que estallará en mí. Un conflicto que nadie vigila y que nunca reconocerá la ONU. Por lo menos desde el exilio se puede pensar en volver. La suiza creyó que todos queremos vivir en Europa porque somos pobres. No somos pobres, somos desplazados de las guerras que Europa financia.

Entran al gatón Salem y Ahmed Baba. Desaparecidos por semanas fueron a buscar una camella al desierto. Ahmed me cuenta historias de la guerra. Aquí es donde mueren de muerte natural los ideales de aquellos jóvenes revolucionarios. Los románticos, dicen los jóvenes. Empiezan a perder la vista y tropezar sin equilibrio. El Sáhara es un cementerio de guerrilleros con historias encalladas en la memoria de los poetas. La arena del desierto borra uno por uno los nombres en la lista de equilibristas y valientes héroes. El parque temático de los campamentos de resistencia saharauí llega a tener todas las atracciones revolucionarias. Hay poetas, sahara-

huias seductoras, fiestas latinoamericanas, grandes historias, héroes, mártires, canallas y espías. ¿Dónde está la descolonización? ¿dónde está la libertad? Fakala me intercambió las hojas rosas por una nota de Robert Fisk. Al leerla descubro cierta sátira en el intercambio epistolar. La ONU especula con el hambre y el Banco Mundial de Alimentos reduce la comida para generar estallidos terroristas en los campamentos de refugiados palestinos. Guerra que se mide y se calcula desde los escritorios de la ACNUR. Ahmed Baba aún respira esa libertad de su viaje en los últimos días. Se exaspera de mi idioma, le dice cosas a Salem y él me dice. Ya te cuento el viaje, fue muy lindo este viaje.

Molud me manda un SMS para que pase a la oficina mañana y actualicemos la lista de personajes a entrevistar. Salem se alista para dejar los campamentos. La casa moviliza comida, té y fuerzas para preparar la maleta de Salem. Mi buen amigo, que lástima que no hemos podido platicar más. Observo en una esquina a Salem quien va de aquí para allá con cosas. Mientras has estado en Tifariti he tenido que salir a buscar la camella de mi padre. ¿Regresas a Canarias? Sí, ya han terminado las vacaciones. Tenía años que no dedicaba tanto tiempo a descansar. ¿Y para qué buscar una camella, Salem? Es importante, es la herencia de mi padre; hemos encontrado la camella y las crías. Salem termina de hacer su maleta y detiene el tiempo para cenar con calma el cuscús preparado por Lala. Hacemos el té, platicamos y reímos por las aventuras que se encontró en el camino. Un momento, dice Salem. Entra a su habitación, se quita el darrá blanco de gala y se viste con un traje negro, una camisa blanca y una corbata negra, la pulcra imagen diplomática. Ok, seguimos. Salem se entretiene por las anécdotas que le cuento sobre Rodrigo e Inés en su encierro en la ciudad de El Aaiún. Ahmed Baba escancia el té que bebemos y al recibir el pequeño vaso caliente todos pronunciamos. Bismillah, para agradecer esta oportunidad. Salem me platica ese día que se perdieron en el desierto cuando después de hacer el té en medio de la nada atravesando la noche, caminaron siguiendo una pequeña lucecita que aparecía y desaparecía. Es un coche dijo a Ahmed, y

avanzamos hacia esa luz y llegamos después de caminar unos tres kilómetros; una luz en el desierto puede verse desde veinte kilómetros si estás en llano, y se ve como si estuviera cerca.

Ahmed observa mi rostro buscando esa expresión de libertad que no alcanzamos a compartir. La lucecita que seguimos resultó ser un hombre con una linterna en la cabeza que cocinaba fuera de la jaima, un cordero apenas terminado de hacerse en el fuego; esta familia nos ofreció comida y nos ayudó a encontrar a mi familia y ellos ya me supieron decir dónde se encontraba la camella que mi padre me había heredado. Termina la historia y bebemos el segundo vaso de té. Bueno Salem, pero ahora hasta reloj traes y hace apenas unos días atravesabas con nada en el desierto, buscando las estrellas. Él ríe con honestidad. Sí pero son dos situaciones diferentes una es la libertad, fuera de todo, sin tiempo, salir y entrar cuando uno quiere y esta es otra cosa, es mi responsabilidad y mi misión, con teléfono, trabajo diario, con correo electrónico y estar pendiente de la información y ponerte en una situación que para la gente que nace y crece en el desierto no es agradable realmente. Terminamos los tres té después de una charla acelerada que clarifica la distancia de este pueblo frente a la ilusión de libertad, concepto hueco y mal usado en Occidente. Imagino al joven Salem que viajó a los dieciséis años y que llegó a Cuba por la noche y desembarcó de un buque ruso que navegó por tres meses hasta llegar a una isla, también con una responsabilidad y una misión, que por primera vez es golpeado por un calor húmedo, que por primera vez siente el color verde. Él atravesó esa carreta entre el muelle y La Habana intentando identificar el paisaje utilizando el aroma de la sal y la hierba fresca.

Salem deja los campamentos y con él se va mi último interlocutor de lo que soy en múltiples pedazos continentales. Lala y yo quedamos frente a la casa de la abuela y vemos como la Land Rover se echa en reversa y la arena atraviesa la luz de los faros. Salem regresa a España para continuar con la misión que le ha asignado el Frente Polisario. Delegado en Canarias y dedicado a la independencia, egresado de química que podría estar trabajando

para alguna farmacéutica y ganar miles de euros pero que es innecesario decirlo, no trabaja para él mismo, trabaja para su pueblo.

Mis letras quedan en la obscuridad lúgubre que poco a poco se van manchando con la luz de la sonrisa plata que crece a cada noche en el cielo. Y entre las noches se abre lugar para las risas de niños. Atravieso los días contando las lunas. Se llena mi memoria de todos tus gemidos. La porosa obscuridad deja llegar tu imagen que me espera por el fin de los tiempos. Salgo a comprar al mercado pero faltan dos lunas llenas, una ya tiene la risa creciente, la misma risa de Julieta. Compro una lata de duraznos en almíbar y la comparto con Lala, un postre y un manjar que compartimos sin pronunciar palabra. Hierba fresca, un paisaje de hierba que nubla todos mis instintos.

Yo sólo tengo que tomar un avión, tú sólo tienes que revivir. Observo el atardecer desde mi habitación, tinta a través de esas ventanas que dan a la calle. Escucho al famoso Rubén Blades que es un buen conocido de los cubarahuis.

No dejo de sentir que está amaneciendo cuando camino bajo su luz platina. Quisiera verte a los ojos cuando aterrice en la luna de mayo. Verte sin otro motivo que ver la luna de mayo sobre tu recinto de arena blanca. Quizás suceda, aquí uno cuenta los días, luego las lunas, luego los veranos y después los años. Puedo imaginar que el exilio saharauí inició así, viendo la luna y contando cuantas giran en el iris de sus ojos. Si nunca puedo verte los ojos bajo la luz de la luna seré siempre un exiliado.



### *Camino que desaparece*

El calor comienza a extenderse a cualquier lugar, incluso debajo de las láminas en las habitaciones. El sofocado paisaje reduce mis pupilas y las obliga a observar el micro cosmos que existe pese a que la luz blanquea todo rastro de vida. Sin pestañas, apenas puedo resistir la arena y mis lágrimas cristalizadas son rocas que erosionan la piel. Lala dejó de preparar comida para un hijo del que

no sabe su paradero. Mi teléfono cada día pierde más rápido la batería, la ansiedad por las noches escucha patitas de los bichos que marcan la arena del patio y la atraviesan dejando una huella de ese microcosmos. Zuê a lo lejos exhala y dilata su voz entre el viento. Alí regresa a tomar el té y contempla en su menú un comensal más. En algún momento se me ocurrió jugar con los niños y meterme debajo de un carro oxidado. Hoy llevo piojos y desconozco cómo eliminarlos, mi alternativa es raparme. Dejo de tener los tratos preferenciales del extraño, pago lo mismo en el taxi y Molud me ha dado una nueva lista de personajes para entrevistar. La comida varía de lentejas a arroz, a pollo, a arroz, a lenteja. Las manzanas viejas saben cada vez más ricas. Las semillas y los dátiles son deliciosos, el cuscús es mi patillo favorito y trémulos recuerdos de una boca y un beso me inquietan cada noche. Soy presa de un exilio que he buscado. No te vayas dijo Nayala.

Casarme con una hermosa saharauia, ir a la guerra, regresar al Sáhara. Gabel castiga mi cobardía con silencio. Soporto el calor y siembro mi confianza donde no hay nada. También en la guerra hemos perdido. Javier se despide por última vez en su siguiente mensaje en Facebook. Va a intentar asesinar al gobernador y al comandante de la Policía Federal.

Intento recuperar mi rutina de clases de internet, mis alumnos son fichados para la producción de la película, Wilaya de Pedro Rosado, ese que carga un paliacate que según, le regaló Marcos, el de la Selva Lacandona. Busco traductores del hassania al español en la escuela de lenguas a un costado de Protocolo. Camino con mi pañuelo blanco a través de la calle principal de Smara. Buscaría una cerveza, pero me da igual, ahora mismo nada tiene un lugar, soy de aquí.

Espero pacientemente la noticia de la muerte de Javier. Salgo del internet en Smara y voy de visita permanente a la construcción de la biblioteca con Alí. Tienes mal. Algo así, le contesto. Él se quita su pañuelo bañado en nila azul. Amigas preguntan por mexicano meshnun, quieren conocer mexicano. Acepto un té junto a los cubarahuis. ¿Cómo soportan ser ingenieros y trabajar de alba-

ñiles? Esperamos la guerra, dice uno de ellos, ¿qué más harías, escapar? Es lo que tenemos, nada más. Se burlan de Alí que no deja de trabajar para ganar tiempo y recibir a su novia española. Salimos de la construcción en el carro de Alí. Los niños le gritan Tsunami, Tsunami, dicen que el carro de Alí lo trajo el Tsunami de Japón. Alí se baña y vamos a ver tele a una pequeña casita en Sabao Sherin, veintisiete de febrero. Le marcan y me dice. Jlaaas, ya está, todo bien. Volvemos a Smara a visitar a dos saharauias que nos esperan con té y melfas que no esconden su desnudez debajo de la tela.

Salimos de la casa de las amigas de Alí después de las tres de la mañana y mucho después de la hora permitida para cualquier cooperante en los campamentos de refugiados por la ONU en Tinduf, Argelia. Nada de que arrepentirnos, todo es alegría y risas. Me deja en casa de la abuela y Lala. Entro en la habitación con una última misión, terminar la lista de entrevistas que Molud me ha dado. Desenredo mi oruga naranja y me recuesto sobre ella para cubrirme antes del amanecer, cuando alcanza a refrescar un poco. Asesinarán a Javier y nada habrá sobrevivido. Dónde existimos en ese territorio expoliado por propios y ajenos. Dónde existe este pedazo de libertad que vive sin mal y sin odio. Tierra de nadie a la mitad de la nada. Los desiertos se han expandido en mis países. El más extenso del mundo. La realidad impuesta y apagada, no sé en qué calibre pondré mi voz.

Por la mañana voy a entrevistar a Housein el poeta. Fakala cierra la refaccionaria y me ayuda a traducir esa entrevista. Platicamos sobre la cultura y el Islam en el pueblo saharai. Salimos antes de la hora de rezar y Fakala me deja en casa de Lala, aunque tengo que ir a comer a casa de Alí. Camino entre los barrios, mientras todos esperan a que el sol deje su cenit. Alí enciende su televisión donde proyectan los bombardeos a Libia y después un lindo documental de National Geographic sobre las mafias latinas. Mafia, mejnun, México señala Alí. Ya no puedo ver tele. Tú terrorista, mejnun. Reímos al desenredar ese mito de la National Geographic. La misma imagen de los bombardeos de la resistencia en Libia.

Al-Jazeera grabó ese ataque a solicitud, ninguna caravana atacaría una ciudad en una columna lineal dijo el militar, en el desierto los ataques son horizontales no verticales. Imagino mi vida frente un televisor los fines de semana. Sé perfectamente que llegará la tarde en que olvide todo esto; que dedique mi trabajo a hacer dinero para ir a comprar; hipotecaré mi futuro a treinta y cinco años. Alí trae de la cocina el pollo frito que ha preparado, mi pensamiento busca cómo salir de aquí; atravesaré con tanques ese muro. Desconozco el lugar donde duermo, soy un cascarón hueco, sin corazón, sin aire. Rodrigo prometió a Halil luchar hasta la libertad, hasta la batalla final por la independencia del Sáhara Occidental. A él le gusta prometer, él puede, yo no.

La primavera árabe se expande en toda la región. Van a asesinar a Javier y no quedará nada. Le he enviado un correo electrónico para que deje Juárez. Más de treinta y dos mil muertos. El día que dejen de existir luchas que quieran cambiar el mundo, los poetas dejarán de respirar. Quizás fuese porque hemos imaginado juntos una alternativa, pero igual que los guerrilleros, los poetas morirán. Una vez agonizando lo imposible el único lugar digno de publicar es en la piel.

Del armario de Alí, sale caminando una gata con la panza inflamada. Se tira sobre la alfombra y por primera vez entiendo ese animal en un contexto árabe. Gatos, gatitos, dice Alí. La gata espera a que dejemos los huesos para ella rumiar las sobras de carne que le corresponde limpiar. La alfombra en el salón de la tele en casa de Alí es parte de la ruta de la seda, camino impregnado en las melfas como su signo y su símbolo. En la columna de exiliados de 1975 las mujeres usaron las melfas como sombras para protegerse del sol y los pañuelos de los hombres, los elseme, eran extendidos sobre el suelo para que los niños descansaran por entre las piedras y las minas que les esperaban en su camino. El Polisario a la mitad del éxodo de 1975, ordenó que todos los niños recibieran clases bajo las sombras de las talhas y cada vez que se detenían, los niños se reunían a clases de español, árabe, matemáticas, ciencias naturales, física y química. Dos gatos bebés sa-

len de la covacha de ropa amontonada de Alí. La alfombra roja es gruesa, hecha a mano. Las telas son símbolo de salud, economía, belleza, erotismo. Te separan del suelo pero te acercan a él. Las alfombras son tan finas como la arena o la piel de una mujer. La ruta de la seda, el té verde a la mitad del desierto. Una ruta que recorre el trópico de cáncer en todas las direcciones. La melfa y el darrá y el elsem te cubren del viento, del riah, de la tormenta.

Terminamos de comer y descansamos en el salón de tele. Nos cubrimos el rostro con el lesem. Entra una española usando un pantalón de darrá, stamp, balbuca su felicidad con una escandalosa entrada. Se sienta frente a nosotros y prepara el té para todos. Es la arquitecta de la biblioteca. La ruta de la seda es la invisibilidad, también es el anonimato. Dice Alí. El nómada llega sin cara, ni nombre, llega y quien sea, bienvenido siempre. Desprende la hospitalidad sin nombre. De ahí llegó la jenna, tan fuerte como para dejar su marca en la piel de la mujer y tan perecedera como la vida. Deja para siempre los acertijos de la poesía que se traga la piel. Tiñe el filo de los ojos simulando a un gato. Asigna un lugar al viento que toca las manos. La tela guarda el olor a perfume de clavo y flores con que se atiza el fuego. Es el sonido de la voz con que se delata ella entre miles de kilómetros de arena. Tanto miedo a perderte como a encontrarte, no hay más interrogantes en la distancia, empiezo a conocerte.



### *La esperanza*

Después de organizar las entrevistas para esta semana descubro que en estos meses el viento siempre ha soplado desde el este al oeste. Pero hoy no, las nubes se adentran desde el Atlántico y viajan hacia el interior del Sáhara. La tormenta de arena no me permite regresar de la Wilaya a mi casa, no alcanzo a ver siquiera dos metros de distancia y aguardo en una tienda que ha cerrado la cortina inmediatamente después que he entrado. Necesito pestañas de camello para abrir los ojos. La riah azota las casas

horizontalmente y al chocar con los muros se eleva haciendo remolinos. Escucho la arena chocar contra la lámina y los muros de la tienda. ¿Salir? No, meshnun, no. Ellos esperan, pero yo no, no sé qué esperar en todo caso. Suben la cortina apenas para que me arrastre por debajo de ella, me amarro el pañuelo y camino poco a poco, tarareo la letra de Mano negra. Porque puedo vengo, no vengo a ver si puedo. El viento lleva el sonido de cuando se rompe un objeto miles de veces contra ti, dentro de ti. Antes de llegar al contenedor amarillo, calma la tormenta y el sol a plomo se posa en cenit. Llego con calma a la casa y Lala me ofrece un poco de arroz blanco. Aguardo la siguiente entrevista hasta las seis. La tormenta regresa suave, constante, sin rabia.

Camino a las afueras de Smara donde tiene su casa un poeta, el calor sube interminablemente. Ni un alma en las calles. La arena alcanza a calentarse hasta arder para después volar juntos los demás granos al rojo vivo que se entierran en la piel. Estos últimos días he tenido que caminar tres o cuatro kilómetros bajo el sol de abril. He ido de un lado a otro sin rumbo, preguntando por alguien, buscando algo hasta recibir las noches que se confunden con la belleza entre el infierno, sin calor ni frío, con estrellas. Noches en las que se escucha todo lo que pasa a kilómetros. El día se dilata y evapora hasta tener una pequeña capa constante de grasa sobre la piel. Somos cuero que se curte al sol y sal propia. Al caer la noche la piel duele al estirarse. Vivo en el desierto del Sáhara, el más extenso del planeta. Algunas veces mi alma confunde a la gente con soledad. Termino la entrevista y regreso caminando a casa. Ceno un par de galletas de esas que saben a cartón y reparto la ONU amablemente. Enciendo la vela, observo mi cuaderno rojo hinchado de arena. Apago la vela con una exhalación que no controlo. Escucho los bichos que a miles de kilómetros de mí se retuercen buscando un lugar de la noche. Cierro los ojos y escucho la velocidad apasionada de Mila, su balancearse hasta mí para distraerme en la oficina, sus senos blancos, tan blancos que traslucen algunas venas que nutren de sangre sus pechos tamaño D. Me quito los pantalones naranjas de dormir y me retuerzo sobre

la oruga naranja que desprecia el tacto de mi piel. Algunas veces es Gabel con sus ojos verdes otras Mila o mi huesuda Nayala. Casi siempre al terminar es Zuê en sus interminables gemidos, otras veces es el único rincón donde estoy cómodo y en paz.

Algunas veces puedo prever cinco o seis días sabiendo mi destino. Otras ocasiones, las más frecuentes, gira el tiempo y me invento el día inspeccionando las cicatrices de cada historia. Pocas veces regreso a un punto fijo. Cada noche me regresa a mí y cambio de ropa por otra para creer que he llegado. En ese momento encuentro el paso del tiempo, encuentro puños de arena que suben a mi mochila de polizontes. Quizás un día llueva en la Amazonia y caiga en sus aguas sin previo aviso. Después de la inspección genital, cierro los ojos para verte, para recordar tu olor y escuchar tu risa. Sentidos muertos bajo mi piel. No te vayas, mientras se vestía. Pretexto para un interrogatorio. Interrogatorio sobre nosotros, ¿qué nos tiene aquí desnudos bajo la sensación negra de la noche? Interrogatorio que guarda algunos secretos en las arrugas que mis ojos acumulan. Es la idea que se tambalea por un par de segundos donde no tengo que resolver el acertijo de mis días. Ideas concebidas tras el cristal de una Land Rover modelo Santana de los años 1970 yendo de Smara a Rabuni a las ocho cincuenta y cinco de la mañana, mientras esquivamos los retenes del Polisario y cuando solo soy un peso, un pasajero y un extraño cuerpo con su piel curtida al sol del Sáhara.



### *Qué mostrar*

Es difícil aquí, es muy duro. ¿Qué pasa? No te lo puedo decir. ¿Está sucediendo? Sí. Entonces tenemos que mantener esto en los medios. ¿Qué quieres decir? Tenemos que venderles algo, ofrecerles una historia. ¿Qué van a comprar? La de los huaraches. ¿No, tu vida? Mi muerte estás diciendo; si me pongo frente a cámaras, entonces será mi muerte. Entonces la de Inés, ella tiene protección por ser española. A ella no la podemos arriesgar así. Va desapare-

cer todo, lo sabes. Sí, lo sé. Rodrigo cuelga la llamada y el susurro le aguarda por el tiempo que sigue.

Chihuahua dejó de ser la misma. Perdí la sensación de estar en casa, las camionetas fueron llenando el paisaje del centro de la ciudad y los rines cromados rodaban junto con la histeria de lo que dábamos por hecho. Habían llegado los federales. Le prometí regresar por ella y la dejé ahí. La abandoné y lo único que me sobrevive es Rodrigo. Aseguramos un anzuelo que lo dejó desnudo frente a los torturadores. Lanzamos una moneda al aire. Era una moneda al aire que aún no ha caído y cuando eso suceda sabremos el final de la primavera árabe. Él contra sí mismo.

Recibo el SMS de Javier: Algo salió mal... Apenas es un chillido de un aparato en la noche, con su luz neón en la pantalla. Algo salió mal. Ausente y obstinado. La arena llora conmigo. Salgo al patio lleno de arena. Orión en lo alto. El desierto espera que su destino cambie y caiga la lluvia.

No puedo juzgar a Javier. Tampoco puedo fusilar al muchacho que cruzó la línea como mula con algunos kilos. Sin escuela, sin trabajo, con la hermana enferma. No puedo poner una bala en sus cienes sin mirar sus historias. Sacaron al ejército a las calles para hacer un juicio sumario. Juzgando por su edad y clase. ¿Quién se defiende del hambre y el olvido? Esperamos la guerra, no tenemos otra cosa. Nunca regresé. Tan criminal como todos. Tan frágil es el gatillo. Les traicioné y la voz del viento ya no tiene tu canto. El paredón del patio a mi derecha es de la misma textura que el de ese cuarto a la mitad del desierto con las agujas y los condones tirados en el suelo y sus ojos secos, gomosos, observándose. Regreso a la habitación y cierro los ojos esperando que el peso en el pecho me permita respirar.

Por la mañana Alí entra a mi habitación para tomar un café y untar la mermelada de chabacano que me acerca Lala. Termino de desayunar con él quien regresa a la construcción de la biblioteca. Veo cómo arranca su tsunami y se pierde en el resplandor del sol y el cielo limpio. Regreso a la habitación, tomo mi cuaderno y me siento en el dintel de la puerta. Escribo mientras entierro mis pies



en la arena del patio interno.

## Cuaderno negro 10

### *Noches de Abril*

Se anticipa la noche auténtica. El calor sofocante de la tarde te hace anhelar la caída del sol. Su declive cumple todas las expectativas de descanso. Llega con un pequeño viento que sopla desde el este, como siempre. Las noches son estrelladas y sin luna. Si quisiera viajar a través del Sáhara sería exactamente este día. Se puede sentir la humedad del viento que llega desde las costas del Sáhara occidental. Si no hay humedad por lo menos llega a imaginarse su temporada. Con las mañanas de pesca frente a las costas de Dahla. Las noches llenan de tinta el stilo con el que escribo en mi cuaderno al regresar de la entrevista. Así le llama Ali. stilo.

Llego a media noche para dejar mi mochila a la casa junto con Ali y Mohamed. La abuela Yehiva, de la casa en la que vivo, sale a tomar té en el patio central. Sola, relaja su peso sobre una alfombra rodeada de arena. Los dos se tiraron al lado de ella, por educación, siempre acompañando a los mayores. Yo entro a la habitación y cojo unas chammas para que ella ilumine la alfombra, Yehiva me dice: No no, No chamma. Con su mano regordeta apunta hacia el cielo tapiado de estrellas y columnas de bruma blanca organizando la vía láctea. No shemha. Ok.

Nos despedimos de Yehiva y salimos para beber té hasta la madrugada. Me doblo de risa con un pequeño delay de traducción entre chistes que se cuentan en hassanie. Moloud gestionó una hora gratis para trabajar con el internet de la fábrica de pan. Nadie va.

Hace un par de días que nadie me apoya en Protocolo para hacer entrevistas con los jefes de Polisario. Queda el programa de los poetas. Rodrigo me pide que le entregue un documental, Las preguntas del caracol, a Omar, El Canario, para el festival de cine. No tengo nada, no tengo entrevistas, no tengo estudiantes y no

tengo traductores.

En la tarde un poeta me explicó que no utilizan la metáfora. Resistencia Saharaui cada día incómoda más en los campamentos. Trabajo con jóvenes que viven frustrados y enfadados de esta paz sin rumbo. RS implica vincular los jóvenes de los territorios ocupados y de los campamentos junto con el Ministerio de la Información. La tensión aumenta cuando un mexicano insiste en hacer entrevistas con los jefes del Polisario y los poetas. Ir a la guerra igual que Egipto. Los activistas de los territorios ocupados no aguantan que se cuide tanto el rostro internacional. Hasta ahora creo saber qué hago aquí. Pero todos los días invento el trabajo y desconozco el resultado. Camino sobre arenas movedizas.

Mientras tomamos el té, Alí invita a un joven que no disfruta de la misma manera que Mohamed o cualquier otro acá. Nos cuenta que ha regresado hace unos días. ¿Cómo? ¿Cómo qué? me pregunta Mohamed. ¿Cómo es que cruzan el muro? ¿Quieres que le pregunte a Baya? Sí, por favor. Mohamed traduce y le pregunta al chico que parece revivir su entusiasmo al saber que alguien desea escucharlo. Justo cuando la acampada en los territorios ocupados, en los días de octubre del 2010, cinco chicos atravesamos el muro perseguidos por torturadores marroquíes. Para librar las minas lanzamos el saco y lo jalamos con la cuerda y si no explota es un paso libre, así hasta cruzar el muro de minas de quinientos metros de ancho por dos mil quinientos kilómetros de largo que dividen el Sáhara Occidental. Nadie me había explicado cómo atravesar quinientos metros llenos de minas antipersonales. Luego de lanzarlos nos tirábamos a ras del suelo. La mina brinca y a un metro de altura explota tirando las esquirlas en todas direcciones a la altura del pecho. El problema no es que estalle, sino que si estalla, por seguro que vendrán militares a disparar y entonces hay que correr esperando sobrevivir. Otra ocasión atravesaron por donde hay ríos, no hay minas, ni muro. Hay dos garitas con militares cuidando el paso del río, pero en una noche sin luna y de mucho calor, dos chicos saharauis cruzaron frente los militares, dormidos frente a ellos. Cruzaron entre el agua y los enemigos.

Mohamed traduce sus palabras con seriedad, acompañadas de lo ajeno a la fiesta que este joven observa como un cooperante que se irá para olvidarlos. Alí me explica que el chico viene de Gdeim Izik, que escapó para no ser capturado por Mustach y los torturadores marroquíes.



*Risa*

Me esperaste a que mandara los correos electrónicos. Tendiste una tras otra cada cobija para dejar una sola cama rodeada de colchones y telas satinadas. El salón reposaba tras sus luces que llegaban desde el balcón sobre la calle Princesa. Habías regresado de Alemania y volviste a trabajar en ese café indio pero al salir no bastó con una cerveza. Salimos de la oficina y fuimos a ese callejón a un costado de la chocolatería en la que amabas entrar y gastar tus euros. Fueron varias chelas, además de dos rondas de tequila, Yo invito, dijiste. Sabías que no tenía un peso, nada. Regresé del baño y estabas ahí, levitando con tus piernas cruzadas y tus mallas de yoga. Esperaste a que regresara para seguir charlando de todo y nada. Tequila y chela, sabías que la combinación te pondría así y continuaste. Una niña, tal vez con diez años, entró con rosas rojas y te compré una, esa la pagué yo. Te sonrojaste y terminaste tu caballito de un sorbo. Te levantaste, caminaste a la barra y pagaste, no sin antes pedir una ronda más. De regreso a la oficina te tomaste de mi brazo como de costumbre, pero ahora recargaste tu peso etéreo. Te dejaste llevar por un extranjero más, uno que apenas conocía la ruta de salida entre los callejones hacia Jaume. Entramos, deslicé mi tarjeta llave y encendimos ese corredor hasta el salón, luego esperaste a encender la luz del salón para gritarme que apagara la luz del pasillo. Caminé hasta el salón y te encontré con las piernas cruzadas, sin camisa, con tu top de yoga, descalza. ¿Vas a meditar? Sí, ven. Me senté frente a ti, pusiste mis manos en tus manos. Cierra los ojos. Los cerré y después me dijiste. Respira a mi ritmo. Lo intenté lo mejor que pude, nunca supe si fue así. Nos recostamos en esa cama sobre el suelo, rodeados de colchones. Me abrazaste con tus brazos descubiertos y te tapé con las sá-

banas sobrantes. Ronroneaste en mi hombro, sin cerrar los ojos me pediste que abriera los ojos y los abrí. Eran ojos inmensos a menos de una mano frente a mí, era tu vaho de tequila y tu sonrisa la que me hacía temblar. Cerraste los ojos y te quedaste dormida así. Toda la noche, uno junto al otro, enredados, atrapados en la ciudad. Antes de salir por la mañana me diste un beso, uno en la mejilla. Te veo pronto, ¿sí? Sí, respondí. Habías regresado de Alemania, nada evitó que sintieras la energía de un Rodrigo dispuesto a morir.

Llego de Protocolo sin haber encontrado un traductor. Las promesas de entrevistas se van yendo al carajo. Camino hacia la marhsa para buscar un remedio. No hay algo que cure todo. La bruma no me deja ver absolutamente nada. Entretengo al tiempo. La nada provoca el tic de rascarme las ronchas en la cabeza. Entro en las tiendas de hierbas pero no sé explicar. Piojos, ejè. El gesto de asco le continúa a la respuesta. No no. Yala. Espero nada. Regreso a la casa bajo el sol de Abril. Me sale sangre de la nariz. Me cubro el rostro y entro a casa para resguardarme del sol y el viento. Me tomo una foto a los ojos con el celular, blancos, sin sangre. Tomo un poco de agua, me lavo la cara y voy al gatón. Tomo el té y salgo para trasnocharme junto con Ali.

Como los dátiles sobre la bandeja, también naranja y manzana picada mientras vemos tele en la casa de Ali en Saba Sherin. Esta complicidad que se anticipa a todo y se posa sobretodo. Este delito de verdades o mentiras comunes. Este rostro que cierra los ojos y confía en el tacto. Este pincel que se pierde y trenza sus líneas en tu dorso descubierto. La inútil soberbia que mira todo desde arriba o la razón no me da para que llegue a tiempo. Las palabras normales llegan junto conmigo. Las palabras complican eso que se anticipa y se llama risa. Isa juega en la habitación lanzando la pelota contra la pared. Una curva y tira la tele y lo que sería un accidente y un castigo es la complicad que anticipa el recuerdo. La risa de Ali y de todos que se retuercen al ver que Isa, de doce años, ríe a carcajadas sin parar, con las muecas y las muelas de conejo. Descubro algo que me hace vivir, la risa. Recuerdo tu risa, siempre tú, Zué, Inés, Mila, Nayala, Ana, Julieta, mi Julieta.

Trago las naranjas junto con la cáscara, agoto sobriamente mis recuerdos. La ansiedad va carcomiendo el cuerpo. Estoy aquí, lejos de mi tierra y de mis muertos. Estoy aquí, envejeciendo en el exilio, esperando la guerra o sus esquirlas. Saboreo ese toque a enjuague bucal en la boca, sabor a esas pastillas blancas que mordía cuando era niño, quién muerde los Cevalín blancos.

Al día siguiente despierto sin rutina planeada. Me lavo la cara, veo la fecha. Organizo los cuadernos, pongo la dirección y el nombre de Gastón en ellos, si se pierden él los podrá recuperar. Escucho las entrevistas. Cuento la plata, cien euros. Todo indica que llegará Mila. Once meses que agotan mi voluntad. Una semana con la nada en las venas, la nada en la piel, en la desesperación del destierro. Espero a Mila para llegar a sentir la tempestad del espejo. Irnos, porque puedo irme. ¿A dónde escapan las ideas del exilio? ¿A dónde van cuando no puedes irte? ¿A dónde viaja tu paciencia? ¿En dónde pones la esperanza cuando no esperas nada? ¿A dónde vas cuando estás a cuarenta y cinco grados centígrados y no tienes agua, cooler o pasaporte? ¿A dónde quieres llegar cuando ya no sientes?

Abro los correos viejos de Zuê. Encuentro la conversación entre Rodrigo y yo en octubre. Toda distancia carcome la lectura. Los vi, me asomé por la ventana y los vi, vi a Mustach y bajé la cara, los escuché en la calle, lo torturaron hasta matarlo; era una camioneta con cuerpos, Sax, los están matando. Leo desconociendo lo que dice, lo veo lejos de la realidad. Europa está fuera de la realidad. Escribo desde aquí. Aparentemente no se temple la fibra óptica de los músculos en mi rostro. Me leo como un extraño. ¿En qué fase del plan vamos? Le respondí. Ahí es donde descansa Zuê. Mis ojos acumulan horas de vuelo. Leerme desde el desierto. Añoranza administrada. Escribir desde el ritual de flechas hacia el cielo. De plegarias que nublan el cielo y caligrafías imposibles. Leerme sin imprimir, ON-Off e irse a la cama. Leerme como señal de carretera que dice. Tramo en reparación. Escribir gritando. Sepultado como testimonio. Como cartas bajo los rincones de las alfombras. Cada noche, antes de salir junto con Alí escondo mis cuadernos entre las alfombras color tinto

como hace la abuela. Firmo los cambios de fecha en la piel de nuevas musas que viajan con traficantes de sueños. Viajan en botellas de vidrio arrojadas a la mar de arena, encalladas en ciudades tragadas por el rieh. Leerme para buscar entre líneas, para que Zuê exista entre las sombras de la Z, la U y la Ê y le excite el camino de nombrarla. Tenemos que hacerlo, dijo él. Te van a matar, lo van a intentar. Los están matando en las calles, es momento.

Puertos errantes que con el tiempo muevan sus coordenadas. Como islas sin anclas. Volverte a ver pero ahora en tu faro de muerte, la misma seducción. Llegar y ser personas sin piel, con los pedazos de pelo teñidos de rubio por el ácido. Atravesar la distancia de lo extraño, del extranjero dentro de ti, del viejo cómplice y traidor que soy. La fórmula de un caos que nos une y nos regrese al principio. ¿Quién eres tú? ¿Cómo te llamas? Te invito un té, un trago, ya he aprendido a ser Sáhara.

4:30 am. Suena el teléfono, Mila llora, se convulsiona su voz. Voy a ir, tengo boleto. Rompe con su familia y con los reclamos auto-destructivos de su madre. Portugal está en medio de una crisis política, Libia espera los bombardeos de la OTAN, recibirá las bombas pero ahora no en barcos sino en cargas de un B2 junto con galletas del Banco Mundial de Alimentos. Viaja en dos semanas con el lastre de una relación de injusticias que se colmó entre su padre mujeriego y su madre la segunda. Mila escapa sin rumbo para construirse. Escapa y llega una mujer de peso que salvó la vida de Rodrigo e Inés. Pero no puede detener el dolor de la tracción atravesando los Pirineos. Carga el plomo de una decadente ciudad que no reacciona, Barcelona.

Amanece y escucho los altavoces de alguna mezquita iniciando el rezo. Después Lala menea las ollas en la cocina. Suenan las cabras a lo lejos y escucho la jungla que camina en mi cabeza y me carcome el cuero que me queda. Me lavo la cara y voy a la marza a buscar un menjurje para la cabeza o un barbero.

Ahora entiendo cuando dicen. Él acaba de llegar, se refiere a que ellos acaban de cruzar el muro. Encuentro la refaccionaria de Fakala abierta. Entro buscando al periodista como a un gran amigo. Sax te ves un poco mal, un poco acabado. Es lo primero que me dice al recibirme. También hay quien se va de aquí para ver a

su familia y por un par de meses nadie sabe de él y están los que nunca regresan, esos son los traidores, los espías. Bueno, sí, no ha sido fácil el calor. Es duro, no cualquiera lo aguanta bien. Tengo un problema, bueno, varios. Diga, ¿en qué puedo ayudarle? Tengo piojos, me dijeron que hay un polvo azul que los quita, pero aún no sé dónde encontrarlo. Sí existe, pero tampoco sé dónde encontrarlo, y por mi condición creo nunca lo necesitaré. Se toca la cabeza que poco guarda de las melenas setenteras y apenas sostiene algunas canas.

Salgo después de una larga charla con Fakala y con la esperanza de que encuentre ese remedio mágico y mítico. Con el tiempo el muro se convirtió en un reto, un juego de orgullo y tensión. Aún sin esperar nada, parte de la guerra sigue. Muro de la vergüenza; no sólo por el crimen y la violencia con que se impone Francia e Israel quienes lo financian, inventores y constructores del muro, sino por la falta de orgullo militar que hace esconderse detrás del muro de minas y protegerse de una guerrilla rebeldes en el desierto. Un ejército regular defendiéndose detrás del muro. Entro a la jaima y saludo a Lala quien guardó un poco de arroz y unos pedazos de sardinas que fueron pescados en mares del Sáhara, pero que con tristeza Lala me señala la lata y dice. No Marruecos, Sáhara, pez de Sáhara. Quedaron preguntas pendientes para Baya, ¿se hizo más difícil la guerra con el muro? ¿Cómo fue la guerra sin el muro? ¿Dónde se concentraban las operaciones militares? ¿Dónde atacaban? ¿Cómo fue esa parte de tu vida?



### *Soy un Mussa*

Por la mañana siguiente, el café con mermelada de pera y pan es acompañado por Haya quien me visita anticipando que me iré. Verlo una o dos veces al mes es motivo de alegría, como un padre que visita la casa del hijo. También encontrarme ahora con Haya es la suma de días y meses que se acumulan. Hablamos del trabajo y de las entrevistas que hago y los jóvenes que tienen desconfianza,

pero también expectativas. Él ahora está llegando de la frontera con Mauritania, Argelia y Sahara. Me encantaría ir. Haya muestra su interés con la misma manera que muestra su distancia. En esas fronteras luchan talibanes y tienes que pedir un permiso para ir, responde. A nosotros los saharauis no nos pasa nada pero a los franceses o americanos sí, ellos valen mucho. ¿A ustedes no les hacen nada? ¿y a mí? No, ellos luchan contra los americanos y los israelíes, nosotros no valemos nada, tampoco valen los mexicanos. No les importamos. La plática continúa mientras Haya me reclama sin aspavientos. No has ido a tomar el té, ¿cuándo te vas? No sé ¿Cuándo es tu visa? Veinte días más, no sé. ¿Cómo va tu trabajo? ¿Vas a volver? No creo, es difícil, es mucho dinero para volver. ¡Ahhh! trabaja mucho, habla con los del dinero para que puedas volver. Entonces encuentro a otro Haya, uno con una esperanza real. No te olvides de nosotros; acuérdate que aquí hay mucha necesidad; yo voy a ir también para España en los mismos días que terminas tu visa. ¿Para trabajar? pregunto. No, por papeles y burocracia, cosas así; ¿vas a hacer un libro? Sí, ¡Insha Allah! Bueno, si ganas mucho dinero vienes a visitarnos. Si hago un libro, la presentación tiene que ser aquí, Haya. El breve encuentro se extiende por más lugares en la melancolía. Se despide Haya para ir a saludar a su padre que ahora se queda en la habitación a un lado de la mía. Después vemos en el gatón el final del partido Barcelona vs. Villarreal; gana para variar el Barcelona con un gol de Pique. Termina el partido y sale casi sin despedirse. Escucho arrancar su camioneta. Nos volveremos a ver, pero será para ir dejando pedazos del alma.



### *Luna creciente*

Estas ahí, calladita, pegando estampas en tu muro del Facebook. Salgo pronto, le digo para no robarle energía y no perder la mía. La distancia erosiona todo lo que toco. La saludo sin esperar una respuesta inmediata o atención total. La distancia espera, pero también calla lo que no se alcanza a decir, como el gato que se estira

en el dintel de la puerta de la sala de Alí, por la mañana, cuando la panza se revuelve y es mejor ignorar el malestar. Ella contesta. Hola, conéctate al Skype. Mami, ¿pa' qué soy bueno? Para todo y nada. Vale, ahora me conecto. Entro al Skype y llega Alí a la sala de computadoras. Sandra no viene, no viene, me dice con rabia y sorpresa. No, espera ¿por qué? No, mejnun, en skype, Alí abre su skype para hablar con ella. Espera Alí, estoy por hablar con Mila, ella vine, sí viene. Mejnun, Sandra no. Las noticias nos atropellan a los dos queriendo encontrarnos en el mismo ordenador al mismo tiempo. Sandra no podrá estar tres meses como le había dicho. Intento explicarle a Mila que me espere unos segundos. Sandra pierde la conexión de internet y aprovecho. A punto de que ella se desconecte, llegamos a un acuerdo de quien primero. Anoto el número de vuelo de Mila y su fecha de llegada. Quedan minutos para que apague la planta de luz y nos quedemos sin ninguna de las dos. Mejnun, regresó Sandra, mejnun. Intercambiamos los turnos y me despido sin decirle nada a Mila. Luz, jlas, chao. Sandra deja a Alí con la pena más grande de amor que he visto. Salimos hacia otro internet en Rabuni. Los turnos cambiaron y me toca buscar a Mila. Desconectada, cambió su foto de perfil por la de Gerda Taro, la primera fotoperiodista mujer en un frente de batalla. Supongo que Mila vive a la misma velocidad de Taro. En qué frente apuntará su cámara réflex digital. A cincuenta grados centígrados dudo que le permitan al aparato digital sobrevivir mucho.

Cuántas imágenes han llegado desde un frente de batalla en el Sáhara Occidental. Hace tiempo que no se disparan esos cartuchos treinta y cinco milímetros. Aquí siguen las bombas estallando sin sus clicks que los capturen. No es posible más. Haya dice que es cosa de Dios, no está en nuestras manos todo; que seguro llegará la libertad y pagarán los responsables del mal que le han hecho al pueblo saharauí. Mila me deja un mensaje pidiéndome que le piense y le acompañe hasta su llegada. La espera, ahí empuñada en que llegue.

Alí me observa con la ansiedad de cambiar de cuenta y entrar a la suya para ver y hablar con Sandra. Me levanto y le dejo

mi computador listo para que entre. Me entretengo en los pasillos de Protocolo central y tomo un té junto a los mecánicos de las camionetas azules oficiales. Son varias horas las que ellos dos hablan mientras gravita el sol. Terminó la semana sin haber podido finalizar las entrevistas programadas. La despedida de Haya también fue la solicitud de que busque una casa nueva. El papá de Haya se prepara para el ramadán con rezos y no es lo más respetuoso el escote de Mila en la casa. Desconozco cuánta plata me sobra o me falta. Semana árabe en ceros después de ir arriba en el marcador por la charla con Baya. Mañana tengo la entrevista con Sid Brahuim, poeta. Espero sea en grabadora. Si se da en una grabadora, falta que sea una buena entrevista. Sigue en la lista de pendientes entrevistar a Nonà, mujer poeta saharauí y BeyBu. Además de cuatro entrevistas para la huida y la encuesta en las tarbías para ACAPS. Terminar la capacitación. Un volado con los jóvenes para Resistencia Saharauí Campamentos. Todo inicia de ceros siempre. Treinta y cinco años empezando cada día, pasan lento, los corazones así estallan.

Me asomo a la tienda de artesanías donde habla Ali. Lo dejo hablando y salgo caminando de la wilaya hasta perderme en el desierto. Camino contra el sol, hacia donde sale la luna, sin destino, sin fecha de llegada, sin rumbo, yendo hacia allá, sin la promesa del regreso. Camino con la frente en alto y que lo que me rinda sea el aliento. Camino sin sangre en el corazón, dejando huellas sin nombre. Camino hacia los buitres, hacia las dunas, hacia las minas antipersonales, hacia la casa de nadie, vigilada por cientos soldados armados hasta los dientes. Descalzo, con llagas, con heridas para siempre. Me dejo en la promesa infinita de una ráfaga. Desarmado, impotente, lleno de odio, ira, rabia. Camino para no regresar, para no saber nunca de mí, para no encontrarme conmigo. Ir hasta la puerta de los asesinos y decirles que me maten. No dejen que mi cuerpo siga latiendo. Pido que la ruina caiga sobre los que juzgan sin hambre, sin sed, sin humillación y olvido. Quien juzgue sin sentir el miedo del otro en sus noches, espero que sufra el día de su muerte, que llore por nunca haberse saciado, que quede sin

aire, sin rastro de humanidad, desaparezca su nombre y quemé sus huellas en los pies y en las manos, que sea cercenada su lengua, que viva por siempre el día de su muerte pero sin ojos y oídos. Volteo hacia atrás y poco antes de dejar de ver las pequeñas casas de adobe el calor me hace devolver la panza. Regreso poco a poco. Escucho las camionetas a lo lejos y escucho a Alí gritando, ¡Mejhnun! yala, yala. Camino con cuarenta mil muertos en mi país, a cuestras de su silencio, del ritmo imposible. Abrazo el metal frío de la venganza porque no tengo a donde regresar y no podré volver a verme al espejo. Llego y subo al carro de Alí sin aire, sin aire para el regreso. Mejnun ¿qué haces? Mila viene, qué, estás loco, mejnun, estás loco. En mi muñeca gira la pulsera que me regaló la abuela ciega, suegra de Haya, una pulsera hecha por ella, con piedras verdes, y blancas, negras y color ámbar. Regresamos a Smara.



Cuaderno 5  
*La oficina de Gdeim Izik*

Camino desde la oficina hacia la rambla. Oualad nos espera para invitarnos a comer. También para tranquilizar a Mila. Los muros de piedra colonial nunca dejan ver a lo lejos. Filtran la luz que entra a los callejones. Los turistas sacan sus cámaras y fotografían todo. En más de una ocasión soy el fondo de una fotografía de un extraño. Atravieso ese carril sin detenerme. Entro a ese restaurant que nunca estaría a mi alcance. Hola, sonrío Oualad. Hola, qué tal. Lleva un maletín de piel, un saco, una corbata. Los lentes ahumados con el sol y ovalados, su rostro moreno y su sonrisa clara. Me siento frente a él y me pide un jugo en lo que llega Mila. Nos amenazaron, prefieren muerto a Rodrigo, no nos ayudarán a sacarlo; vale para ellos más muerto. Entiendo, responde. Llegan los jugos y el agua mineral. Él sirve mi vaso y sirve también el suyo. Sabías del riesgo que correría y Rodrigo lo sabe como lo sabe cualquier saharauí. ¿Y cómo protegerlo? Llega Mila y me saluda con los dos besos, saluda a Oualad con un abrazo gigante y gritos de una colegiala frente a un

actor de cine. Le doy el paso a Mila y se sienta frente a la ventana. Alá, y quien ha escogido este lugar, dice Mila. ¿Te gusta? Nunca había estado aquí. Oualad levanta la mano y pide otro jugo, después se disculpa con Mila y le pregunta si quiere otra cosa. Ella recibe a bien el jugo sin ninguna objeción. Por favor, pidan algo, están sin comer de muchos días, dice Oualad. Mila pide una pasta, yo pido un pescado preparado de alguna manera que no conozco, Oualad pide un steak. Llega el jugo y con el mismo ritual atiende a Mila. Bueno y para qué tanto secreto, tanta reunión privada. Bueno, creo están preocupados por Rodrigo e Inés. Hay no, esos dos no, mira yo creo que se arriesgaron de más pero yo no me voy a morder las uñas y perder mi tranquilidad, además ya están grandes Oualad y mira, que hace días que no comemos bien así que no perdamos más el tiempo en esos. Oualad sonríe y su cara redonda y tímida es la de una buena persona. Ellos están más que cuidados, ellos están protegidos por los saharauis, esto lo tienen que saber ustedes. Sí, pero no tenemos como sacarlo, si sucede algo... Estamos preparados para todo Sax; si es necesario lo sacamos por el muro o por Mauritania o por el mar o por el cielo; no te preocupes. Su familia, qué puedo decirle. Diles esto. Ay ya papito, mira que nunca comes y no vas a amargar tu comida por Rodrigo y sus locuras, come Papi.

Llegan los platos a la mesa. Mila pide una copa de vino, y se disculpa con Oualad por beber alcohol en la mesa. Oualad le dice que no es problema y continuamos la comida a un costado de la Rambla Cataluña. ¿Qué busca Marruecos? Quiere destruir el campamento antes de que se reúna el Consejo de Seguridad de la ONU en noviembre. Tenemos posibilidades de resistir, pero es complicado; ¿qué necesita Rodrigo? ¿qué les ha pedido? Nos pide un transmisor satelital, para las emergencias. No, Oualad, están locos, si no es necesario no lo pediremos. Bueno, y qué más necesitan. Un teléfono satelital. Eso es posible, bueno, toma este correo electrónico y explícale qué necesita para una transmisión satelital. Me da un papel roto de su agenda 2010. Mila, retoza con la comida y yo termino pidiendo una caña para acompañar a que Oualad termine su agua mineral.

Oualad paga y nos despedimos en la puerta. Cuídense, no se expongan mucho, no aquí. Tal vez ustedes necesitan más seguridad que Rodrigo, dice de broma. Dejamos el restaurante viendo nuestros caminos separarse en la ciudad. ¿Es verdad Sax? No, lo dice de broma. Bueno pero me acompaña a la entrada del metro en la noche ¿verdad? Sí, te acompaño. Caminamos rumbo a la oficina, cruzamos Vía Layetana y atravesamos ese portón pistache en la calle Princesa.

Me tranquiliza el escepticismo que pueda existir de nosotros. El Frente Polisario tiene la cabeza fría. Rodrigo tiene otra idea de sus propias guerras y camina al ritmo de algo más grande que él. Mila espera que realmente salgamos librados de todo esto. Trabajamos hasta el último tren hacia Grecia. Intuyo que las pérdidas irán en otro sentido, hacia otro lugar. Hay días que me gustaría saber qué quedó de mí. Alguna parte de mí dice que no ocurrió. Que nunca sobreviví a ese departamento en Juárez. Mila me invita a su apartamento, pedimos pizza y cuando tiembla dormida, acaricio su frente para que no despierte. Yo no consigo dormir. No con ella a mi lado, temblando y latiendo tibia a mi lado.

Por la mañana busco señales de Rodt en mi computador. Las horas se acumulan sin noticias de él. Busco señales de Zuê. Posiblemente tenga que regresar. No tengo una imagen real en el espejo. Defiendo el tiempo y defiendo la posibilidad de contarte. Sé que viene una guerra.



### *Idiomas del silencio*

Exactamente a las cuatro de la tarde en Barcelona, marco a Gastón para confirmar si me mandó cien euros con los que pueda vivir. Contesta en su hora de descanso, suena a alguien conocido, con esa particular distancia española que no te cuenta todo pero te da confianza. Distancia que distingue lo público y lo privado. Escucho mi rutina hasta el café Caracas. Me duelen las borra-cheras junto con Fermín quien acentúa todo con su voz llena de

quejidos en la garganta. Nati, dos Natis, dulce y estremecida por las preguntas; la que habla con Fermín, su novio, que conoce Barcelona mejor que cualquiera y la Nati de sus amigas boricuas que se entretienen en las vocales y anticipa con intensa pasión las ideas de los demás. Pinta de rojo su boca y ya lista para salir se queda con el tono naranja con que se quedan los besos marcados en la piel. Su tono le da una textura que se sostiene del tiempo. Inevitablemente es una boca para morder y explorar con el sonido los rincones. Gastón, aunque no lo vea, sé que sonrío y me manda con Mila el dinero en un sobre cerrado.

SMS, despego el auricular y leo con toda prisa. *Sax, todo listo, deséame un buen viaje.* Su presencia anticipa la textura de la arena buscando una presa. Cuando ella es amable llega a ser una seda en el viento y cuando olvida abrazarte entonces los celos se convierten en un cielo sin sombras y se le descubre fresca como el agua, salada como el mar a la deriva y dulce como el sudor del sexo. Mila es nebulosa como la unión de estrellas que se expande y se contraen en el cielo. Siempre quejosa en una terminación sexy. Cándida como la amante complacida. Portuguesa como mujer a la orilla de un malecón.

Los rostros invisibles se van descubriendo junto al brillo de los colores vivos. Camino, duermo, despierto, bebo, miro, pienso, le pienso para cuidar su camino hasta el desierto. Ella combina líneas negras marcadas alrededor de sus iris y gotas de lluvia que transparentan sus lágrimas a las que beso perdido por su belleza.

Cuelgo la llamada con Gastón. Termino la botella de litro y medio de agua. Los rostros a la distancia pierden simetría. Del recuerdo, quedan las lunas circundando la pupila y el iris miel y verde esmeralda de Zuê. Más tímida de lo que creo. Los rostros llegan a ser tan importantes como el sonido de su voz o el olor que les acompaña. Ahora, sentado bajo un techo de lámina y cuatro paredes de adobe, la temperatura a la sombra es de treinta y siete grados. El viento seco anuncia su letalidad, se convierte en fuego. Detengo mis palabras para ir por un espejo. Veo de qué está lleno

mi rostro. Algo deshilachado por el clima, algo vivo en mí que no me deja dormir.

Las voces de Gastón, Mila, Nati, Zuê son cada vez más fuertes y las conversaciones con ellos duran horas. Platico mis días. Encuentro los temas para debatir. Recuerdo mis ideas y discuto con ellos. La conversación sigue por la noche, cuando el calor va cediendo y la lucidez se serena un poco. Si hay una reacción exacerbada de mi parte despierto con el corazón a tope, sin poder dormir más enciendo la chamma y escribo.

Busco la relación entre las voces, los rostros y la lista de reproducción en el iPod. Una lista de reproducción que no habría seleccionado yo. Una lista que se ha llenado de España, de Mila, de la calle, del regreso. De vez en cuando descargo una que otra nueva canción que traigo en la cabeza, la canto cuando camino solo. Las estrellas se aturden, enferman y sufren con mis agudos y mis graves fuera de tono, igual que en el camino por Francia.



*Mohamidi Mohamed Fakal-la*

Camino a la refaccionaria buscando un traductor para mi entrevista con el poeta Sid Brahim. Lo encuentro con su netbook en sus piernas afinando un texto para publicar en un blog, Poemario por un Sáhara libre. Tomo un té antes de pedirle el favor, él me lee una pieza de sus historias. Cuando era adolescente con un veintidós y una ZZ, que era una ametralladora española de calibre seis, parecido al Kalashnikov, me pidieron que matara una liebre que se encontraba a cien metros, en medio de las campañas no teníamos nada para comer. Levanté el arma, apunte y se me había olvidado cargar, cuando cargué se escapó el animal y me olvidé que la ZZ estaba cargada, puse mi barbilla en el cañón mientras platicaba con otro compañero, jalé el gatillo. La bala se encasquilló y no prendió la pólvora. Ahí supe que no era la hora de mi muerte. Hay un proverbio del Corán que dice. El día de la vida no hay muerte, el día de la muerte no hay vida. Uno en la guerra nunca escucha el obús

que trae la muerte. Escuchas lo que atraviesa tu chaqueta y no te roza. En el verano de 1987, junio si me acuerdo bien, estábamos haciendo pironaje, bombardear al enemigo en una base y una sub base en Umdgue. Teníamos dos morteros de ciento veinte, ochenta y dos pulgadas, ochenta milímetros y sueltan las bombas. El enemigo no sabe de dónde vienen, entonces ellos responden con obuses a su alrededor. En las instrucciones militares te enseñan a distinguir por el sonido la distancia a la que va a caer un obús. Ellos tenían radares que detectan a sesenta kilómetros cuantos carros y cuántas personas hay. Pero tan cerca de ellos desapareces de la vista del radar y de ellos. Si entras dentro del alcance, les tiras obuses. Nosotros estábamos tirando y salieron corriendo de la base y la sub base. Respondieron con bombas. Escuché bien, iba a caer encima de nosotros una bomba. En aquel momento el chico que me acompañaba tenía un obús para meter en el mortero. Le dije. Brinca al hoyo que nos va a caer encima. Caen la bomba donde estaban mis pies. Nos levantamos inmediatamente y respondimos con veinte obuses para decirles que no han atinado y que busquen en otro lugar su respuesta. Después nos tiramos en el carro y aguantamos hasta las cuatro de la tarde agazapados, escuchando las bombas por todas partes. Nunca regresaron a nuestra posición.

Fakala deja su computadora sobre algunas piezas de Land Rover y atiende a un cliente. Regresa a la plática. Entonces, mi gran amigo, ¿cuál es su nuevo destino? Le pido de favor que me acompañe para realizar la entrevista. Él me responde. Los primeros años los sabios eran escuchados y respetados por haber vivido grandes batallas o salvarse de pestes y tempestades. Los sabios eran la memoria que narraba el camino de la vida. Sus pasajes, sus minuciosas crónicas para que el futuro no tropezara. Los sabios inventaron la historia. El motivo de aprender, de escuchar al más grande de edad y ser paciente con las interrogantes del más joven que no es menos inteligente, los saharauis están arraigados en la memoria y la tradición oral por ser nómadas, están llenos de sabios. Claro que te ayudo con la entrevista. Pero quiero que

escuches algo. Toma su ordenador y comienza a leer un cuento en medio de una ciudad abandonada, invadida, expoliada, es la historia de dos muchachos en la ciudad que se despiden para siempre. Uno de ellos el de piel morena, recorre su camino hacia el desierto para ir al frente de batalla, el segundo, el blanco, es llevado por la fuerza hasta el barco para escapar de la invasión. ¿Dónde? ¿Dónde qué mi gran amigo? ¿Este cuento de dónde es? ¿tú lo escribiste? Sí, es la historia de mi vida, fueron esos días de fuego, cuando invadieron mi ciudad, cuando tuve que dejar los callejones y la juventud para convertirme en lo que soy. ¿Sucedió? Sí, tal como te lo he contado. Terminó el último vaso de té, quedo en verme con él. Me levanto y me toma del hombro antes de salir de su refaccionaria. Hay tres clases de sabios; uno, los que todo el pueblo sabe que son sabios, dos, los que sólo Allah y él o ella saben que son sabios, tres, los que sólo Allah sabe que es sabio y ni él lo sabe. Yo no seré un sabio, pero sé que vendrá la guerra, que Marruecos atacará Argelia y que tomaremos nuestra independencia, dice. Salgo entrelazando esos rasgos petrificados en el tiempo. Espera, grita Falkala. Mira, te he conseguido el remedio, es nila azul y cianuro revuelto en arena pura del interior. Es una pequeña bolsa que no sobrepasa un par de gramos. Gracias Fakal-la. Se usa con aceite, lo humedeces en aceite y lo pones sobre tu pelo media hora y después te bañas. Perfecto, observo esa pequeña bolsa sobre mi mano. Me despido de Fakal-la y continúo mi camino. Podré usarlo para despedirme de todo, para acompañarlas en su último refugio.

Yo sé que Zuê se diseca en el desierto de arena blanca en Ciudad Juárez, que Javier, si bien nos va, será un número más de entre los desaparecidos. Que Rodrigo regresará al Sáhara ocupado.

Fakal-la hace unos días afirmó que es islamista y marxista. Antes de la guerra los poetas contaban sobre el campo y el amor. Ahora sobre las batallas, los héroes y el regreso.



## *Ceros*

Se eleva la muralla de arena al rojo vivo. Trago polvo, atravieso el tiempo y me dedico a nada. Hay veces que estoy hasta la madre. Todo inicia de ceros. Busco mis huellas al voltear mi mirada. El viento ha borrado todo. Que algo quede en pie, que sobreviva a lo impreso y lo perenne. Hasta la madre, es agotador. ¡O cogemos nuestra tierra o morimos todos! Esto es el exilio, una frase de aquí, de ellos, de todos. Es su gran virtud militar. Es su forma de escapar a la trampa del derecho internacional y de la ONU. Es su tradición oral, es su idea de tiempo y su forma de amor que vive sin miedo.

Me aferro a esta caminata entre la tormenta. Capacitarlos para qué, vivir de lo impreso, lo perenne. Incluso para ganar la guerra mediática utilizamos la estrategia de lo que prevalece. Ya no serán libres. Son las tácticas del atesoramiento y vivirán en la cárcel de lo impreso, procurando no perder lo eterno, administrando a cuenta gotas la información, el dolor, la poesía y las comodidades de poner play a un iPod y revivir la memoria.

Es imposible atravesar la cortina de arena que pretende sepultarme camino a casa de Alí. Me refugio unos minutos tras un muro. Crujen las láminas que apenas resisten la ventisca ardiente. Se desmorona una piedra de arena bajo mis pies y encuentro un caracol idéntico al caracol que me dio Zuê. Lo levanto entre la arena girando y remolinándose contra la pared. Extiendo un poco el pañuelo sobre mi rostro para crear una pequeña cueva. Es un trilobites fosilizado, uno negro con sus huellas marcadas en la exactitud más hermosa del universo. Extiendo la mano fuera del muro, cierro los ojos y la tormenta arroja de mi mano ese animal eterno, en cambio queda sobre mi palma un puñado de arena. Tomo aire y camino contra la tormenta. Yo y mis letras buscan estampar en papel su libertad, contarla y traducirla. Encerrarla en una caja de papel origami y llevarla lejos de donde es para que

al abrirla sea un extraño ejemplar que hay que salvar antes de su extinción. Soy un mal necesario.

Cómo putas puede aguantar Haya, me ha dado todo, me ha dado comida y techo, me recibió en su casa y compartió su té. Ha tenido la paciencia para escuchar al joven, me habló pausado para que le entendiera todo. Haya, químico laboratorista titulado y preparado para la guerra de liberación y para la paz y la salud. ¿Cómo soportar tantas promesas de todos? Recuérdate de tu amigo al que le ibas a preguntar por trabajo para mí, ¿te vas a olvidar de esto? ¿te vas a olvidar? Era su voz honesta, no la que calcula los aliados, sino la honesta. De nada sirve ir y venir. Nada más que el letargo extraño de la esperanza. Entro a la casa patio de Alí, Mejnun, loco, ¿dónde estás? Entro en el salón donde la tele aguarda silenciosa. Dos pequeños gatos salen de entre el ropero de madera. El pueblo saharauí tiene en sus manos la única posibilidad de conseguir su libertad y su independencia a su modo. Con su dignidad y con su dadaísmo, con su frente en alto, sin huellas, sin aire para el regreso, con su tradición oral y su memoria y sus sabios y sus poetas. Mi poca necesidad de escribir es estéril en estas tierras. Igual la opción de enseñar a manipular la alquimia del mundo impreso y estampado. Perenne hasta que se convierta en un tesoro de palabras. Palabras para hipnotizar a las víboras europeas que esperan civilizar a los saharauís. Si por esta vía lograran la independencia ya estarán muertos y extintos los que formaban la mano de los cuarenta. Llegará al mapa una nación pequeña que habla español, hasania, reza el Corán, pero son buena gente, ya aprendieron a atesorar.

Me acomodo en la sala y observo a los gatos. Condenados por mí y mi necesidad de sobrevivir al nombrarlos. Una tormenta traerá su independencia. Sobrevivirán los sabios que hayan sobrevivido a las batallas reales. Me dediqué por años en escuelas y universidades a aprender el cómo. Empezar de cero. Apenas poco después de quitarme el pañuelo, la gata toma uno de sus gatitos y lo trae a mi regazo.



## *La mudanza*

Paso mis cosas a casa de Alí, a pesar de que se ve mal la llegada de Mila. Duermo en el gatón mis últimos días en casa de la abuela Yehiva. Aguanto los treinta y ocho grados centígrados en la casa de tela. La recámara de alfombra color tinto, recibe a los amigos del padre de Haya quienes rezan y platican durante el día. En esta interpretación del Islam, hay un mayor en cada jaima y los menores duermen donde sea. Mi garganta supera un poco el resfrío.

Cada mañana la pienso para que llegue con bien. Termino esa entrevista con Sid Brahim y coordino otra más con la poeta Nana Lebuet Rashid, condicionado a que sólo aparezcan sus poemas. ¿En dónde existirán sus versos? Existen en algún lugar de estos cuadernos. Para entrevistarla tengo que pasar unos días en su casa en Sabao Sherin.

Camino a casa de Alí me sale sangre de la nariz, por fin dejo todo lo que tengo allá, incluso los cuadernos gordos. Los bichos en el pelo no dejan de atormentarme. Perdí en la tormenta la navaja que me prestó Rodrigo, cortarme el pelo o beber ese tinte y fallecer. Difícil distinguir qué buscan alcanzar mis palabras. Por las noches me tiro en la alfombra con una manta cerca para evitar el frío del amanecer. La tormenta retrasó la llegada de las naranjas y las manzanas secas. No han distribuido agua en las casas. El silencio y el desierto son reconfortantes. Escucho son cubano a treinta y ocho grados en esta isla olvidada. Llega el momento de despedirse. Intento que sea una frase. Los obstáculos para una entrevista o una reunión son pretexto para mandar todo a la verga.

La pluma es cada vez más pesada. Tomo mi mochila y mis últimas pertenencias lavadas por Lala. Llego a casa de Alí. Mila llegará a una casa de jóvenes lo que no es tan bien visto para ella. Sus escotes y caderas van a confundirse entre la melfa.

Abro el candado del portón con la llave que me prestó Alí. Entro, dejo mi mochila y enciendo el televisor. Empezar de cero.

Ni el couscous, ni el pan de arena han sido mi antropología. Comenzar de cero. La mamá de mi familia Mussa, Yehiva, me enseñó el origen de la vida, donde se esconde todo, donde inicia todo. Los muros, tapetes y alfombras se levantan para encontrar llaves, dinero, recuerdos o joyas. Los muros del gatón con su doble fondo guardan las voces que no llegarán a nadie. Apago el televisor y salgo. Camino al paradero de taxis para ir a Sabao Sherin. En la mochila llevo mi cuaderno, mi grabadora, un cambio de calcetines, un pañuelo largo para extenderlo sobre mí como un muerto. Las telas viajan por encima del desierto en movimiento. Llevan consigo los tesoros milenarios. Entran y salen secretos de las paredes y las alfombras. Dejo escondidas mis libretas bajo la alfombra en la esquina de mi nueva habitación. Llego a casa de Nana. Ella me recibe con dátiles y jugos. Reposamos el calor y esperamos a que la noche llegue antes de sacar la grabadora. Me muestra su casa y sus cabras. La acompaño a la wilaya de Sabao Sherin para que resuelva pendientes del encuentro de mujeres y regresamos a casa de Nana.

El atardecer golpea las piedras que se calcinan. Nana comienza sus palabras con su esposo, traductor listo para llevar desde las telas su versión de la poesía. Fue mi abuela quien me encontró escribiendo por primera vez. Ella se encontraba levantando la jaima a la mitad del desierto, fue un verano de mi infancia. Yo acarrearaba las cabras después de haber pastado a lo lejos. Un día anterior había encontrado un broche de oro en una duna. Lo deje ahí entre la arena, brillando con el sol, es de mal ojo tomar tesoros del desierto. Escribí sobre eso en mi libreta y mi abuela me pidió que le leyera, después quemó sobre el fuego con chispas mis letras y me dijo que las letras de las mujeres eran voces que se cantan no se escriben. Ella se puso una melfa sobre su cara y me abrazó, me contó la historia de un beduino que conoció cuando ella era joven. Ella lo recibió con toda su familia, el beduino azul cargaba amuletos como el que ahora llevas tú en el cuello y muchos más amuletos en las manos y los pies, también marcas en el rostro y la frente. Ella lo atendió pues nunca se le negará la atención a un

beduino. Por las noches el hombre azul le mostraba la magia que transformaba el humo en colores verdes, rojos, blancos y morados.

Ese hombre se fue y nunca supo más de él. Hace unos años, cuando mi marido, comandante militar del Polisario tuvo días de permiso, me llevó a caminar y encontré nuevamente ese adorno de oro que había descubierto de niña. Nunca me expliqué cómo había llegado a ese lugar donde ya no había dunas sino piedras hasta donde la vista alcanzaba. Entonces a lo lejos vi a un viejo caminando con su camello y le dije a mi marido que fuéramos hacia allá. Al llegar, era el mismo viejo que mi abuela me había contado. Lo supe por sus marcas de caracoles en la frente y en los pómulos. Le entregué su brazaletes de oro y me dijo. No, es tu herencia, tú tienes que esconderlo. El hombre se fue, se perdió en el desierto. Hace unos años tomé la camioneta y me adentré tres días y sus noches entre las dunas y las estrellas. Mi hija me acompañó, nadie más. Dejé esa hermosa reliquia de oro macizo en el desierto, Recuerda que un día, tú tendrás que esconderlo, le dije a mi hija. Nana continúa contándome historias sobre los secretos, los viajes y el pasado oculto.

Al terminar los tés y los montados de pan con miel me quedo en la sala mientras ellos se asoman a la habitación de sus niñas y se van a dormir. Entre sueños veo el rostro de Zuê, está enterrada en la arena blanca, el viento levanta lo poco que queda sobre de ella y su piel pálida y dura se petrifica junto a las piedras que a metros marcan el punto de su entierro. Sus ojos ven a las nubes. Hijos de las nubes, la madre cielo le habla a sus hijos y da todo o quita todo en una tormenta.

Por la mañana, Nana prepara un par de sándwiches de atún mientras su esposo nos prepara té y nos traduce. Las saharauis pueden anticipar el movimiento de las dunas. Bien pueden imaginar lo que esconden. Las observan y esperan que un día viaje ese cúmulo de arena y el esplendor de sus ciudades permanezca intacto. Por esto aparece lo no percedero y duro como el desierto. Se educan para ello, para resistir al desierto y sobrevivir a que las dunas se muevan y descubran sus sueños. Terminó mi sandwich.

Mis palabras se estancan entre poesía y té, ¿No te has enamorado aún de una saharauia? me pregunta Nana. No, creo que no. Seguramente ya y no te has dado cuenta. Nos despedimos y ella sale para coordinar el Encuentro Nacional de Mujeres Saharauis.

Salgo de casa de Nana y camino hasta los taxis de Sabao Sherin para ir a Smara. No conocen la metáfora dice Fakala. Ahora mis palabras tampoco, son todas un palmo de lo que veo. A mi regreso en casa de Alí, entre pláticas me pregunta. Mejnun, ¿no hablas con tu madre? No. Qué tu eres tonto, habla. Me arroja su celular y espera paciente a que marque un número que no recuerdo. Cuelgo y hablo con Mila. Ya no aguanto Mami. Entre risas y llantos, los dos nos encontramos indefensos ante la realidad. A miles de kilómetros la muerte y la vida tendrían rostro borroso con voz de mujer. Termino el café con leche que preparó Alí y voy al internet amarillo. Comienzo a transcribir cada pedazo de papel que cargo. Entro a Facebook y encuentro muros extraños, ajenos. Olvido por horas esa pestaña que tintinea desde hace un rato sin conciencia. Antes de perder la luz para ir a la comida, encuentro un nuevo mensaje de Javier. Tienes que regresar, algo salió mal. Le pregunto, ¿qué sucede? pero su perfil aparece desconectado, nada, escucho el apagón del generador y con ello el símbolo de desconectado en mi ordenador a un lado del símbolo de batería.



*El sur es la boca del cielo*

El viento sopla nuevamente desde el interior del desierto. Terminó el cambio de casa. El calor se estanca en la wilaya. Alí intenta comprar una nueva carrocería para su Mercedes, modelo Tsunami. Por primera vez lo veo rezar el Corán. Evita que camine siquiera cinco minutos para comprar víveres en la tienda. Planeamos una salida a las dunas. Viernes por la noche. Apenas recuerdo los nombres de la semana. Arreglo la recámara frente al salón de la tele en casa de Alí. Él enciende el piloto del refrigerador para tener la nevera fría. Sacamos la alfombra y limpiamos todo. Lavo

mi ropa y me baño bajo la luz de una chamma, por fin uso el nila en el pelo para los bichos. Poco a poco voy quedando afónico, sin resfrío pero sin voz. Llega la temporada de calor y de los complacientes treinta y ocho grados subimos a cuarenta y cinco.

Alí prepara la cena y apenas ilumina la cocina con un par de velas. Todos duermen, la luna en lo más alto. Extiendo mi pañuelo negro sobre la arena. Pongo mi alarma para la media noche. Recuesto bajo la misma luna que Javier, quien sobrevive a los ataques contra la Federal. Suena la alarma, me levanto y camino cuesta abajo del playón en el patio interno de la casa de Alí. Mis pies se entierran en la garganta de un dragón. Al llegar a las piedras junto al portón me pongo calcetines y botas.

Camino a Protocolo y espero entre huesos secos y piedras. Varios saharauis rondando bajo su luz plata extinta. Amontonamos arena hasta lograr sentarnos en una esquina entre la calle y el centro cultural. ¿México, mafia? Sí México, mejnun, no mafia, respondo. Uno de los jóvenes habla un poco de español. Las estrellas se sostienen impávidas con su mejor brillo. Si alguno de nosotros guarda silencio, otro dice. ¡Batería baja, batería baja! Ya es esa negritud después de despedir la luna. Uno de nosotros ve luces de ese avión que aterrizará en Tinduf. Otro más dice. Tres horas más. Una madrugada para ver a nuestras familias europeas.

El frío ya comienza a entrar antes del amanecer fúrico del sol. Vamos a un carro de uno de los saharauis, es un vocho, de los pocos en el desierto. Poco a poco la batería baja silencia nuestros cuerpos y caemos en un somnífero trance. Despierto con las luces de un camión llegando a Protocolo. Bajan todo. Tras el camión llega una camioneta azul. Es ella, con los estragos del viaje, con sus ojos azules compitiendo con las estrellas, con su boca roja y su camisa blanca, escotada. Mila salta de la camioneta y me da un abrazo. La intento contemplar con más devoción, pero antes de que nos demos cuenta ya tomamos las mochilas. Sin despedirme de los compañeros de la sala de espera, desaparecemos en la oscuridad de Smara. Ella tropieza con cada hueco y cada piedra.

Papi, hace frío, me dice. Ella saca una chamara de su mochila. Al entrar a casa, atravieso el playón, dejo las maletas en la habitación que nos toca. Desde el dintel de la puerta la observo, ella ya entierra sus pies en la lengua del dragón. Extiendo mi pañuelo negro, el más largo y fino que tengo. Nos recostamos viendo al cielo. Hablamos hasta el amanecer. Despertamos con un temporal. Salimos a dar un paseo bajo la lluvia. Presentamos y explicamos el vacío del tiempo.

El rostro de Mila comienza a tener siluetas con el sol. Su azul intenso, su boca roja y su pelo rizado, rojo cobre. Sus caderas, sus pechos, una cadenita de plata en el tobillo izquierdo entrelazado con uno de sus dedos. Sobresale por entre cualquier mar de arena o cualquier cielo. Las gotas de lluvia hacen que brille su piel como coral blanco y recuerdo su seducción y su desinterés cuando trabajábamos hace meses en la oficina. Recuerdo que la más hermosa, es cuando no se da cuenta que la observo, cuando es franca distracción.



*No todo lo que brilla es oro, no todo*

Pasan los días sin poder reparar el Tsunami. Llega la noche de luna llena. Le presento a los jóvenes críticos al Polisario entre versiones y advertencias políticas de la mirada latinoamericana, de liberación, una mirada fragmentada por la vocación de sentir. Su velocidad citadina no permite escucharlos. Un espejo, cada uno es un espejo roto. Los chicos buscan conocer a Mila, pero no se comprometen a tomar las clases para redes y medios. Mila disfruta cada té que Alí nos prepara, que yo preparo con la misma espuma densa que previene la arena. Mila propone cubrir el encuentro de mujeres desde la plataforma de RS Campamentos.

La última luna llena, me dice Alí. Sin carro, sin dunas, sin noches perdidas en el desierto. Apenas organizando una cobertura del encuentro de mujeres, nos mudamos por una semana a Sabao Sherin. Las noches se extinguen y Mila se pierde en ellas. La sa-

ludan, también la acosan y la acechan fuera de la casa mexicana. ¿Qué se puede hacer, qué no? Mila se deja llevar por las invitaciones en la cafetería fuera de la wilaya en el encuentro de mujeres. Ríe mientras toma un café, rodeada de cuatro jóvenes saharauis. Caminamos a casa mexicana, le pregunto por Rodrigo sin obtener alguna respuesta. Guarda tantos secretos que se convierten en mentiras. La tormenta y la tempestad son los climas en el Sáhara. Le invitan a las dunas. Mila vive la misma intensidad de Barcelona aquí en los campamentos. Tropieza con todo, sobre todo con el tacto político y la seguridad. Desaparece por la noche junto a sus nuevos amigos saharauis. Allí regresa a terminar la biblioteca en Smara.

Las tormentas llegan arrasando todo. El cielo rojo levanta la piel seca y erosionada. El riah hamrra que Mila trae, ciega toda mi visión. Tira jaimas y destruye lo ya hecho. La tempestad llega como un sino. La tempestad que tolera el sáharauí está lejos de la que Mila trae con su pasión. Exilio. La observo con la tranquilidad, ella sube su melfa y camina con sus sandalias doradas. Me pide que la acompañe a las dunas con sus amigos. Voy con ella. Encienden fuego y preparan el té sobre una alfombra en la nada. Escucho en la obscuridad la voz de Zuê. Camino descalzo hacia ella. Despierta, vente en mí, vente, dice. La sigo. Volteo hacia atrás y a lo lejos veo las luces de los carros atravesando la arena que se arremolina entre las personas que bailan con Mila. Regreso mi mirada a la obscuridad en calma. Se ha ido, no está más su voz en tenso maullido. Regreso a la velocidad de Mila, a libar de su piel caliente que se deshidrata como un fruto del bosque. Por la mañana, trabajamos en la cobertura. Nana nos pide que nos cambiemos de casa a una de las familias que coordinan el encuentro. Nos recibe una saharauia guapísima. Dejamos nuestras cosas y regresamos al auditorio principal. Mila pide que le corteje, casi pide verme haciéndoselo a otra. Por la mañana cubrimos las conferencias internacionales, pongo mi mochila contra la pared en una esquina del auditorio me recuesto y cierro los ojos al mismo tiempo que Mila hace entrevistas a las mujeres. La compañía de

Mila es la distancia entre la tierra y alpha centauri. Me despierta y me pide agua. Su piel comienza a dorarse con el sol. Por la noche escribo mis letras con la cera que gotea de la chamma. El sudor marca sus pezones en la blusa debajo de la melfa. Mila se cambia dándome la espalda. Escribo con el aceite de la cera sobre las hojas del cuaderno 10. Pierdo el sueño en una semana sin tiempo. Al terminar el encuentro regresamos a casa de Alí. Mila regresa por su cuenta a Sabao Sherin. Duermo sobre la lengua del dragón y veo caer esa luna, la última.



*Sukeina de Gdeim Izik*

Descubrimos que entre las visitantes ha llegado Sukeina, una de las organizadoras de Gdeim Izik. Caminamos hacia su casa a las afueras de Smara, más allá del matadero de cabras y camellos. Apenas una casa en la nada. Llegamos, sacamos nuestras grabadoras. La traductora prepara el té y escuchamos. Yo nací en 1957, en Hanget Sdriba; fui desaparecida de 1981 hasta 1991, viví diez años en una cárcel clandestina. Mi segunda desaparición fue frente a mi casa, junto a mi hijo, en 1992; organicé las protestas en Smara ocupada contra el Rey Mohamed VI en 2001; organicé una cadena humana en protesta en 2005 y organicé junto con otros más en 2010 Gdeim Izik, la primera intifada de la primavera árabe.

Tres horas desaparecen de un plumazo. Trago hiel y rabia y dolor al escuchar cada una de las palabras. Cada uno de los motivos de una inmensa mujer que ha soportado todo. No cabe el dolor que cargo, la inconmensurable rabia que se traga, la inmensa ceguera que puede existir en la traducción de mis palabras. Sukeina fue desaparecida la primera vez con un niño en brazos y otro con apenas unos cuantos años de edad. En esa ocasión ella sobrevivió con la fuerza y el deseo de ver a sus hijos. Ese día, al salir de la cárcel en 1991, descubrió que su bebé de brazos había muerto por falta de leche. Descubrió que su hijo había sido maltratado y

abandonado de toda suerte en la zona ocupada. ¿Qué consuelo puede tener la vida después de esto? Sukeina peleó y ha sostenido su lucha sin detenerse. La segunda desaparición fue junto a su hijo, apenas adolescente. Militares y torturadores marroquíes lo violaron frente ella y la violaron frente a su hijo. Ella es el desierto que traga todo, es la arena que arde y derriba cualquier miedo al estar a punto de morir, Gdeim Izik, se escogió ese lugar pues ahí es donde se curaron a los heridos de la batalla de Zemla, dice. Los ojos de Sukeina se pierden en la puerta con una mueca y la vista puesta lejos de aquí.

Mila, Hayetu y yo caminamos de regreso a Smara. El silencio calcina nuestra voz. Hayetu resopla y solloza lágrimas que intenta tragar. Yo dejo atrás a Mila y a Hayetu. El ritmo de mis pasos es así. Una intemperie que queda atrás, una piel que deja de sudar. Una voz que he perdido. Mila me alcanza y me pide que espere. Tío pero qué te pasa, que no sientes nada, no te ha estremecido nada, no has escuchado. La observo, sus ojos azules buscan un sparring, un cuadrilátero, conozco esa mirada. Mila, no es que no sienta, es todo lo contrario, cuánto más quieres que soporte, dónde estabas tú ayer, dónde has estado. Lo pienso, no sé si lo digo, tal vez no. Sus manos tiemblan, sus pies sucios y con sandalias tiemblan. Intento tomar su mano. Ella evita que la toque. Giro mi cuerpo y continúo camino a casa de Alí. Hayetu se detiene en un llanto incontenible. Mila se queda con ella, se abrazan. Escucho la arena romperse y llorar bajo mis pies.

El sol aturde el paisaje, brilla y se mueve, veo la wilaya a través del vapor de gasolina. La escucho. Vente, Papi, vente en mí. Volteo hacia atrás, apenas veo a Mila a lo lejos. Delante de mí nada, un camino de tierra estremecido por el calor. Espero a Mila.



### *Versiones de los bolsillos en el exilio*

Mi primera batalla teníamos siete días sin comer. Sólo nos habían dado diez dátiles, pero yo me comí todos. Es de mala reputación

que encuentren comida en los bolsillos de un guerrillero. Cuando vas a la muerte ya no tiene caso guardar comida para el futuro.

Vamos de camino Mila y yo desde Smara hasta Veintisiete de Febrero. El riah golpea el cristal a gran velocidad. Fakala versa, como siempre, recuerdos inagotables de la guerra. Entre ellos nos cuenta que en batalla viajaba sin parabrisas y en verano tenían que recorrer largas distancias contra el riah y en dirección hacia el enemigo. Para Mila es la primera historia. La palabra que rápido aprendí en árabe fue gueís, que significa: voy. Siempre yendo, siempre dejando atrás todo. Siempre a ninguna parte. Todo sin fin. Entre los días en que llegué y los días en que me voy aparece una realidad a la que me he adaptado. Así es la arena, así el exilio.

Vamos a ver a El Canario, el organizador del Festival Internacional de Cine del Sáhara. Mi última cobertura, mi última traducción, mi última batalla. Mila pasa días en casa de Alí y algunos otros acá en Veintisiete de Febrero. Escuchamos a Fakala y escuchamos cómo cayó el obús que quemó su rostro y lo cegó uno de los ojos. Encuentro la velocidad de Mila y su necesidad de controlar los proyectos de principio a fin. Aquí no hay fin. Es la misma intensidad de principios de febrero. La misma ansiedad por iniciar un camino y que quede marcado en la arena. Necesitaba tanto su llegada. Quiénes somos, a dónde pertenecemos. Fakala nos deja en la wilaya y caminamos a casa de El Canario para acreditar a RS Campamentos y para incluir ese documental. *Las preguntas del caracol*. El calor cubre mi piel con una capa de aceite propio. Nunca he tenido la piel tan limpia, cualquiera creería que he venido a un spa. Mila comienza con los estragos del calor, pequeñas llagas se abren alrededor de sus uñas y el color blanco ahora dorado, palidece de la vista intensa sobre todo lo que toca.

Los días pasan preparando nuestro viaje para Dahla, campamentos. Una cobertura, una traducción más. Aquí hay algo que no se ve y no se puede tocar pero existe. No llega a la metafísica pues supondría un paraíso inalcanzable. Es real la belleza del silencio. Lo que existe aquí es vida que se adapta a su tierra y no tierra adaptada a su vida. Atravesamos esa carretera que rodea

un paisaje lunar entre dunas rojas y doradas. Lo que sobrevive en el desierto de Sáhara Occidental es el tiempo. Este aliado destruye todo lo que se impone por voluntad. Este aliado traerá por debajo de las dunas una ciudad libre a la orilla del mar Atlántico del Sáhara.

Viajamos a través del desierto, del tiempo, la razón y el corazón. Un viejo oficio me regresa a Dajla. La hora y media de la carretera no se compara al camino de los territorios liberados en febrero, sin embargo, es incomparable ver las dunas escondidas bajo piedras negras y moradas. Le llaman. La sombra de la luna. Me hace creer que estamos en el fondo del mar seco. Las grietas y cicatrices del desierto de este planeta joven y sabio. Montañas y cañadas marcadas en el horizonte. Ríos secos que mis ojos llenan de corrientes de agua que moldean la orografía. La extensión del espacio me atrapa, seguimos navegando en el Mercedes de Alí que sin suspensión, parece ir golpeando las olas. El viento levanta una capa de arena sobre las dunas como terciopelo fino que acaricia la piel. La arena inicia su danza de tempestad. Seducido por la tormenta que significa recorrer el desierto del Sáhara.

Los cubarauis nos esperan en Dahla. Ha llegado la novia de Alí y la biblioteca está lista para recibir a todos los turistas. Lectura que fomenta el español. Qué escritores árabes contarán la historia de la primera intifada. Mila se desespera de las melfas y viaja con la camisa blanca de resaque que muestra sus brazos dorados. Se pinta roja la boca, así oculta la palidez que marca su extranjería. Llegamos a Dahla. Ella desde su sur necesitaba encontrarse. Mi regreso es invisible para ella. Las avenidas e intersecciones de la wilaya son amplias, entre nuestra casa y el centro tal vez hay tres kilómetros, tal vez más. Respiro e ignoro lo que quede impreso.

El zapping entre los jóvenes saharauis dice que cada uno enfrenta un tipo de exilio. El que no le importa nada, el que va a luchar, el que quiere regresar a un Sáhara libre, el exilio de una ensoñación, un cuento que busca llegar al final. El exilio de me voy a casar, el exilio de vivir como si fuese Europa y toma un vuelo para irse a Europa, el de irse a los Territorios Liberados. El exilio

de reír y jugar como Tom y Jerry. El exilio de, me voy a Mauritania; el exilio de no me caso porque trae problemas o me quedo y vivo el tráfico y comercio de un pueblo en el desierto, fumar hachis, vivir en Argelia, irse para el Sáhara ocupado. La innumerable lista puede seguir y continuar las distinciones entre sí. La desesperación se suma en todos. Nadie conoce una solución, la guerra, todos llegamos a una sola conclusión.



### *Sáhara 55 grados*

La temperatura comienza a subir sin detenerse. Mila ignora las recomendaciones políticas que le sugiero. Ella se esconde tras la cámara réflex digital. Los negativos en blanco y negro no dejan que se comprometa Mila con los proyectos a coordinar con los chicos. Los silencios la hacen celosa de lo suyo. Casi todas sus fotografías son a distancia. Le incomoda compartir y sentirse vulnerable. La alusión de su belleza física es un arma que le protege, pocos se detienen a descubrir lo que hay detrás de sus curvas y su seducción juvenil y pasional. Mila se desconoce a sí misma en la velocidad del silencio acumulado durante toda su vida. Es un peso tirado al vacío que acelera la caída cada segundo. Ella no encuentra el espacio para defender su intimidad. Defender a sus muertos, sus traiciones, sus condenados.

Todas las conversaciones que tengo aquí no tienen sombra. El sol desde el primer minuto hasta el último atraviesa toda tela que uso para cubrirme. No detiene su calor una pared o una lámina. Las piedras se van eclipsando inversamente por un presente sin aire para el regreso.

Mila silenció e hipnotizó a los sentidos. Escribe con arena su nombre y es tan hermosa como la nada. El aire del oeste levanta el dorso erguido de las dunas y Mila se escabulle brincando en ellas. Las letras no pueden ser tatuadas en la piel muerta. Ella y su pasión son pasajeras. La arena casi roja con piedras negras y moradas son la puerta de Dajla; el campamento de refugiados que

se esconde de los extranjeros, aún así, recibe el evento con más recursos después de la fiesta patria el veintisiete de febrero. Un festival de cine a la mitad del desierto.

Cada testimonio se incrusta en mí. Tiempo robado de un pueblo. Estoy cansado de que mis letras escriban y no detengan las voces que me atraviesan. Harto de ver y sentir. Mi piel muerta de exilio. Imágenes que surgieron de Gdeim Izik se transmitieron en toda la región árabe. Las proyectan por las noches. Nosotros las vimos en esa cueva de calle Princesa. Una y otra vez repitieron las imágenes en RASD TV para que la gente pudiera identificar a sus familiares muertos y desaparecidos en Gdeim Izik. Mila se va a bailar a un oasis de palmeras y cocteles sin alcohol. Me callo y escuro en silencio hasta el cuaderno. Voz extranjera. La diplomacia reina por encima de la voz y de historias invisibles. Estoy hastiado de no romper en llanto. Pensamiento fragmentado, en esquirlas de un éxodo. Estoy cansado de recibir desprecio por ser de latinoamérica y no europeo con su pasaporte de salvación mesiánica. Vomitivo al hablar y doblar el texto para que sientan el silencio de una guerra sin testigos.

Vuelvo a escribir después de sentir que mis palabras giran en mi contra. Después de ser amenazado. De ser traicionado, de iniciar de cero. Nada sobrevive en el desierto. No sé qué pueda sobrevivir de mí. Deduzco que mis brazos son sacos de arena que van perdiendo el peso. Que el viento juega con la mirada y la atrapa eterna en los cuerpos. Que el destino hace de la voluntad un recuerdo de ella.

El cielo es un destino exacto en esta tierra egoísta. El sur clavado, nebuloso sobre cabeza de caballo, en orión. Cinema Paradiso proyectado en la noche bajo las estrellas de paradiso. La película con imágenes de todo el mundo sobre una tela. Palabras que tropiezan con la pantalla de cine móvil que se montan bajo el raso negro. Cielo estrellado de arena. Pensado para desaparecer. Creación y destrucción. Vacío y totalidad.

Mi frustración se enfrenta con la desidia que anda sin parar entre las calles de las wilayas en los carros reparados de la nueva

generación. Mila de fiesta. Estos días ella es la exótica cooperante que cualquier director de cine italiano quiere fotografiar. Sobrevivo sin huellas. Sin derecho de réplica, los jóvenes que capacité por dos meses en la fiesta de cine. Mi propio ego es un espejo oscuro que gira en coordenadas. El sol gira sobre m sin caer durante todo el día. Mila se refugia en sus fotografías a distancia. Camino hasta el final de la wilaya y busco la casa de El Rubio. Nadie, una casa vacía a varios kilómetros de Dahla.

La soledad es un estamento. Pasaron los días en los que mi visa era vigente. Escribo desde esa habitación vacía unas líneas. Intento ver la wilaya pero el efecto de vapor de gasolina nubla cualquier dirección. Cincuenta y cinco grados, eso dijo un cubarahui. Volver. Punto donde el oxígeno renace en la tierra. Es difícil descubrir mi rostro cuando la arena ardiente se levanta roja, la garganta se traga a sí misma. Llevo un par de horas caminando ¿hacia dónde?

Mi respiración se escucha como la de un caballo en estampida. Vente en mí. Mi corazón late al ritmo de un maratón, exhalo, inhalo. Lo escucho bajo las telas que rehacen su eco. Mañana vamos al Chuco, dijo ella. Cruje el suelo bajo mis pasos, exhalo sin poder inhalar de nuevo. No te vayas. El horizonte baila a lo lejos y se pierde. Riah hamrra. Nada. Baila y se aleja en mis pupilas contraídas tanto que duelen. Te regalo mis silencios. Escucho algún adiós. ¿Trotar? Tal vez y que explote mi corazón en mil. Que el viento me cubra con la seda ardiente. ¿Trotar para alcanzar eso que se aleja? Tal vez.

Cada paso cruje en el camino cristalizado al sol, cada paso. Y mi rostro agradece el pañuelo, lo único que agradece. La garganta se silencia por siempre en cada paso. La piel gruesa se dilata, es cartón que roza el viento que me abraza sofocante.

Cada paso. ¿Trotar? Paciente, piensa en ser paciente. ¿Quién lo dice? Vente en mí, Guapo. Termina ese paso, el siguiente, sigue así. ¿Trotar? Mis costillas se contraen, inhalo, no recuperan el volumen de antes. Todo baila y desaparece entre las bailarinas de arena sobre el camino. Todo baila y gira cada vez más lento. Mi corazón empuja como un potro libre y liberándose. Las onduladas

costuras de mis huellas dactilares se cubren de fino viento seco. Comisuras que borran la única línea hacia delante y hacia atrás.

Abre la boca, no, ciérrala, exhala, paciente. No te vayas. Inhala, espera, suelta todo, suelta el puñado de viento que exhalas con rabia, el último Papi llegué. Da el siguiente paso hacia delante. Todo baila y se borra.

El viento me acaricia como el vapor de un chuchupastle en tu boca. Embriagado, distancia, veo a la mujer violada a un costado del camino. Mi mirada atraviesa su piel y veo su corazón, no late más. Desaparece entre las dunas, igual que mi voz que ya no me habla. Todo baila, todo a lo lejos baila y se aleja. Lloro el suelo que se rompe, cristal soplado al rojo vivo que estalla. Bajo mis pies estalla el corazón de la tierra. Una y otra vez suenan mis pasos. ¿Trotar? Tal vez.

Aparece Dahjla. Tiembla esa imagen de casas de lodo. La mente corre, pero mis pasos son cada vez más lentos. Se acerca la casa a mí, poco a poco se acerca. Entro. ¡Ah! Ahí estás, mejnun. Me escucho de nuevo, me despido de mí. El ruido de mis pasos sede a mi respiración escondida en el pañuelo enredado en el rostro. Cae de mí esa llama ardiente aprisionada en mi puño. El astro descende, me mira por encima de los hombros con sus promesas. No te vayas. Ruego en la boca que no habla. Sombras temerosas, apenas latientes, sonido intruso, mi sonido.

La amistad sólo conoce el silencio. Mila me saluda por primera vez en días. ¿Papi dónde estabas? No respondo. El día se disuelve. El día con su fecha y hora no es el mismo día que nace con el sol, porque todo es otra cosa.

Por la noche, el festival de cine prepara la fiesta para los directores y actores en las dunas. En la escenografía ponen también un grupo de rock saharauí para amenizar la fiesta. Nos fuimos ignorando poco a poco, nos fuimos yendo en direcciones diferentes y fuimos tragando las ganas de decir adiós. En las dunas veo saltar a Alí y hacer maromas en la arena para que se divierta su novia española. Usa el pantalón que se compró de tela blanca o crema con satín estilo Cuba.



## EPISODIO 8

### *Illegal*



Alí, su novia y yo regresamos a Smara. Tomar un avión. Suerte mulana, el embrague se rompió y toda la mañana Alí se dedica a reparar su carro para llevarme. Mercedes blanco con corazón de Tsunami. Me despido de Fakala, prepara cuscús en su casa con sus hijos y esposa. La tormenta trae de regreso a Mila. Ella llega a Sabao Sherin. Alí apenas se despide mientras mancha ese pantalón nuevo debajo de su auto, intenta reparar el embrague. Llevo la honestidad a cuestas, no puedo volver, quizás los olvide. Mi letanía quería ser cierta, quería decir adiós.

Tomo un taxi para Sabao Sherin, llego y me despido de la familia mexicana, los hijos del embajador saharauí en México. Camino a la wilaya por un agua, encuentro en la calle a Gabel. ¡Hola!, me saluda en hassania. Me voy, su mirada baja evitando el sol que cae. La tomo de la mano y caminamos hacia las afueras de Veintisiete de Febrero. Veo caer el sol junto a ella, se recarga en mi hombro, toma mi mano. Regresamos por la calle de tierra, se despide Gabel con un beso. Tomo mis cosas en la casa mexicana y encuentro a Mila, me reclama haberla dejado con los cubarahius. Me voy, Mila. Me abraza, me da un beso en la mejilla que apenas rosa la melfa sobre su cuello.

Rehago esa carretera hacia Tinduf. Atravieso ese retén argelino y dejo atrás esos faroles amarillos. Me despido del piloto sin nombre. Tomo el vuelo número HD 19 para Argel. En el aeropuerto militar de Tindouf, está la bodega a la que llaman arquitectura colonial. Es una estructura setentera de paredes color crema brillante con vidrios ahumados y techo de láminas de asbesto. Las tres tiendas abiertas están llenas de posters pegados 50 veces con la misma cinta vieja, en ellos la imagen de turismo en Argelia. Cuento vigas, un cuartel, oficinas de madera y biombos con cruces

de mimbre. Despedirse sin que nadie te vea a los ojos. A quién le lloro, a quién veo para decirle adiós, a quién busco en la zona de abordar, tan rutinario es el que llega como el que se va.

Intenté quedarme a pelear. No, ilegal, fue la respuesta. Ve y entra de nuevo. ¿Para qué? ¿Siendo quién? Me encuentro numerando los muros y biombos que hay que atravesar en la aduana y los rayos x. Escáner en Tindouf, retén militar, la carretera de Rabuni a Tindouf me pidieron el pasaporte y el boleto. Ahí ya no podía llevarme a nadie de mis amigos. Tindouf, escáner. Avión, cuando sales a la pista encuentras tu maleta tirada y la tienes que subir a la carreta que la sube al avión. Bajar del avión y escáner para salir del andén. Escáner para salir de la estación nacional de Argel hacia la estación internacional. Ir y venir siempre es escáner. Cuello, manos, cintura, pies y seguir. Esperar el pasaporte de mi nuevo amigo Mafó quien es saharauí y no tiene su pasaporte argelino. Al entrar se lo retienen hasta que sale de Argelia. Es argelino en el mundo y es nadie en Argelia. Hacemos chek-in. Piden mi visa para Territorio Shengen. No siento nada, no he dormido, no he comido, no sé qué hago en el aeropuerto de Argel, tengo cuatro euros y cien dinares. Una maleta en los pies y duermo en el estacionamiento jardín bajo palmas datileras. No me permiten hacer chek-in, es extraño que a un mexicano no le pidan visa para ir a Territorio Shengen. Para ellos soy inmigrante que será deportado al llegar. Tal vez sí, estoy ilegal en Argelia y no me dejan despegar hacia Barcelona.

Intento explicarle al agente de la aerolínea que no necesito visa. Para México no lo piden. Él no escucha. Hay que esperar, hani shuei, me dice Mafó. ¿Qué esperamos? Al jefe, no responde el teléfono. ¿Qué necesitan? Que hables francés o tengas número de residencia en Europa. No tengo, no lo necesito. Llega el jefe, me dejan hacer chek-in. Me ponen tres hermosos sellos con una máquina. Vamos, dice Mafó. Corremos para cruzar la aduana y lo detienen a él. Hemos olvidado el stilo en la ventanilla de la aerolínea. Nos piden llenar el formulario en árabe o francés. Mafó les pide una pluma a los agentes aduanales. Se lo niegan. ¡No! Responden riéndose de él. Tenemos que regresar a la ventanilla de la

aerolínea. Bajamos, nos dan el stilo, regresamos a la aduana, Mafó espera a que le den su pasaporte argelino y el policía presiona a Mafó para que llene el formulario. Me presta el stilo y el policía observa como lleno yo mi formulario en español, el policía le arrebató el stilo a Mafó y escribe sin saber escribir burlándose de él. Seguimos, encontramos un escáner y cateo con mochila abierta. Salimos del escáner y cerramos las mochilas. Hacen una segunda revisión a Mafó y le espero.

Pasamos por las tiendas; esperamos. Mis talones ya no golpean con las piedras de Smara. tengo frío del aire acondicionado. El vuelo viene retrasado, dormimos dos horas en la sala de espera. Hacemos fila para abordar el avión, abrimos mochila y cateo mientras los argelinos se brincan el turno de la fila. A Mafó le llaman saharauí, subimos, se mueve el avión, no siento nada. Llego al aeropuerto internacional de Barcelona terminal uno. Camino hacia la aduana, nos empujan corriendo los argelinos del avión. Mafó y yo avanzamos a nuestro paso. Llegamos al mismo lugar donde se divide en dos la fila, una es para los que son europeos o ciudadanos extranjeros con residencia, la otra solo extranjeros. No somos todos iguales. ¿Cuándo te vas? pregunta el agente español. No sé. ¿Tienes boleto a México? No. ¿Dónde te quedas? Con un amigo. La máquina de sellos idéntica a la máquina de Argelia truena sobre mi pasaporte y sigo mi camino. Mafó me espera y caminamos hasta la banda donde recogemos el equipaje. Salimos del andén y a él lo espera un amigo suyo que lo recibe con abrazos. Me presento, me despido y sigo.

Busco el camión aerobús en la bahía de salida del aeropuerto. Con moneditas alcanzo y pago cinco euros con 30, exactos. Llego a Plaça Universitat. Se abren las puertas automáticas del camión, el olor a perfume y cañería me revuelve el estómago. Guardo silencio hasta encontrar qué es ese olor. ¿Para qué hablar con el pecho hueco? Reconozco el olor particular de la ciudad. Consciente de la mierda y orines en todos los rincones del Gótico, también es otro olor distinto al ya descrito hace meses. La ciudad parece tener su característico olor a sintético, una loción, un perfume saturado, idéntico al plástico nuevo de los carros, pero es el olor del cabello

de las mujeres. Aturdido por el ruido de los camiones atravieso la Plaça donde ahora camino, a las ocho p.m. con cero euros en la bolsa. La peste es el olor de la gente. No de la ciudad sino de las personas. Es olor a crema para cuerpo con champú de hierbas y jabón acción en las manos y suavizante en la ropa, todo junto. Desde luego me duele la cabeza. Extraño el humo del carbón para calentar el agua del té, con la mezcla de clavo y menta que se hace tierra en la garganta. Es ese olor que descansa tranquilo en el paladar y serena la prisa. A lo lejos observo los espectaculares burdos con modelos en tanga, colgando de los edificios. Entro a casa de Gastón con el techo cuadriculado, tiro las maletas y le abrazo como un hermano. Salimos a la calle. Los dueños de la calle son aquellos que le han apropiado y saben de qué está hecha. Los trabajadores de construcción gritan y se mueven libremente en su plaça en reconstrucción constante. Los demás transeúntes son agentes que cumplen su función o tiene miedo a escuchar las palabras de la calle. Bajo por el Raval y veo mi reflejo, camino recto con la frente en alto. Como en Smara, cómo en África. Un desprecio tácito existe en mí. Un desprecio que desconoce esta realidad. Un desprecio que llega del desierto y siente coraje de este tiempo que se detendrá por Alí. Nadie se detendrá, nadie soy.

Tomo una caña con Gastón quien sostiene sus principios éticos trabajando todos los días. El único que se preocupó por la comida y el regreso de la quimera que soy. Regreso a casa y encuentro a todos lo que quiero ver. Fermín, Nati. Cómo abrazarlos en silencio. Van todos a dormir y camino a la cocina para escribir en la mesa, sin encender luces en la sala. Huelo la albahaca, el romero y el cilantro de la mesa. Seguir, seguir sobre las hojas. Puntos suspensivos.



### *El regreso*

Salgo para la oficina a ver a Rodrigo y a Inés. Bajo por el barrio Gótico y el Borrne. Nunca espero a que se ponga el siga peatonal,

así recuerdo que soy mexicano. Mi paso interpreta el tiempo entre carro y carro como cualquier perro de calle. Últimamente me miran chicas que en México serían inalcanzables para tenerlas en la cama, se me ocurre que podría ser una razón para quedarme. Para dejar de ser, para empezar a ser un común inmigrante ilegal en Europa. Uno que nunca será de aquí, que siempre se está yendo a alguna parte. Entro a la oficina. Afortunadamente no hay nadie. Dejo la tarjeta para entrar a la oficina en la mesa del salón. Cierro el portón pistache y camino a Plaça Catalunya. Tiemblo al tomar el tren con dirección al aeropuerto.

Nayala me alcanza en la estación. Se aferra a una vida normal en Barcelona. Repaso las anécdotas que todos esperan que cuente. Todos, ese todo es una generalidad que siempre es sinónimo de impotencia. Jugar con la representación de lo que fui y de lo que soy. Tomamos un par de cañas en la terminal aérea y ella se emborracha. Lo suficiente para llorar y despedirnos. Dejamos ese par de cervezas vacías en las periqueras de una cantina del aeropuerto, me acompaña a la puerta de salida y nos decimos adiós.

En Atlanta hago una escala hasta Chihuahua y de ahí recorro la carretera en camión a Ciudad Juárez. Me acompañan las vías negras del tren sobre la arena blanca a un costado del camino. Llego a la estación, salgo y atravieso la calle hasta la acera. Espero frente a la estación de autobuses a Javier. Evito escuchar el intenso barullo. Entre un tráiler y dos taxis está el pointer vw color gris con las intermitentes parpadeando, una calavera rota. Javier le abre la puerta a un desconocido. Subo al carro. Los todos y los siempres. Los todo silencio, escurridizo, sensual, apuesta y cobardía. Los siempre, los tú, los vete, los yendo y durmiendo en una habitación prohibida. Javier se ha separado por fin de lo que era su esposa.

¿Qué pasa Negro, ya no querías regresar pa' tu rancho punito? En mi cabeza están las aduanas, los andenes y las terminales. Me puso el cuerno carnal, me engañó. Lo repite en cada momento. Me aturde el sonido de los sellos y el iPod en el último trayecto de Chihuahua para acá. *Por favor no hagas promesas so-*

*bre el bidet. Por favor no me abras más los sobres...* Charly ahí, siempre ahí. Suena la puerta del carro. Frente a mi casa, entramos y dejo mis cosas. Las habitaciones secas con olor a pintura, sin ruido, sin movimiento, sin tiempo. Vámonos de aquí, me dice. Me lleva por unos chuchupastles a El Arbolito. Apenas recuerdo los nombres de las calles y las avenidas. No hablo mucho, lo escucho repasar las aventuras cotidianas de esta era. No mames cabrón los sacamos; estamos sacando a los federales; les estamos poniendo bombas a todos los cabrones y se están yendo uno por uno los putos; esto nadie lo sabe; la ciudad está hecha una mierda, pero se la pelan, aquí no mandan. Imagino a Mila en las dunas, escoltadas por la mamba negra de las vías del tren hacia Ciudad Juárez. Una línea negra que arrastra sus escamas de dragón sobre la arena. Entramos y bebemos. No entiendo qué hacemos, qué sucede, le pregunto. Hombre, ¿apareció? ¿el cuerpo, dónde está? Javier me ve, termina su shot y pide otro. No cabrón, está viva. Tiembla algo dentro de mí, espero a que explique, termino mi trago y pido una cerveza. Él sólo me cuenta las formas en que ponen bombas bajo las camionetas de los federales e incluso me cuenta cómo una vez aceleraron a todo y le chocaron a un federal por un costado con tal de sacarlo de la carretera.

Me regresa muy pedo a la casa. Sin respuestas. Demasiados tragos y escalas y noticias sin sentido. Duermo en el sofá. No tengo el valor de abrir la recámara. Abro la mochila y encuentro los cuadernos apilados. Diez cuadernos escritos a mano. Duermo en el sleeping naranja con el que dormía en Barcelona, en el Sáhara. Pasan los días sin que tenga más explicaciones de Javier. Vive dos vidas, la de reportero gráfico y la de guerrillero, tal vez de guerrillero. Ya es viernes, vamos a cenar a un café por la calle Lincoln, no es el más callejero, pero tampoco es el más lujoso, le tira a serlo con las estrellas de hierro que iluminan el salón principal y los muros sin retocar dejando el ladrillo como vista. En realidad, es una pinche bodega con barra y bonitas plantas en las esquinas. Después de ordenar la cena y tomarme la segunda chela, ella entra de la mano del ahora candidato a presidente municipal.

Algunos amigos de Javier comienzan a tocar jazz. Se acerca, me saluda y me presenta a su acompañante. ¡Sax! ¿cuándo llegaste? Ella me abraza con la misma naturalidad de una amiga que he visto hace un par de días. El acompañante extiende su mano firme y se presenta con nombre y apellido, le faltó decirme, voten por mí. Se sientan en la mesa de al lado. Termino de cenar con Javier. Evito mirar hacia ella. Levanto el rostro y río y termino las cervezas y los tragos que van trayendo sin que lleve la cuenta. Encuentro entre los comensales al antropólogo forense, sentado en una esquina poco iluminada, rodeado de tres amigas suyas, todas con sonrisas embebidas por la charla, escuchándolo quedamente. El salón se despeja poco a poco y el grupo de jazz aumenta el ritmo a blues, rythm & blues o big band con una primera voz negra sobre el pequeño templete. Me levanto, voy a mear, la sacudo y veo mi reflejo en los tonos oscuros de las pantallas apagadas que usan para cuando hay peleas de box o partidos. Antes de regresar voy a saludar a Sergio, me saluda con la verdadera alegría de encontrarme después de un tiempo. Javier nos observa en un cine mudo, intenta reconocer su rostro antes de que se acelere el tiempo y la velocidad de la vida. Le hago una seña a Javier y él toma su cerveza y la mía con una mano. Ella levanta la mirada y sigue los pasos de Javier. Lo ve acercarse a la esquina, tomar una silla de metal y sentarse con una sonrisa tal vez mediocre, tímida, natural entre extraños.

Entre cada trago de cerveza recuerdo perfectamente a Sergio bajo esa sombra del huizache entre el desierto, cuando me explicó cada uno de los movimientos de los asesinos con solo describir la escena. No supe por qué me dijo todo eso. ¿Sabes? está tan llena la morgue que hay fila y se dan el lujo de escoger las más guapas, me dijo. Las chicas se levantan a bailar sin tomarnos en cuenta, una usa un vestido dos manos arriba de la rodilla, una sola pieza, con escote en la espalda hasta la cadera, muestra una hermosa cicatriz en su columna; otra de ellas, usa una blusa negra transparente, alas color azul tatuadas en la piel blanca de su pecho, un sostén de encaje negro también transparente y pezo-

nes color arena, short de mezclilla y tacones, la tercera usa un top de flores, la boca roja, minifalda y tacones. No son las únicas, en la pequeña pista bailan quizás diez o quince personas, y entre ellas, está Zuê con su acompañante. Tomo un trago más y regresa el sonido del local que satura todo. Sergio y Javier discuten sobre la mierda de país, la mierda de gobierno y los partidos políticos, son tan compatibles que podrían casarse y vivir felices para siempre. Eran cadáveres, lo que se peleaban los forenses para cogerse, eran muertas, las más lindas de la ciudad, frías, duras, cajas de cartón.

Después de la media noche salimos del lugar entre despedidas políticamente correctas y nuevos números de teléfono. La ciudad palidece con sus baldíos y sus casas abandonas. Camino al departamento veo la ciudad y en el reflejo del cristal recuerdo a las amigas de Sergio que sonríen genuinamente al pedirnos los números de celular. La de pezones claros, con ojos azules y caireles en el cuello con algo de sudor me pidió que le marcara, que ella ponía el café, la del top, le dio el número a Javier pero él va a marcar en cuanto baje y cierre la puerta del carro. Antes de salir, me acerqué a su mesa, le tomé del hombro, se levantó, me pidió mi número, me despedí de ella y tropecé dándole dos besos, uno en cada mejilla. Nos encandila la luz de una camioneta a punto de golpearlos. ¿Cuándo lo supiste, Javier? Hace un par de semanas, fui a un evento del gobernador y la vi con él; les tomé unas fotos para el lanzamiento de la campaña.

El sonido de las llantas contra el asfalto; sabes que fue él quien ordenó la muerte de Ana y Julieta. Javier conduce sin respirar. El vacío en mi panza se expande conforme quedan atrás las cuadras y las calles de la ciudad, no deja de explicarme sus tácticas insurgentes. Lo que tienes que hacer es explotar al hijo de su puta madre. ¿Ella tuvo algo que ver? ¿Con qué, con lo de Juli? ¿Tú qué piensas? Fue él, Sax, quien dio la orden es este pendejo, ¿los reviento en su carro o mejor tú, así te la cobras? Nos detenemos frente a mi casa. Apaga el estéreo esperando que conteste. Abro la puerta. Javier me toma del brazo. ¿Qué vas a hacer? Nada, yo nada, pero asegúrate que no quede entera. Escucho la

puerta del carro y la voz de Javier saludando a la amiga de Sergio en el celular. Entro a la casa, saco mi sleeping, preparo mi sofá. SMS: Amor, que alegría verte aquí; dime, ¿cuándo te puedo ver? que linda sorpresa. Observo la esquina del techo blanco con una telaraña recién mudándose a vivir sobre la pintura fresca. Guardo los cuadernos en la maleta. Pido un taxi que pueda atravesar la línea. Atravesamos el puente internacional, un río seco, un niño me ofrece a través del vidrio fundas para los documentos. Enciendo el iPod, avanzamos, el random detiene su selección, Charly, muestro mi pasaporte y la mica. *Por favor no hagas promesas sobre el bidet...* El highway expande su ruta hasta el aeropuerto, *yo te prometo te escribiré, si es que para de llover...* Sabes que no aprendí a vivir... ¿A dónde vuela? me pregunta la agente de la aerolínea. San Juan, Puerto Rico.



*FIN*



## EPÍLOGO

### *Sin aire para el regreso*



*Sin aire para el regreso* es la novela de no-ficción producto de la investigación independiente en el Sáhara Occidental de 2010 a 2012, de las etnografías, auto-etnografías, historias de vida, diarios de campo, grabaciones, audios y videos.

Toda las acciones y eventos son recuperados de los diarios de campo llamados en la novela, *cuadernos*. Los *cuadernos* 1, 2 y 3 son producto de la investigación realizada un mes antes de viajar a Barcelona y posterior a mi regreso a México y Ciudad Juárez. Inició la historia cuando un informante me comparte el testimonio sobre el secuestro de su hermana en Guadalajara, Jalisco, México, y es localizada y rescatada en condiciones extraordinarias en el estado de Tamaulipas. Posterior a este testimonio, realicé la investigación en Ciudad Juárez en 2012 con las mismas técnicas que trabajé en la *intifada*. Los hallazgos de investigación me permitieron darle un pasado ficcional a Sax que nace para que el lector tenga un gancho que le atrape hasta el final.

Para fines estructurales de tiempo, secuencia y tensión, algunos eventos los compacté de varios días a una o dos escenas. Los diálogos son textuales en su mayoría y aquellos que fueron compactados respetan absolutamente las palabras usadas en los eventos que conforman la escena.

El pasado ficcional de Sax en la realidad es producto de una inversión de los sobrevivientes. El periodista Armando Rodríguez Carreón, *El Choco* como lo llamaban sus amigos, fue asesinado el

13 de noviembre del 2008. Al momento de la ejecución, él abordaba su carro, Tsuru para llevar a su hija a la escuela mientras su esposa se encontraba dentro de su domicilio. La hija sobrevivió sentada en el asiento del copiloto. *El Choco* recibió ocho balazos.

La decisión de convertir a la hija y esposa de *El Choco* en la esposa e hija asesinadas de Sax en la novela, obedece a que los sobrevivientes a un atentado así, desde mi punto de vista, casi nunca desean sobrevivir con el dolor que significa la pérdida; por lo menos no inmediatamente. Vivir después de este hecho obliga a resignificar y replantear la vida. Y es está una posibilidad en esta novela.

En la novela me propuse dar un par de años más de vida a este periodista con el fin de adentrarme en los sentimientos de pérdida de la hija y la esposa. Invertí los papeles para acompañarlas en su dolor. *El Choco* nunca hubiera querido que fuese diferente y espero que invertir los papeles únicamente ayude al lector y lo acerque con las familias de los cientos de periodistas asesinados en la última década en México.

Como periodista y creador de la estrategia de medios para la cobertura de la *intifada* en donde decenas de jóvenes saharauis fueron asesinados y encarcelados por no lograr levantar las notas a tiempo en las cadenas internacionales. Cada uno de sus gritos los viví en un encierro compartido en Barcelona y la ciudad capital del Sáhara Occidental, El Aaiún en la zona ocupada por Marruecos. Poco a poco fui acumulando historias sobre la ausencia de aquellos jóvenes asesinados en la zona ocupada, mientras Rodrigo e Inés se jugaban la vida y Mila y yo intentábamos detener esta masacre, sabiendo que con mejores condiciones quizás habríamos evitado la muerte, desaparición o encarcelamiento de aquellos jóvenes. Sax, heterónimo, me obligó a buscar el concepto de pérdida irreversible. En la novela uní la muerte de *El Choco* con Sax, un periodista sacudido por la *intifada*, quien resignifica su vida con las voces árabes. La *intifada*, sin duda, transformó mi propia manera de hacer periodismo y de relacionarme con los sobrevivientes de las historias que uno encuentra en el camino.

La novela es un homenaje a los periodistas desaparecidos y asesinados en México a manos del gobierno o de uno y otro bando. Es la denuncia de persecución a los medios libres e independientes. También es la exigencia de descolonización del Sáhara Occidental.

La última aclaración ficcional es que Sax nunca se acuesta con Fernanda o Nayala. Apenas son un sueño que enrareció la llegada de Sax al viejo continente. Fernanda sí es la hermana de aquella ex pareja que arrojó a Sax a querer huir de su propio país llevando en la maleta una historia que explotó en sus manos.

Tal vez los desiertos parecen distantes. Durante estos años de investigación y escritura en mi cuerpo han estado unidos día y noche. La arena puede sepultar una ciudad con una tormenta, es un clima de extremos. Intenso frío y calor marcan la vida diaria pero nunca encontré más calidez y alegría que en Ciudad Juárez y los Campamentos de Refugiados Saharauis en Tinduf, Argelia.

Conscientemente me propuse que esta novela de no-ficción latinoamericana lograra crear un puente de dialogo Sur-Sur descolonial que no partiera de Europa y lograra respetar las voces subalternas que resisten a la invasión colonial. El objetivo de escribir la novela en presente, primera persona, es delimitar mi lugar de enunciación, hablar desde mi subalternidad y mostrar la incapacidad de cualquier investigador al intentar hablar por el otro. El debate antropológico y metodológico de la novela será desarrollado con mayor detalle en otro ensayo.

Esta es *Sin aire para el regreso*, la novela de la primera *intifada* de la primavera árabe. Novela de no-ficción en diálogo Sur-Sur entre América Latina y el norte de África.

Airy Sindik.  
Bogotá, Colombia, 2014.



*Sin aire para el regreso*

*Novela de la primera intifada de  
la primavera árabe*

se terminó de editar en noviembre de 2018 en  
La Editorial del CUCSH, Juan Manuel 130,  
Guadalajara, Jalisco, México.

Diagramación: Margarita González R.

Corrección: Fernando Acosta R.

Diseño de portada: Cristal Castillo.

Fotografía de portada: Anthony Jean.

Tiraje: 1 ejemplar.



Airy Sindik (México, 1983) sociólogo y escritor que se arriesga a convertir la investigación periodística en una novela de no ficción latinoamericana. Nunca renuncia a su análisis premonitorio sobre el cambio de una región. La novela es ganadora a mención meritoria en la maestría de Escrituras Creativas de la UNAL. Airy espera *intifarnos* y arrebatarnos el aire cómodo con que reseñamos la violencia. Es la historia tras bambalinas por la voz testigo de quien tropezó con la chispa de la primera *intifada* de la primavera árabe en 2010. La revuelta de un corazón que sacudió al norte de África.

@versosalviento

# لا هواء للعودة

Sax deja el corazón en México y se embarca en un viaje hacia la zona ocupada del Sahara Occidental. Es un viaje a las profundidades de su alma que lo confronta con el amor, con la lealtad a una causa y con sus propias razones para existir. Sin aire para el regreso va de la violencia del narcotráfico en Ciudad Juárez a la vida sin normas de unos jóvenes okupas de una casa en Barcelona, donde hacen planes para apoyar a los luchadores por los derechos humanos atrapados por el régimen del rey Mohamed VI en el Sáhara ocupado.

Airy Sindik pinta un fresco de la vida contemporánea. Nos ofrece la mirada de los jóvenes que no tienen miedo en un mundo aterrorizado por la fuerza. Son héroes del común los que hablan. Se expresan con su jerga cargada de significado y no hacen concesiones a quienes están por fuera de su universo. Sin aire para el regreso es una novela valiente y desesperadamente hermosa.

Juan Diego Mejía  
Escritor colombiano

**CUCSH**  
Centro Universitario de  
Ciencias Sociales y Humanidades



ISBN 978-607-547-354-3

